BRATVA

BAJO EL PESO DE LA CORONA

Romance mafioso oscuro - Bratva



GHIZ L.

GHIZ L.

Romance mafioso oscuro

BAJO EL PESO DE LA CORONA

Bratva

COPYRIGHT

© Ghiz L.

Seudónimo de Lababssi Ghizlane

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotográfico, sonoro o de cualquier otro tipo, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo breves citas utilizadas con fines de reseña, crítica o divulgación, dentro de los límites permitidos por la ley.

Esta obra es ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones, acontecimientos y situaciones son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos reales o lugares existentes es pura coincidencia.

La autora conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra.

Primera edición.

Autora: Ghiz L.

Nombre legal: Lababssi Ghizlane

Todos los derechos de traducción, adaptación, transformación, distribución y explotación de la obra, en cualquier formato y soporte, quedan reservados.

Para información, derechos o solicitudes de uso, contacta con la autora a través de sus canales oficiales**.**

Sommario

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPITULO 6

CAPITULO 7

CAPITULO 8

CAPÍTULO 9

CAPITULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPITULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
Epílogo

CAPÍTULO 1

La jaula dorada

Katerina

La lámpara de araña de Murano proyecta destellos dorados sobre el lienzo de Rothko. Rojo sangre desvaneciéndose en negro, exactamente el tipo de obra que hace que estos idiotas se sientan intelectuales y profundos mientras firman cheques de seis cifras.

Le sonrío al hombre que tengo delante - setenta años mal llevados, el pelo teñido de un castaño vergonzoso, un Patek Philippe en la muñeca que grita tengo dinero pero no gusto - e inclino ligeramente la cabeza. El gesto está calculado al milímetro. Lo suficiente para insinuar interés, nunca lo bastante como para conceder familiaridad.

- Es una pieza extraordinaria - digo. Mi voz es cálida como coñac francés, pero con un hilo de hielo que impide confundir cortesía con debilidad. - Naturalmente, estamos hablando de una tasación que refleja no solo el valor artístico, sino también la absoluta rareza del momento histórico en que fue creada.

Traducción: cuesta cuatro veces lo que vale, y tú la pagarás porque tu tercera esposa quiere impresionar a sus amigas en el próximo brunch.

Asiente. Obvio.

Me alejo con paso ligero, los tacones Louboutin hundiéndose apenas en la alfombra persa color crema. Llevo un vestido Valentino de seda negra, escote en V que insinúa sin mostrar, un corte que sigue cada curva como si hubiera sido pintado sobre mi cuerpo. Labios rojo cereza, el pelo rubio recogido en un moño bajo, pendientes de diamantes que mi padre me regaló a los veintiún años. Minimalista, letal, inalcanzable.

La galería Morozov está llena, pero no abarrotada. Aprendí pronto a controlar el flujo: demasiados invitados y se vuelve vulgar, muy pocos y huele a desesperación. Esta noche hay exactamente treinta y cinco personas. Las he contado, he memorizado sus rostros, he clasificado sus intenciones.

El coleccionista japonés junto al ventanal finge interés por un Basquiat, pero sus ojos regresan cada treinta segundos al Lichtenstein de la esquina. Comprará ese, no antes de inflar el precio con tres ofertas estratégicas sobre otras piezas. Previsible como un reloj suizo.

La pareja texana... él es petróleo y arrogancia, ella lifting y Hermès, susurrando frente a un Warhol. Ella lo quiere. Él cree que es una pérdida de dinero. Dentro de quince minutos cederá, porque la alternativa es escucharla quejarse durante los próximos seis meses.

La abogada rubia junto al bar - divorciada, amante del arte contemporáneo y de las transacciones poco transparentes - me mira con una mezcla de envidia y atracción. No sé cuál de las dos me divierte más. Probablemente la segunda. Las mujeres son tan predecibles cuando se trata de poder.

Me muevo por la sala con la seguridad de quien sabe que la observan y se alimenta de ello. Las paredes color marfil absorben las voces, convirtiendo las conversaciones en un murmullo elegante. El aire huele a bergamota, cuero ruso y champagne Krug. Nunca menos de quinientos euros la botella. Los estándares existen por una razón.

Irina se materializa a mi lado sin que tenga que llamarla. Lleva un traje gris perla que la hace parecer una impecable directora de arte y oculta por completo el hecho de que lleva una Glock 19 en la sobaquera bajo la chaqueta. Pelo castaño recogido, maquillaje discreto, sonrisa profesional que nunca le llega a los ojos.

- El señor Watanabe ha confirmado interés por el Lichtenstein - dice en voz baja, con el tono neutral de quien informa sobre el

tiempo. - Quiere la documentación completa mañana por la mañana.

- Naturalmente. - Tomo una copa de champagne de la bandeja que pasa, solo para darles algo que hacer a mis manos. Nunca bebo durante los eventos. El control lo es todo. - Mándale certificados, procedencia, fotos en alta resolución. E incluye el nombre del príncipe saudí que la quería el mes pasado.

- ¿El de verdad o el inventado?

- El inventado funciona mejor. A los japoneses les encanta competir con la nobleza árabe.

Irina no sonríe, pero veo la comisura de su boca curvarse apenas. - Los texanos están a punto de ceder. ¿Preparo los documentos del Warhol?

- Sociedad de las Caimán, factura limpia, envío discreto.

- Obvio. Nadie compra un Warhol de dos millones solo para colgarlo en el salón.

No. Lo compran para mover dinero a través de fronteras, ocultar activos, evitar impuestos. Y yo ofrezco el servicio completo: arte, documentación, silencio absoluto. La galería Morozov es una de las más respetadas del Upper East Side. Los críticos me adoran, los coleccionistas me temen, el IRS me revisa cada año y jamás encuentra nada.

Porque soy buena. Porque aprendí del mejor.

De mi padre.

Irina se aleja sin despedirse. Entre nosotras, las formalidades son inútiles. Nos conocemos desde hace seis años, desde la universidad, cuando yo aún era lo bastante estúpida como para creer que podía tener una vida normal, y decidió quedarse incluso después de descubrir lo que se escondía detrás del apellido Morozov. Es mi asistente, mi confidente, la única amiga que tengo. La única persona, aparte de Alexei, en quien confío por completo.

Atravieso la sala y lo veo.

Alexei está apoyado contra la pared este, brazos cruzados, una expresión aburrida que disfraza una atención absoluta. Lleva un traje Tom Ford gris oscuro que no consigue ocultar el cuerpo de un soldado de fuerzas especiales. Un metro noventa y tres de músculo, cicatrices y adiestramiento militar ruso. Pelo castaño cortado, mandíbula cuadrada cubierta siempre por una barba de dos días, ojos grises que catalogan cada movimiento de la habitación.

Detrás de él, otros dos hombres. Dimitri y Pavel, colocados estratégicamente cerca de las salidas. Trajes oscuros, auriculares invisibles, manos siempre cerca de las chaquetas. La seguridad Morozov nunca es una sola persona. Es una red, un sistema, una arquitectura invisible que Alexei coordina con miradas y gestos mínimos.

Lo observo mientras inclina apenas la barbilla hacia Pavel. El más joven se desplaza tres pasos, colocándose mejor para controlar la entrada secundaria. Ni una palabra, ni un gesto evidente. Solo eficiencia letal.

Nuestras miradas se cruzan. Alexei levanta apenas una ceja. ¿Todo tranquilo?

Asiento levemente. Todo bajo control.

Seis años juntos. Ya no hacen falta palabras.

Me acerco a un grupo de coleccionistas europeos - franceses, a juzgar por el acento y la arrogancia - y los escucho discutir sobre un Modigliani con la gravedad de quienes resuelven una crisis internacional. Uno de ellos, un hombre de unos cincuenta años con gafas de intelectual y chaqueta de terciopelo, me ve.

- Mademoiselle Morozov. - Su sonrisa es encantadora, estudiada. - Una colección extraordinaria. De verdad.

- Muy amable.

- Aunque debo decir que algunas piezas me parecen... cómo decirlo... audaces para el mercado americano.

Traducción: estoy seguro de que la mitad de estas obras tienen una procedencia dudosa.

Sonrío. - La audacia es necesaria cuando uno intenta elevar el gusto del público, ¿no le parece?

Se ríe. No ha entendido que acabo de insultarlo.

Siento una presencia a mi espalda, luego una mano grande apoyarse en la parte baja de mi espalda. Calor, presión firme, posesiva. Alexei.

- Perdona la interrupción - dice en inglés, con el acento ruso todavía marcado después de todos estos años. - Pero tenemos una llamada urgente.

No hay ninguna llamada. Yo lo sé. Él lo sabe. Pero el francés no lo sabe.

- Naturalmente. - Me vuelvo hacia el europeo con una sonrisa de disculpa. - Disculpe. El deber me llama.

Alexei me guía con esa mano todavía apoyada en mi espalda, un gesto que cualquiera interpretaría como romántico. Pero no lo es. Nunca lo ha sido. Es protección, territorialidad, el lenguaje silencioso que hemos construido con los años.

- Estaba a punto de invitarte a cenar - murmura mientras nos alejamos.

- Lo sé.

- Y tú habrías dicho que no.

- Obvio.

- Entonces solo he acelerado lo inevitable.

Lo miro de reojo. - Gracias, perro guardián.

- De nada, princesa.

Es nuestro juego. Insultos cariñosos, sarcasmo mutuo. Las únicas personas con las que puedo permitírmelo son él e Irina. El resto del

mundo solo ve la máscara.

Nos detenemos junto a uno de los ventanales que dan a Madison Avenue. La ciudad late al otro lado del cristal, un flujo constante de luces, coches, vida. Nueva York nunca duerme. Yo tampoco.

- ¿Todo tranquilo? - pregunto en voz baja.

- Dimitri ha revisado el perímetro tres veces. Pavel está monitorizando las cámaras. Dos hombres fuera, uno en la calle. - Se arregla el puño de la camisa, gesto aparentemente casual. - Rutina.

Rutina. Como si tener a cinco hombres armados protegiendo un evento de arte fuera normal.

Pero para nosotros lo es.

Porque la galería es solo una fachada. Hermosa, rentable, legal. Pero detrás de las paredes color marfil, bajo los suelos de mármol de Carrara, a través de las sociedades offshore que poseen las obras, corre el verdadero negocio de la bratva Morozov. Armas, diamantes, información. Quinientos millones de dólares al año moviéndose a través de cuadros, esculturas y certificados falsos.

El arte es la mafia del siglo veintiuno.

Y yo me he convertido en una maestra.

- Katerina.

La voz de Alexei es más baja, más seria. Me vuelvo hacia él.

- Mañana tienes la reunión con los búlgaros.

- Lo sé.

- Después de Newark...

- Los búlgaros no están implicados. - Mi tono es seco, definitivo. - Fueron los Marchesi.

El nombre sale antes de que pueda contenerlo. Vincent Marchesi.

Alexei se tensa apenas. Conoce ese nombre como conoce el

suyo. Es el nombre del hombre que mató a Dmitri.

Mi hermano.

El dolor llega como siempre: repentino, afilado, helado. No lloro. Nunca lloro. Pero algo dentro de mí se contrae, se cierra, se convierte en piedra.

Tres años. Tres años desde aquella noche en el puerto de Newark. Tres años desde que Dmitri murió desangrado sobre el cemento mientras Vincent Marchesi le apuntaba con una pistola a la cabeza.

Tres años, y nadie ha pagado todavía.

- Kat...

- Ahora no. - Mi voz es plana, controlada. - Aquí no.

Él asiente. Sabe cuándo insistir y cuándo retirarse.

Me vuelvo hacia la sala, observo a mis invitados riendo, bebiendo, negociando. Ninguno de ellos lo sabe. Ninguno imagina que la hermosa galerista rubia que tienen delante heredó un imperio criminal a los veintiún años. Que detrás de las sonrisas y el champagne se esconde una red de tráfico, violencia y sangre.

Que cada noche, antes de dormir, pienso en un solo nombre.

Vincent Marchesi.

El hombre que me lo arrebató todo.

Dos horas después, la galería está vacía.

Los camareros se han llevado las últimas bandejas, las luces se han atenuado, las obras vuelven a ser silenciosas. Irina está sentada en el escritorio de mi despacho del fondo, inclinada sobre el portátil, los dedos bailando sobre el teclado con velocidad.

Alexei está revisando los sistemas de seguridad en la tableta, mientras Pavel y Dimitri dan una última vuelta por el perímetro.

Yo estoy de pie frente al ventanal, brazos cruzados, la mirada fija en la ciudad.

- Cuatro ventas confirmadas - dice Irina sin levantar la vista. - Dos pendientes. Bruto total: cinco coma tres millones.

- ¿Y cuánto limpio?

- Dos millones. El resto pasa por los canales estándar.

Asiento. Canales estándar: sociedades offshore, facturas fantasma, obras que existen solo sobre el papel. Mi padre construyó este sistema en los noventa, cuando la bratva Morozov era apenas una banda de inmigrantes rusos que controlaba tres manzanas de Brighton Beach.

Hoy dirigimos un imperio.

Y yo, que no debía heredar nada porque solo era una hija, soy la única que queda para gobernarlo.

El teléfono de Alexei vibra. Lo veo tensarse, leer el mensaje y luego mirarme.

- ¿Qué?

- Mensaje de Viktor Orlov.

Viktor Orlov. El consejero veterano de la bratva. Setenta años, medio siglo de experiencia, lealtad absoluta a mi padre. Uno de los pocos hombres a los que de verdad respeto.

- ¿Y?

- Convocatoria. Mañana a las diez. Sede central.

La sangre se me hiela.

Viktor solo convoca por asuntos importantes. Sucesiones. Guerras. Decisiones que lo cambian todo.

- ¿Ha especificado el motivo?

Alexei vacila. - No. Pero ha escrito: 'Acuerdo. Estaban presentes

Yuri y Salvatore Marchesi'.

El mundo se detiene.

Yuri. Mi padre.

Y Salvatore Marchesi. El patriarca de la familia italiana. El jefe. El padre de Vincent.

- ¿Cuándo? - Mi voz suena calma, pero las manos empiezan a temblarme.

- Hace dos meses. Antes de que muriera tu padre.

Miro a Alexei, luego a Irina. Ella ha dejado de teclear y me observa con expresión preocupada.

- Sea lo que sea lo que hayan decidido - dice Alexei despacio -, quedó sellado por ambas familias.

Trago saliva. Me tiemblan las piernas, pero no me siento. No delante de ellos.

- Está bien - digo. Mi voz es firme, controlada. - Mañana descubriremos qué demonios han hecho nuestros padres.

Pero ya sé que no será nada bueno.

Porque cuando dos jefes enemigos se reúnen en secreto y sellan un acuerdo antes de morir, solo puede significar una cosa.

Han vendido a alguien.

Y tengo la horrible sensación de saber a quién.

Vuelvo a casa cuando ya casi es medianoche.

El coche se desliza hacia el garaje subterráneo del edificio, las luces de neón iluminando el cemento gris. Alexei aparca y apaga el motor. Pavel y Dimitri ya han subido; revisan la planta antes de que yo salga del ascensor. Procedimiento estándar.

El apartamento está en silencio cuando entramos. Cuatrocientos metros cuadrados de mármol claro, muebles de diseño, ventanales

con vistas a Central Park. Mi jaula dorada.

Irina se fue hace media hora. 'Vete a casa', le dije. 'Mañana será un día largo'. Me abrazó brevemente, un gesto raro que me dejó claro lo preocupada que está.

Alexei cierra la puerta detrás de nosotros y activa la alarma. Lo observo mientras recorre el apartamento, revisa las ventanas, comprueba los sensores. Es un ritual que se repite cada noche desde hace seis años. Desde que se mudó aquí, a la habitación de invitados que terminó convirtiéndose en la suya.

Oficialmente es mi jefe de seguridad. Oficialmente vive aquí para protegerme veinticuatro horas al día.

La verdad es más compleja. Alexei es familia. Lo único de Dmitri que me queda. Y yo soy lo único que a él le queda por proteger.

Me quito los zapatos y los dejo caer sobre el suelo de mármol. Los dedos protestan después de cuatro horas de tacones. Me masajeo los tobillos y siento cómo los músculos se aflojan.

- ¿Quieres algo? - pregunta Alexei desde la cocina abierta. Ya ha abierto la nevera y se está sirviendo vodka en un vaso. Siempre vodka. Nunca whisky, nunca vino. Ruso hasta la médula.

- No. Me voy a dormir.

Él se gira y me mira. Hay algo en sus ojos - preocupación, tal vez miedo - que no dice en voz alta.

- Kat - dice en voz baja. - Sea lo que sea...

- Lo sé. - Me acerco y apoyo una mano en su brazo. El gesto es instintivo, familiar. - Lo afrontaremos juntos. Como siempre.

Asiente, pero la tensión no desaparece.

Me alejo, cruzo el inmenso salón. Mis pasos son silenciosos sobre el mármol frío. Los ventanales reflejan la ciudad iluminada, un mosaico de luces que nunca duerme.

Me detengo frente al cristal, apoyo la frente contra la superficie helada. Central Park es una sombra negra en el corazón de Manhattan. Los árboles parecen esqueletos contra el cielo.

Pienso en mañana. En la convocatoria. En lo que puede significar un acuerdo secreto entre mi padre y Salvatore Marchesi.

Y pienso en Vincent.

No lo he conocido nunca. No en persona. Solo sé cómo es por las fotos que Alexei ha reunido durante años. Pelo negro, ojos verdes, un metro ochenta y ocho de músculo y violencia. Hermoso como el diablo y probablemente dos veces más peligroso.

El hombre que mató a mi hermano.

El hombre al que debería odiar con cada fibra de mi ser.

Y lo odio.

Dios, cómo lo odio.

- Deberías dormir - dice Alexei a mi espalda. Se ha acercado en silencio, como hace siempre. Ex fuerzas especiales. El suelo nunca cruje bajo sus pasos.

- Lo sé.

- Mañana será duro.

- Lo sé.

Se queda ahí, de pie, a un metro de mí. No más cerca. Nunca más cerca que eso. Tenemos fronteras invisibles que ninguno de los dos cruza.

- Buenas noches, Kat.

- Buenas noches, Alexei.

Lo oigo alejarse, la puerta de su cuarto cerrándose con un clic suave.

Y yo me quedo sola frente al cristal.

Regreso al dormitorio unos minutos después. Me desnudo despacio, con los gestos mecánicos de quien ha repetido este ritual miles de veces. El vestido Valentino termina sobre el sillón, los diamantes en el joyero, el maquillaje retirado con cuidado.

Me miro en el espejo: rubia, hermosa, poderosa...

Sola.

Me deslizo entre las sábanas de seda y apago la luz. La oscuridad me envuelve, densa y total.

CAPÍTULO 2

El soldado prescindible

Vincent

El hombre que tengo delante dejó de respirar hace tres minutos. La sangre forma un charco oscuro sobre el cemento del almacén y refleja las luces de neón como si fuera pintura recién vertida. Tiene los ojos todavía abiertos, clavados en la nada. La expresión es la de alguien que no entendió lo que estaba pasando hasta el último segundo.

Idiota.

Me quito los guantes de látex y los tiro al contenedor que Tony ha dejado junto a la salida. Dentro ya está todo lo que tiene que desaparecer: plástico, cuerda, el teléfono del muerto. Esta noche arderá todo en un vertedero de Nueva Jersey. Mañana no quedará nada.

"¿De verdad era necesario pegarle tiros también en las rodillas?" pregunta Tony desde la puerta. Lleva un cigarrillo entre los labios, las manos en los bolsillos, esa expresión aburrida de quien ya ha visto esta escena demasiadas veces. "Porque me parece un poco excesivo."

"Quería correr." Me limpio las manos con una toallita húmeda y compruebo que no haya sangre bajo las uñas. "Le quité la opción."

"Pragmático."

"Eficiente."

Tony se ríe, esa clase de risa seca que no tiene nada que ver con la alegría. Es napolitano, tiene treinta y cuatro años y lleva diez siendo

mi mano derecha. El único que puede permitirse vacilarme y seguir vivo para contarlo.

Me acerco al fregadero de la esquina y abro el grifo. El agua sale fría, casi helada. Me lavo las manos con un cuidado metódico: debajo de las uñas, entre los dedos, las muñecas. El jabón industrial huele a cloro y lejía.

"¿Quién se encarga de limpiar esto?" pregunto sin girarme.

"Luca manda a dos hombres dentro de una hora. Mañana por la mañana este sitio estará más limpio que un quirófano."

Asiento. Luca es el consejero de mi padre, sesenta años de experiencia en negocios sucios. Si dice que quedará limpio, quedará limpio.

Me seco las manos y reviso la camisa. Una mancha de sangre en el antebrazo izquierdo, pequeña, casi invisible. Me quito la chaqueta, desabrocho los puños y me remango. La camisa es Tom Ford, quinientos dólares. Habrá que tirarla. Qué se le va a hacer.

"Vámonos", digo. "Tengo una reunión dentro de una hora."

Tony aplasta el cigarrillo bajo la suela y me sigue afuera. El aire de febrero corta la piel, huele a nieve que todavía no ha caído y a smog industrial. El almacén está en las afueras de Queens, en una zona de fábricas abandonadas y depósitos fantasma. Nadie ve nada, nadie oye nada, nadie habla.

El Audi negro nos espera aparcado unos veinte metros más allá. Tony se pone al volante; yo, atrás. Nunca conduzco después de un trabajo. Arrancamos sin prisa. El tráfico avanza lento hacia Manhattan, un río de luces rojas y bocinazos. Miro por la ventanilla: periferia que se vuelve ciudad, cemento que se vuelve cristal, pobreza que se vuelve lujo. Nueva York en treinta minutos.

"¿Quién era?" pregunta Tony al cabo de un rato.

"Uno que debía dinero."

"¿Cuánto?"

"Doscientos mil."

"Joder. ¿Lo matas por doscientos mil?"

"Tuvo tres meses para pagar. Eligió huir."

Tony suelta un silbido bajo. "Mala elección."

"Pésima."

No añado nada más. Tony no necesita detalles. Sabe cómo funciona. En nuestra familia las reglas son simples: pagas o mueres. No hay término medio, no hay descuentos, no hay piedad.

Y yo soy quien se encarga de hacer cumplir las reglas.

El móvil me vibra en el bolsillo. Mensaje de Marco, mi hermano. *Reunión adelantada. Dentro de media hora. Despacho del padrino.*

Resoplo.

"¿Problemas?" pregunta Tony por el retrovisor.

"Marco quiere adelantar la reunión."

"¿Y qué coño quiere ahora?"

"No lo sé. Pero cuando Marco adelanta una reunión, normalmente es porque piensa joderme de alguna manera."

Tony se ríe. "Tu hermano es una mierda."

"Lo sé."

"No, en serio. Es una mierda de verdad."

"Tony. Lo sé."

Marco tiene treinta años, dos menos que yo, y es el heredero designado de la familia Marchesi. Mi padre lo adora porque es calculador, político, bueno con los números. Todo lo que yo no soy. Yo soy el soldado. El que dispara, el que golpea, el que hace el trabajo sucio mientras Marco se mantiene impecable.

Mi padre me utiliza. Marco me desprecia. La familia me teme.

Nadie me quiere.

Y me parece bien. El amor es una debilidad. El respeto se gana con sangre.

Llegamos al despacho veinte minutos después. Es un edificio en el East Side, con fachada de mármol, conserjería con guardias armados y un ascensor privado que sube directo a la planta veinte. Desde fuera parece una firma de asesoría financiera. Por dentro es el cuartel general de la familia.

Tony aparca en el garaje subterráneo y me sigue hasta el ascensor. Subimos en silencio. Las puertas se abren a un pasillo elegante: suelos de madera oscura, cuadros en las paredes, iluminación tenue. Todo muy respetable. Todo muy falso.

El despacho de mi padre está al fondo. La puerta está abierta. Entro sin llamar.

Salvatore Marchesi está sentado detrás del escritorio, sesenta y cuatro años de poder absoluto. Cabello gris peinado hacia atrás, traje a medida azul medianoche, un anillo de oro en el meñique con el escudo de la familia. Me mira con esos ojos marrón oscuro que nunca delatan nada.

Marco está sentado en el sillón a su derecha. Viste como un banquero: traje gris claro, camisa blanca, corbata azul. Tiene mi

misma cara, pero más suave, menos marcada. Las manos limpias. Siempre limpias.

"Vincent", dice mi padre. Su voz es calmada, neutra. "¿Has resuelto el problema?"

"Resuelto."

"Bien."

No pide detalles. Le importan una mierda. Solo quiere saber que el trabajo está hecho.

Me siento en el sillón de enfrente y Tony se queda de pie detrás de mí. Posición estratégica: puede ver a todos y nadie puede pillarlo por la espalda.

"Tenemos que hablar", dice mi padre.

"Ya me lo imaginaba."

Marco se ajusta la corbata, ese gesto nervioso que siempre hace cuando está a punto de decirme algo que no me va a gustar.

"Tenemos una situación", empieza. Usa ese tono profesional que aprendió en la universidad, puro control y cero emoción. "Con los rusos."

"Los Morozov."

"Sí."

Los Morozov. La bratva rusa que controla el tráfico de diamantes y armas en la costa este. Hace tres años tuvimos una guerra territorial por el control del puerto de Newark. Terminó con sangre en ambos bandos.

Y conmigo disparándole a Dmitri Morozov.

El recuerdo es nítido. Puerto de Newark, una noche de lluvia, contenedores por todas partes. Dmitri intentando escapar. Yo disparándole dos veces: pecho y cabeza.

"¿Qué tengo que saber?" pregunto.

Mi padre se recuesta en el respaldo y entrelaza los dedos. "Antes de morir, Yuri Morozov y yo cerramos un acuerdo."

Yuri Morozov. El viejo jefe ruso, muerto hace seis meses de un infarto. Un bastardo duro que había levantado un imperio desde cero.

"¿Qué clase de acuerdo?"

"Una alianza. Para evitar otra guerra."

"Las alianzas se hacen con apretones de manos y acuerdos comerciales. No hace falta una reunión para eso."

Marco se inclina hacia delante. "Esta alianza requiere un sello más... personal."

La manera en que lo dice me lo deja claro. Miro a mi padre, luego a Marco, luego otra vez a mi padre.

"Estáis de broma."

"Un matrimonio", dice mi padre. Su voz es plana, definitiva. "Tú y Katerina Morozov."

El silencio que sigue es denso, pesado.

Entonces me echo a reír.

No puedo evitarlo. Es demasiado absurdo, demasiado ridículo. Acaban de pedirme que me case con la hermana del hombre al que maté.

"No", digo cuando dejo de reír. "Ni de puta broma."

"No es una petición", dice mi padre.

"¿Y tampoco es una condena a muerte? Porque suena exactamente a eso."

Marco interviene, siempre con ese tono de niño bueno. "Katerina Morozov ha heredado el imperio de su padre. Es joven, pero inteligente. El matrimonio consolidaría la alianza y..."

"Y me pone en una posición de mierda", lo interrumpo. "Ella sabe que maté a su hermano. ¿De verdad crees que no va a intentar matarme a la primera oportunidad?"

"Por eso habrá un contrato", dice mi padre. "Cláusulas claras. Ninguna violencia entre las partes."

"Los contratos no valen una mierda cuando hay venganza de por medio."

"Vincent." La voz de mi padre se endurece. "Esta familia necesita esa alianza. Los Morozov controlan demasiado. Si no nos aliamos, volveremos a la guerra. Y esta vez perderemos."

Lo miro. Veo la verdad en sus ojos... soy prescindible. Marco es el heredero, el que hay que proteger. Yo soy el soldado, el que se manda al frente.

Si muero, mala suerte. Encontrarán a otro.

"¿Y si me niego?" pregunto, aunque ya sé la respuesta.

"No puedes negarte."

Naturalmente.

Tony se aclara la garganta detrás de mí. "¿Puedo decir una cosa?"

Mi padre lo mira. "Habla."

"Esto es una gilipollez."

Marco resopla. "Nadie te ha pedido tu opinión, Caruso."

"Pues te la doy gratis: esto es una gilipollez monumental. Vincent se casa con la hermana del tipo al que mató, ¿y vosotros creéis que todo va a salir bien porque hay un contrato? ¿Lo decís en serio?"

"Tony", digo en voz baja. "Basta."

Se calla, pero le veo la rabia en los ojos.

Me pongo en pie. Camino hasta la ventana y miro la ciudad. Manhattan se extiende bajo mis pies, un mar de luces y cemento. He construido mi poder en esta jungla. He matado, traicionado, destruido para llegar a donde estoy.

Y ahora me piden que me case con una mujer que me odia.

Pienso en Katerina Morozov. Nunca la he conocido en persona, pero he visto las fotos. Rubia, preciosa, ojos azul hielo. El tipo de mujer que detiene el tráfico.

Y el tipo de mujer que podría matarme mientras duermo.

"¿Cuándo?" pregunto sin girarme.

"El contrato se firmará dentro de dos semanas", responde mi padre. "La boda civil, un mes después."

"Así de rápido."

"Los Morozov quieren cerrar esto. Nosotros también."

Me vuelvo hacia ellos. "¿Y si dijera que no?"

Mi padre me sostiene la mirada. "Entonces te conviertes en un

problema. Y en esta familia, los problemas se resuelven."

Más claro, imposible. Acepto o muero.

Marco sonríe, esa sonrisita de imbécil que me dan ganas de borrarle a puñetazos. "Míralo por el lado bueno. Katerina Morozov es guapísima. Podría ser peor."

"Sí", digo. "Podría casarme contigo."

Tony se ríe. Marco se pone rojo.

Mi padre golpea el escritorio con las palmas, un golpe seco. "Está decidido. Vincent, prepárate. Dentro de dos semanas conocerás a Katerina para firmar el contrato matrimonial."

"No puedo esperar", digo con sarcasmo.

"Puedes retirarte."

Salgo del despacho antes de decir algo que haga que me maten. Tony me sigue y cierra la puerta a nuestra espalda.

En el pasillo me apoyo en la pared y cierro los ojos.

"¿Quieres que matemos a alguien?" pregunta Tony. "Porque ahora mismo mataría a alguien con muchísimo gusto."

"No hace falta."

"¿Seguro? Porque a mí me parece que tu hermano se merece una bala."

"Tony."

"Solo lo digo."

Abro los ojos y lo miro. "¿Qué hago?"

Él enciende un cigarrillo, aunque aquí dentro está prohibido fumar. "Aceptas. Te casas con la rusa. Y luego ya verás."

"¿Así de simple?"

"Así de simple." Da una calada y suelta el humo hacia el techo. "Porque si te niegas te matan. Así por lo menos tienes una oportunidad."

Tiene razón. Odio cuando tiene razón.

"Podría matarme", digo.

"Podría. O podrías joderla tú primero."

"¿Cómo?"

Tony sonríe. "Eres Vincent Marchesi. Jodes a la gente para ganarte la vida. Esto es solo otra operación."

Vuelvo a casa cuando ya casi es medianoche.

Mi apartamento está en el West Village, un ático con vistas al Hudson. Quinientos metros cuadrados de lujo minimalista: paredes blancas, muebles modernos, ninguna foto, ningún recuerdo. Un sitio para dormir, follar, beber. Nada más.

Me sirvo un whisky, tres dedos, con hielo. Me lo bebo de pie frente al ventanal. La ciudad late bajo mis pies, viva, hambrienta, despiadada.

Como yo.

El móvil vibra. Mensaje de Sofia, la modelo con la que llevo follando tres meses. *¿Vienes a verme esta noche?*

Ignoro el mensaje. Ahora no tengo ganas de sexo. No tengo ganas de nada.

Voy hasta el despacho, enciendo el ordenador. Abro la carpeta que Tony ha preparado sobre Katerina Morozov. Archivo tras archivo: fotos, documentos, información.

Hago clic en una foto reciente.

Y la veo.

Katerina Morozov en una gala benéfica, hace tres meses. Vestido negro, cabello rubio suelto sobre los hombros, una sonrisa educada que no le llega a los ojos. Es preciosa. Más que en las fotos que había visto antes. De esa clase de belleza que duele mirar.

Y esos ojos.

Azul hielo. Fríos. Inteligentes. Peligrosos.

Me imagino a esa mujer en mi cama. Me imagino poseyéndola, haciéndola mía, rompiendo ese control glacial que lleva puesto como una armadura.

Me imagino mirándola a los ojos mientras se corre.

Y me imagino a ella matándome mientras duermo.

Las dos posibilidades me excitan.

Sonrío, amargo.

Esta mujer va a ser mi ruina o mi conquista. No hay término medio.

Y lo más raro es que me da igual cuál de las dos sea.

Cierro el ordenador y me termino el whisky.

Dentro de dos semanas conoceré a Katerina Morozov.

Dentro de un mes me casaré con ella.

Y después veremos cuál de los dos sobrevive.

Vuelvo al salón y me sirvo más whisky. El silencio es total, roto solo por el ruido amortiguado del tráfico veinte plantas más abajo.

Pienso en Dmitri Morozov. En aquella noche bajo la lluvia. En la forma en que cayó.

Pienso en su hermana.

Y pienso que quizá, solo quizá, este matrimonio de mierda podría ser lo más interesante que me haya pasado en la vida.

Porque Katerina Morozov no es una de las putas a las que me follo y olvido.

Es un desafío.

Es un peligro.

Es algo que quiero someter.

Vuelvo al despacho, abro otra vez el ordenador y miro esa foto una vez más.

Los ojos azules de Katerina me observan desde la pantalla.

Y yo sonrío.

"Será mía", digo en voz alta.

Aunque llegue a matarme.

Aunque yo tenga que matarla.

Será mía.

CAPÍTULO 3

Contrato y sangre

Katerina

El edificio es cristal y acero, elegante como un cuchillo. Dieciséis plantas en el corazón de Manhattan, una fachada que refleja el cielo gris de febrero. Sin letreros, sin nombres. Solo un número en la calle y una puerta blindada con interfono.

Territorio Marchesi.

El coche se detiene frente a la entrada. Alexei baja primero, revisa la calle y luego abre mi puerta. Me ofrece la mano. La tomo y salgo con movimientos medidos. Los tacones Louboutin golpean la acera con un clic seco.

Llevo un traje Armani gris perla, una camisa de seda negra y el pelo recogido en un moño impecable. Ninguna joya salvo los pendientes de diamantes. La imagen es exacta: poder sin ostentación, elegancia sin debilidad.

Detrás de nosotros, otros dos coches. Dimitri y Pavel bajan del primero; otros tres hombres, del segundo. Todos con traje oscuro, todos armados bajo la chaqueta. La seguridad Morozov jamás viaja ligera.

"Listos?" pregunta Alexei en voz baja.

"Siempre."

Miento. No estoy lista. No lo estaré jamás. Pero eso no lo digo.

Entramos.

El vestíbulo es mármol negro y madera oscura, con una iluminación tenue. Un hombre de traje gris nos espera junto al ascensor. Unos

cuarenta y cinco años, cara de burócrata, manos limpias. Probablemente el abogado de la familia.

"Señorita Morozov." Su sonrisa es profesional, vacía. "La estábamos esperando. Si quiere seguirme."

No respondo. Me limito a caminar hacia el ascensor. Alexei se coloca a mi derecha, un paso por detrás. Dimitri y Pavel nos siguen. Los otros tres se quedan en el vestíbulo. Cobertura total.

El ascensor sube en silencio. Observo los números encenderse: 8, 9, 10. El abogado se acomoda la corbata, nervioso. Seguramente no le entusiasma compartir un espacio cerrado con cinco rusos armados. Inteligente.

Piso dieciséis. Las puertas se abren a un pasillo ancho, paredes color marfil, cuadros modernos. Lujo discreto, poder silencioso. Igual que nosotros.

El abogado nos guía hasta una puerta al fondo. La abre y se hace a un lado.

"Adelante."

Entro.

La sala es grande, dominada por una mesa larga de madera oscura. Ventanales en dos lados con vistas a la ciudad, una vista de infarto sobre Central Park. Sillas de cuero negro, iluminación perfecta. Todo pensado para intimidar.

No funciona.

Pero no estoy sola en la habitación.

Ya hay tres hombres sentados al otro lado de la mesa. Reconozco a Salvatore Marchesi por las fotos: sesenta y cuatro años, pelo gris, ojos oscuros que lo evalúan todo. El patriarca. A su lado, un hombre más joven, elegante, con un rostro demasiado pulido. Marco

Marchesi, el heredero. Esa pinta de chico bueno que probablemente esconde una serpiente.

Y luego está él.

Vincent Marchesi.

El hombre que mató a mi hermano.

Está de pie junto al ventanal, de espaldas, con las manos en los bolsillos. Un metro ochenta y ocho de músculo y violencia contenida dentro de un traje negro de Tom Ford. Pelo oscuro perfectamente cortado, hombros anchos que llenan la chaqueta.

Se vuelve cuando entro.

Y nuestras miradas se cruzan por primera vez.

Ojos verdes. De un verde imposible. El tipo de verde que, en la naturaleza, sirve para advertir del peligro.

Me observa con una intensidad que siento sobre la piel. No se esconde, no finge educación. Su mirada recorre mi rostro, mis hombros, mi cuerpo, y vuelve a subir. Lenta, deliberada, posesiva.

Un arrogante de mierda.

Le devuelvo la evaluación con la misma desvergüenza. Vincent Marchesi es aún más atractivo que en las fotos. Guapo de una forma peligrosa, de esa belleza que promete placer y destrucción a partes iguales. Mandíbula cuadrada cubierta por una barba de dos días, facciones duras, labios que parecen acostumbrados a dar órdenes.

Y esos ojos. Dios, esos ojos.

Sonríe. Es la sonrisa de un depredador, llena de dientes y arrogancia.

Yo no sonrío.

Luego su mirada pasa por encima de mí, hacia Alexei.

Y el ambiente en la sala cambia.

Es casi imperceptible, pero lo siento. La temperatura baja cinco grados. El aire se vuelve más denso, más cargado. Dos depredadores que se reconocen.

Vincent inclina apenas la cabeza, con la mirada clavada en Alexei. "El perro guardián."

Su voz es profunda, áspera. El tipo de voz que ordena ejecuciones con la misma facilidad con la que pide un café.

Alexei da un paso al frente y se coloca a mi lado. "El carnicero."

El silencio que sigue es eléctrico.

Vincent sonríe con más descaro. "Carnicero. Me gusta. Es más preciso que 'soldado'."

"También serviría 'asesino'."

"Cierto. Pero sería hipócrita por tu parte, considerando."

"¿Considerando qué?"

"Considerando a cuántos has matado tú, *compañero*."

La última palabra rezuma sarcasmo, pronunciada con un acento ruso exagerado. Alexei no reacciona, pero veo la tensión en su mandíbula.

"La diferencia", dice en voz baja, "es que yo mato para proteger. Tú matas porque te gusta."

Vincent suelta una risa seca, sin alegría. "Ah, la moral del soldado. Tan noble. Tan patética."

"Vincent." La voz de Salvatore Marchesi es calmada, pero autoritaria. "Basta."

Vincent ni lo mira. Sigue observando a Alexei con esos ojos verdes llenos de desafío.

"Alexei", digo. Mi voz sale controlada, neutra. "Siéntate."

Él vacila un segundo y luego obedece. Se sienta a mi derecha, con Dimitri y Pavel detrás de nosotros. Posición táctica perfecta.

"Un momento." La voz de Vincent es afilada. Se pone de pie y camina hacia la mesa con movimientos felinos. Se detiene al otro lado, frente a mí. "Antes de que firmes, quiero saber si entiendes lo que estás aceptando."

Lo miro directamente a los ojos. "Soy perfectamente consciente."

"¿De verdad? Porque este contrato te ata a mí. Legalmente, políticamente, físicamente." Se inclina hacia delante, apoyando las manos en la mesa. "No es una alianza simbólica. Es un matrimonio real."

"El contrato especifica habitaciones separadas", replico.

"Al principio. Pero tarde o temprano..." Su sonrisa es oscura, cargada de promesas. "Tarde o temprano, *Katerina*, acabarás exactamente donde yo quiera."

La forma en que pronuncia mi nombre me eriza la piel. No de miedo. De rabia.

"Sigue soñando, *Vincent*", respondo con el mismo tono sarcástico. "Quizá algún día despiertes."

Marco se ríe por lo bajo. Salvatore lo manda callar con una mirada.

"Me gustas. Tienes agallas."

"Y tú tienes arrogancia. Supongo que va de la mano con la estupidez."

Alexei tose. Probablemente está intentando no reírse.

Vincent lo mira. "¿Algo que decir, *compagno*?"

"Solo que la señorita tiene razón."

"¿Ah, sí? ¿Y qué sabes tú de mí?"

"Sé que hace tres años le disparaste a un hombre desarmado."

El silencio que cae es absoluto, pesado como plomo.

Vincent ni parpadea. "Dmitri Morozov no estaba desarmado. Y no era inocente."

"Era mi hermano", digo. Mi voz es plana, controlada, pero cada palabra es un cuchillo.

Los ojos verdes de Vincent vuelven a mí. Por un segundo, solo uno, veo algo que podría ser remordimiento.

"Lo sé", dice en voz baja. "Y lo siento. Pero era guerra. Él lo sabía. Yo lo sabía. No era nada personal."

"Nada personal." Repito sus palabras despacio, saboreándolas. "Mataste a mi hermano y dices que no era personal."

"No. Era trabajo."

"¿Trabajo?" Sonrío, y sé que es una sonrisa terrible. "Qué interesante. Porque para mí, casarme con el hombre que mató a mi hermano también es solo trabajo."

Vincent inclina la cabeza y me estudia. "Touché."

"Me alegra que aprecies la ironía."

"Oh, la aprecio. Pero tengo curiosidad por algo."

"¿Qué?"

Se inclina otra vez hacia delante, bajando la voz. Solo yo puedo oírlo. "¿Cuánto tiempo crees que aguantarás antes de querer vengarte... a mi manera?"

El calor de sus palabras es inequívoco. No está hablando de venganza. Está hablando de sexo.

Lo sostengo con la mirada sin pestañear. "¿Cuánto tiempo crees que vas a aguantar antes de que te meta una bala en la cabeza?"

Sonríe. "¿Ese es el juego? ¿Ver quién mata a quién primero?"

"No es un juego."

"No. Es mejor."

Alexei se levanta tan rápido que la silla se desliza hacia atrás. "Basta."

Vincent lo mira. "Siéntate, soldado. Los adultos están hablando."

"¿Los adultos?" Alexei se ríe, pero es una risa sin humor. "Tú solo eres un puto niño mimado jugando a la guerra."

"Alexei", digo. Mi voz corta como cristal.

Él me mira. Veo la rabia en sus ojos grises, la tensión en su cuerpo. Está listo para saltar, para destruir. Por mí. Siempre por mí.

"Siéntate", repito, más bajo.

Duda, luego obedece. Pero no aparta la vista de Vincent.

"Buen perro", dice Vincent con sarcasmo. "También sabe obedecer."

Alexei vuelve a ponerse en pie de un salto.

Vincent se ríe. "Predecible."

"Basta." Mi voz cruza la sala como un látigo. Todos se callan y me miran. "Vosotros dos podéis mediros las cicatrices, las armas y el ego en otro momento. Hoy firmamos y nos vamos. ¿Ha quedado claro?"

Salvatore Marchesi se ríe. Es la primera vez que emite un sonido. "Me gusta esta chica", le dice a su hijo. "Tiene carácter."

"Demasiado carácter", murmura Marco.

"No existe demasiado carácter", replica su padre. "Solo hombres demasiado débiles para manejarlo."

Vincent vuelve a su sitio y se sienta. Alexei hace lo mismo. Los dos siguen mirándose como lobos a punto de arrancarse la garganta.

Y yo estoy en medio.

El abogado, que parece a punto de sufrir un infarto, saca dos copias del contrato. Empuja una hacia mí y otra hacia Vincent.

"Si quieren revisarlo..."

"No hace falta", digo. Cojo la pluma que me ofrece y paso las páginas con rapidez. Términos económicos, cláusulas de no violencia, apariciones públicas obligatorias, discreción absoluta.

Hijos.

Con Vincent Marchesi.

La idea me revuelve el estómago.

Llego a la última página. La línea para la firma.

Dudo.

No porque tenga miedo. No porque quiera echarme atrás.

Dudo porque sé que en el momento en que firme, todo cambia. Me convierto en propiedad de una familia que mató a la mía. Me convierto en esposa del hombre que apretó el gatillo.

Me convierto en una pieza dentro de un juego más grande que yo.

"¿Problemas?" La voz de Vincent rezuma sarcasmo.

Lo miro. Él me mira. En esos ojos verdes veo desafío, deseo y algo más oscuro. Algo que promete guerra.

Sonrío. "Ningún problema."

Firmo.

Mi nombre corre sobre el papel con tinta negra. Katerina Morozov. Pronto será Katerina Marchesi.

La idea me da ganas de vomitar.

Vincent toma su copia y firma sin vacilar. La caligrafía es firme, agresiva. Vincent Marchesi. El hombre que será mi marido.

El abogado recoge los contratos, los sella y los guarda en la carpeta. "Perfecto. La boda civil está fijada para el quince de marzo. Después, la ceremonia privada se celebrará en..."

"Después de la ceremonia me voy", lo interrumpo. "He respetado el contrato. He firmado. No hay nada más que discutir."

Me levanto y me giro para marcharme.

"Katerina."

La voz de Vincent me detiene. No porque yo quiera, sino porque hay algo en su tono que me obliga a volverme.

Está de pie, mirándome con una intensidad que me quema la piel.

"Dentro de un mes serás mi esposa", dice. "Y quiero que una cosa quede clara."

"¿Cuál?"

Camina hacia mí. Lento, controlado, peligroso. Se detiene a pocos centímetros. Demasiado cerca. Invade mi espacio personal con una descarada seguridad de depredador.

Alexei se pone en pie de golpe, dispuesto a intervenir.

Vincent alza una mano sin mirarlo. "Quieto, Fido. No voy a morder."

"Vincent", dice Salvatore. Tono de advertencia.

Pero Vincent no escucha. Sigue mirándome con esos ojos verdes que parecen devorarme.

"Puedes odiarme todo lo que quieras", dice en voz baja. "Puedes soñar con matarme cada noche. Incluso puedes intentarlo, si te divierte. Pero entiende una cosa: yo no retrocedo."

"¿Y crees que vas a quererme?" Me río, sarcástica. "Qué romántico."

"No he dicho que te quiera." Su sonrisa es de lobo. "He dicho que te conseguiré. Hay una diferencia."

Me inclino hacia delante, hasta quedar a pocos centímetros de su rostro. Siento su aroma: tabaco, whisky, algo más oscuro. Peligroso. Adictivo.

"Escúchame bien, *marido*", siseo. "Puedes firmar todos los contratos del mundo. Puedes ponerme un anillo en el dedo. Pero no me tendrás jamás. Jamás."

"Ya veremos."

"No. No hay nada que ver. Eres el hombre que mató a mi hermano. Y yo no olvido."

"No te lo pido."

"¿Qué?"

"Olvidar." Se inclina todavía más, sus labios casi rozan mi oído. "Recuerda todo. Ódiame si quieres. Pero tarde o temprano, Katerina, vas a ceder."

Retrocedo como si me hubiera quemado. "Vete a la mierda."

"Encantado, si es contigo." Sonríe. "Dentro de unos meses."

Alexei explota.

Se lanza hacia delante, agarra a Vincent por el cuello de la camisa y lo estrella contra la pared. El movimiento es tan rápido que nadie tiene tiempo de reaccionar. Yo sí: se me corta la respiración.

Los hombres de los Marchesi hacen lo mismo.

Todos están armados. Todos listos para disparar.

"¡Alexei!" Mi voz es una orden. "Suéltalo."

No me oye. Tiene a Vincent contra la pared, el antebrazo apretándole la garganta. Los ojos grises son pura furia.

"Si la tocas", sisea, "te mato. Me importa una mierda el contrato, me importan una mierda las consecuencias. Te mato con mis propias manos."

Vincent no forcejea. Ni siquiera parece asustado. Sonríe.

"Hecho", dice con voz ronca. "Pero tendrás que hacer cola. Tu dueña llegará antes."

Alexei aprieta más. Vincent empieza a perder color.

Me acerco y apoyo una mano en el brazo de Alexei. "Suéltalo. Ahora."

Él me mira. Veo el conflicto en sus ojos. Quiere matarlo. Quiere hacerle pagar a Vincent cada gota de sangre de Dmitri.

"Por favor", digo más bajo. "Suéltalo."

La palabra mágica. Nunca la uso. Pero ahora es necesaria.

Alexei abre los dedos. Vincent cae hacia delante, se masajea la garganta y tose.

"Joder", dice riéndose. "Tienes un agarre fuerte, *compagno*."

"La próxima vez no te suelto", responde Alexei.

"Estoy deseándolo."

Me coloco entre los dos, físicamente. Miro primero a Vincent y luego a Alexei.

"Esto termina aquí", digo. Mi voz es tranquila, pero la autoridad es inconfundible. "Podéis odiaros todo lo que queráis. Incluso podéis mataros, me da igual. Pero no hoy. No aquí. ¿Entendido?"

Alexei asiente, la mandíbula apretada.

Vincent se arregla la chaqueta, con esa sonrisa todavía ahí. "Como desee, *signora Marchesi*."

El título me hiela la sangre.

Señora Marchesi.

Dentro de un mes de verdad seré eso.

"Vámonos", le digo a Alexei.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta. Dimitri y Pavel me siguen. Alexei se queda atrás un segundo, lanzándole una última mirada de desafío a Vincent.

Luego me alcanza.

Salimos de la sala. La puerta se cierra detrás de nosotros con un clic definitivo.

En el pasillo me apoyo en la pared y cierro los ojos. Siento el corazón latiendo demasiado fuerte, las manos temblándome.

"Kat." La voz de Alexei suena preocupada. "¿Estás bien?"

"Sí."

"¿Segura?"

Abro los ojos y lo miro. "Acabo de firmar un contrato que me ata al hombre que mató a mi hermano. ¿Cómo crees que estoy?"

Él no responde. Me apoya una mano en la espalda, un gesto protector que conozco bien. Me guía hacia el ascensor.

Bajamos en silencio. En el vestíbulo, los otros tres hombres nos esperan. Todos juntos salimos al aire frío de febrero.

El coche nos espera. Alexei me abre la puerta y me ayuda a subir. Se sienta a mi lado, Dimitri al volante. Nos ponemos en marcha.

Miro por la ventanilla. La ciudad pasa rápida, un río de cristal y cemento.

"No debiste detenerme", dice Alexei al cabo de un rato. "Podía matarlo."

"Lo sé."

"Entonces, ¿por qué?"

Me vuelvo hacia él. "Porque si te dejabas matar por mí, jamás me lo habría perdonado."

Me mira, sorprendido.

"Vincent Marchesi no vale tu vida", continúo. "No vale nada. Es solo..." Me callo, buscando la palabra correcta. "Es solo algo que tengo que soportar."

"Es un bastardo."

"Lo sé."

"Y te quiere."

"Eso también lo sé."

"Te hará daño."

Lo miro de frente. "Puede intentarlo. Pero descubrirá que yo hago más daño que él."

Alexei sonríe. Es la primera sonrisa real del día. "De eso no tengo dudas."

Volvemos a casa en silencio. Pero en mi cabeza, las palabras de Vincent siguen girando.

Tarde o temprano vas a ceder. Y cuando lo hagas, será porque lo deseas.

Aprieto los puños.

No.

No voy a ceder jamás.

Vincent Marchesi puede ser tan guapo como quiera. Puede ser peligroso, fascinante. Puede tener esos ojos verdes que parecen

mirar dentro de mí.

Pero yo no cedo.

No con él.

Nunca.

Aunque una parte de mí, pequeña, oscura, peligrosa, susurre algo distinto.

Aunque una parte de mí haya sentido su perfume y haya querido acercarse en lugar de huir.

Aunque una parte de mí haya mirado esa sonrisa de depredador y haya pensado: *desafío aceptado*.

Sacudo la cabeza y aparto esos pensamientos.

Dentro de un mes me casaré con Vincent Marchesi.

Y entonces empezará la guerra de verdad.

CAPÍTULO 4

Guerra doméstica

Katerina

El matrimonio dura catorce minutos.

El ayuntamiento es elegante pero estéril, todo mármol blanco y funcionarios aburridos. El oficial del registro civil recita la fórmula con voz monótona, como si estuviera leyendo la lista de la compra. Vincent lleva un traje negro que cuesta más que el PIB de un país del tercer mundo. Yo, un conjunto Chanel color marfil que no es un vestido de novia, pero se le acerca lo suficiente como para que resulte irónico.

No hay flores. No hay música. No hay nada que recuerde, ni de lejos, a una boda de verdad.

Las familias están sentadas en lados opuestos de la sala, como en un juicio. Salvatore Marchesi delante, Marco a su lado, otros hombres detrás. Al otro lado, Viktor Orlov y los consejeros de la bratva, con Alexei de pie junto a la pared, brazos cruzados, expresión homicida.

"Si alguien tiene algo que objetar a esta unión, que hable ahora o calle para siempre", dice el oficial.

Alexei tose. Fuerte.

Vincent lo mira y sonríe. "¿Problemas respiratorios, *camarada*?"

"Pelo de rata en la garganta", responde Alexei.

El oficial nos ignora y continúa. "Vincent Marchesi, ¿aceptas a Katerina Morozov como tu legítima esposa?"

"Acepto". La voz de Vincent es firme, segura. Me mira mientras lo dice, con esos ojos verdes que prometen guerra.

"Katerina Morozov, ¿aceptas a Vincent Marchesi como tu legítimo esposo?"

Vacilo. Solo un segundo. Lo suficiente para que Vincent alce una ceja.

"Acepto".

Las palabras me salen como vidrio molido.

"Los declaro marido y mujer".

Hecho. Estoy casada. Con el hombre que mató a mi hermano.

El oficial cierra el registro. "Puede besar a la novia".

El silencio que sigue es eléctrico.

Vincent da un paso hacia mí. Yo retrocedo.

"No te atrevas", digo en voz baja.

Sonríe. "Es parte de la ceremonia, *esposa*."

"La ceremonia ha terminado".

"Técnicamente, no". Se acerca otra vez, invade mi espacio. "No termina hasta que nos besemos".

"Entonces no terminará jamás".

"Qué pena". Se inclina hacia delante, con los labios cerca de mi oído. "Tarde o temprano vas a tener que dejarme hacerte mucho más que un beso".

Le doy una patada. No fuerte, no lo bastante para tirarlo. Solo lo justo para hacerlo retroceder.

"Ups", digo con falsa inocencia. "Se me resbaló el tacón".

Detrás de nosotros, alguien se ríe. Probablemente Tony.

Vincent se masajea la espinilla, todavía con esa sonrisa de cabrón. "Viva. Me gusta".

"Me alegro por ti".

Firmamos los documentos. Mi nombre - Katerina Marchesi - se ve mal sobre el papel. Como una mentira escrita a bolígrafo.

Salimos del ayuntamiento bajo una lluvia ligera. Los coches nos esperan: su Audi negro, mi Mercedes plateado.

"¿Adónde vamos?", pregunto.

"A casa", responde Vincent.

"Yo ya tengo una casa".

"La tenías. Ahora vives conmigo".

"El contrato especificaba un periodo de transición".

"El contrato especificaba 'residencia conyugal compartida'. Y la residencia es la mía".

Aprieto los puños dentro de los guantes de piel. "¿Qué tan grande es ese ático?"

"Lo bastante".

"¿Lo bastante para qué?"

Sonríe. "Lo bastante para lo que tengo en mente".

El ático está en la planta cuarenta de un rascacielos del West Village. Vista al Hudson, ventanales por todas partes, suelos de mármol negro. Quinientos metros cuadrados de lujo masculino e impersonal:

sofás de cuero, muebles de diseño, nada de color salvo blanco, negro y gris.

Parece una suite de hotel. Fría. Vacía. Perfecta para un hombre que no tiene nada que ocultar porque no tiene nada que mostrar.

"Hogar, dulce hogar", dice Vincent al abrir la puerta.

Entro. Alexei me sigue de inmediato, con una maleta en la mano. Detrás de él, Dimitri y Pavel con otras dos maletas. Los tres se mueven como si ya se hubieran estudiado el plano del apartamento.

Vincent los mira. "Perdona, pero pensaba que íbamos a estar solo tú y yo".

"Pensaste mal", respondo.

"Katerina". Su voz lleva un hilo de advertencia. "El acuerdo estaba claro. Tú te mudas aquí. Sola".

"El acuerdo no especificaba nada sobre la seguridad".

"No necesitas seguridad. Estás en mi casa".

"Precisamente". Sonrío. "Por eso necesito seguridad".

Alexei se ríe. Vincent lo fulmina con la mirada.

"Fuera", les dice a Dimitri y Pavel. "Vosotros dos, fuera".

Ellos me miran a mí. Esperan mi orden, no la suya.

Asiento. Se van, pero se quedan en el pasillo. En posición estratégica: lo bastante cerca para intervenir, lo bastante lejos para no resultar invasivos.

Alexei no se mueve.

"Tú también", dice Vincent.

"No".

"No es una pregunta".

"Y tampoco es una orden que vaya a obedecer". Alexei deja la maleta, se quita la chaqueta, la cuelga en el perchero junto a la puerta como si estuviera en su casa. "Entonces, ¿dónde está mi habitación?"

Vincent suelta una carcajada. "¿Tu habitación? ¿Hablas en serio?"

"¿Tengo cara de estar bromeando?"

"Tienes cara de estar a punto de salir volando a patadas".

"Inténtalo".

Se acercan. Dos metros, luego uno, luego medio. Dos alfas midiéndose.

"Basta". Mi voz corta el aire. "Vincent, Alexei se queda".

"Ni hablar".

"Sí, claro que sí. Es mi jefe de seguridad. Vive donde vivo yo".

"No en esta casa".

"Entonces yo tampoco viviré en esta casa".

Vincent me mira, con la mandíbula tensa. Veo el cálculo en sus ojos. Cuánto puede apretar, cuánto puede sacar. Sabe que si me obliga, yo pierdo la cara. Pero también sabe que si cede, pierde poder.

"Habitación de invitados", dice al final, entre dientes. "Al fondo del pasillo. Lejos de nuestra habitación".

"Perfecto", digo.

"Aceptable", dice Alexei.

Vincent nos mira a los dos como si estuviera calculando de cuántas maneras puede matarnos sin dejar pruebas.

Probablemente muchísimas.

La primera semana es una pesadilla.

Vincent y Alexei se comportan como dos gatos enjaulados: se evitan, se estudian, se provocan.

El primer día, Alexei decide preparar el desayuno. Hace café ruso: fuerte, negro, amargo, usando la máquina espresso de Vincent.

Vincent entra en la cocina, ve la escena, y la vena de su sien empieza a palpitar.

"Esa es una La Marzocco de veinte mil dólares", dice.

"Enhorabuena", responde Alexei sin girarse. "Hace un café excelente".

"Está calibrada para espresso italiano, no para esa porquería que bebéis vosotros".

"¿Porquería?" Alexei se gira, taza en mano. "Esta 'porquería' es café de verdad. Lo que bebes tú es agua sucia".

"Esa agua sucia cuesta cincuenta dólares el kilo".

"Y aun así sabe a meados".

Yo estoy sentada en la barra, intentando no reírme. Vincent me mira.

"¿Te parece gracioso?"

"Lo bastante".

"Bien". Le quita la taza a Alexei y la vacía en el fregadero. "Ahora sí que es más gracioso".

Alexei no reacciona. No de inmediato. Se limita a servirse más café, siempre con esa calma letal de soldado entrenado.

Luego esconde las cápsulas de Vincent.

Todas.

Vincent las busca durante veinte minutos, cada vez más furioso, hasta que encuentra a Alexei en el sofá leyendo el periódico y bebiéndose su taza.

"¿Dónde están?"

"¿Dónde está qué?", pregunta Alexei con inocencia.

"Mis cápsulas".

"No lo sé. ¿Has mirado en la basura?"

Vincent cuenta hasta diez. Se le ve en los labios. Luego sale, da un portazo, y vuelve veinte minutos después con café de Starbucks.

Victoria de Alexei, uno a cero.

El segundo día, Vincent decide reafirmar el territorio.

Entra en el salón y encuentra a Alexei sentado en su sofá, con los zapatos sobre la mesa de centro y el mando a distancia en la mano. Está viendo fútbol ruso con comentaristas en cirílico.

"Ese es mi sitio", dice Vincent.

"Qué interesante. No veo tu nombre escrito".

"Es mi sofá, en mi casa".

"Nuestra casa ahora. Matrimonio, ¿recuerdas?" Alexei sonríe. "Ya casi somos familia".

Vincent respira hondo por la nariz. "Quita los pies de la mesa".

"No".

"Alexei", advierto. "Los pies".

Los baja. Pero solo porque se lo pido yo. Y Vincent lo sabe.

Esa noche, Vincent reprograma el sistema de alarma. Mete un código nuevo que solo conocemos él y yo. Cree que ha ganado.

A la mañana siguiente, Alexei entra con el café. Sin alarma.

"¿Cómo coño has entrado?", pregunta Vincent.

"Tengo el código".

"Imposible. Lo cambié anoche".

"Y yo lo descubrí esta mañana". Alexei da un sorbo al café. "Eres predecible. La fecha de cumpleaños de tu madre. Demasiado fácil".

Vincent se pone morado.

Victoria de Alexei: dos a cero.

El tercer día pasa lo de la vodka.

Vincent tiene una colección de whiskies carísimos en la estantería del salón. Botellas de mil dólares cada una, etiquetas que parecen obras de arte.

Alexei la mira con desprecio. "¿No hay vodka?"

"No", responde Vincent. "Porque yo bebo alcohol de verdad, no disolvente".

"El whisky es para viejos que ya no saben lo que sostienen entre las manos".

"Y la vodka es para rusos que ya no sienten nada".

Silencio tenso.

Luego Alexei sonríe. "Tienes razón. La vodka es para quien tiene el valor de sentirlo todo".

Esa noche, Vincent vuelve a casa y encuentra una botella de vodka Beluga sobre la encimera de la cocina. Al lado, una nota.

Para cuando te crezcan los huevos. - A.

Me río tan fuerte que me duelen las costillas.

Vincent rompe la nota y la tira. Pero la botella se queda ahí.

Tres días después, está vacía.

Empate: dos a uno.

El cuarto día es cuando las cosas se pudren.

Vuelvo a casa después de una reunión con los búlgaros. Cansada, nerviosa, con ganas solo de un baño caliente y silencio.

En cambio, encuentro a Vincent y a Alexei en el salón, gritándose en tres idiomas distintos.

"¿Qué pasa?", pregunto.

"Él", dice Vincent, señalando a Alexei, "ha movido mis pesas".

"¿Qué?"

"Las mancuernas del gimnasio. Las ha movido. Todas. Al sitio equivocado".

"¿Equivocado según quién?", replica Alexei. "Según yo, estaban en el sitio correcto. Ese donde no ocupan espacio inútil".

"¡Ocupaban MI espacio!"

"Un espacio enorme para dos mancuernas ridículas".

"¿Ridículas?" Vincent da un paso adelante. "Pesan cincuenta kilos cada una".

"Precisamente. Ridículas. Yo levanto más en el calentamiento".

"Y una mierda".

"¿Quieres apostar?"

"Sí. Quiero apostar".

Se encaran como dos toros a punto de embestir.

"Nadie apuesta nada", digo. "Vincent, son mancuernas. Muévelas tú".

"No es ese el punto".

"Entonces, ¿cuál es el punto?"

Me mira. "El punto es que él no respeta este espacio".

"Este espacio no es tuyo", replica Alexei. "Es de Katerina. Y yo protejo a Katerina. Así que también es mío".

"Proteger no significa invadir".

"Invadir no significa vivir".

"¡Vivir no significa tocarme los cojones a todas horas!"

"¡BASTA!" Mi voz estalla. "Vosotros dos, callaos. Ahora".

Se callan. Me miran. Los dos respiran con fuerza, los dos listos para saltarse al cuello.

"Vincent", digo con calma glacial. "Es tu casa. Lo reconozco. Pero Alexei tiene razón... yo vivo aquí, así que él vive aquí. Es mi guardaespaldas. No puedes echarlo".

Vincent aprieta la mandíbula, pero no responde.

"Alexei", continúo. "Deja de provocarlo. Deja de mover sus cosas. Deja de comportarte como si esto ya fuera territorio tuyo".

"Kat..."

"No. Silencio. Los dos os comportáis como niños. Y yo no tengo tiempo para esta mierda". Me quito el abrigo y lo tiro al sofá. "Ahora voy a darme un baño. Cuando salga, quiero que hayáis encontrado una forma de convivir sin mataros. ¿Queda claro?"

Asienten.

Los dos.

Como dos perros regañados.

Voy al baño, cierro la puerta y apoyo la espalda en la madera fría.

Cristo. Vivir con dos alfas es una pesadilla.

Esa noche no consigo dormir.

El dormitorio es enorme: cama king size, armarios empotrados, baño privado. Todo perfecto. Todo frío.

Me quedo tumbada en la oscuridad, mirando el techo. Vincent duerme en la habitación de al lado. Alexei, en la del fondo del pasillo. Dos hombres que se odian, bajo el mismo techo, por mi culpa.

Me levanto, me pongo una bata de seda y salgo en silencio.

El ático está a oscuras, iluminado solo por las luces de la ciudad que entran por los ventanales. Camino descalza hacia el salón y me sirvo vodka. La que compró Alexei. Vincent tenía razón: pega como disolvente.

Pero ayuda.

"¿No puedes dormir?"

La voz me hace sobresaltarme. Me giro.

Vincent está en el umbral, con pantalones de pijama y nada más. El pecho desnudo deja ver músculos tallados, una cicatriz sobre las costillas, tatuajes que no había notado antes. Es guapo de una forma violenta, peligrosa.

Aparto la mirada.

"No", respondo. "¿Y tú?"

"No". Se acerca, coge un vaso y se sirve whisky. "Demasiados rusos en casa. Me mantienen despierto".

"Solo es uno".

"Uno ya es demasiado".

Bebo, y el líquido me quema la garganta. "Deberías acostumbrarte. No se va a ir".

"Lo sé". Me mira con esos ojos verdes indescifrables. "¿Por qué es tan importante para ti?"

"Porque es todo lo que me queda".

La verdad sale antes de que pueda detenerla. Vincent no responde; solo sigue mirándome.

"Dmitri", digo en voz baja. "Le pidió que me protegiera. Antes de morir. Y Alexei... Alexei cumple sus promesas".

"¿Aunque esa promesa lo obligue a vivir con el hombre que mató a su mejor amigo?"

"Sí".

Vincent bebe y deja el vaso. "Es leal. Eso lo respeto".

"No pensaba que respetaras nada".

"Respeto la lealtad. Es rara".

Se acerca. Un paso, luego otro. Se detiene a pocos centímetros. Demasiado cerca. Puedo sentir el calor de su cuerpo, el olor a jabón y whisky.

"Katerina", dice en voz baja. "No podemos seguir así".

"No hay ningún 'así'. Solo hay un contrato".

"Hay más que un contrato. Y lo sabes".

"No sé nada".

"Mentirosa". Se inclina hacia mí, levanta la mano y sus dedos rozan mi mejilla. "Siente esto. Lo que siento yo. Hay algo entre nosotros. Algo oscuro".

Retrocedo. "Lo único que hay entre nosotros es sangre".

"Eso también". Sonríe, pero no es una sonrisa feliz. "Pero no solo eso".

"Vete a dormir, Vincent".

"Ven conmigo".

"No".

"Tarde o temprano dirás que sí".

"Sigue soñando".

Me doy la vuelta y vuelvo hacia mi habitación. Pero él me sigue, me atrapa con suavidad de la muñeca y me gira hacia él.

"Una cosa", dice. "Solo quiero saber una cosa".

"¿Qué?"

"Cuando me miras, ¿qué ves? ¿Al hombre que mató a tu hermano? ¿O algo más?"

Lo miro directamente a los ojos. "Veo a un hombre peligroso. Un hombre que no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere. Un hombre que me lo ha quitado todo".

"¿Y?"

"Y a un hombre que me asusta. Porque una parte de mí, pequeña y enferma, quiere ver hasta dónde es capaz de llegar".

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Verdaderas. Peligrosas.

Vincent sonríe. Una sonrisa auténtica, esta vez. "Eso es todo lo que quería oír".

Me suelta.

Vuelvo a mi habitación, cierro la puerta y apoyo la espalda en la madera.

El corazón me late demasiado fuerte. Las manos me tiemblan.

Cristo.

Acabo de admitir lo que no quería admitir ni ante mí misma.

Vincent Marchesi me atrae.

No porque sea guapo. No porque sea poderoso.

Sino porque es peligroso. Y yo, al parecer, tengo debilidad por el peligro.

Me meto en la cama, pero el sueño no llega.

No dejo de pensar en esas manos sobre mi muñeca. En esos ojos verdes. En esa voz que promete guerra y algo más.

Algo que me da más miedo que la sangre.

Deseo.

A la mañana siguiente, Vincent y Alexei desayunan juntos.

En silencio. Pero juntos.

Alexei prepara el café. Vincent no dice nada.

Victoria de todos: cero a cero.

La guerra sigue.

Pero las reglas han cambiado.

Y yo, atrapada en medio, empiezo a preguntarme quién perderá primero.

Ellos.

O yo.

CAPÍTULO 5

Líneas rojas

Vincent

La veo desde la puerta de mi despacho.

Katerina está de pie junto al ventanal del salón, con el teléfono en la oreja, hablando en ruso con alguien. Lleva vaqueros negros y una camisa blanca que le deja los hombros al descubierto. Descalza. El pelo rubio suelto sobre la espalda.

Alexei está detrás de ella, un paso más cerca de lo que debería. Tiene una mano apoyada en su espalda, entre los omóplatos. Un gesto protector, instintivo. Ella no se aparta, no retrocede. Sigue hablando como si esa mano fuera una parte natural de su espacio.

Aprieto los dientes.

No es nada. Sé que no es nada. Alexei es su mano derecha, la protege desde que ella tenía dieciocho años. Es normal que estén cerca. Es normal que se toquen.

Una mierda de normal.

Esta es mi casa. Esa es mi mujer. Y ese bastardo ruso tiene las manos sobre ella como si tuviera derechos que no tiene.

Tony entra en el despacho, me ve parado en el umbral y sigue mi mirada. Sonríe.

"¿Problemas?", pregunta con falsa inocencia.

"No."

"¿Seguro? Porque pareces a punto de matar a alguien."

"Siempre."

"Ya. Pero normalmente no miras a Alexei como si quisieras enterrarlo vivo."

"No lo estoy mirando."

"Claro. Estás mirando la pared que tiene detrás."

Me doy la vuelta y regreso al escritorio. Tony me sigue, se sienta en el sillón de enfrente. Tiene esa sonrisa de cabrón clavada en la cara.

"¿Qué quieres?", pregunto.

"Confirmar la reunión de esta noche. Los polacos. Almacén en Brooklyn."

"Confirmada."

"¿Katerina viene?"

"No."

"¿Seguro? Porque el acuerdo dice que ella tiene que estar presente en las negociaciones que impliquen a la bratva."

"Puede mirarlas por streaming."

Tony se ríe. "No funciona así y lo sabes. Si ella no viene, los polacos pensarán que no tienes el control de la situación."

"Tengo el control."

"Entonces haz que venga."

Lo miro. "¿Qué pasa, te gusta verme sufrir?"

"Sí." Sonríe más abiertamente. "Es divertido. Nunca te había visto tan nervioso por una mujer."

"No estoy nervioso."

"Estás nervioso, celoso, y probablemente te mueres por follar, pero no puedes porque tu mujer te odia."

"Tony."

"Solo estoy diciendo la verdad."

"La verdad es que, si no te levantas y te largas de aquí, te pego un tiro."

"¿Con qué? ¿Con tu frustración sexual?"

Le lanzo un bolígrafo. Lo esquiva riéndose, se levanta y va hacia la puerta. Antes de salir, se gira.

"Tráela esta noche. Y trae también al perro guardián, así te vas acostumbrando."

"Que te jodan."

"Yo también te quiero."

Se va. Lo odio.

El almacén de Brooklyn es uno de los que usamos para reuniones no oficiales. Hormigón, sin ventanas, una sola entrada controlada. Perfecto para tratos que pueden acabar mal.

Llegamos en tres coches. Yo, Tony y seis hombres. Katerina en el segundo coche con Alexei y otros cuatro rusos. Separación táctica: si nos atacan, ella queda protegida.

Me bajo y espero a que ella también lo haga. Lleva un traje negro, tacones, el pelo recogido. Profesional. Hermosa hasta doler.

Alexei sale después de ella y se coloca de inmediato a su izquierda. Escanea el perímetro por puro reflejo, con la mano cerca de la

chaqueta donde lleva la pistola. Es bueno, tengo que admitirlo. Jodidamente bueno.

Los polacos ya están dentro. Cuatro hombres, uno de ellos es Marek Kowalski, el jefe. Cuarenta años, complexión de boxeador, la cara marcada. Traficante de armas, información, cualquier cosa que dé dinero.

"Marchesi." Me estrecha la mano. Fuerte, para demostrar poder. Inútil. "Y la bella señora Morozov."

Katerina le tiende la mano. Él se la besa. Dura un segundo de más.

Veo a Alexei tensarse.

Yo hago lo mismo.

"Kowalski", digo. El tono es lo bastante cortante como para que entienda el mensaje. "Empecemos."

Nos sentamos a la mesa improvisada. Yo, Katerina y Tony a un lado. Kowalski y los suyos al otro. Alexei se queda de pie detrás de Katerina, como una estatua armada.

"El trato es simple", empieza Kowalski. "Vosotros necesitáis armas. Nosotros tenemos contactos en Europa del Este. Os damos lo que queréis y vosotros nos dais acceso al puerto de Newark."

"¿Porcentaje?", pregunta Katerina.

"Treinta por ciento."

"Quince."

"Veinticinco."

"Veinte. Y solo sobre lo que pase por nuestros canales."

Kowalski la mira, sorprendido. Probablemente esperaba que hablara

yo. Idiota.

"La señora sabe negociar", dice.

"La señora sabe hacer mucho más que negociar", replica Katerina. Su tono es de hielo. "Veinte por ciento. Última oferta."

Él duda, luego asiente. "Hecho."

Demasiado fácil.

Lo veo en los ojos de Tony. También lo ve Alexei, que se mueve imperceptiblemente un poco más cerca de Katerina.

"Bien", digo. "Entonces pongámoslo todo por escrito y..."

La puerta explota.

No se abre. Explota. Madera y metal saltando en todas direcciones.

Hombres armados entran disparando. Máscaras negras, fusiles automáticos. Cinco, seis, quizá más.

No pienso. Reacciono.

Vuelco la mesa y arrastro a Katerina al suelo, detrás de la cobertura. Alexei ya está allí, pistola en mano, dispara tres veces. Dos hombres caen.

Tony está a mi izquierda, disparando con método. Nuestros hombres responden al fuego. Los polacos hacen lo mismo.

Es un caos. Humo, gritos, sangre.

"¡Sal!", le grito a Katerina.

Ella no se mueve. Está debajo de mí, con los ojos muy abiertos pero lúcidos. No hay pánico. Evalúa. Calcula.

"La salida trasera", dice. "¿Dónde?"

Alexei vuelve a disparar y recarga. "Detrás del contenedor rojo. Treinta metros."

"Demasiado lejos", digo. "Nos matarán antes."

"Entonces cobertura." Alexei me mira y, por un segundo, no hay odio. Solo pragmatismo. "Tú la sacas. Yo cubro."

No me gusta recibir órdenes suyas. Pero tiene razón.

"¡Tony!", grito. "¡Cubridnos!"

"¡Recibido!"

La sujeto del brazo y tiro de Katerina hacia arriba. Corremos agachados, esquivando balas. Alexei corre detrás de nosotros, disparando sin mirar atrás. Cubre cada ángulo, cada amenaza.

Un hombre aparece por la izquierda. Alexei le dispara en la cabeza antes de que yo pueda reaccionar. El cuerpo cae.

Llegamos al contenedor. La salida está allí, una puerta pequeña de metal. La abro y empujo a Katerina fuera. Alexei sale detrás de ella y yo cierro la marcha.

Afuera está oscuro. Coches aparcados, contenedores por todas partes. Un laberinto.

"¡Muévete!", digo.

Corremos hacia los coches. Katerina es rápida, incluso con tacones. Alexei la lleva de la mano, tira de ella cuando tropieza. Yo cubro la retaguardia.

Oímos más explosiones. Gritos. Luego silencio.

Llegamos a los coches. Los conductores ya están listos, motores encendidos. Subimos al segundo: Alexei, Katerina y yo.

"¡Conduce!", ordeno.

Salimos derrapando.

De vuelta en el ático, Alexei hace entrar a Katerina primero. Revisa cada habitación, cada rincón. Luego vuelve con ella.

Y entonces pasa.

Le pone las dos manos sobre los hombros. La mira directamente a los ojos. "¿Estás bien?"

"Sí."

"¿Segura?" Las manos bajan, una le toca el rostro, le gira la cabeza a la izquierda y luego a la derecha. Comprueba. "¿No tienes heridas? ¿No hay sangre?"

"No. Estoy bien."

"Bien." Le aprieta el hombro, un gesto cariñoso, protector. "Lo has hecho bien esta noche. Tranquila. Concentrada."

"Tuve un buen maestro."

Él sonríe. Es la primera vez que lo veo sonreír de verdad.

Y yo quiero matarlo.

No tiene sentido. Sé que no tiene sentido. Pero verlo tocarla, verla responder con una confianza total, ver esa conexión que no necesito que nadie me explique porque es obvia...

Me dan ganas de romperle las manos.

"Vincent." La voz de Katerina me devuelve al presente. Me mira. "¿Estás bien?"

"Perfectamente."

"¿Seguro? Pareces..."

"He dicho que estoy bien."

El tono me sale más duro de lo que quería. Ella da un paso atrás, sorprendida. Alexei se tensa; la mano vuelve a su hombro. Protector. Posesivo.

Mi hombro.

De mi mujer.

Mi territorio.

"Voy a darme una ducha", digo. "Alexei, haz tu informe. Katerina, tú... haz lo que quieras."

Salgo antes de decir algo que empeore las cosas.

Bajo la ducha, el agua hirviendo me quema la piel. Pero no lo suficiente.

No dejo de verlos. Las manos de Alexei sobre ella. La forma en que la miraba. La forma en que ella confiaba.

Confianza.

Esa es la palabra.

Katerina confía en Alexei. Por completo. Totalmente. De un modo en que jamás confiará en mí.

Y eso me vuelve loco.

No estoy celoso. No puedo estar celoso. Los celos son una emoción estúpida, irracional. Yo no tengo emociones estúpidas.

Y, sin embargo, aquí estoy, bajo la ducha, imaginando mil maneras de hacer desaparecer a Alexei de mi vida.

Salgo, me seco, me visto. Pantalones negros, camisa blanca. Sin zapatos. Bajo al salón.

Tony está sentado en el sofá, whisky en mano. Levanta la vista cuando entro.

"¿Has sobrevivido?"

"Obvio."

"Hablo del tiroteo. No de los celos."

"No estoy celoso."

"Claro. Y yo soy la reina de Inglaterra." Bebe y me estudia. "¿Sabes cuál es tu problema?"

"Ilumíname."

"Tu problema es que Katerina ya tiene a alguien en quien confiar. Y ese alguien no eres tú."

"Me importa una mierda."

"Sí que te importa. Porque tú estás acostumbrado a dominar. Pero con ella no funciona. Ella ya tiene su alfa. Y se llama Alexei."

"Alexei es un perro guardián."

"Alexei es su hermano sustituto, su protector, su familia. Es todo lo que le quedó después de que tú mataras a Dmitri."

El nombre cae entre nosotros como una losa.

No respondo.

Tony se levanta y se acerca a mí. "Escucha. Yo sé que la deseas. Se te nota. Pero mientras ella se sienta más segura con él que contigo, no la tendrás jamás. Jamás."

"No la quiero."

"Otra mentira." Sonríe. "A estas alturas también te mientes a ti mismo."

Se va y me deja solo.

Camino hasta el ventanal. La ciudad es un mar de luces bajo mí. Hermosa. Fría. Indiferente.

Oigo pasos. Me giro.

Katerina está en el umbral. Tiene el pelo todavía húmedo de la ducha, lleva pantalones de pijama y una camiseta de tirantes. Sin maquillaje. Bellísima.

"Tenemos que hablar", dice.

"¿De qué?"

"De esta noche. De los polacos."

"Fue una emboscada. Alguien habló."

"Lo sé. ¿Pero quién?"

"Lo averiguaremos."

Se acerca y se detiene a un metro de mí. "No es eso lo que me preocupa."

"Entonces, ¿qué?"

Me mira directamente a los ojos. "Tú. La forma en que reaccionaste después. Con Alexei."

"No reaccioné de ninguna manera."

"Mentiroso." Se cruza de brazos. "Estabas furioso. Y no porque nos atacaran. Estabas furioso porque él me tocó."

"No es verdad."

"Sí lo es." Se acerca aún más. "Vincent. Alexei es importante para mí. Tienes que aceptarlo."

"Lo he aceptado."

"No. Lo toleras. Hay una diferencia."

"¿Quieres que lo quiera? Porque eso no va a pasar."

"No te estoy pidiendo que lo quieras. Te estoy pidiendo que lo respetes."

"Lo respeto."

"Demuéstramelo."

La miro. Esos ojos azules que me ven demasiado bien. Demasiado hondo.

"¿Por qué?", pregunto. La voz me sale más baja, más ronca de lo que quería. "¿Por qué es tan importante para ti que él y yo nos llevemos bien?"

"Porque sois las únicas dos personas en mi casa."

"Mi casa."

"Nuestra casa." Corrige. "Ese es el problema, Vincent. No aceptas que este espacio ya no es solo tuyo. Y no aceptas que yo no soy solo tuya."

"Nunca he dicho que seas mía."

"No hace falta que lo digas. Lo piensas." Se acerca aún más; ahora apenas nos separan unos centímetros. "Y el problema es que te equivocas. No soy tuya. Nunca seré tuya. No del modo en que tú quieres."

"¿Y cómo quiero yo?"

"Total. Absoluto. Sin compartir."

Tiene razón. Cristo, tiene razón.

La miro y esa cosa oscura dentro de mí despierta. Esa cosa que quiere poseerla, dominarla, quedársela para siempre.

"¿Y si fuera así?", pregunto. "¿Y si de verdad lo quisiera todo?"

Ella no retrocede. "Entonces te llevarás una decepción. Porque no puedes tenerlo todo."

"Puedo intentarlo."

"Puedes. Pero fracasarás."

Se gira para irse. La agarro de la muñeca y la vuelvo hacia mí. Está tan cerca que puedo oler su perfume, jazmín y algo más especiado.

"Hay una cosa que tienes que entender", digo. La voz es baja, peligrosa. "Yo nunca suelto. Cuando quiero algo, lo consigo. Y te quiero a ti. No sé por qué. No sé desde cuándo. Pero te quiero."

"Y yo te odio." Las palabras son llanas, definitivas. "Mataste a mi hermano. Nunca lo olvidaré."

"No te lo estoy pidiendo."

"Entonces, ¿qué quieres?"

"Quiero que dejes de fingir."

"¿Fingir qué?"

"Fingir que no sientes lo que siento yo. Esta cosa oscura entre nosotros."

Ella se ríe, pero es una risa sin alegría. "Lo único oscuro entre nosotros es la sangre."

"No. Hay algo más."

"Estás loco."

"Quizá. Pero tú eres una mentirosa."

Le suelto la mano antes de hacer algo de lo que podría arrepentirme. Como besarla. Como averiguar si su odio es real o solo una máscara.

Ella se masajea la muñeca y me mira con algo que se parece al miedo. Pero no es miedo a mí.

Es miedo a sí misma.

"Buenas noches, Vincent", dice.

Luego se va.

Y yo me quedo solo, con esa hambre que sigue creciendo.

Irina llega al día siguiente.

La veo en el vestíbulo, hablando con Katerina. Está elegante como siempre, traje gris, pelo recogido. Me ve y me estudia con esos ojos inteligentes que lo ven todo.

"Señor Marchesi", dice. Cortesía profesional, cero calidez.

"Señorita Petrov."

"He oído lo del tiroteo. ¿Katerina está bien?"

"Sí."

"Bien." Vuelve a mirarme, evaluando. "¿Y usted?"

"Perfectamente."

"¿De verdad? Porque parece estresado."

Su franqueza me sorprende. "Gracias por el diagnóstico. Pero estoy bien."

"Si usted lo dice." Sonríe apenas. "Sabe, Katerina me ha hablado de la situación. De la... convivencia."

"¿Y?"

"Y le dije que quizá debería tener más paciencia con usted."

"Paciencia."

"Sí. Usted está acostumbrado a conseguirlo todo enseguida. Pero Katerina no es algo que se consigue. Es una persona a la que se conquista."

"No necesito consejos sentimentales."

"No son consejos sentimentales. Son consejos prácticos." Se acerca y baja la voz. "Alexei es importante para ella. Si de verdad quiere a Katerina, tendrá que aceptarlo a él también. De lo contrario, perderá antes incluso de empezar."

"¿Me está aconsejando que me lleve bien con el hombre que querría matarme?"

"Le estoy aconsejando que sea inteligente. Algo que normalmente sí es."

Se va antes de que pueda responder.

Me quedo ahí, pensando.

Todos me dicen lo mismo. Tony. Irina. Incluso Katerina.

Acepta a Alexei. Comparte el espacio. Deja de estar celoso.

Pero ¿cómo cojones no voy a estar celoso cuando cada día veo las manos de otro hombre sobre mi mujer?

¿Cómo no voy a perder la cabeza cuando cada noche duerme a tres metros de mí y, aun así, podría estar al otro lado del planeta?

¿Cómo no voy a querer destruir todo lo que me impide tenerla?

No lo sé.

Y esa es la verdad que más miedo me da.

No lo sé.

Esa noche, me quedo despierto en la oscuridad.

Pienso en Katerina. En la manera en que me mira. En la manera en que mira a Alexei.

Y entiendo una cosa.

No es solo rabia.

No es solo deseo.

Es posesión. Primitiva, irracional, absoluta.

Quiero que sea mía. Solo mía. Sin compartir, sin otros hombres demasiado cerca, sin nadie que la toque antes que yo.

Y eso me vuelve peligroso.

Porque cuando deseo algo así de mucho, no me detengo ante nada.

Ni siquiera ante el hecho de que esa cosa podría destruirme.

Me levanto y camino hasta la puerta de su habitación. La observo en la oscuridad.

Al otro lado de esa puerta está la mujer que me obsesiona. La mujer que me odia. La mujer que jamás será mía mientras Alexei siga entre nosotros.

Aprieto los puños.

Algo tiene que cambiar.

Y cambiará.

Aunque tenga que forzar la situación.

Aunque tenga que cruzar cada línea roja que me separa de ella.

Vuelvo a mi habitación.

Pero el sueño no llega.

Solo esa hambre.

Esa maldita hambre que me devora vivo. Joder, necesito follar.

CAPITULO 6

Punto de no retorno

Vincent

Son las dos de la madrugada cuando los oigo volver.

La puerta del ático se abre con voces bajas. Katerina habla en ruso, Alexei le responde. Pasos en el pasillo, movimientos fluidos, coordinados. Se mueven como una sola unidad, como dos piezas del mismo mecanismo.

Salgo de mi habitación y me detengo al borde de la escalera. Pueden verme, pero no me miran.

Katerina se quita el abrigo. Alexei se lo toma de las manos antes de que ella pueda colgarlo y lo deja en el perchero. Ella se descalza, se masajea un tobillo. Él le apoya una mano en la espalda, un gesto instintivo. "Todo bien?"

"Sí. Solo cansada."

"Ve a dormir. Yo reviso la alarma."

Katerina asiente y luego se gira. Me ve.

Durante un segundo, nuestras miradas se cruzan. Azul hielo contra verde. Nadie dice nada. Después ella aparta la vista y se va hacia su habitación. Alexei se queda abajo, revisando las ventanas, el sistema de seguridad, las cámaras.

Como cada noche.

Como si esta fuera su casa.

Aprieto los puños hasta que los nudillos se me ponen blancos.

Esa mano en su espalda. Ese gesto automático, natural, no

pensado... demasiado íntimo.

No debería molestarme. Lo sé. No debería.

Pero me molesta.

Me molesta tanto que quiero bajar las escaleras y romper algo. Preferiblemente la cara de Alexei.

Vuelvo a mi habitación antes de hacer una estupidez. Me sirvo whisky y me lo bebo de pie frente al ventanal. La ciudad bajo mis pies es un océano de luces, viva incluso a esta hora. Nueva York nunca duerme. Igual que yo.

No consigo sacarme esa escena de la cabeza. La mano de Alexei sobre la espalda de Katerina. La forma en que ella se lo permite. La confianza absoluta, total, incondicional.

Una confianza que no me da a mí.

Que nunca me dará a mí.

Porque yo soy el hombre que mató a su hermano. Y Alexei es el hombre que todavía lo llora.

Bebo más whisky. No sirve de nada.

El problema no es Alexei. Lo sé. El problema soy yo. El problema es que no soporto verla con alguien que no sea yo. No soporto que confíe en otro hombre. No soporto que exista un espacio entre ellos en el que yo no puedo entrar.

Territorio. Eso es. Territorio puro, primitivo, animal.

Ella es mi esposa. Duerme bajo mi techo. Lleva mi apellido. Y no soporto que otro hombre la toque, ni siquiera para protegerla, mientras yo casi no puedo acercarme.

Eso me vuelve patético. Lo sé.

Pero me importa una mierda.

Tres horas después voy en el coche con Tony, camino a un almacén del Bronx.

"No tenías que venir", dice Tony. "Yo podía encargarme."

"Necesitaba salir."

"O necesitabas romperle la cara a alguien."

No respondo. Me conoce demasiado bien.

El almacén es uno de nuestros depósitos. A alguien le pareció buena idea robarnos. Cincuenta mil dólares en efectivo, desaparecidos. Y tengo una buena idea de quién fue.

Entramos. Tres hombres nos esperan atados a unas sillas. Uno de ellos es Frankie DeLuca, uno de los nuestros. Ex de los nuestros.

"Vincent." Frankie intenta sonreír. Con la boca hinchada no le sale demasiado bien. "Tiene que haber un error."

"Claro." Me acerco, me quito la chaqueta y se la paso a Tony. Me arremango la camisa. "El error fue robarme."

"Yo no..."

Le pego un puñetazo. Fuerte. Directo a la cara.

La nariz se le rompe. Sangre por todas partes.

"¿Más mentiras?", pregunto.

"¡No! ¡Cristo, no! ¡Fue un préstamo! Necesitaba..."

Otro puñetazo. Esta vez al estómago.

Frankie se dobla y vomita.

Los otros dos miran aterrados. Bien. Tienen que entender qué pasa cuando me joden.

"Cincuenta mil", digo. "¿Dónde está el resto?"

"Lo... lo gasté todo."

"¿En qué?"

"Juego. Atlantic City."

Me río. Es una risa sin alegría. "Le robaste a la familia para apostar."

"¡Iba a devolverlo! ¡Lo juro!"

"Sí. Lo sé." Saco la pistola. "Con sangre."

Le disparo en la cabeza.

El cuerpo cae hacia atrás, la silla se vuelca. Sangre sobre el cemento.

Los otros dos gritan. Tony enciende un cigarrillo, aburrido.

"¿Alguien más tiene algo que confesar?"

Silencio absoluto.

"Bien. Entonces pueden irse."

Los desatamos. Salen corriendo. Dejamos el cadáver allí. Alguien lo encontrará. El mensaje será claro: a los Marchesi no se les roba.

Volvemos al coche. Tony conduce y yo miro por la ventanilla.

"¿Te sientes mejor?", pregunta al cabo de un rato.

"No."

"Eso pensé." Enciende otro cigarrillo. "Sabes que matar a Frankie no

resuelve tu problema, verdad?"

"¿Qué problema?"

"El problema ruso de metro noventa que vive en tu casa."

"No sé de qué hablas."

"Claro. Y yo soy Santa Claus." Tony suelta el humo. "Vincent, escúchame. Alexei no es el problema."

"Entonces, ¿cuál es?"

"Tú. El hecho de que te estás obsesionando."

"No me estoy obsesionando."

"Mierdas. Ayer te vi mirarlo como si quisieras enterrarlo vivo. Y esta noche saliste a reventarle la cara a un tipo que te robó cincuenta mil dólares. Para ti, eso es calderilla. No lo hiciste por justicia. Lo hiciste porque necesitabas romper algo."

"¿Y qué?"

"Y que tienes que parar. Porque si sigues así, vas a hacer una estupidez."

"¿Qué tipo de estupidez?"

Tony me mira. "Del tipo que involucra a Katerina. Y cuando pase, ella no te va a perdonar. Nunca."

Sé que tiene razón. Lo sé.

Pero no cambia nada.

Cuando regresamos al ático, casi amanece. Las luces están apagadas. Todos duermen.

Voy a la cocina, me sirvo agua. Me la bebo de un trago y me sirvo otra.

"¿Noche difícil?"

Me giro. Irina está sentada en la barra, con una taza de té delante. Lleva un traje gris y el maquillaje impecable, como si fueran las tres de la tarde y no las cinco de la mañana.

"¿Qué haces aquí?", pregunto.

"Katerina necesitaba unos documentos. Se los traje esta noche."

"Y no te fuiste a casa."

"La esperé. Se durmió tarde."

Se pone de pie y me mira. Sus ojos marrones me estudian con la misma intensidad con la que examinaría un insecto bajo cristal.

"Tienes sangre en la camisa", dice.

Miro hacia abajo. Tiene razón. Una mancha pequeña, casi invisible. Sangre de Frankie.

"Accidente laboral."

"Me imagino." Se acerca, deja la taza en el fregadero y la lava. "¿Puedo decirte algo?"

"Puedes intentarlo."

"Estás perdiendo el control."

Me tenso. "¿Qué?"

"El control. Esa cosa que los hombres como tú valoran más que la vida." Se seca las manos y se vuelve hacia mí. "Estás perdiendo el control con Katerina. Y eso te está volviendo loco."

"No sé de qué hablas."

"Claro que lo sabes. Yo lo veo. Katerina lo ve. Probablemente Alexei también." Inclina la cabeza. "La pregunta es: ¿qué harás cuando ya no puedas contenerte?"

"No haré nada."

"Mentira. Harás algo. Algo estúpido, impulsivo, peligroso. Y entonces Katerina te odiará de verdad. Te odiará porque le habrás demostrado que eres exactamente lo que ella cree."

"¿Y eso sería?"

"Un hombre que toma sin pedir. Un hombre que no acepta un no. Un hombre peligroso." Hace una pausa. "Como todos los demás."

Sus palabras me golpean más de lo que me gustaría admitir.

"Katerina no es una esposa trofeo", continúa Irina. "Es una persona a la que hay que conquistar. Pero tú no estás conquistando. Estás sitiando. Y los asedios no funcionan con mujeres como nosotras."

"Mujeres como ustedes."

"Sí. Mujeres que ya han visto lo que hacen los hombres cuando quieren algo. Mujeres que saben defenderse." Me sostiene la mirada. "Si quieres a Katerina, tienes que ganártela. No robártela."

Se va antes de que yo pueda responder.

Me quedo solo en la cocina, con esas palabras girándome en la cabeza.

Ganármela.

¿Cómo demonios se supone que me gane a una mujer que me odia?

Al día siguiente me cruzo con Alexei en el pasillo.

Es temprano. Sale del gimnasio con la camiseta de tirantes empapada de sudor y una toalla al cuello; parece salido de una revista. Joder, ni siquiera podía ser viejo. Yo salgo de mi habitación vestido para ir a la oficina.

Nos detenemos.

Nadie habla durante cinco segundos.

Después él sonríe. "¿Dormiste bien?"

"De maravilla. ¿Y tú?"

"Como un niño." Se seca la cara y me mira con esa media sonrisa de cabrón. "¿Trabajo?"

"Siempre."

"Me imagino. Ser carnicero es un empleo de tiempo completo."

"¿Hablas por experiencia?"

"Claro. Chechenia enseña mucho."

Nos miramos. La tensión sube, palpable, espesa.

"¿Puedo preguntarte algo?", digo.

"Puedes."

"¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?"

"Hasta que Katerina quiera."

"¿Y si le pidiera que te echara?"

"No lo hará."

"¿Cómo estás tan seguro?"

Se acerca un paso. Quedamos cara a cara, misma altura, mismo tamaño. Dos alfas midiéndose.

"Porque me conoce desde hace seis años", dice en voz baja. "Y a ti te conoce desde hace seis semanas. Adivina en quién confía."

"La confianza se construye."

"Y se destruye. Tú ya la destruiste cuando mataste a su hermano."

El nombre no se pronuncia. Pero está ahí, entre nosotros, pesado como el plomo.

"Eso ya pasó", digo.

"Para ti. Para ella sigue pasando. El agua sigue corriendo. La sangre sigue corriendo." Se inclina un poco más. "Y yo soy el que evita que se ahogue."

"Qué noble."

"Necesario." Me mira directamente a los ojos. "¿Puedo decirte algo?"

"Adelante."

"Tú la quieres. Se te nota en la forma en que la devoras con la mirada. Pero mientras sigas viéndola como una mujer a la que llevarte a la cama, en vez de una persona a la que entender, no la vas a tener jamás. Jamás."

"Hoy todo el mundo me da consejos. Interesante."

"No son consejos. Son hechos." Retrocede. "Y ahora, si me disculpas, tengo que ducharme."

Se va. Yo me quedo allí, con la rabia subiéndome como lava.

Todos me dicen lo mismo. Tony. Irina. Alexei.

Conquístala. Gánatela. Entiéndela.

Como si fuera fácil. Como si bastara con ser amable, paciente, comprensivo.

No funciona así. No en mi mundo.

En mi mundo, las cosas se toman. Con fuerza, con estrategia, con violencia si hace falta.

Y Katerina no va a ser distinta.

Esa noche me quedo despierto en la oscuridad.

La puerta de la habitación de Katerina está a cinco metros de la mía. Podría levantarme, cruzar el pasillo, entrar. Podría tomarla ahora mismo, aquí, y acabar con esta mierda de una vez por todas.

Contrato o no contrato. Odio o no odio. Me la quiero follar.

Pero no lo hago.

No porque sea noble. No porque respete las reglas.

No lo hago porque Tony tiene razón. Irina tiene razón. Incluso Alexei, ese bastardo, tiene razón.

Si la tomo por la fuerza, la pierdo para siempre.

Y esa es la verdad que más me duele.

No la quiero solo en mi cama. No la quiero solo como un cuerpo que poseer.

Quiero que me elija.

Quiero que me mire como mira a Alexei: con confianza, con naturalidad, sin miedo.

Quiero que mi mano sobre su espalda le parezca tan natural como la de él.

Quiero destruir esa distancia entre nosotros, ese muro construido con la sangre de su hermano.

Y no sé cómo demonios hacerlo.

Me levanto y camino hasta el ventanal. La ciudad duerme, por fin. Incluso Nueva York tiene sus momentos de silencio.

Apoyo la frente contra el cristal frío.

Katerina Morozov ya no es un acuerdo. Ya no es un matrimonio político. Ya no es solo la hermana del hombre al que maté.

Es una adicción, peor que la cocaína.

Es lo primero en lo que pienso al despertar. Lo último antes de dormirme. Está en cada pensamiento, en cada acción.

Es una vulnerabilidad.

Y las vulnerabilidades, en mi mundo, te matan.

Debería alejarme. Debería volver a marcar distancia, volver al cinismo, al control frío.

Debería.

Pero no lo haré.

Porque ya crucé la línea.

Y cuando cruzas ciertas líneas, no vuelves atrás.

No porque no puedas. Sino porque no quieres.

Regreso a la cama, me tumbo y tomo una decisión.

No voy a seguir compartiendo. No voy a seguir tolerando a Alexei como una presencia constante entre Katerina y yo. No voy a aceptar que ella confíe más en otro hombre que en mí. Es decir: nada.

Encontraré la manera.

No sé cuál. No sé cuándo.

Pero encontraré la manera de hacerla mía.

Completamente. Totalmente. Sin compartirla.

Y si eso significa ensuciarme todavía más las manos, bien.

Si significa cruzar cada línea moral, bien.

Si significa convertirme en el monstruo que ella ya cree que soy, bien.

Porque ese es el punto.

Ella ya me odia. Así que, ¿qué demonios tengo que perder?

Podría intentarlo del modo correcto, amable, paciente.

O podría hacer lo que mejor sé hacer.

Tomar.

A la mañana siguiente bajo a la cocina.

Katerina está allí, taza de café en la mano, leyendo algo en la tableta. Lleva una camisa blanca, vaqueros, el pelo suelto. Hermosa. Como siempre. Parece un ángel.

Me ve y asiente. "Buenos días."

"Buenos días."

Silencio.

Me sirvo café y me siento al otro lado de la barra. Ella sigue leyendo.

"Tenemos que hablar", digo.

Levanta la vista. "¿De qué?"

"De nosotros. De esta situación."

"¿Qué situación?"

"Esta." Señalo el espacio entre los dos. "Llevamos seis semanas viviendo juntos y hablamos menos de lo que hablaría con un desconocido en un ascensor."

"¿Y?"

"Y eso tiene que cambiar."

"¿Por qué?"

"Porque eres mi esposa."

"Solo sobre el papel."

"El papel es vinculante."

Ella resopla y vuelve a mirar la tableta. "No tengo tiempo para esto, Vincent. Tengo una reunión en una hora."

Me pongo de pie, le quito la tableta de las manos y la dejo lejos.

"Vincent..."

"Escúchame. Solo dos minutos."

"No hay nada que escuchar."

"Hay todo que escuchar." Me acerco y apoyo las manos en la barra. "Quiero que esto funcione."

"¿Qué cosa?"

"Nosotros. Este matrimonio. Esta convivencia."

Ella se ríe. Es una risa amarga. "¿Hablas en serio?"

"Sí."

"Vincent. Tú mataste a mi hermano. No hay un 'nosotros'. Nunca va a haber un 'nosotros'."

"Lo sé. Pero podemos intentarlo."

"¿Intentar qué? ¿Fingir que todo está bien? ¿Fingir que no te odio?"

"No. Ser honestos. Tú me odias. Yo te..." Me detengo. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

"¿Tú qué?", pregunta. Sus ojos azules me clavan, despiadados. "Dímelo. ¿Qué sientes por mí?"

"No lo sé."

"Mentiroso."

"¡No lo sé!" La voz me sale más alta de lo que quería. "Joder, Katerina. No lo sé. Solo sé que no puedo dejar de pensar en ti. Sé que me vuelve loco ver a Alexei tocarte. Sé que cada noche quiero tirar esa puerta abajo y..."

Me callo. Ya he dicho demasiado.

Ella me mira con una expresión imposible de leer. "¿Y qué?"

"Nada."

"Dímelo."

"No."

"Vincent. Dímelo."

La miro. Esos ojos que me ven demasiado bien.

"Y tomarte", digo. Mi voz sale baja, ronca. "Tomarte hasta que olvides todo. Hasta que solo pienses en mí. Hasta que digas mi nombre en lugar del suyo."

Silencio.

Katerina se levanta despacio. Me mira como si me viera por primera vez.

"Estás loco", dice en voz baja.

"Puede ser."

"Estás obsesionado."

"Probablemente."

"¿Y crees que eso va a hacerme cambiar de idea?"

"No. Pero al menos es la verdad."

Ella niega con la cabeza, toma la tableta y va hacia la puerta.

Se detiene en el umbral y se gira.

"Escúchame bien, Vincent. Nunca voy a olvidar lo que hiciste. Nunca voy a olvidar la sangre de Dmitri. Y nunca voy a ser tuya. Nunca. ¿Entendido?"

"Perfectamente."

"Bien."

Se va.

Y yo me quedo allí, sabiendo que acabo de cruzar otra línea. Me he

humillado, joder, por una mujer que no me quiere.

Pero me da igual.

Porque ahora lo sabe.

Sabe que la deseo.

Sabe que estoy obsesionado.

Sabe que no voy a detenerme.

Y esto no es más que el principio.

La guerra está oficialmente abierta.

Y no tengo ninguna intención de perder.

CAPITULO 7

Fascinacion letal

Katerina

Lo veo antes de que él me vea a mí.

Salgo de la habitación, descalza, todavía en bata, y él está ahí. En el pasillo. Torso desnudo, pantalones de pijama bajos sobre las caderas, una toalla sobre los hombros. Gotas de agua que resbalan de su pelo mojado, se deslizan por el pecho esculpido y se pierden en la línea oscura del abdomen.

Se detiene cuando me ve. No dice nada. Solo me mira.

Yo lo miro.

Ese es el problema. Lo miro demasiado tiempo.

Vincent Marchesi es obscenamente hermoso. El tipo de belleza que duele, que inquieta, que promete placer y destrucción a partes iguales. Y lo sabe. Lo sabe y lo usa como un arma.

"Buenos dias", dice. La voz es ronca, recien despierto.

"Buenos dias."

No me muevo. No debería quedarme aquí, mirando a un hombre medio desnudo que técnicamente es mi marido y al que odio. Debería volver a mi habitación, cerrar la puerta, ignorarlo.

En cambio, me quedo.

Él sonríe. Una sonrisa leve, consciente. "¿Pasa algo?"

"No."

"¿Segura? Porque me estás mirando como si yo fuera un problema que resolver."

"Eres un problema que resolver."

"Cierto." Da un paso hacia mí. Músculos que se mueven bajo la piel, cicatrices que cuentan historias violentas. "Pero no es por eso por lo que me estás mirando. ¿Ves algo que te gusta?"

"Presuntuoso."

"Nunca lo he negado."

Se acerca aún más. Ahora está a menos de un metro. Lo bastante cerca como para que pueda oler el jabón en su piel, ver cada detalle de su cuerpo. La cicatriz sobre las costillas, la más pequeña en el hombro, los tatuajes que no había notado antes.

"Esta noche está la gala", dice. "¿Estás lista?"

"Siempre."

"Bien. Porque todos nos van a mirar. Quieren ver si el matrimonio Marchesi-Morozov es real o solo política."

"Es solo política."

"Lo sé. Pero ellos no tienen que saberlo." Se inclina apenas hacia delante y la distancia se acorta todavía más. "Esta noche tenemos que ser creíbles. Marido y mujer. Enamorados."

"Imposible."

Sus ojos verdes me estudian. "¿Sabes fingir?"

"Muy bien."

"Perfecto. Entonces esta noche fingiremos juntos."

Se va antes de que yo pueda responder. Camina hacia su habitación, los músculos de la espalda flexionándose a cada paso. No se gira.

Yo me quedo allí, con el corazón latiendo demasiado fuerte.

Mierda.

A las siete de la tarde estoy lista.

El vestido es Valentino, rojo sangre, largo hasta los pies. Hombros descubiertos, espalda desnuda hasta la base de la columna, abertura alta en la pierna izquierda. Elegante pero peligroso. Exactamente lo que quería.

Me miro en el espejo. El pelo recogido en un moño bajo, maquillaje impecable, labios rojos como el vestido. Pendientes de diamantes, los que mi padre me regaló por mis veintiún años, y ninguna otra joya.

Parezco una reina. O una viuda. Depende de la luz.

Llaman a la puerta.

"Adelante."

Irina entra, elegante como siempre con un traje negro. Me mira y sonríe.

"Estas guapisima."

"Gracias."

"A Vincent le va a dar un infarto cuando te vea."

"Ese no es el objetivo."

"Claro que no." Se acerca y me acomoda un mechón de pelo. "Pero nunca viene mal recordarle a un hombre lo que arriesga perder."

La miro. "No hay nada que perder. Entre él y yo no hay nada."

"Sigue diciéndotelo. Tal vez tarde o temprano te lo creas."

"Irina..."

"Lo sé. Lo sé." Me toma de las manos. "Pero sé honesta contigo misma. Él te desea. Y tú... tú no eres indiferente."

"Lo odio."

"Eso también es algo."

No respondo. Porque tiene razón, maldición. El odio es algo. Es energía, pasión, fuego. La indiferencia sería más segura. Pero no puedo ser indiferente a Vincent Marchesi.

No después de aquella confesión en la cocina. No después de verlo admitir que está obsesionado, que no puede dejar de pensar en mí, que cada noche quiere...

Sacudo la cabeza. No pienses en ello.

"Vamos", digo. "Cuanto antes terminemos esta noche, mejor."

Vincent me espera en el salón.

Lleva un esmoquin negro impecable, camisa blanca, pajarita. El pelo peinado hacia atrás, la barba cuidada. Parece salido de una película. El tipo de hombre al que las mujeres miran y desean, y al que los demás hombres temen.

Me ve bajar las escaleras. Se queda inmóvil.

Durante tres segundos no dice nada. Solo me mira, con una intensidad que siento sobre la piel.

"Cristo", dice en voz baja.

"¿Problemas?"

"No. Ningún problema." Se acerca y me ofrece el brazo. "Estás... estás perfecta."

No es un cumplido normal. Es una constatación. Como si estuviera evaluando un arma.

Tomo su brazo. La tela del esmoquin es suave bajo mis dedos, pero debajo siento los músculos duros. Vincent está hecho de aristas afiladas y fuerza contenida.

"¿Lista?" pregunta.

"Sí."

Alexei nos espera en la puerta, junto con Dimitri y Pavel. Los tres con traje oscuro, los tres armados. La seguridad Morozov nunca se toma un descanso.

Alexei me mira y asiente con aprobación. "Hermosa."

"Gracias."

Se acerca y me coloca el abrigo sobre los hombros. Sus manos se apoyan un instante sobre la tela, un gesto fraternal, protector. Luego

retrocede.

Vincent lo observa con expresión neutra. Pero veo la tensión en la mandíbula.

"Vamos", dice.

La gala es en el hotel Plaza. Un salón inmenso, lámparas de cristal, suelos de mármol. Quinientas personas con ropa de miles de dólares, champán de mil euros la botella, sonrisas falsas por todas partes.

El mundo de la alta sociedad neoyorquina. Hipocresía y poder a partes iguales.

Entramos juntos. Vincent sujeta mi brazo con posesividad. Todos se vuelven para mirarnos.

Siento los susurros. Los imagino incluso sin oírlos.

Es ella. Katerina Morozov. La rusa.

Se ha casado con Vincent Marchesi. El hombre que mató a su hermano.

¿Cómo puede? ¿Cómo consigue mirarlo sin vomitar?

Sonrío. Con toda la frialdad que tengo, perfecta y regia.

Vincent se inclina hacia mí, sus labios cerca de mi oído. "Ya te odian."

"Lo sé."

"¿No te importa?"

"No."

"Bien." Su mano aprieta ligeramente mi brazo. "Te admiro por eso."

Me giro para mirarlo. Esos ojos verdes brillan con algo que no sé descifrar.

"No quiero tu admiración", digo en voz baja.

"Lo sé. Pero la tienes de todos modos."

Nos dirigimos al centro del salón. La gente se acerca, nos saluda, nos estudia. Vincent responde con cortesía profesional, siempre con una mano sobre mí. En la espalda, en el brazo, en la cintura. Marca territorio sin palabras.

Se acerca un hombre de unos cincuenta años. Rostro bronceado, sonrisa de tiburón, ojos que me recorren demasiado tiempo.

"Señora Marchesi", dice. El tono es meloso. "Qué placer conocerla por fin."

"El placer es mío."

"Robert Harrison. Trabajé con su padre hace unos años. Un gran hombre."

"Gracias."

Se inclina hacia mí, me toma la mano y la besa. Sus labios permanecen en mi piel un segundo de más.

Vincent se tensa a mi lado.

"Harrison", dice. La voz es calmada, pero hay un hilo de hielo. "No sabía que estabas invitado."

"Sorpresa de último minuto." Harrison sonríe, sin soltar mi mano. "Quería felicitarla personalmente por el matrimonio."

"Muy amable. Ahora, si nos disculpas..."

"En realidad quería hablar con la señora Marchesi sobre una

oportunidad de inversión. Su galería..."

"A mi esposa no le interesa."

"Puedo hablar por mí misma", digo.

Vincent me mira. Veo la tensión en sus ojos. Pero asiente.

Harrison sigue hablando, siempre con esa mano sobre la mía. Dice algo sobre arte, mercado, oportunidades. Yo escucho a medias, más concentrada en la reacción de Vincent.

Que está inmóvil como una estatua. Pero sus ojos... sus ojos son de un verde helado que promete violencia.

"Gracias por la oferta", digo, cortando en seco. "Pero no me interesa."

"¿Segura? Porque podríamos hablarlo con más calma. Quizá cenando, uno de estos días..."

Vincent da un paso al frente. Pequeño, casi imperceptible. Pero Harrison retrocede por puro instinto.

"Mi esposa ha dicho no", dice Vincent. El tono es educado. Las palabras son una amenaza. "Te sugiero que aceptes la respuesta."

Harrison levanta las manos y sonríe, nervioso. "Naturalmente. Perdonad la molestia."

Se va deprisa.

Vincent me mira. "Quería llevarte a la cama, no invertir."

"Lo sé."

"Y le has permitido tocarte."

"Me ha besado la mano. No me ha tocado."

"Para mí es lo mismo."

"¿Celoso?"

"Territorial." Se acerca, y su mano vuelve a mi espalda. "Esta noche eres mía. Todos aquí tienen que entenderlo."

"No soy tuya."

"Esta noche sí. Al menos en apariencia." Se inclina y sus labios rozan mi oído. "Y si otro hombre te toca, lo mato. ¿Está claro?"

Un escalofrío me recorre la espalda. No de miedo. De otra cosa.

"Clarisimo."

Dos horas después, me tomo un respiro.

Demasiada gente, demasiadas sonrisas falsas, demasiadas miradas curiosas. Necesito aire.

Salgo a la terraza. Está vacía, iluminada por luces tenues. La vista de Central Park es espectacular: árboles negros contra el cielo nocturno, luces de la ciudad brillando por todas partes.

Apoyo las manos en la barandilla y respiro hondo.

Pienso en Dmitri.

Hace tres años estábamos juntos en un evento parecido. Él con esmoquin, yo con un vestido azul. Se reía, bromeaba, me protegía de las miradas invasivas de los hombres. Era mi escudo, mi hermano, mi mejor amigo.

Y ahora estoy aquí. Con el hombre que lo mató.

El peso me aplasta. Repentino, violento. La culpa, la rabia, la tristeza.

"Katerina."

Me giro. Vincent está en el umbral, mirándome.

"Te estaba buscando", dice.

"Necesitaba aire."

Se acerca y se detiene a mi lado. Mira la ciudad, no a mí.

"Estás pensando en él", dice. No es una pregunta.

"Sí."

"Lo siento."

"No mientas."

"No estoy mintiendo." Me mira. "Siento que estés sufriendo. No siento haberlo matado. Era una guerra. Pero siento que tú tengas que pagar el precio."

"Muy noble."

"No soy noble. Soy sincero."

Silencio. Solo el ruido de la ciudad bajo nosotros, vivo, constante.

"¿Puedo preguntarte algo?" digo.

"Sí."

"¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué aceptaste este matrimonio?"

Vincent duda. Luego: "¿Al principio? Porque mi padre me lo ordenó. Aceptaba o moría."

"¿Y ahora?"

Me mira directamente a los ojos. "Ahora porque te quiero."

Las palabras caen entre nosotros, pesadas, definitivas.

"No puedes tenerme", digo.

"Lo sé. Pero eso no cambia nada."

"Vincent..."

"Escucha." Se gira completamente hacia mí. "No sé qué coño me está pasando. Solo sé que, desde que te vi por primera vez, no puedo pensar en nada más. Sé que te odio y te deseo al mismo tiempo. Sé que deberías ser solo un pacto sobre el papel, solo política. Pero ya no lo eres."

"Basta."

"No. Te dije que sería honesto. Aquí está la honestidad: me obsesionas. Cada noche me quedo despierto pensando en ti. Cada día te miro e imagino qué pasaría si me dejaras entrar. Si bajaras la guardia un solo segundo. Si me miraras como miras a Alexei."

"No te compares con Alexei."

"No lo hago. Sé que él es mejor que yo. Sé que merece tu confianza más de lo que la merezco yo. Pero me da igual. Porque aunque yo sea el peor, aunque sea el hombre que te lo quitó todo, aun así te quiero."

El corazón me late fuerte. Demasiado fuerte.

"Estás loco", digo.

"Probablemente." Se acerca. Un paso. "Pero tú también lo estás."

"¿Qué?"

"Estás loca si crees que me eres indiferente." Otro paso. Ahora estamos a unos centímetros. "Te veo, Katerina. Veo cómo me miras

cuando crees que no me doy cuenta. Veo la rabia, sí. Pero también veo algo más."

"No hay nada más."

"Mentirosa."

Levanta una mano, despacio. Me roza la mejilla con los dedos. Un contacto leve, casi reverente.

No me aparto.

Debería hacerlo. Debería empujarlo, gritar, destruir este momento antes de que se convierta en algo más.

Pero no lo hago.

"Dime que me detenga", dice en voz baja. La voz es ronca, peligrosa. "Dime que no te toque y me detengo."

"Vincent..."

"Dímelo."

No lo digo.

Él se acerca todavía más. La mano se desliza de mi mejilla a mi pelo, los dedos enredándose en el moño. La otra mano se posa en mi cintura y me atrae hacia él.

Estamos tan cerca que siento el calor de su cuerpo, el latido de su corazón.

"Te odio", susurro.

"Lo sé."

"Mataste a mi hermano."

"Lo sé."

"No debería querer esto."

"Pero lo quieres."

Tiene razón. Cristo, tiene razón.

Lo quiero. Quiero que me bese, que me destruya, que me haga olvidar todo. Quiero esa boca sobre la mía, esas manos sobre mí, ese cuerpo contra el mío.

Está mal. Es obsceno. Es una traición.

Pero lo quiero.

Vincent se inclina. Sus labios a un centímetro de los míos. Sus ojos verdes me sostienen la mirada, esperan.

"Dime que no", repite.

No digo nada.

Él sonríe. Oscuro, depredador.

Y se acerca aún más...

"Katerina."

La voz de Alexei me golpea como agua helada.

Me giro. Él está en el umbral, observándonos. Expresión neutra, pero veo la tensión en su cuerpo.

Vincent se aparta, lentamente. Sus manos caen.

"Alexei", digo. La voz me sale ronca.

"Tenemos que irnos. Hay un problema."

"¿Qué clase de problema?"

"Del tipo que requiere tu presencia. Ahora mismo."

Vincent se tensa. "¿Qué ha pasado?"

"Los búlgaros. Están aquí. Y quieren hablar con Katerina."

Me enderezo y recupero el control. La máscara vuelve a su sitio, perfecta, fría.

"Vamos."

Paso junto a Vincent sin mirarlo. Pero siento su mirada sobre mí, pesada, prometedora.

Esto no ha terminado.

Los búlgaros están en la sala privada del segundo piso. Tres hombres, uno de ellos es Dimitrov, el jefe. Cincuenta años, cara de boxeador, una cicatriz en la mejilla.

"Señora Marchesi", dice cuando entro. "Gracias por venir."

"¿Qué quieres?"

"Directa al grano. Me gusta." Sonríe. "Tenemos un problema. El cargamento de diamantes que debía llegar la semana que viene."

"¿Qué pasa con él?"

"Ha sido interceptado. Alguien ha cantado."

La sangre se me hiela. "¿Quién?"

"No lo sé. Pero es alguien cercano a ti o a tu marido."

Vincent entra, con Alexei detrás. Dimitrov los mira.

"Marchesi. Justo hablábamos de ti."

"Me lo imagino." Vincent se coloca a mi lado, dominante, protector.

"¿Quién ha traicionado?"

"Buena pregunta. Esperaba que tú lo supieras."

"No lo sé. Pero lo averiguaré."

"Más te vale. Porque si no lo descubres, el próximo cargamento no saldrá. Y la alianza se irá a la mierda."

La tensión sube. Todos se miran, evalúan, calculan.

"Te daré un nombre antes de que acabe la semana", dice Vincent.

"Perfecto. Si no, te daré yo un cadáver."

Se van. Yo me quedo allí, pensando.

Hay un espía. Alguien nos está traicionando. Y si no encontramos quién es, esta frágil alianza se vendrá abajo.

Y con ella, todo lo demás.

"Katerina." La voz de Vincent me devuelve al presente. "Tenemos que hablar."

"Ahora no."

"Ahora."

Lo miro. Esos ojos verdes que ven demasiado.

"Lo que pasó en la terraza..."

"No pasó nada."

"Mentirosa."

"Vincent. Déjalo."

"No. Porque estuvo a punto de pasar algo. Y tú lo sabes."

"Fue un error."

"No fue un error. Era inevitable." Se acerca. "Tarde o temprano va a pasar, Katerina. Lo sabes tú. Lo sé yo. Podemos seguir fingiendo, pero la verdad es que esto..." señala el espacio entre nosotros, "...esto ya no es solo odio."

"¿Entonces qué es?"

"No lo sé. Pero quiero averiguarlo."

Me giro y voy hacia la puerta. Me detengo en el umbral.

"No va a pasar nunca", digo sin volverme. "Lo de esta noche fue un momento de debilidad. No se repetirá."

"¿Apuestas?"

No respondo.

Porque no puedo apostar por algo que no estoy segura de poder cumplir.

Esa noche me quedo despierta, mirando el techo.

Pienso en Vincent. En la forma en que me tocó. En la forma en que me miró.

En la forma en que estaba lista para dejar que me besara.

Estoy al borde de algo. Algo peligroso, oscuro, irreversible.

¿Y lo peor?

Una parte de mí quiere caer.

Quiere ver qué hay al otro lado de esa línea.

Quiere descubrir si el odio puede convertirse en otra cosa.

Sacudo la cabeza y me pongo de lado.

No.

No lo haré.

Vincent Marchesi puede ser hermoso, fascinante, todo lo que quiera.

Pero yo no voy a ceder.

No ante él.

Nunca.

Aunque tenga que mentirme a mí misma cada noche durante el resto de mi vida.

CAPITULO 8

Friccion

Vincent

Lo encuentro en mi sofa.

Alexei Sokolov. Un metro noventa y tres de musculos rusos y pura cabronada, dormido en mi sofa como si estuviera en su casa. Los pies sobre el cojin que cuesta tres mil dolares, la cabeza echada hacia atras, la boca abierta. Hasta ronca, el bastardo.

Son las seis de la manana. Vuelvo del gimnasio, todavia cargado, con la adrenalina alta. Y el esta ahi. En mi puto salon. En mi puto sofa.

No es la primera vez. Lo hace a menudo. Termina su turno de guardia y, en lugar de ir a su habitacion, se queda dormido aqui. Marcando territorio.

Hoy ya tengo los nervios hechos mierda, demasiada cafeina en el cuerpo, demasiada rabia reprimida. Y encontrar a este idiota ruso en mi sofa es la gota que colma el vaso.

Me acerco, tomo el mando de la mesa baja y subo el volumen del televisor al maximo.

El grito de un comentarista deportivo estalla en el silencio.

Alexei se pone de pie en medio segundo, la mano yendose automaticamente a la funda bajo la camisa. Ojos abiertos de par en par, el cuerpo en posicion de combate. Entrenamiento militar y sueno ligero: reacciona al instante.

Me ve. Se relaja. Apenas.

"Que demonios haces?" pregunta en ruso. Luego lo repite en ingles. "Estas enfermo?"

"Estas en mi sofa."

"Y?"

"Entonces despiertate. Esto no es una pension."

El resopla y se pasa una mano por el cabello. "Que hora es?"

"Las seis. Deberias estar en tu cuarto."

"Estaba cansado. Me quede dormido aqui."

"Que comodo."

"Si. Mucho." Me mira, descarado. "El sofa es excelente. Deberias probarlo tu tambien."

"Es mi sofa."

"Nuestro. Matrimonio, recuerdas? Lo que es tuyo es de Katerina. Lo que es de Katerina esta bajo mi proteccion. Asi que, tecnicamente, es mio."

Lo miro. Esa logica de mierda. Esa arrogancia.

"Levantate del sofa", digo. Mi voz sale calmada, demasiado calmada.

"No."

"Perdon?"

"He dicho que no." Se sienta otra vez, se apoya en el respaldo y cruza los brazos. "No recibo ordenes tuyas."

Algo dentro de mi se rompe.

Doy dos pasos hacia delante, lo agarro por el cuello de la camisa y lo levanto. El no opone resistencia. Sonrie.

"Por fin", dice. "Estaba esperando este momento."

"Que momento?"

"El momento en que dejas de fingir que eres civilizado." Sus ojos grises brillan con desafio. "Admitelo. Llevas semanas queriendo matarme."

"No eres tan importante."

"No mientas. Piensas en mi cada vez que miras a Katerina. Cada vez que la toco. Cada vez que ella confia en mi mas de lo que confia en

ti."

Mi mano se tensa. "Callate."

"Por que? Te duele la verdad?"

"La verdad es que eres un invitado no deseado en mi casa."

"La verdad es que soy la unica persona a la que Katerina quiere aqui." Se inclina hacia delante, con la cara a pocos centimetros de la mia. "Y eso te vuelve loco."

Lo empujo. Fuerte. Se estrella contra la pared y los cuadros tiemblan.

El se rie. "Eso es todo? He visto abuelas rusas empujar mas fuerte."

Me lanzo.

Me voy encima de el y el punetazo sale automatico. Le golpeo la mandibula. Aguanta el impacto, pero la cabeza se le va hacia atras. Luego me devuelve el favor. Punetazo al estomago, duro, preciso. El aire se me escapa de los pulmones.

Nos separamos y nos medimos.

"Primera sangre", dice tocandose el labio. Sangre real. "Bien hecho."

"Esto no ha terminado."

"Lo se."

Nos lanzamos otra vez. Esta vez es caos puro. Punetazos, codazos, llaves. Rodamos por el suelo, destrozamos la mesa, tiramos una lampara. Sonidos de impacto, respiraciones pesadas, violencia pura.

No es una pelea callejera. Es algo mas primitivo. Dos alfas decidiendo quien manda.

Alexei es fuerte. Entrenado por las fuerzas especiales rusas, veterano de Chechenia. Sabe donde golpear, como resistir.

Pero yo soy mas cruel. Creci en la familia Marchesi, donde aprendes a pegar antes que a leer. Y tengo mas rabia. Mucha mas rabia. Llevo

demasiado tiempo sin follar, joder, y la culpa es suya.

Lo golpeo de nuevo, esta vez en el rinon. El gruñe, me agarra el brazo y me lo retuerce. El dolor estalla, agudo. Me libero con un codazo en la cara.

Nos separamos otra vez. Los dos estamos sangrando. El tiene el labio partido; yo, la ceja abierta. El salon es un desastre: muebles volcados, cristal roto, sangre sobre la alfombra.

"Has terminado?" pregunta.

"Jamas."

"Bien. Yo tampoco."

"Que demonios esta pasando aqui?"

La voz nos detiene a los dos.

Irina esta en el umbral, bolso en mano, con una expresion glacial. Lleva un traje gris, perfecta como siempre. Nos mira como si fueramos ninos que han roto un juguete.

"Irina", dice Alexei, siempre formal incluso cubierto de sangre.

"Alexei. Vincent." Entra y cierra la puerta. "Puedo saber por que intentan matarse en el salon a las seis de la manana?"

"El empezo", digo.

"Mentiroso", replica Alexei. "Tu me atacaste."

"Estabas en mi sofa."

"Y eso justifica una agresion?"

"En mi mundo, si."

Irina resopla y deja el bolso. "Ninos. Son unos ninos."

"No..."

"Callate." Me fulmina con la mirada. "Donde esta Katerina?"

"En su habitacion", responde Alexei. "Durmiendo. Sabes que tiene el

sueno pesado."

"Bien. Entonces no ha visto este circo." Mira alrededor y evalua los danos. "Tienen que arreglarse antes de que despierte. Y tienen que prometerme que no volveran a hacerlo."

"No puedo prometer nada", digo.

"Yo tampoco", anade Alexei.

Ella niega con la cabeza, exasperada. "Hombres."

La puerta vuelve a abrirse. Tony entra, se detiene y contempla la escena. El salon destrozado, nosotros dos sangrando, Irina al borde de querer matarnos a ambos.

"Que carajo ha pasado aqui?" pregunta. "Una guerra mundial?"

"Mas o menos", respondo.

"Quien gano?"

"Nadie", dice Irina. "Porque son idiotas."

Tony la mira. De verdad la mira. Como siempre hace cuando se cruza con una mujer que le interesa. Ojos que bajan del rostro al cuerpo y luego regresan arriba. Evaluacion rapida, aprecio evidente.

"Senorita Petrov", dice. Su sonrisa es encantadora, calculada. "Siempre es un placer."

"Senor Caruso." Su tono es frio como el hielo. "El placer es solo suyo."

"Oh, de eso estoy seguro." Se acerca y le ofrece la mano. "Tony. Llamame Tony."

Ella ignora la mano. "Prefiero senor Caruso."

"No estas siendo un poco dura conmigo?"

"Soy realista."

Tony se rie. "Me gustas. Eres afilada."

"Y tu eres predecible." Se vuelve hacia mi. "Vincent, arregla este desastre. Alexei, ve a que te curen. Yo voy a preparar cafe. Y ustedes dos..." nos senala a mi y a Alexei, "no se maten antes de que Katerina despierte. Si no, me tocara explicarselo, y no tengo ganas."

Se va. Tony la sigue con la mirada, interesado.

"Esa es una mujer peligrosa", dice.

"Es la mejor amiga de mi esposa."

"Lo se. Por eso es peligrosa." Me mira. "Y tu eres un idiota."

"Gracias."

"De nada." Enciende un cigarrillo, aunque sabe que odio que fume en casa. "Quieres decirme por que decidiste pelearte con el ruso al amanecer?"

"Estaba en mi sofa."

"Y?"

"Y me toco los cojones."

"Ah. Asi que la solucion es pegarle."

"Exacto. Problema resuelto."

"Durante cinco minutos. Luego volvera al sofa."

"Y yo volvere a pegarle."

Tony suelta humo. "Eres consciente de que esto es patetico, verdad?"

"Patetico es dejar que lo haga."

"Patetico es perder el tiempo con esta mierda en vez de ocuparte de los negocios." Me mira de frente. "Marco esta a punto de joderte. Lo sabes?"

"Marco puede intentarlo."

"No tiene que intentarlo. Ya lo esta haciendo." Apaga el cigarrillo en la mesa rota. "Reunion dentro de una hora. Tu padre, el consejo, todos. Adivina de que quieren hablar."

"De lo bueno que soy en la cama."

"De lo dependiente que te has vuelto de la rusa. Del hecho de que pareces mas interesado en quien toca a tu esposa que en quien nos esta jodiendo."

"Idioteces."

"Ya veremos."

Me paso una mano por el pelo. "Que quiere?"

"No lo se. Pero nada bueno."

La reunion es a las nueve.

La misma sala de siempre. Mi padre detras del escritorio, Marco a su derecha, tres consejeros mayores sentados al fondo. Yo entro el ultimo, con Tony detras de mi.

"Vincent", dice mi padre. "Sientate."

Me siento. Todos me miran. Me evalúan.

"Tenemos que hablar", empieza mi padre.

"Ya me lo imaginaba."

"Tenemos un problema. Mejor dicho, tu tienes un problema."

"Cual?"

Marco se inclina hacia delante. "El envio interceptado. Los bulgaros furiosos. La rata todavia no tiene nombre. Y tu comportandote como si tuvieras dieciseis anos y follaras por primera vez."

"Poetico."

"No tiene gracia."

"Un poco si."

"Vincent." La voz de mi padre es cortante. "El matrimonio debia consolidar la alianza, no hacerte perder la cabeza."

"No he perdido nada."

"No?" Marco se rie.

"Entonces que quieres decir?"

"Que parece que tienes mas problemas con el perro guardian que con los enemigos de verdad."

"El perro guardian es un problema cuando se mea en mi territorio."

"Territorio." Marco niega con la cabeza. "Te oyes? Hablas como si estuvieras encerrado en una jaula del zoologico."

"Si estoy en una jaula es porque ustedes me metieron en ella. Matrimonio forzado, toda esta mierda."

"Que aceptaste."

"Porque la alternativa era la muerte."

Mi padre golpea la mesa con el puno. "Basta. Los dos." Me mira. "Vincent. Resuelve la situacion. Encuentra a la rata. Arregla la alianza. Y deja de comportarte como si esa mujer fuera un problema personal."

"No es un problema."

"Entonces por que todo el mundo habla de ello? Por que nuestros aliados nos miran y ven debilidad? Eres el brazo ejecutor de la familia, recuerdalo."

"No ven una mierda."

"Ven lo suficiente." Se levanta y se acerca. "Tienes una semana. Arreglalo todo. O lo hare yo."

"Que significa eso?"

No responde. No hace falta.

Salgo antes de decir algo que haga que me maten.

Esa noche bebo.

Whisky. Mucho. En un bar del Lower East Side donde nadie me conoce y a nadie le importa una mierda.

Tony me alcanza una hora despues. Se sienta y pide para el tambien.

"Entonces?" pregunta.

"Entonces una mierda."

"Profundo."

"Vete a la mierda."

Bebe. "Quieres hablar de eso?"

"No."

"Perfecto. Entonces te dire yo lo que pienso."

"Me da igual."

"A mi me da igual que te de igual." Enciende un cigarrillo. "Creo que tienes un problema. Mejor dicho, una obsesion. Y esa obsesion se llama Katerina."

"No es una obsesion."

"No? Entonces como la llamas?"

"Un asunto sin resolver."

Tony se rie. "Un asunto sin resolver. Cristo. Escuchate."

"Hablo perfectamente."

"Hablas como un cabron obsesionado que se niega a admitir que esta obsesionado."

Bebo. Pido otra ronda. El barman no hace preguntas. Buen chico.

"Sabes cual es la solucion?" digo al cabo de un rato.

"Iluminame."

"Tirarmela."

Tony casi escupe el whisky. "Perdon?"

"Me has oido. Si consigo llevarmela a la cama, problema resuelto. Me saco la idea de la cabeza, libero la tension y vuelvo a la normalidad."

"Vincent. Hablas en serio?"

"Si. Tiene todo el sentido. Es deseo reprimido. El deseo reprimido se convierte en obsesion. Satisfaces el deseo, matas la obsesion."

"No funciona asi."

"Claro que funciona asi. Es biologia. Es quimica. Quiero follar, no puedo follar, me pongo nervioso. Follo, problema resuelto."

"Y si no se resuelve?"

"Se resolvera."

"Y si ella dice que no?"

"No va a decir que no para siempre."

Tony me mira como si me hubiera vuelto loco. Quizas lo estoy.

"Escucha", dice. "Entiendo el razonamiento. De verdad. Pero Katerina no es una de tus putas. No puedes tirartela y olvidarte de ella."

"Por que no?"

"Porque es tu esposa. Porque vive contigo. Porque si te la follas y luego la desechas, te destruira."

"Nadie me destruye."

"Ella si. Y lo sabes."

Bebo otra vez. La cabeza empieza a darme vueltas. Buena senal.

"El problema no es ella", continuo. "El problema es Alexei. Ese cabron siempre esta en medio. Siempre ahi, siempre demasiado

cerca. Como demonios quieres que me la folle si ese idiota esta siempre rondando?"

"Asi que el plan es eliminar a Alexei."

"El plan es encontrar una manera de apartarlo del tablero. Asi podre desatar mi encanto sobre ella."

"Vincent. Escuchame bien." Tony se inclina hacia delante. "Si le haces dano a Alexei, Katerina no volvera a hablarte jamas. Jamas. Y la alianza se va al infierno. Y tu padre te mata."

"No voy a hacerle dano a Alexei. Encontrare una forma mas... elegante."

"No existe una forma elegante. Alexei es parte del paquete. Si la quieres a ella, tienes que aceptarlo a el."

"No acepto una mierda."

"Entonces preparate para masturbarte durante los proximos diez anos."

Lo miro. "Si que eres un cabron."

"Si. Pero un cabron sincero." Bebe. "Y te dire otra cosa. Toda esa mierda de que te la follas y se te pasa no es verdad. Tu no la quieres solo para tirartela."

"Claro que la quiero solo para tirarmela."

"Si, claro."

"Es una mujer hermosa, tiene un culo precioso, quiero follarmela. Fin. Nada complicado."

"Si solo fuera eso, ya habrias llamado a una de tus ex. Sofia, o como demonios se llamara aquella brasilena."

"Las eche a todas."

"Exacto. Las echaste a todas. Porque ninguna te basta ya. Porque la quieres a ella."

"La quiero porque no puedo tenerla. Es naturaleza humana. Siempre queremos lo que no tenemos."

"Sigue repitiendotelo."

"Es la verdad."

"La verdad es que estas jodido. Y no por el sexo. Estas jodido porque esa mujer se te metio en la cabeza y no vuelve a salir."

"Se me metio en los cojones, no en la cabeza."

"Al final es lo mismo."

Bebo. Tony bebe. Silencio durante cinco minutos.

"Sabes que es lo que mas me cabrea?" digo.

"Dimelo."

"Que todos creen que estoy perdiendo el control. Mi padre, Marco, los consejeros. Todos. Pero no estoy perdiendo una mierda. Solo estoy... esperando el momento adecuado."

"El momento adecuado para que?"

"Para tomar lo que quiero."

"Y que es lo que quieres?"

Lo miro. "A Katerina. En mi cama. Sin Alexei de por medio. Sin toda esta mierda de alianza y matrimonio. Solo ella y yo. Y luego veremos si sigue siendo tan fria cuando me la folle hasta hacerle olvidar su propio nombre."

Tony silba. "Cristo. Si que te has ido por completo."

"Estoy lucido."

"Estas borracho."

"Tambien."

"Y manana que haras?"

"Manana seguire como siempre. Trabajo, negocios, todo normal. Pero ella..." Me tomo el ultimo trago. "Antes o despues cedera.

Todas acaban cediendo."

"Katerina no es como las demas. Esta al mando de la Bratva, con eso deberia bastarte para frenarte."

"Es una mujer. Y las mujeres ceden."

Tony niega con la cabeza. "Eres un arrogante hijo de puta."

"Lo se."

"Y va a destruirte."

"Puede intentarlo."

"Lo hara. Y lo sabes."

Me pongo de pie, tambaleandome un poco. "Vamos. Tengo una esposa esperandome en casa."

"Pensaba que estaba durmiendo."

"Lo esta. Pero tarde o temprano despertara. Y ese dia..." Sonrio. "Ese dia sera interesante."

Me levanto, tambaleandome, y voy hacia la ventana. Apoyo la frente contra el cristal frio.

La ciudad late bajo mi. Viva. Despiadada. Indiferente.

Como Katerina.

Pienso en la reunion de esta manana. En mi padre cuestionandome. En Marco ganando terreno.

Estoy perdiendo posicion. Lo siento. Cada dia que pasa, pierdo un poco de terreno. Un poco de poder. Un poco de respeto.

Y todo por que?

Por una mujer que me odia.

Por una mujer que nunca sera mia.

Por una mujer que probablemente me mataria si pudiera.

Deberia alejarme. Deberia volver a poner distancia, regresar a los negocios, olvidar esta obsesion.

Deberia. Pero no voy a hacerlo.

CAPÍTULO 9

Línea de sangre

Vincent

El almacén de Brooklyn huele a moho, aceite de motor y traición.

Llego a las once de la noche con Tony y seis hombres. Dos coches negros, faros apagados. Aparcamos en un callejón donde nadie mira. El barrio lleva horas muerto: fábricas cerradas, naves abandonadas, y el único sonido es el tráfico lejano de la BQE.

Sal nos espera dentro. Cuarenta años, cara de ardilla nerviosa, ojos demasiado inquietos. Lleva veinte años traficando con información. No tiene lealtad, solo intereses. Ha sobrevivido vendiendo secretos a cualquiera que pague lo suficiente. Respeto eso. Al menos es honesto con su deshonestidad.

Entramos. Cemento frío bajo los pies, tubos de neón que parpadean. El aire es denso, casi sólido. Dos hombres de Sal ocupan las esquinas, con las manos cerca de las pistolas. Tony hace una señal a los nuestros. Posiciones tácticas. Si esto es una trampa, al menos moriremos disparando.

Marchesi - Sal se aclara la garganta -. Gracias por venir.

Tienes diez minutos - digo. Mi voz rebota en el vacío -. Habla.

Se seca las manos sudadas en los pantalones y saca un móvil. Le tiemblan un poco los dedos mientras pasa las imágenes. Nervios. O miedo. Quizá las dos cosas.

Reconoces esto?

Me tiende el teléfono. Miro la pantalla.

Marco.

Mi hermano. Está en un restaurante italiano de lujo, de esos con manteles blancos y botellas de vino de trescientos dólares. Está sentado con dos hombres a los que no conozco. Uno rondará los cincuenta, calvo, cuerpo de boxeador. El otro es más joven, y los tatuajes le asoman por el cuello de la camisa.

La foto está granulada, tomada de lejos con un teleobjetivo. Pero es él. Sonrisa de niño bueno, manos abiertas sobre la mesa en un gesto de aparente transparencia. Todo en su lenguaje corporal dice: estoy de tu lado.

Y qué? - pregunto. Control. Siempre control.

Y que esos son búlgaros. - Sal amplía la imagen y señala al mayor -. Ese es Georgi Petrov. Rival de Dimitrov. El mismo que ya intentó joder la alianza dos veces en los últimos seis meses.

La sangre se me enfría en las venas. Lenta. Espesa.

Cuándo la tomaste?

Hace tres días. Un restaurante de Manhattan. Upper East Side. Marco entró solo y salió solo una hora después.

Una hora - repito, saboreando las palabras -. Cuánto tiempo hace falta para planear una traición?

Sal traga saliva. No fue la única reunión.

Pasa más fotos. Marco con los mismos hombres en un bar. En un aparcamiento. En una oficina. Siempre a escondidas, siempre en lugares donde la familia no iría a buscarlo. Las fechas impresas en las imágenes saltan a la vista: hace dos semanas, hace una, hace cuatro días.

Un patrón. Y huele a traición.

De qué hablaban? - pregunta Tony. Su voz corta como vidrio.

No lo sé. No llevaba micros. - Sal vuelve a limpiarse las manos -. Pero te puedo decir esto... después de su última reunión pasó lo del cargamento interceptado. Lo mismo que enfureció a los búlgaros que seguían siendo leales a la alianza.

El silencio que sigue es tóxico.

Vuelvo a mirar las fotos. Una tras otra. Marco sonriendo, asintiendo, estrechando manos. El príncipe perfecto vendiendo el reino pieza por pieza.

Me estás diciendo que mi hermano es el topo? - Mi voz sale plana, contenida. Debajo, la rabia hierve como lava.

Sal vacila. Sabe que la siguiente frase puede dejarlo vivo o muerto. - Lo que digo es que tu hermano se reúne con gente que quiere destruir la alianza. Lo que digo es que después de cada reunión pasan cosas que perjudican a la familia. Lo que digo es que las fotos no mienten. - Hace una pausa -. Tú sacas las conclusiones.

Las miro otra vez, buscando el error, la grieta, algo que me diga que todo esto está mal.

No hay nada. Son reales. Cada maldita foto es real.

Marco. El hermano perfecto. El heredero elegido. El hijo favorito de mi padre.

El traidor.

Alguien más ha visto estas fotos? - pregunto.

No. Solo yo. Y ahora vosotros.

Cuánto quieres por tu silencio?

Cincuenta mil. Y protección. Si Marco descubre que os he hablado...

No lo descubrirá. - Me vuelvo hacia Tony -. Págale. En efectivo. Esta misma noche.

Tony asiente y hace un gesto a uno de los nuestros. El hombre sale hacia el coche. Siempre llevamos efectivo para situaciones así.

Y la protección? - insiste Sal.

Tienes mi palabra. Nadie te tocará.

Tu palabra vale algo?

Lo miro directamente a los ojos. - En mi mundo, mi palabra es lo único que vale. Más que el oro. Más que la sangre.

Asiente, visiblemente aliviado. Llega el dinero. Lo cuenta dos veces antes de guardarlo en una mochila. - Tendré más fotos si Marco sigue reuniéndose con ellos.

Bien. Mándamelo todo. Al mismo número.

Salimos. El aire frío de febrero me golpea la cara, pero no siento nada. Todo parece amortiguado, distante. Como si estuviera mirando mi vida desde fuera.

En el coche, Tony conduce en silencio. Atravesamos Brooklyn, luego el puente. Las luces de la ciudad se deslizan al otro lado de la ventanilla, un río de neón y mentiras. Nueva York de noche es hermosa. También es despiadada.

Como mi familia.

Qué coño hacemos? - pregunta Tony al cabo de diez minutos.

No lo sé.

Vincent. - Su tono es paciente, pero forzado -. Tu hermano nos está traicionando. Está vendiendo a la familia a los búlgaros. Tenemos que decírselo a tu padre.

No.

Qué? Por qué no?

Porque mi padre jamás creerá que Marco es el traidor. Pensará que me lo estoy inventando para quitarme competencia. Que estoy celoso. Que soy paranoico. Que soy peligroso.

Tenemos pruebas.

Las pruebas muestran a Marco reuniéndose con gente. No muestran la traición de forma directa. Y mi padre... - respiro hondo -. Mi padre siempre elegirá a Marco. Siempre.

Tony golpea el volante con la palma. - Entonces qué coño hacemos? Lo dejamos seguir?

No. Lo detenemos. Pero a mi manera.

Me mira. Lo entiende. - Esto va a acabar mal.

Ya ha empezado a acabar mal.

Voy a ver a mi padre esa misma noche. No puedo esperar. Si espero, la rabia se convierte en otra cosa. En algo que no podría controlar.

El edificio está vacío a estas horas. Solo quedan los guardias nocturnos, que me saludan con un movimiento de cabeza. Me conocen. Saben quién soy. El hijo que hace el trabajo sucio mientras el hermano perfecto duerme. Maricón de mierda. La voz vieja y podrida de ciertos hombres todavía me persigue, aunque ya estén muertos.

Subo al piso dieciséis. El pasillo está en silencio, el suelo pulido refleja las luces tenues. Huele a madera cara y a dinero. Todo muy respetable. Todo muy falso.

El despacho de mi padre está al fondo. La puerta entreabierta, la luz derramándose por la rendija. Sigue despierto. Claro que sí. Salvatore Marchesi duerme cuatro horas por noche; el resto del tiempo trabaja. Así construyó un imperio.

Y ahora su heredero favorito lo está vendiendo.

Entro sin llamar.

Está detrás del escritorio, con las gafas de lectura en la nariz y papeles dispersos delante. Un vaso de whisky a la derecha, medio vacío. Levanta la vista cuando oye la puerta. Ni sorpresa ni preguntas.

Vincent - dice, quitándose las gafas -. Es tarde.

Tenemos que hablar.

De qué? - Su tono es neutro, como siempre. Mi padre nunca se altera. Ni siquiera cuando ordena una ejecución.

De Marco.

Algo se mueve en sus ojos. Casi imperceptible. Pero está ahí. - Qué pasa con él?

Se está reuniendo con los búlgaros. Con los que quieren destruir la alianza.

Mi padre deja la pluma, se reclina y entrelaza las manos bajo la barbilla. Conozco ese gesto. Está evaluando. Siempre evaluando.

Tienes pruebas?

Fotos. Fechas. Testigos.

Enséñamelas.

Saco el teléfono y le paso las imágenes. Las mira una a una. Expresión neutra. Ninguna reacción. Pasa cinco minutos examinando cada detalle: rostros, lugares, fechas.

Luego deja el móvil sobre la mesa. Toma el vaso y bebe. El líquido ambarino baja despacio.

Y? - dice.

Las palabras me golpean como puñetazos. - Y que Marco es el topo. El que hizo que interceptaran el cargamento. El que está saboteando la alianza.

No.

La palabra cae entre nosotros. Definitiva. Inapelable.

Qué? - La rabia sube, caliente -. Las pruebas están ahí. Delante de ti.

Las pruebas muestran a tu hermano reuniéndose con ciertas personas. No muestran una traición.

Son búlgaros. Enemigos de la alianza.

Marco tiene contactos en todas partes. Es su trabajo. - Su voz es calmada, paciente, como si le explicara algo obvio a un niño -. Construye relaciones, abre canales, teje redes. Eso es lo que hace un líder.

O un traidor.

Vincent. - Su tono se endurece apenas un matiz, pero lo noto -. No hagas acusaciones que no puedes demostrar.

Déjame investigar. Dame permiso para profundizar, para seguirlo, para intervenir sus llamadas...

No.

Por qué no?

Porque no confías en Marco. Nunca has confiado en él. - Se pone de pie y camina hasta la ventana. La ciudad se extiende a sus pies, un imperio de luces. Su imperio -. Y esto no es más que otra excusa para eliminarlo.

No es una excusa. Es la verdad.

Es paranoia. - Se vuelve hacia mí. Las luces de la ciudad detrás de él lo hacen parecer más grande, más poderoso -. Vincent. Eres un soldado excelente. El mejor que tenemos. Pero tienes un problema de base.

Cuál?

Crees que todo el mundo es tu enemigo. Incluso tu hermano. Incluso tu familia.

No todos. Solo los que me traicionan.

Nadie te está traicionando. Tú eres paranoico. Y la diferencia importa.

Doy un paso al frente. - Papá. Escúchame. Marco se está reuniendo con enemigos. Está planeando algo. Si no lo detenemos...

No hay nada que detener. - Su voz sube un poco, lo justo -. Marco es leal. Siempre lo ha sido. Y seguirá siéndolo.

Cómo puedes estar tan seguro?

Porque es mi hijo. Porque lo conozco. Porque sé lo que lleva en el corazón.

Y yo? - Las palabras me salen antes de poder frenarlas -. También soy tu hijo. Sabes lo que llevo yo en el corazón?

Silencio.

Mi padre me mira y, por primera vez esta noche, veo algo distinto en sus ojos. No es rabia. No es decepción.

Es peor.

Piedad.

Quieres oír la verdad? - pregunta en voz baja.

El tono me hiela la sangre. - Sí.

La verdad es que Marco será el próximo Don. No tú. - Se acerca despacio. Cada paso es calculado, deliberado -. No importa cuántas guerras ganes. Cuánta gente mates. Lo bien que hagas el trabajo sucio. No importa.

Por qué?

Se detiene a un metro de mí. Sus ojos oscuros me atraviesan sin compasión. - Porque siempre serás solo un soldado. Nunca un líder.

Las palabras me cruzan despacio. Dolorosas.

Por qué? - pregunto otra vez, con la voz más baja de lo que quería.

Porque no sabes dirigir. Solo sabes destruir. - Se coloca las manos a la espalda, postura militar -. Marco piensa a largo plazo. Tú piensas en el siguiente objetivo. Marco construye alianzas. Tú fabricas enemigos. Marco sabe cuándo negociar. Tú solo sabes cuándo disparar.

Eso es lo que tú me enseñaste.

Te enseñé a ser un arma. Y te convertiste en el arma perfecta. Pero un arma no manda. Un arma obedece.

Cada palabra es un disparo. Preciso. Letal.

Así que es eso? - La rabia ahora es fría, controlada. Mucho más peligrosa -. Yo soy el perro de guerra. Y Marco es el príncipe.

Exactamente. - No duda ni un segundo -. Tú eres necesario. Marco es esencial. Hay una diferencia.

Y si Marco te traiciona?

No lo hará.

Y si lo hace?

No pasará. - Se vuelve hacia el escritorio -. Esta conversación ha terminado. Tengo trabajo.

Me quedo quieto. Mi cuerpo quiere moverse, romper, gritar. Pero el control aguanta. Siempre aguanta.

Una cosa más - digo.

Mi padre alza la vista. - Qué?

Cuando descubras que tenía razón, cuando Marco haya vendido a la familia pedazo a pedazo, cuando todo lo que has construido sea ceniza... - hago una pausa -. Acuérdate de esta conversación.

Vincent...

Acuérdate de que te avisé. Acuérdate de que preferiste protegerlo en lugar de escucharme. Acuérdate de que, cuando todo se derrumbe, será culpa tuya.

Me marcho antes de que pueda responder. Antes de que diga otra verdad que no quiero oír.

En el pasillo, apoyo la cabeza contra la pared. Me tiemblan las manos. No de miedo. De rabia. Pura. Blanca. Cegadora.

Solo eres un soldado. Nunca serás un jefe.

Las palabras me giran dentro de la cabeza. Afiladas como cuchillas. Reales como la sangre.

Mi padre acaba de ponerle nombre a lo que siempre supe y nunca quise admitir: nunca seré suficiente. Ni para él. Ni para la familia. Ni para nadie.

Solo soy una herramienta. Útil mientras sirvo. Sacrificable cuando deje de servir.

Y Marco? Marco es intocable. Incluso si traiciona. Incluso si destruye. Incluso si vende su alma y la familia a nuestros enemigos.

Porque Marco es el hijo favorito. El príncipe heredero. El futuro.

Y yo solo soy el pasado. El presente violento. El asesino desechable.

Bajo las escaleras despacio. Cada peldaño pesa más que el anterior, como si descendiera hacia algo definitivo. Algo sin vuelta atrás.

En el fondo, lo entiendo.

La guerra ya no es solo contra enemigos de fuera. También es interna.

Y la familia a la que he servido durante años acaba de darme la espalda.

El atentado ocurre dos días después.

Salgo de la oficina a las diez de la noche. Reunión larga, demasiados problemas que resolver. Tony va conmigo y otros cuatro hombres nos siguen. Caminamos hacia los coches en el aparcamiento subterráneo. Los neones tiemblan; la mitad están fundidos. Sombras por todas partes.

Siento el peligro un segundo antes de que empiece.

Instinto. Entrenamiento. Paranoia.

El silencio es demasiado profundo. No hay otros sonidos. Ningún motor arrancando, ningún paso lejano. Solo nosotros. Y eso está mal.

Al suelo! - grito.

Me lanzo detrás de una columna de hormigón. Tony hace lo mismo y rueda hacia la izquierda. Los otros cuatro no son lo bastante rápidos.

Las balas revientan el aire. Fuego automático desde al menos tres direcciones. El ruido llena el espacio, ensordecedor. Los proyectiles rebotan contra el cemento y levantan esquirlas por todas partes.

Mis hombres caen. Uno tras otro. El primero recibe tres tiros en el pecho y cae hacia atrás. El segundo intenta sacar el arma y le vuelan la cabeza. El tercero y el cuarto buscan cobertura, pero ya es tarde. La sangre salpica los coches, el suelo, todo.

Saco la pistola. Respiro. Cuento. Tres tiradores: uno a las nueve, uno a las doce, uno a las tres. Son profesionales. Fuego de cobertura coordinado.

No son aficionados.

Asomo medio cuerpo y disparo tres veces, rápido. Alcanzo al de las nueve; lo veo caer. Tony dispara desde el otro lado y tumba al de las tres. Solo queda el de las

doce.

Silencio repentino. Luego, pasos corriendo. El último tirador huye. No lo sigo. Sería demasiado arriesgado.

Me incorporo. Tony hace lo mismo. Los dos apuntamos, revisando el entorno. Nadie más. Solo nosotros y los cadáveres.

Cuatro hombres muertos. De los nuestros. Los otros ya han desaparecido, seguramente por una salida secundaria. Profesionales. Sabían dónde íbamos a estar, cuántos éramos y cómo golpearnos.

Traición interna.

Tony se me acerca, cubierto de sangre ajena. - Estás bien?

Sí. Y tú?

Vivo. - Mira los cuerpos -. Quién coño eran?

No lo sé. Pero alguien les dio la información.

Marco.

Sí. Marco.

Entonces noto el dolor en el brazo izquierdo. Miro hacia abajo. Sangre. Una bala me ha rozado, ha abierto la carne sin tocar el hueso. La tela de la chaqueta está rasgada; el rojo se extiende.

Estás herido - dice Tony.

No es nada.

Es sangre. Mucha sangre.

He estado peor.

Llegan más hombres, alertados por los disparos. Llaman a los policías que tenemos en el bolsillo, los que limpian escenas y reescriben informes. Hacemos desaparecer pruebas, maquillamos los papeles. Un robo que salió mal. Un ajuste entre bandas. Lo que sea menos la verdad.

Nos vamos antes de que aparezca alguien dispuesto a hacer preguntas.

En el coche, Tony conduce deprisa. Las calles están vacías, solo luces deslizándose. Me duele el brazo. No mucho, pero lo suficiente. La bala ha cortado

en diagonal, cinco centímetros de carne abierta. Sangra, aunque no demasiado. La chaqueta está arruinada. La camisa, roja.

Hospital? - pregunta Tony.

No. A casa.

Vincent, estás herido. Necesitas un médico.

He dicho a casa.

No discute. Sabe cuándo insistir y cuándo obedecer. Conoce el límite.

El dolor crece. Constante, palpitante. Cada latido empuja más sangre fuera. Aprieto la mano contra la herida para frenar el flujo. No sirve de mucho.

Pienso en el ataque. En la precisión. En la coordinación. No fue aleatorio. Fue directo. Específico.

Marco quiere eliminarme. No como rival. Como obstáculo. Como un problema que hay que borrar.

Y mi padre seguirá protegiéndolo. Porque Marco es el príncipe. Y yo, el soldado sacrificable.

La rabia vuelve. Fría. Controlada. Peligrosa.

Llegamos al ático a las once. Tony me ayuda a subir, aunque no lo necesito. El brazo duele, pero aún puedo moverlo. He soportado cosas peores.

Quieres que me quede? - pregunta.

No. Vete a casa. Mañana tenemos que planear.

Planear qué?

La respuesta.

Asiente. Lo entiende. - Vincent. Ten cuidado. Si Marco lo ha intentado una vez, volverá a intentarlo.

Lo sé.

Y tu padre no te creerá. Da igual cuántas pruebas tengas.

Eso también lo sé.

Entonces qué vas a hacer?

Lo miro a los ojos. - Lo que mejor sé hacer.

Tony esboza una sonrisa triste, resignada. - Vale. Hablamos mañana.

Se va. Yo entro en el ático.

Las luces están encendidas. Extraño. A estas horas suele estar todo apagado y en silencio. Katerina se acuesta temprano. Alexei está fuera, en una misión. Debería estar solo.

Voy al salón. Katerina está en el sofá, con un libro en la mano. Lleva pantalones de pijama grises y una camiseta blanca de tirantes. El pelo suelto sobre los hombros, sin maquillaje. Así parece más joven. Menos glacial.

Levanta la vista cuando entro. Me ve. Ve la sangre. Mucha sangre.

El libro se le cae. Se pone en pie tan deprisa que el sofá se desplaza. - Qué coño ha pasado?

Nada.

Nada? Estás cubierto de sangre.

No toda es mía.

Cristo. - Se acerca y me agarra el brazo. El contacto duele, agudo. No lo digo -. Dónde está Tony? Dónde está Alexei? Por qué estás solo?

Tony se fue a casa. Alexei está fuera de la ciudad. Solo estoy yo.

Idiota. - Me arrastra hacia la cocina. No con dulzura. Con rabia -. Siéntate.

No...

He dicho que te sientes.

Obedezco. No sé por qué. Tal vez porque estoy cansado. Tal vez porque me duele más de lo que admito. Tal vez porque una parte de mí quiere ver qué hace.

Katerina abre el armario de debajo del fregadero y saca un botiquín. Profesional, completo, perfectamente ordenado. Claro. La bratva siempre está preparada para la sangre.

Se acerca y empieza a quitarme la chaqueta. Está empapada, destrozada. La deja caer al suelo. La camisa se ha pegado al brazo por la sangre seca. Cuando la

despega, duele; la piel se abre. Aprieto los dientes y no digo nada.

Cristo - murmura al ver la herida. El corte es profundo, de bordes irregulares. La sangre fresca sigue brotando -. Un disparo?

Sí.

Ha atravesado o sigue dentro?

Ha pasado de largo. Solo me rozó.

Solo te rozó. - Resopla -. Cinco centímetros de carne abierta y eso para ti es solo un roce?

Sí.

Niega con la cabeza y abre el botiquín. Saca desinfectante, gasas, aguja e hilo quirúrgico. Luego me mira. Sus ojos azules están duros, concentrados. - Necesitas puntos. Uno o dos, quizá más.

Puedes hacerlo?

Claro que puedo. Qué pasa, me crees idiota?

No. Solo preguntaba.

Bien. Entonces no te muevas. Y no te quejes.

Empapa una gasa en desinfectante y la aprieta contra la herida. Arde como fuego. Como ácido mordiéndome la carne. Aprieto la mandíbula hasta que me duele.

Me observa. - Te duele?

No. - Ni bajo tortura lo admitiría.

Mentiroso.

Acostumbrado.

Limpia la herida con cuidado. Sus manos son firmes, seguras. No tiemblan, no vacilan. Ya ha hecho esto antes. Muchas veces, probablemente.

Dónde aprendiste? - pregunto. La voz me sale áspera.

Dmitri. Me enseñó a curar heridas cuando era niña. Decía que, en nuestra familia, era una habilidad necesaria. - Hace una pausa -. Tenía razón.

El nombre de su hermano cae entre nosotros, pesado como siempre.

Lo siento - digo.

Por qué? Por matarlo o por mencionarlo?

Por las dos cosas.

No responde. Sigue limpiando. Sus manos se mueven con precisión quirúrgica. La sangre desaparece y la herida queda al descubierto. El corte es limpio, recto. Suerte. Cinco centímetros más a la derecha y me habría abierto la arteria.

Después coge la aguja. Esteril, curvada, fina. La enhebra con hilo negro y me mira. - Listo?

Sí.

Empieza a coser. Duele. No tanto como el desinfectante, pero lo suficiente. Cada vez que la aguja entra siento cómo la piel se abre y luego se cierra. Tira del hilo, anuda, corta. Repite. Uno. Dos. Tres. Cuatro puntos. Metódica, precisa, despiadada.

Qué pasó? - pregunta mientras trabaja. Su voz es neutra. No preocupada. Curiosa.

Un atentado.

Quién?

No lo sé.

Sí lo sabes. Lo veo en tus ojos.

La miro. Esos ojos azules que ven demasiado. Siempre demasiado. Como si cada una de mis expresiones fuera un texto escrito para ella.

Marco - digo. La verdad sale fácil. Demasiado fácil.

Se queda quieta solo un segundo. La aguja suspendida en el aire. Luego vuelve a coser. - Tu hermano?

Sí.

Estás seguro?

Lo suficiente.

Y tu padre lo sabe?

Sí. No le importa.

Silencio. Termina un punto y empieza el siguiente. Sus manos están tan cerca que siento el calor de su piel. Huele a jazmín y a algo más oscuro. Algo que, de un modo retorcido, se parece a hogar.

Por qué Marco quiere matarte? - pregunta.

Porque soy un obstáculo. Porque mi padre me dejó claro que jamás seré el jefe. Y Marco quiere asegurarse de que yo tampoco me haga ilusiones sobre mi lugar.

Vas a aceptar ese lugar?

No lo sé.

Mentira.

Vale. No. No voy a aceptarlo. Lo cambiaré en cuanto encuentre el modo.

Termina el último punto, corta el hilo y coloca la gasa, fijándola con cinta médica. Sus manos se quedan sobre mi brazo unos segundos de más. Cálidas. Vivas.

Eres un idiota - dice.

Lo sé.

Ponerte en contra de tu familia va a conseguir que te maten.

Puede.

No puede. Seguro.

Y entonces qué?

Entonces no puedes morir.

La miro. Su cara está a menos de treinta centímetros. Veo cada detalle: las pecas sobre la nariz que el maquillaje suele ocultar, la pequeña cicatriz sobre el labio superior, el azul de sus ojos atravesado por vetas verdes.

Por qué? - pregunto.

Porque tenemos un contrato. Si mueres, la alianza se derrumba y yo tengo que empezar de cero. Los Vor ya están esperando cualquier excusa para apartarme.

Así que es solo por el contrato.

Sí.

Mentirosa.

Se aparta y se lava las manos en el fregadero. El agua corre roja, luego rosa, luego clara. - Cree lo que te dé la gana.

Me pongo en pie. El brazo protesta, pero aguanto. Voy hacia ella y me detengo a unos centímetros. Demasiado cerca. Ella se tensa, pero no se mueve.

No es solo por el contrato. Admítelo.

No hay nada que admitir.

Katerina. Me estabas esperando. Me curaste. Te temblaron las manos cuando viste la sangre.

No temblaron.

Sí temblaron. Solo un segundo, pero lo vi. Cuando entré y me viste cubierto de sangre pensaste que estaba grave. Y te asustó.

Se vuelve hacia mí. Ahora tiene los ojos llenos de rabia. La máscara se cae. - Y qué? Qué quieres que te diga? Que me importa si vives o mueres? Que tuve miedo al verte cubierto de sangre?

Sí. Quiero que lo digas.

Por qué?

Porque necesito saber que no soy el único. Que esta locura no va en una sola dirección.

Se ríe, amarga, sin alegría. - Quieres la verdad?

Sí.

La verdad es que sí, tuve miedo. La verdad es que, cuando te vi entrar cubierto de sangre, por un segundo pensé que estabas realmente herido. Y eso me aterrorizó. - Respira hondo -. No porque me importes de la forma que tú crees. Sino porque...

Se interrumpe. Las palabras se le atascan.

Porque qué?

Necesito que sigas vivo el tiempo suficiente para poder seguir odiándote.

Las palabras no tienen sentido. Y al mismo tiempo lo tienen todo.

Están jodidas. Torcidas. Son perfectas.

Katerina...

No. No digas nada. - Se aparta y vuelve hacia el sofá. Se detiene a medio camino, de espaldas a mí. Tiene los hombros rígidos, tensos -. Vete a dormir, Vincent. Mañana tienes que averiguar quién quiere matarte. Y yo tengo que fingir que no me importa.

No puedes fingir.

Sí puedo. Y lo haré.

Camino hacia mi habitación. El brazo vendado late con cada pulso. Me detengo en el umbral y me vuelvo.

Gracias - digo.

Por qué?

Por curarme.

No me des las gracias. Lo hice porque la sangre estropea la alfombra.

Sonrío. - Claro.

Entro en la habitación y cierro la puerta.

Me siento en la cama y miro el brazo vendado. Las manos de Katerina lo tocaron, lo limpiaron, lo cosieron. Manos que me odian, pero que aun así me curaron. Manos que quiero sobre todo mi cuerpo... y en otros sitios también.

Pienso en lo que ha dicho.

Necesito que sigas vivo el tiempo suficiente para poder seguir odiándote.

Es contradictorio.

Pero también es real.

Porque es exactamente lo que siento yo.

No es amor. Ni siquiera sé qué es el amor. No creo que pueda sentirlo. Estoy demasiado roto, demasiado vacío, demasiado hecho de violencia y sangre.

Pero es algo. Algo que no sé nombrar. Algo oscuro. Peligroso.

Es necesidad.

La necesito. No solo físicamente. No solo por el deseo que me devora.

La necesito por su presencia. Por su odio. Por su resistencia. Porque cuando vuelvo a casa cubierto de sangre, ella está ahí. Esperándome. Curándome. Llamándome idiota.

Necesito saber que existe alguien en este mundo que me ve de verdad. No al soldado. No al arma. No al asesino.

A mí. A Vincent. Al hombre que está perdiendo todo, salvo a ella. Y más vale su odio que la hipocresía de mi familia.

Esa certeza me obliga a pensar.

Porque la necesidad es vulnerabilidad. Y la vulnerabilidad, en mi mundo, es muerte.

Pero no puedo parar. No puedo alejarme. No puedo fingir que no siento lo que siento.

Katerina Morozov se ha convertido en mi debilidad. Mi ancla. Lo único real que tengo en un mundo de mentiras.

Y eso, más que Marco, más que mi padre, más que cualquiera de mis enemigos, es lo más peligroso que me ha pasado en la vida.

Me tumbo en la cama y me quedo mirando el techo. El dolor del brazo es constante, pero soportable. He soportado cosas peores.

Mañana tengo que planear la respuesta. Tengo que descubrir cómo detener a Marco sin que me maten. Tengo que recuperar el control. Tengo que sobrevivir.

Pero esta noche, al menos esta noche, puedo admitir una verdad.

Ya no soy solo un soldado.

Soy un soldado que tiene algo que perder.

Y eso me vuelve más peligroso. Más despiadado. Más dispuesto a todo.

Porque ahora sé lo que se siente al tener algo que vale más que la vida.

Y quien toque lo que es mío, muere.

Aunque lo que es mío me odie.

Aunque lo que es mío quiera verme pudrirme.

Aunque lo que es mío me esté destruyendo poco a poco.

No importa.

Es mío.

Y yo protejo lo que es mío.

Siempre.

CAPITULO 10

Pacto en la oscuridad

Katerina

Estoy en el sofá con una copa de vino y un libro que llevo media hora fingiendo leer cuando oigo abrirse la puerta del ático. Alexei. Reconozco sus pasos incluso antes de que entre, la forma en que cierra despacio, el silencio particular que trae consigo cuando vuelve de una operación. Un silencio cargado.

Entra en el salón sin decir nada. Se quita la chaqueta y la lanza sobre el sillón, como siempre. Tiene la cara de un hombre que no ha dormido lo suficiente y ha visto demasiadas cosas. Conozco esa cara.

"Noche horrible?" pregunto sin levantar la vista del libro.

"Depende de cómo lo mires." Va directo al mueble bar y se sirve vodka solo. Se lo bebe de un trago. Se sirve otra. Mala señal. Alexei solo bebe vodka solo cuando el problema es grande. "Tenemos que hablar."

Ahora sí levanto la vista. "¿El búlgaro?"

"No. El búlgaro es irrelevante." Se sienta al otro extremo del sofá, con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas. Postura cansada. "Estábamos siguiendo a Petrov. Intercepciones de rutina, como siempre, pero... captamos otra cosa."

"¿Qué otra cosa?"

Saca el teléfono. "Marco Marchesi."

El nombre se queda suspendido entre nosotros como humo. Alexei pulsa reproducir.

La voz de Marco llena el salón. "...tiene que parecer accidental. Un accidente de coche, una sobredosis, lo que funcione. Vincent es

inestable, todo el mundo lo sabe. No hará falta mucho para convencer a papá de que era inevitable."

Otra voz. Búlgara, con un acento pesado. "¿Y el pago?"

"Cuando esté hecho. No antes."

"El riesgo es alto. Marchesi también está protegido por la Bratva en su territorio."

"No lo suficiente. El atentado de hace tres días fue una prueba. Aprendimos. El próximo será limpio. Profesional."

La grabación termina. El silencio que queda después es denso.

La escucho de nuevo. Una vez. Luego otra vez. Las palabras se me graban en el cerebro, cada sílaba.

"¿Autenticidad?" La voz me sale plana, controlada.

"Verificada dos veces. Voz de Marco confirmada, comparada con otras grabaciones. La llamada salió de un teléfono quemado, pero la triangulamos. Long Island, una propiedad de la familia."

"¿Cuándo se hizo?"

"Hace dos horas."

Dejo la copa de vino sobre la mesita. Me levanto y camino hasta la ventana. Manhattan es un océano infinito de luces. Hermosa y bastarda, como casi todo en mi vida.

"Entonces el atentado de hace tres días no fue casual", digo mirando afuera.

"No. Fue una prueba. Marco está construyendo algo estructurado. Los búlgaros son solo una pieza, seguramente tiene más." Alexei vuelve a beber vodka. "Quiere estar seguro de que funciona antes de moverse de verdad."

Me giro. "¿Tienes idea de cuándo volverá a atacar?"

"Marco parece tener prisa. Así que es inminente. Días, quizá horas si ya lo tiene todo listo."

"¿El motivo, según tú?"

"Obvio. Vincent es el obstáculo. Mientras siga respirando, Marco jamás será el heredero oficial. Salvatore los enfrenta entre sí, pero al final Vincent siempre tiene ventaja por la lealtad de los hombres. Es el sucio, el que hace el trabajo pesado. Marco es el administrativo, el limpio. Pero en el mundo de los Marchesi lo limpio no gana; los hombres seguirían a Vincent sin problema."

Asiento. Es exactamente lo que yo pensaba. "¿Y para nosotros?"

Alexei no responde de inmediato. Bebe vodka y me mira. Sabe que esa es la pregunta de verdad. La que importa.

"Para nosotros es complicado", dice al final. "Vincent es tu marido sobre el papel. Es el símbolo de la alianza que mantiene tranquilos a los Vor. Si muere..."

"Me quedo viuda."

"Exacto. Y una viuda joven al mando de la Bratva es un problema." Se recuesta, agotado. "Los Vor son tradicionalistas. Respetan la fuerza, pero quieren un orden reconocible. Un Pakhan con una pareja al lado, aunque sea solo simbólica. Sin Vincent te vuelves vulnerable. No de inmediato, pero poco a poco."

No hace falta que lo diga en voz alta. Ya lo sé. Lo he visto pasar. Primero, los murmullos bajos en las reuniones. Luego, las voces empiezan a subir. Después, alguien empieza a probar los límites para ver si puede quedarse con una parte. Es una espiral lenta, pero implacable. Siempre termina en sangre.

"¿Opciones?" pregunto.

"Dos. Lo dejas morir. Venganza personal por Dmitri, pero caos político para ti. O lo adviertes. Lo mantienes con vida, refuerzas la alianza y conservas la estabilidad."

Vuelvo al sofá. Me siento con las piernas recogidas bajo mí. Pienso. Calculo. Evalúo. Alexei me observa en silencio, espera. Sabe que tengo que llegar sola a la decisión.

"Si lo dejo morir", digo en voz alta, "¿cuánto tardan los Vor en empezar a inquietarse?"

"Semanas. Quizá un mes si tienes suerte." Alexei se apoya en el sofá. "Primero los viejos. Los que siempre han pensado que una mujer no debería mandar. Luego los demás se sumarán. Es como sangre en el agua. Los tiburones siempre llegan."

"¿Y si lo salvo?"

"Consolidas. Los Vor ven que la alianza con los Marchesi se mantiene, que tienes el poder de sostenerlo todo. Que no estás sola. Simbólicamente cuenta. En nuestro mundo los símbolos cuentan tanto como los hechos, y aunque me duela admitirlo, Vincent es lo que es, un imbécil de mierda, pero también es una máquina de guerra a la que todos temen."

Tiene razón. Lo sé.

Dejar que Marco mate a Vincent sería fácil. Mi venganza servida en bandeja de plata sin que yo tenga que ensuciarme las manos. Dmitri sería vengado. Sin que yo haga nada. Incluso podría decirme que no hice nada, que fue la guerra interna de los Marchesi resolviéndose sola. ¿Pero después? Después me quedo sola. Y en mi mundo sola significa muerta. No físicamente, no de inmediato. Pero políticamente sí. Lentamente y sin escapatoria.

Salvar a Vincent significa entrar en su guerra familiar. Significa escoger un bando contra el otro. Atarme todavía más a él, apretar ese maldito nudo que ya existe. Pero también significa control, estabilidad, mi posición dentro de la Bratva.

No es una elección del corazón. Es cálculo político, puro y simple.

"Lo aviso", digo. Al parecer ya he tomado una decisión. "Pero quiero algo a cambio."

"¿Qué?"

"Acceso completo a todo. Si entro en su guerra quiero saber cada movimiento que haga. Transparencia total sobre las operaciones de

los Marchesi."

"¿Y Salvatore?"

"Cuando Marco caiga... y caerá, Vincent no toca a su padre. No todavía. Hace falta una transición de un Don a otro, no una masacre que desestabilice todo."

Alexei asiente. "Razonable. ¿Se lo dices esta noche?"

"Sí." Vuelvo a levantarme. No consigo quedarme quieta. "Tú organiza vigilancia sobre Marco. Veinticuatro horas al día. Quiero saber cuándo respira."

"Hecho." Él también se pone en pie. Me mira un momento. "Kat."

"¿Qué?"

"¿Estás segura?"

"¿De qué?"

"¿De que es solo por la estabilidad de la Bratva?"

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. No respondo enseguida. Alexei me conoce desde hace seis años. Es mi brazo derecho, mi mejor amigo, la única persona que puede hacerme preguntas así; quizá el único hombre al que habría podido amar si no sintiera por él solo un amor fraternal, igual que él por mí. Después de la muerte de Dmitri, ocupó su lugar en todos los sentidos.

"Tiene que serlo", digo al final.

Él sonríe apenas y niega con la cabeza. "Está bien. Finge, entonces." Sale del salón antes de que pueda responder.

Me quedo sola con mi copa de vino y mi decisión. Y con la sensación incómoda de que Alexei ha visto algo que yo no quiero ver.

Vincent está en la cocina. Lo oigo antes de verlo. Está tarareando algo en italiano, con esa voz baja y ronca. Cuando entro, lo encuentro frente a los fogones, con las mangas de la camisa

arremangadas, pantalones negros, los pies descalzos sobre el suelo. La imagen es tan incongruente que me quedo en el umbral mirándolo.

"No sabía que cocinaras", digo apoyándome en el marco.

Se gira. Sorpresa en los ojos, y luego esa sonrisa descarada que usa cuando cree que tiene el control de la situación. "Hay muchas cosas que no sabes de mí."

"Por suerte. Si supiera todo, te mataría de aburrimiento."

Se ríe. Es un sonido inesperado. "¿Has cenado?"

"No."

"Perfecto. Siéntate."

Podría decírselo de inmediato. Podría ser eficiente, fría, rápida. Entrar, hablar, salir. Pero hay algo en el aire de la cocina que me detiene. Olor a ajo dorándose en aceite, perfume de albahaca fresca, vino tinto abierto sobre la encimera. Doméstico. Normal. Dos adjetivos que nunca se aplican a nosotros.

Me siento en la barra. Vincent toma un plato, lo llena de espaguetis ajo, aceite y guindilla, me lo pasa. Se sirve otro para él. Nos sentamos uno frente al otro.

Como. Está bueno. Extrañamente bueno. Irritantemente bueno.

"¿Dónde aprendiste?" pregunto.

"De mi madre. Decía que un hombre que depende de otros para comer es un hombre débil." Enrolla los espaguetis en el tenedor con un gesto preciso, práctico. "Napolitana de verdad. Mitad sabiduría, mitad locura."

"¿Sigue viva?"

"No. Murió cuando yo tenía dieciocho. Aneurisma cerebral." Bebe vino y deja la copa con demasiado cuidado. "Una mañana se despertó con dolor de cabeza. Cuatro horas después, se había acabado. Al menos fue rápido."

"¿Y tu padre?"

"Papá no fue al funeral. Reunión importante en Chicago. Demasiado importante para despedirse de la madre de sus hijos." Lo dice plano, con la voz sin emoción. Pero debajo hay rabia. Vieja, fría, asentada durante años.

"Qué familia tan adorable", digo. El sarcasmo sale solo.

"Los Marchesi somos famosos por nuestra calidez humana." Sonríe, pero no hay alegría. "¿Tú y Dmitri erais cercanos?"

La pregunta me toma por sorpresa. Vincent nunca habla de Dmitri. Nunca.

"Sí. Mucho." Bebo vino. "Me sacaba tres años. Me enseñó casi todo. Cómo disparar, cómo mandar, cómo no mostrar miedo incluso cuando lo sientes."

"Habría sido un buen Pakhan."

"Sí."

"Y yo lo maté." Lo suelta así, directo. Sin disculpas.

"Sí."

Silencio. Seguimos comiendo. Es extraño hablar de esto mientras cenamos espaguetis como una pareja normal. Pero nosotros no somos normales. Nunca lo seremos.

"¿Me odias por eso?" pregunta Vincent al cabo de un rato.

"Sí."

"Justo." Bebe vino. "Pero aun así estás aquí."

"Estoy aquí porque tengo que estar. No confundamos las cosas."

"No confundo nada. Sé exactamente por qué estás aquí." Me mira. "La pregunta es si tú lo sabes."

No respondo. No hay una respuesta segura para esa pregunta.

Vincent se levanta para coger más vino. Pasa detrás de mí. Demasiado cerca. Su mano me roza el cuello, un contacto ligero como una pluma. Casi nada.

Pero lo siento todo. El calor, la presión, la forma en que la piel responde antes de que el cerebro pueda decir que no.

No digo nada. Él llena las copas y vuelve a sentarse. Me mira con esos ojos verdes que ven demasiado, que encuentran cosas que preferirías mantener ocultas.

"Entonces", dice. "¿Has venido por la pasta o hay algo más?"

Directo. Muy propio de Vincent. Nunca da rodeos.

"Hay algo más."

"Me lo imaginaba. Nunca cenas conmigo. Normalmente comes en tu habitación o desapareces sabe Dios dónde con... Alexei." Dice el nombre de Alexei con un toque de amargura en la voz.

"Hay una primera vez para todo."

"Eso sí." Sonríe. "¿Y qué me concede este honor?"

"No es un honor. Es necesidad."

"Mejor aún. La necesidad es más honesta que el honor." Se recuesta en el taburete. "Dime."

"No aquí." Me levanto y tomo la copa. "En tu habitación."

Él alza ambas cejas. El interés en sus ojos es inmediato. "Invitación interesante."

"No es una invitación. Necesito privacidad."

"La cocina está vacía. Irina y Tony han salido. Alexei seguro que está en el gimnasio inflándose los músculos para seguirme el ritmo. Estamos solos."

"No lo bastante."

Se levanta despacio. "Está bien. Vamos."

Su habitación es exactamente como esperaba. Grande, minimalista, fría de una forma calculada. Una cama enorme con sábanas negras perfectamente tensadas, un escritorio lleno de papeles ordenados en pilas precisas, ventanales inmensos sobre el río, donde las luces de Brooklyn tiemblan sobre el agua. Todo en tonos grises y negros. Sin color, sin nada personal. Nada que lo vuelva humano o vulnerable.

"Ponte cómoda." Señala el sofá en la esquina, frente a los ventanales.

Me siento. Vincent toma la botella que hemos subido, llena nuestras copas con movimientos lentos y controlados. Me pasa una y se sienta en el sofá. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos. Calcula la distancia como lo calcula todo.

"Entonces?" pregunta después de un sorbo.

"Marco quiere verte muerto."

Silencio. Bebe vino, lo hace girar en la copa mientras mira las luces afuera. No parece sorprendido. "¿Desde cuándo lo sabes?"

"Desde hace dos horas. Alexei interceptó una llamada entre Marco y un contacto búlgaro."

"Búlgaros." Se ríe sin alegría. "Papá siempre le decía que construyera alianzas. No pensé que las construiría contra mí."

"El atentado de hace tres días no fue casual. Fue un intento. Para ver cómo reaccionabas, dónde eres vulnerable, qué funciona."

"Me lo imaginaba. Demasiado mal organizado para ser serio. Pero lo bastante serio como para hacerme entender que alguien lo estaba intentando." Deja la copa. "¿Cuándo vuelve a golpear?"

"Pronto. Marco tiene prisa. Así que días, quizá horas."

"¿Y me lo dices por qué?"

Aquí está. La pregunta de verdad. La que importa.

"Porque te necesito vivo."

Me mira. Evalúa. Busca mentiras, ángulos ocultos, trampas enterradas bajo las palabras. "¿Exactamente por qué?"

"Política." Lo digo claro, sin adornos. "Sin ti soy una viuda. Una mujer sola al mando de la Bratva. Los Vor no aguantan eso. Son tradicionalistas, quieren un orden reconocible. Empiezan a murmurar, a probar límites, a buscar debilidades. Con vida, tú me das estabilidad. Control."

"Así que es solo por interés."

"Todo es por interés. Siempre."

"¿También esta cena?"

"No." Bebo vino. "La cena fue curiosidad. Quería entender quién eres cuando no estás intentando joderme de algún modo."

"¿Y?" Sonríe. "¿Quién soy?"

"Alguien que sabe cocinar, que amaba a su madre y aprendió a odiar a su padre muy pronto. Es un comienzo. No es todo, pero es un comienzo."

Se ríe. Esta vez hay calor real. "Me gustas cuando eres directa. Cuando te quitas toda la mierda diplomática."

"Siempre soy directa."

"No. A veces dices lo que tienes que decir para mantener el equilibrio. Pero esta noche estás siendo sincera." Se inclina hacia delante. "¿Por qué?"

"Porque no tengo tiempo para juegos. Marco atacará pronto. Necesito saber ahora si quieres mi ayuda o no."

"¿Qué quieres a cambio?"

"Acceso total a tus operaciones. Si entro en tu guerra contra Marco, quiero transparencia absoluta. Cada movimiento, cada decisión, cada contacto. Ningún secreto."

"¿Por qué? ¿No confías en mí?"

"No. No confío en nadie cuando hay dinero y sangre de por medio. Y aquí hay ambas cosas."

Vincent sonríe. "Honesta. Me gusta. ¿Algo más?"

"Cuando Marco caiga, y caerá, te lo garantizo, no tocas a Salvatore. No de inmediato. Hace falta una transición limpia, no un baño de sangre que desestabilice a todos y nos ponga en peligro."

"Quieres que deje vivir a mi padre." No es una pregunta. Es una constatación.

"Por ahora, sí. Hasta que nos convenga. Luego haces lo que quieras."

Vincent reflexiona. Bebe despacio, hace girar el vino en la copa. Está valorando, calculando, decidiendo si puede aceptar esos términos. Al final asiente. "Está bien. Marco primero, papá después. Cuando la situación sea estable y esté bajo control."

"¿Así de fácil?"

"Tú me mantienes con vida y me cubres la espalda con la Bratva. Y yo tomo el mando de lo que me pertenece por derecho. Yo te doy lo que quieres. Es un intercambio justo. No diría fácil. Pero sí interesante."

"Nada es justo en este mundo."

"No. Pero esto se le acerca bastante." Se levanta y va hacia el ventanal. Manos en los bolsillos, mirada sobre la ciudad que brilla bajo nosotros. "¿Sabes qué me gusta de ti?"

"No. Y no estoy segura de querer saberlo."

"Que no te mientes a ti misma. O al menos no tanto como la mayoría." Se gira y me mira. "Dices que esto es solo una cuestión de interés. Y lo es. Pero también es otra cosa, y tú lo sabes. Lo sientes."

"No conviertas esto en algo que no es."

"No convierto nada. Solo digo lo que veo." Vuelve hacia el sofá. Se detiene delante de mí. Demasiado cerca. La distancia entre nosotros está cargada, eléctrica. "Si fuera solo política, solo estrategia fría, habrías mandado a Alexei con un mensaje. Habrías hecho una llamada. En cambio estás aquí. Cenaste conmigo. Estás en mi habitación a medianoche."

"Hablar cara a cara es más claro. Menos margen para malentendidos."

"Mierda." Sonríe, pero sus ojos son serios. "Pero está bien. Finjamos que eso es lo que quieres."

"No estoy fingiendo nada."

"Claro que sí. Igual que yo." Da otro paso. Cuarenta centímetros de distancia. Puedo sentir el calor de su cuerpo. "Finjamos los dos que esto es solo un matrimonio de fachada, solo estrategia, solo necesidad política. Pero no lo es. Ya no. Puede que nunca lo haya sido de verdad."

El corazón se me acelera. Lo odio por eso. Por cómo ve cosas que yo no quiero ver. Por cómo encuentra verdades que prefiero mantener enterradas.

"No confundas las cosas", digo. La voz sale más dura de lo que quería.

"No confundo nada. Lo tengo muy claro." Vuelve a sentarse, más cerca que antes. "Pero está bien. Podemos fingir. Por ahora."

"No hay nada que fingir."

"Si tú lo dices." Sonríe. "¿Mañana organizamos todo?"

"Sí. Reunión aquí a las dos de la tarde. Coordinación total. Tony, Alexei, Irina. Planeamos cada detalle."

"Bien."

"Y Vincent."

"¿Sí?"

"No confíes en nadie de tu familia. Marco ha construido alianzas. Tiene recursos. Seguramente ya ha puesto otras piezas en movimiento que todavía no vemos."

"Yo confío en ti."

Las palabras llegan así, simples. Inesperadas.

"No deberías."

"Probablemente no. Pero aun así lo hago. Si tengo que morir, prefiero hacerlo por tu mano." Bebe el último sorbo de vino. "Demasiado tarde para cambiar de idea."

Me levanto. Necesito salir. Espacio. Aire que no huela a él, que no esté cargado de todo lo que no estamos diciendo.

"Me voy", digo. Camino hacia la puerta.

"Katerina."

Me detengo. La mano en la manilla. No me vuelvo. Si me vuelvo, podría quedarme. "¿Qué?"

"Gracias. De verdad."

"No me des las gracias. No lo hice por ti."

"Lo sé. Lo hiciste por ti... por la Bratva. Por seguir al mando." Pausa. Oigo el sofá crujir cuando se levanta. "Pero aun así lo hiciste. Y eso cuenta. Para mí cuenta."

Salgo. Cierro la puerta detrás de mí con más fuerza de la que quería.

En el pasillo apoyo la espalda contra la pared. Respiro hondo. El corazón late demasiado rápido. Las manos me tiemblan un poco. Joder.

He sellado un pacto con el hombre que mató a mi hermano. Por razones políticas. Pero lo hice.

Eso es lo que me repito mientras camino hacia mi habitación.

Eso es lo que tiene que ser.

Pero cuando cierro los ojos veo a Vincent. La forma en que me miró. La manera en que dijo "confío en ti" como si fuera la cosa más natural del mundo.

Y una parte de mí, pequeña, terca y molesta, sabe que no es solo por la Bratva.

Que quizá nunca lo fue.

Pero esa es una verdad que puedo afrontar mañana. O pasado mañana. O nunca.

Esta noche he tomado mi decisión. He elegido salvar a Vincent. Entrar en su guerra. Atarme todavía más a él.

Las razones no importan. No de verdad.

Lo que importa es que lo hice.

Y mañana veré cuánto me cuesta.

A la mañana siguiente me despierto con el sol en los ojos y un mensaje de Alexei en el teléfono: "Marco se ha movido tres veces esta noche. Ninguna hacia Vincent. Todavía. Pero se está preparando. Lo noto."

Respondo: "Reunión aquí a las dos. Trae todo lo que tengas."

Me levanto. Ducha caliente, larga. Me quedo bajo el agua hasta que me quema la piel, intentando lavar la sensación de anoche. La sensación de haber abierto una puerta que quizá era mejor mantener cerrada. Me visto con vaqueros negros y un jersey de cachemira gris oscuro. El pelo recogido en una coleta baja y tirante. Maquillaje ligero para ocultar las sombras bajo los ojos. Pintalabios rojo oscuro.

Bajo a la cocina. Vincent ya está allí con café y el periódico abierto sobre la barra. Me ve entrar y sonríe. "Buenos días."

"Es relativo." Tomo una taza y me sirvo café de la máquina. Está bueno. Perfecto. Odio que haga buen café. Odio que se esté

convirtiendo en costumbre beber su café por la mañana.

"Reunión a las dos", dice sin levantar la vista del periódico. "Tony ya me ha llamado. Tiene preguntas. Muchas preguntas."

"A las dos tendrá respuestas. Todas."

"¿Dormiste?"

"Lo suficiente."

"Mentirosa. Tienes ojeras. Y pareces cansada."

"Gracias. Siempre tan caballeroso."

"Nunca dije que lo fuera." Levanta la mirada y me observa. "Soy honesto. Hay una diferencia importante."

Bebo café. No respondo. No hay nada que decir a eso.

Vincent dobla el periódico con cuidado. "Anoche. Después de que te fuiste."

"¿Qué?"

"Pensé en lo que dijiste. En que me necesitas vivo para mantener tu posición."

"¿Y?" Dejo la taza. Lo miro.

"Y tienes razón. Tiene sentido." Se pone de pie y se acerca a mí. Se detiene al otro lado de la barra. "Pero quiero que sepas una cosa."

"¿Qué?" La voz me sale más dura de lo que quería.

"Sea cual sea la razón por la que lo hiciste -política, estrategia, necesidad, cálculo- importa. Importa para mí." Se apoya en la barra. "Porque podrías no haberlo hecho. Podrías haberme dejado morir y buscar otro camino. Volverte a casar, hacer otra alianza, consolidarte de otra forma. En cambio elegiste esto. Elegiste salvarme. Entrar en mi guerra."

"No soy tan buena como crees."

"No he dicho que seas buena. He dicho que elegiste. Y las elecciones importan más que las razones que hay detrás. Siempre." Me mira. "En nuestro mundo cuentan las acciones. Las intenciones no. Tú actuaste. Eso es lo que cuenta."

Tiene razón. Joder, tiene razón. Y lo odio por eso. Por cómo siempre ve el centro exacto de las cosas.

Termino el café. Dejo la taza en el fregadero con demasiada fuerza. El ruido resuena en la cocina. "A las dos. No llegues tarde."

"Nunca, tesoro."

Salgo de la cocina antes de que pueda decir nada más. Antes de que pueda abrir más grietas en la armadura que me he construido con tanto cuidado durante años. Antes de que pueda hacerme admitir cosas que no quiero admitir. Ni siquiera ante mí misma.

Porque tiene razón. Joder, siempre tiene razón.

He elegido. No por amor, no por compasión, no por justicia.

Pero elegí.

Y en nuestro mundo, despiadado y sin misericordia, las elecciones lo son todo. Las únicas cosas que de verdad cuentan.

Las razones vienen después. Siempre después. Y a menudo ni siquiera importan.

CAPÍTULO 11

Fachada de terciopelo

Katerina

A las dos de la tarde, todos están sentados en mi despacho. Alexei en el sillón de cuero junto a la ventana, Tony en el sofá al lado de Vincent, Irina apoyada en la librería con un cigarrillo encendido que sabe que odio, pero fuma igual. El aire huele a humo y a tensión, esa clase de tensión que llega justo antes de las decisiones peligrosas.

-Recapitulemos -digo, apoyándome en el escritorio-. Marco quiere a Vincent muerto. Tiene a los búlgaros de su lado, tiene recursos que probablemente ni siquiera conocemos del todo, y el tiempo se nos viene encima. Días, quizá horas.

-La seguridad se duplicó desde anoche -dice Tony. Se pasa una mano por el pelo oscuro, ese gesto nervioso que siempre hace cuando las cosas se complican-. Tres hombres más por turno, todos leales a Vincent, cobertura de trescientos sesenta grados. Pero si Marco decide moverse con fuerzas externas, mercenarios o equipos organizados, hace falta algo más. Algo más visible.

-Hace falta que todo el mundo sepa que tocar a Vincent significa tocarme a mí también -digo, mirando una por una cada cara de la habitación-. Si él muere, yo pierdo poder. Los Vor empiezan a dudar. Empiezan a preguntarse si de verdad puedo sostenerme sola. En seis meses estoy acabada. En un año, probablemente muerta.

-Entonces tenemos que mandar un mensaje público -dice Alexei. Me mira con esos ojos grises que me conocen demasiado bien-. Claro, fuerte, imposible de ignorar. Golpear a uno significa golpear a los dos.

-¿Y cómo mandamos exactamente ese mensaje? -pregunta Vincent. Es la primera vez que habla desde que se sentó. Su voz es serena, controlada, pero hay algo debajo. Una corriente que percibo. Un interés que va más allá de la simple estrategia.

-Evento público -dice Irina, dejando caer ceniza en el cenicero que le puse delante hace diez minutos solo para evitar que armara un desastre-. De alto perfil. Políticos, periodistas, gente que importa y que habla. Ustedes dos juntos, compenetrados, enamorados. El mensaje llegará alto y claro a quien tenga que llegarle.

-¿Qué tipo de evento? -pregunto-. No podemos inventarnos uno en veinticuatro horas.

-No hace falta inventar nada -dice Irina, deslizando el dedo rojo por la pantalla del móvil-. Esta noche hay una cena benéfica en el Plaza. Políticos, abogados, algún juez, empresarios limpios por fuera y podridos por dentro. Yo tengo una invitación. Puedo conseguir otras dos en una hora, dos como mucho.

Miro a Vincent. Él me sostiene la mirada. Hay una media sonrisa en la comisura de su boca, como si supiera exactamente lo que voy a decir y toda la situación le divirtiera.

-Esta noche es demasiado pronto -digo-. No tenemos tiempo de prepararlo todo como se debe.

-Pronto es perfecto -dice Alexei, recolocándose en el sillón-. Marco no espera un movimiento público tan rápido. Cree que Vincent se esconderá, que reforzará la defensa y nada más. Lo tomamos completamente desprevenido.

-¿Y si -digo despacio- es exactamente lo que espera?

-Entonces lo enfrentamos -dice Vincent. Se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Tiene esa postura relajada pero

alerta de los depredadores-. Escondidos somos blancos fáciles. Solo podemos reaccionar, nunca anticiparnos. En público nos convertimos en un problema distinto. Marco no puede permitirse un escándalo delante de fotógrafos, testigos y gente importante. Sería demasiado arriesgado incluso para él.

Tiene razón. Lo odio cuando la tiene con tanta facilidad.

-De acuerdo -digo tras un momento de silencio-. Lo hacemos. Esta noche. Irina, consigue las invitaciones y haz que todo parezca normal, nada que levante sospechas. Tony, coordina la seguridad dentro y fuera. Quiero cada rincón cubierto, cada salida controlada, cada cara desconocida identificada. Alexei, tú te quedas conmigo.

-Siempre -dice Alexei.

-¿Y nosotros? -pregunta Vincent-. ¿Cómo actuamos?

-Como una pareja unida. Enamorada. Toda la representación que haga falta.

-¿Toda? -Su sonrisa se ensancha apenas.

-La necesaria para convencer.

-Será interesante. -Se pone de pie-. Nos vemos a las ocho, entonces.

Sale. Los demás lo siguen. Me quedo sola con la sensación de haber aceptado algo que no sé cómo controlar.

A las siete estoy en mi habitación, delante del armario. Vestido negro largo, con una abertura lateral alta. Escote en V profundo, pero no vulgar. Elegante y peligroso al mismo tiempo. El tipo de vestido que dice puedo comprarte y arruinarte en la misma noche.

Me maquillo con cuidado. Pintalabios rojo oscuro, casi borgoña. Ojos intensos. El pelo suelto sobre los hombros, ondulado. Tacones altísimos que convierten mis piernas en armas.

Llaman a la puerta.

-Adelante.

Alexei entra y se queda mirándome.

-Vas a causar estragos.

-Esa es la idea.

-La seguridad está lista. Ocho hombres fuera, seis dentro mezclados entre los invitados. Tony los coordina. Vincent tiene a cuatro de los suyos.

-Bien. -Recojo del cama el bolso de mano negro. Dentro: el pintalabios, el teléfono, una pistola diminuta que espero no tener que usar.

-Kat -dice Alexei.

Lo miro.

-Dime.

-A veces, las actuaciones se vuelven reales cuando les pones demasiada convicción.

-No se va a volver real.

-Si tú lo dices. -No parece convencido-. Bajo. Te espero abajo.

Cuando sale, me quedo un momento delante del espejo. La mujer que me devuelve la mirada parece segura, controlada, lista. Pero

bajo la superficie hay otra cosa. Algo que no quiero mirar demasiado de cerca.

Vincent me espera en el vestíbulo. Esmoquin negro impecable, camisa blanca, pajarita. Lleva el pelo peinado hacia atrás, la barba recortada con precisión. Parece salido de una riviera italiana, pura clase con el peligro escondido bajo la piel.

Cuando bajo la escalera, se gira. Sus ojos me recorren desde el primer escalón hasta el último. Despacio. Demasiado despacio. Como si estuviera catalogando cada detalle.

-Estás preciosa -dice cuando llego abajo.

-Estoy presentable.

-Eres mucho más que presentable. Eres devastadora. -Me ofrece el brazo-. ¿Vamos?

Lo tomo. La tela del esmoquin es suave, pero por debajo siento el músculo. Sólido.

Subimos al coche blindado. Alexei delante con el chófer, nosotros atrás. Salimos rumbo al Plaza.

Manhattan se desliza tras la ventanilla. Luces que se encienden, tráfico que se espesa, vida normal que no sabe nada de nuestras guerras privadas.

-¿Nerviosa? -pregunta Vincent.

-Concentrada.

-Es una forma elegante de decir nerviosa.

-Es una forma precisa de decir que estoy evaluando los riesgos.

-Los riesgos son altos. -Se reclina en el asiento y me mira-. Pero valen la pena.

-¿Por qué?

-Porque esta noche todos sabrán que eres mía.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros.

-No soy tuya.

-Sobre el papel, sí. Y esta noche vamos a enseñárselo a todos. -Se acerca apenas-. Eso significa que voy a tocarte. A menudo. Y tú vas a tener que dejarme.

-Sé cómo funciona una actuación.

-Bien. Porque cuando quiero, soy muy convincente.

El resto del trayecto es silencio. Pero está cargado de algo que no sé nombrar. Electricidad. Expectativa. Peligro.

El Plaza es una cascada de luces doradas reflejadas en cristal y mármol. Los coches de lujo dejan a los invitados elegantes uno tras otro, como si siguieran una coreografía ensayada. Los fotógrafos disparan sin parar, flashes que estallan como fuegos artificiales. El circo del poder está en plena función y nosotros somos los nuevos animales exóticos a los que todos quieren fotografiar.

Bajamos. Los flashes explotan de inmediato, cegadores. Vincent me sujeta con fuerza, la mano posesiva en la cintura. Baja. Demasiado baja. Sus dedos se aprietan apenas sobre la tela del vestido.

Sonrío. La representación ha comenzado oficialmente.

-¡Mr. and Mrs. Marchesi! -grita alguien entre la multitud de fotógrafos-. ¡Un momento, por favor!

Vincent se detiene. Me gira hacia él con un movimiento fluido, ensayado. Su mano sube hasta mi rostro, el pulgar me roza el pómulo con una delicadeza que contradice todo lo que es. Luego me besa. Delante de todos. Lento, profundo, con esa seguridad de quien sabe exactamente lo que está haciendo y el efecto que quiere provocar.

Me tenso durante medio segundo. El cerebro dice actuación, solo es una maldita actuación. Luego recuerdo para qué estamos aquí. El mensaje que tenemos que mandar.

Me relajo incluso demasiado. Le devuelvo el beso. Las manos se apoyan en su pecho y siento su corazón latiendo fuerte bajo la tela del esmoquin. El corazón de Vincent Marchesi acelerado. Interesante. Los flashes revientan a nuestro alrededor como una tormenta de luz.

Cuando se aparta, sonríe. Esa sonrisa que usa cuando ha ganado algo.

-Bien hecho. Muy convincente.

-Vete al infierno -susurro, manteniendo la sonrisa perfecta clavada en la cara.

-Iré encantado. Pero tú vienes conmigo. Está en el contrato matrimonial.

Entramos. El salón de baile del Plaza es exactamente como lo recordaba: espectacular de una forma casi obscena. Lámparas de cristal que atrapan y multiplican la luz, mesas decoradas con una

precisión maníaca, flores por todas partes. Gente hermosa y peligrosa fingiendo ser buena y caritativa por una noche.

Vincent no me suelta jamás. La mano sigue en mi cintura; a veces baja más por la cadera, a veces sube hasta mi espalda desnuda, donde sus dedos trazan pequeños círculos en mi piel. Siempre presente. Siempre posesivo. Siempre diciéndole a cualquiera que mire: *mía*.

Nos detenemos a saludar. Políticos a los que conozco de nombre y de reputación, abogados a los que he pagado para que cierren los ojos ante operaciones delicadas, hombres de negocios que hacen tratos sucios con manos perfectamente limpias y manicuras impecables. Vincent está perfecto en su papel. Me llama "cariño", "tesoro", "amor". Me toca sin parar. Gestos pequeños y afectuosos que parecen naturales, pero que en realidad son marcas territoriales tan precisas como las de un lobo.

Yo sonrío. Me río de sus bromas incluso cuando no tienen gracia. Le aprieto la mano. Apoyo la cabeza en su hombro para una foto. La esposa perfecta, enamorada, feliz. Aunque me entren ganas de matarlo.

Pero cuando nadie puede oírnos, cuando estamos lo bastante cerca para que solo él reciba mis palabras:

-Si tu mano baja un centímetro más, te la rompo por la muñeca.

-Estás actuando de forma impecable. Hollywood está perdiéndose algo.

-No estoy actuando. Te estoy haciendo una promesa muy seria.

-Mejor todavía. Me gustas cuando eres peligrosa. Me excitas.

Un senador al que no soporto nos detiene para una foto. Uno de esos que predican moralidad en público y frecuentan nuestros clubes privados de noche. Vincent me atrae contra él sin vacilar. Su mano baja peligrosamente por mi espalda.

-Sonríe -susurra junto a mi oído. Su aliento caliente me roza la piel-. Pareces una mujer que está planeando un asesinato.

-Porque lo estoy haciendo. El tuyo.

-Ya lo sé. Pero esta noche estás locamente enamorada de mí. Así que sonríe y finge que te mueres por llevarme a la cama.

Sonrío. La foto nos inmortaliza perfectos. El poder convertido en pareja. Belleza y peligro mezclados en la misma proporción. Nadie ve la guerra silenciosa bajo la superficie impecable.

La cena es interminable. Platos refinados que no pruebo. Vino del que bebo más de la cuenta. Conversaciones vacías sobre beneficencia y mercados financieros.

Vincent interpreta su papel a la perfección. Su mano no me abandona nunca. Caricias ligeras, pero constantes. Besos en la sien, en el cuello. Cada gesto es público. Cada gesto, un mensaje.

Yo aguanto. Pero por dentro cada músculo está tenso. Busco amenazas. Movimientos raros. Rostros que no encajan.

Alexei está tres mesas más allá. Me mira a menudo. Vigilando. Tony está cerca de la salida, alerta. El único relajado es Vincent.

Cuando termina la cena, empieza el baile. Orquesta en vivo, vals clásico.

-¿Bailamos? -pregunta Vincent.

-¿Tengo que hacerlo?

-Sí. Las parejas enamoradas bailan.

Me levanto. Me lleva al centro de la pista. Una mano en mi cintura, la otra sosteniendo la mía. Empezamos a movernos y descubro que baila bien. Demasiado bien.

-¿Tu madre? -pregunto.

-Obvio. Decía que un hombre que no sabe bailar es un hombre sin clase.

Bailamos en silencio. Luego Vincent se acerca más. Su boca junto a mi oído.

-Sabes que todos nos están mirando, ¿verdad?

-Lo sé.

-Ven a una pareja hermosa. Fuerte. Peligrosa.

-Ven lo que tienen que ver.

-¿Y tú qué ves? -La mano desciende por mi espalda. Baja. Demasiado baja.

-Una actuación necesaria.

-¿Estás segura? -Su voz es baja, cálida-. Porque tu corazón late deprisa. Lo siento.

-Es tensión.

-Es otra cosa. Pero está bien. Sigue fingiendo.

La música termina. Me separo.

-Voy al baño.

-Te acompaño.

-No.

Me deja ir, pero sus ojos me siguen mientras cruzo el salón.

El baño es elegante. Mármol y espejos dorados. Me miro. El maquillaje está perfecto, pero mis ojos me delatan. Estoy tensa.

Me lavo las manos. Respiro. Una hora más y esto termina.

Salgo. El pasillo está vacío. Demasiado vacío. Algo no encaja.

Por instinto, mi mano va hacia el bolso.

-¿Todo bien? -Alexei aparece al doblar la esquina.

-Sí. Solo los nervios.

-Ya casi termina.

Volvemos al salón. Vincent me ve. Se acerca.

-¿Me echaste de menos?

-Estuve fuera tres minutos.

-Demasiado. -Me besa. Otra vez. Delante de todos.

Y esta vez algo cambia. No sé qué. Pero lo siento en la manera en que su cuerpo se aprieta contra el mío. En la forma en que su mano

se cierra en mi espalda. En cómo el beso dura un segundo más de lo necesario.

Cuando se aparta, hay algo distinto en sus ojos. Más oscuro. Más real.

A las once decidimos que ya es suficiente. Hemos hecho nuestra parte. Mandado el mensaje. Mostrado unidad frente a cualquiera que importe. Las fotos de esta noche estarán en los periódicos mañana por la mañana. Vincent y Katerina Marchesi, la pareja poderosa y enamorada. El mensaje le llegará alto y claro a Marco y a cualquiera que piense que somos vulnerables.

Salimos. Vincent me mantiene pegada a él, la mano siempre en mi cintura como si estuviera pegada ahí. Alexei camina delante de nosotros, con los ojos escaneándolo todo. Tony detrás. Otros de nuestros hombres mezclados entre la multitud de invitados que salen, fuman, esperan sus coches.

El coche blindado está a cincuenta metros. El aire helado de febrero me corta la piel desnuda de los hombros. Hay poca gente fuera por el frío. Demasiado poca. El instinto se despierta de golpe, una alarma que suena dentro de mi cabeza.

-Alexei -digo en voz baja. Lo bastante baja para que solo él me oiga.

Él capta algo en mi tono. La mano va hacia la pistola escondida bajo la chaqueta.

-Yo también lo siento.

Cuarenta metros hasta el coche. Treinta.

Dos hombres salen de la sombra entre los coches aparcados. Van vestidos de aparcacoches, chalecos rojos y todo. Pero la forma en

que caminan hacia nosotros está mal, todo está mal. Los hombros demasiado anchos, los pasos demasiado medidos.

-¡Abajo! -grita Alexei.

El mundo explota.

Disparos. Por todas partes. El ruido ensordecedor lo llena todo. El cristal de un coche estalla en mil pedazos que salen volando. Gritos. Caos inmediato y total.

Vincent no duda ni medio segundo. Me tira al suelo con una violencia que me deja sin aire. Su cuerpo me cubre por completo. Pesado. Sólido. Una pared de músculo y hueso entre yo y las balas. Siento su corazón golpeando con fuerza contra mi espalda.

Más disparos. Alexei responde al fuego. Tony también. Es una batalla real en pleno centro de Manhattan, delante del Plaza. Ya se oyen sirenas a lo lejos; alguien ha llamado.

Un hombre corre hacia nosotros. Lo veo entre las piernas de los coches. Lleva la pistola en alto. El cañón apunta directamente a Vincent, que está encima de mí, expuesto, vulnerable, haciéndome de escudo con su cuerpo.

El cerebro deja de pensar. El cuerpo actúa antes de que la mente pueda interferir.

Me muevo. La mano se hunde en el bolso. Saco la pistola pequeña. Pesada. Apunto al centro del blanco, como me enseñó Dmitri hace años, cuando yo tenía dieciséis y me llevaba al campo de tiro.

Disparo.

El retroceso casi hace que la pistola se me caiga. El ruido es ensordecedor, aunque ya he disparado antes en el polígono. Pero

esto es distinto. Esto es real. No es un entrenamiento.

Disparo otra vez. Y otra. Tres tiros.

El hombre cae. Primero de rodillas. Luego hacia delante. La sangre se abre bajo él. Rojo oscuro que parece negro en la sombra de la noche. Sus ojos abiertos me miran un segundo antes de apagarse.

El mundo se detiene.

Acabo de matar a un hombre. El primero en toda mi vida. Veinticuatro años y acabo de arrebatar una vida. La sangre sigue extendiéndose sobre la acera fría. Su cara queda grabada en mi retina. Joven. Quizá veinticinco años. Ojos oscuros. Barba corta. Se quedará ahí para siempre. Lo sé. Ese rostro va a quedarse conmigo.

-Mierda -dice Vincent, con la voz ronca. Me levanta de un tirón con manos fuertes-. ¡Corre! ¡Ahora!

Pero no corro. No puedo. Las piernas no obedecen. Busco a Alexei entre el humo y los gritos.

Lo veo apoyado contra un coche. Se sujeta el brazo derecho con la mano izquierda. Sangre en los dedos. Pero está de pie. Vivo. Sus ojos me encuentran entre el caos.

-¡Alexei! -La voz me sale rota.

-¡Estoy bien! -me grita de vuelta-. ¡Solo es un rasguño! ¡Me rozó una bala! ¡Vete!

Más disparos. Tony derriba a uno. Nuestros hombres llegan desde todas las direcciones. La batalla termina tan rápido como empezó. Los que seguían vivos y lograron salir corren hacia la sombra. Los muertos se quedan en la acera helada. Tres cuerpos. Uno es mío.

Las sirenas se acercan cada vez más. Luces azules parpadeando ya en la esquina.

-Nos vamos. Ya -dice Vincent. No es una petición. Me empuja hacia el coche con una mano firme en la espalda. Tony coge a Alexei, lo sostiene. Subimos todos. El chófer arranca antes incluso de que las puertas se cierren. Los neumáticos chillan sobre el asfalto.

Dentro reina un caos controlado. Alexei presiona el brazo con un pañuelo que se vuelve rojo muy deprisa. Sangre, pero no demasiada. Vincent comprueba que esté bien; sus manos recorren mis brazos, mis hombros, mi cara, buscando heridas. El chófer conduce rápido, pero con cuidado, lo suficiente para alejarnos, no tanto como para llamar la atención.

Yo miro mis manos. Tiemblan. No consigo detenerlas. Aún sujetan la pistola pequeña. Los dedos apretados sobre el metal, que ahora está caliente por los disparos. Todavía puedo sentir el retroceso. El peso. El impacto.

He matado a un hombre.

Por primera vez en mi vida he quitado una vida.

Para proteger a Vincent. El asesino de mi hermano.

El pensamiento gira dentro de mi cabeza como un disco rayado que no puedo detener.

-Katerina. -La voz de Vincent. Firme. Calmada-. Mírame.

Lo miro. Sus ojos verdes son intensos, concentrados por completo en mí.

-Respira. Ahora.

-Estoy respirando.

-No. Estás entrando en shock. Respiras demasiado rápido. Más despacio. Respira conmigo.

Tiene razón. Mi respiración es corta, rápida, superficial. Obligo a mis pulmones a desacelerar. Una vez. Dos. Tres. Sigo el ritmo que Vincent me marca con la mano sobre mi pecho.

-Bien -dice Vincent. Me coge la mano que aún aprieta la pistola-. Ahora suelta el arma.

No puedo. Los dedos no obedecen al cerebro. Están bloqueados.

Vincent cubre mi mano con la suya. Con las dos. Calor. Presión firme, pero suave.

-Suéltala. Ya estás a salvo. Se acabó.

Los dedos se abren despacio. Milímetro a milímetro. La pistola cae sobre el asiento de cuero. Vincent la coge, comprueba el seguro y se la guarda en la chaqueta.

-¿Mejor?

Asiento. Pero es mentira, y ambos lo sabemos. Nada está mejor. He matado a un hombre. Su cara está grabada en mi mente como un tatuaje permanente. Los ojos desorbitados. La sorpresa en el rostro. La forma en que cayó. Todo marcado para siempre.

Llegamos al ático. El médico ya está allí, esperándonos. Irina llamó en cuanto sonó la primera sirena, eficiente como siempre, previsora como siempre.

Llevamos a Alexei a su habitación. El médico trabaja rápido, con manos expertas. Le corta la manga de la camisa manchada de sangre. Examina la herida.

-Solo es un roce profundo. La bala apenas lo rozó. Limpio, desinfecto y vendo. Dos días de reposo y se habrá cerrado del todo.

-Gracias -digo. La voz me sale plana. Como si viniera de muy lejos.

El médico se marcha con su maletín negro. Me quedo con Alexei, que ahora está sentado en la cama, el brazo vendado, la camisa arruinada tirada en un rincón. Me mira.

-Lo hiciste bien -dice.

-He matado a un hombre.

-Lo sé. Lo vi. -Se apoya en la almohada-. La primera vez siempre es la peor. Pero se vuelve más fácil.

-No quiero que se vuelva más fácil.

-Lo sé. Pero así funciona nuestro mundo. Y tú lo sabes.

Lo sé. Claro que lo sé. Pero saber algo en teoría y vivirlo en la práctica son dos universos completamente distintos.

Voy a mi habitación. Necesito estar sola. Procesarlo. Entender qué ha pasado esta noche y qué significa.

Pero Vincent me sigue. Cierra la puerta tras de sí con un clic definitivo.

-Vete -digo sin girarme. Miro por la ventana, a Manhattan brillando con indiferencia.

-No.

-Vincent, necesito estar sola. Necesito...

-¿Qué? ¿Quedarte sola y pensar hasta hacerte daño? -Se acerca. Lo siento a mi espalda-. Has matado por primera vez esta noche. Lo sé. Sé exactamente lo que se siente. Sé lo que estás sintiendo ahora.

-No puedes saberlo. -Me doy la vuelta-. No puedes saber qué se siente.

-Tenía diecisiete años -dice con calma-. Un hombre que le debía cincuenta mil dólares a mi padre. Me ordenó hacerlo. Delante de sus hombres. Para demostrar que yo estaba listo. Que podía ser su hijo de verdad. -Se sienta en el borde de mi cama-. Recuerdo cada detalle. Su cara. La sangre. La forma en que cayó. El sonido que hizo cuando golpeó el suelo. Recuerdo lo que sentí después. Las náuseas. El temblor. La sensación de no poder respirar.

Lo miro. Vulnerable como un niño por primera vez desde que lo conozco.

-¿Y cómo seguiste adelante?

-Seguí viviendo. Porque era él o yo. Él o mi familia. Como esta noche. Era él o yo. Y tú elegiste. -Se pone de pie. Se acerca demasiado-. Hiciste lo que tenías que hacer. Me salvaste la vida.

-Lo hice por mí. Porque te necesito vivo. Porque sin ti estoy políticamente acabada.

-Tonterías... -Me mira de frente, directo a los ojos-. Lo hiciste porque, por puro instinto, en ese momento no pensaste en las consecuencias. No pensaste en los Vor ni en la Bratva ni en nada de eso. Solo pensaste en mantenerme con vida. Punto. Final.

Tiene razón. Mierda, la tiene, y lo odio por eso.

-Vete -susurro, con la voz quebrada.

-No. -Su mano en mi cara. Cálida. Real-. Esta noche no era una actuación. Cuando me tiré sobre ti para protegerte. Cuando tú disparaste para protegerme. Nada de esto era una actuación.

-Debería haberlo sido. Era el plan.

-Pero no lo fue. -Se acerca aún más-. Y eso te aterra. Porque significa que es real. Que yo soy real. Que lo que sientes es real.

-No siento nada.

-Otra mentira. Sientes, y mucho. Lo veo en tus ojos. En la forma en que tiemblas cuando te toco. En la manera en que disparaste sin vacilar cuando me apuntaron con esa pistola.

-Vincent... -Pero después de su nombre no sé qué decir.

Me besa. Corta las palabras. Las mentiras. Las defensas. Este beso es completamente distinto de todos los de esta noche. No hay público que convencer. Solo estamos nosotros dos en esta habitación.

Y durante un instante breve, aterrador, perfecto, le respondo. Porque tiene razón en todo. Es real. Demasiado real. Peligrosamente real.

Las manos de Vincent en mis caderas. Las mías en su pecho. Su corazón latiendo fuerte bajo mi palma. El mío respondiendo al mismo ritmo.

Entonces el cerebro vuelve a encenderse. El control regresa. Me aparto.

-No. Basta.

-Katerina...

-No. Sal. Ahora. Ya.

Me mira largo rato. Busca algo en mi cara. Encuentra lo que sea que esté buscando, o quizá ve otra cosa. Asiente despacio.

-De acuerdo. Pero sabes que no puedes huir para siempre. Tarde o temprano tendrás que admitir la verdad.

-¿Qué verdad?

-La que ya entendiste esta noche cuando disparaste. Cuando me elegiste a mí en vez de dejar que pasara. Esa verdad.

Sale. La puerta se cierra con un sonido definitivo.

Me quedo sola en una habitación que ahora parece demasiado grande y demasiado vacía. Voy hasta la ventana. Manhattan brilla bajo mis pies. Millones de luces. Millones de vidas. Todas indiferentes a lo que ha pasado esta noche.

Pero yo no soy indiferente. Ya no. No puedo serlo.

CAPÍTULO 12

Línea de sangre

Vincent

Son las tres de la mañana y la adrenalina todavía me corre por las venas como coca cortada de mala manera. Intenté dormir. Lo juro. Me metí en la cama, cerré los ojos, conté respiraciones, pensé en cualquier cosa menos en lo que pasó hace unas horas.

No sirvió de una mierda.

Cada vez que cierro los ojos, la veo.

Ella salvándome la vida sin pensárselo ni un segundo.

No se suponía que el que estuviera en peligro fuera yo. Tenía que ser simple. Vamos a la cena, mostramos que estamos unidos, mandamos el mensaje, volvemos a casa. Fin de la historia. Nada de balas. Nada de cuerpos desplomándose sobre el mármol. Nada de Katerina con una pistola en la mano y esa mirada helada de reina dispuesta a mancharse de sangre por mí.

Me levanto de la cama completamente desnudo. La habitación está a oscuras, solo las luces de Manhattan filtrándose por los ventanales gigantes. Hacen líneas pálidas sobre el suelo, sobre las sábanas revueltas, sobre mi cuerpo.

Agarro los pantalones del pijama del suelo, donde los tiré antes de acostarme. Algodón negro, ligero. Me los pongo.

Salgo del dormitorio descalzo. El ático está en silencio absoluto. Alexei está en su cuarto al fondo del pasillo, probablemente por fin dormido después del infierno de esta noche. Katerina está en el suyo. Supongo. Debería.

Pero yo no duermo una mierda.

Bajo a la cocina. El mármol está helado bajo mis pies desnudos. Me gusta. Me mantiene atado al presente en vez de dejarme perderme en la cabeza.

Abro la puerta de la cocina y me quedo clavado en el umbral.

Ella ya está ahí.

Joder.

Sentada sobre la encimera de mármol negro como si fuera lo más normal del mundo. Las piernas colgando en el aire, los pies descalzos, una camiseta blanca finísima y unos shorts de seda que apenas le cubren el culo. El pelo rubio le cae suelto sobre los hombros, despeinado, suave, como si acabara de salir de mi fantasía privada.

Se me pone dura al instante. Como un puto adolescente. Siento el pantalón tensarse.

Ella me ve. Se le tensa todo el cuerpo durante medio segundo. Los ojos azules se le abren más. Me mira. Torso desnudo, descalzo, despeinado, con el pelo revuelto y la cara dura de alguien que no ha pegado ojo.

Y luego me mira ahí abajo. Los ojos azules bajan. Se quedan en el bulto que empieza a crecer bajo la tela fina del pantalón.

Se le ponen las mejillas rosadas. Traga saliva. Aparta la mirada deprisa. Finge que no pasa nada. Se concentra en la encimera. En sus manos. En cualquier sitio menos en mí.

Pero la vi mirar. La vi sonrojarse. La vi desear. Y yo la deseo.

-No duermes -dice después de un silencio denso. No es una pregunta. Es una constatación. La voz un poco ronca. Ha llorado esta noche, pero ahora mismo no queda ni rastro de debilidad en ella. Solo cansancio. Y algo más.

-No. -Voy directo al frigorífico. Necesito hacer algo con las manos antes de que vayan solas a por ella-. Necesito agua.

Sus ojos vuelven a bajar. Rápidos. Como si no pudiera evitar mirar. Luego se apartan otra vez. Vuelven a sus manos. Pero demasiado tarde. Ya lo vi.

-Tú tampoco -digo, dejando la botella sobre la encimera. Mi voz sale más grave de lo que quería. Más cargada. Más peligrosa.

-No. -Casi un susurro.

El silencio que viene después es espeso como niebla. Pesado. Cargado de todo lo que pasó esta noche. De la decisión que tomó. Del disparo. De la sangre. Del hecho de que, si no fuera por ella, yo estaría muerto.

Me apoyo en la encimera frente a ella. Un metro de distancia. Demasiado y demasiado poco al mismo tiempo. Sus ojos azules suben por fin hasta los míos. Mantenerle la mirada es como meter la mano en una llama y negarse a apartarla.

Vuelve a tragar saliva. Más fuerte. Aparta la mirada con un esfuerzo visible. Las manos se cierran en el borde de la encimera.

-¿Cómo estás? -pregunto.

-Bien.

-Mentira. Dime la verdad.

-Estoy tan bien como se puede estar después de matar a alguien. -Me mira de frente con esos ojos azules empeñados en no quebrarse-. ¿Tú?

-Vivo gracias a ti. Así que diría que estoy de puta madre.

-No me des las gracias. Te necesitaba vivo. Y lo sabes.

-Sigues con esa estupidez. -Sonrío, pero no es amable. Es depredador-. ¿Cuándo vas a dejar de contarte mentiras?

-No son mentiras. Es la verdad.

-Katerina. -Doy un paso hacia ella. Lento. Deliberado. Como un depredador acercándose a su presa-. Le disparaste a un hombre por mí.

-No tenía elección.

-Siempre hay elección, y tú me elegiste a mí. -Otro paso. Setenta centímetros ahora-. Fue algo más profundo que estrategia y los dos lo sabemos.

No se mueve de la encimera. Pero veo cada músculo de su cuerpo tensarse como una cuerda de violín a punto de romperse.

-Vincent, no empieces...

-¿No empiece con qué? -Otro paso. Cincuenta centímetros-. ¿Con decir la verdad? ¿Con admitir que esta noche algo cambió?

-No cambió una mierda.

-Claro que sí. -Cuarenta centímetros. Ya puedo sentir el calor de su cuerpo. Olor a jabón limpio y algo más debajo. Algo solo suyo-. Me salvaste. Y eso te cambió.

-Fue adrenalina. Nada más.

-Fue necesidad. -Treinta centímetros. Veo el rubor subirle por el cuello pálido. Veo cómo se muerde el labio inferior. Veo cómo late esa vena pequeña en su garganta.

Se le atasca la respiración. Le veo el pecho subir y bajar más rápido bajo la tela fina. Veo el rubor extenderse. Veo el deseo luchar contra todo lo demás.

-Vete a dormir, Vincent.

-No tengo sueño.

-Entonces vuelve a tu habitación.

-No quiero.

-Vincent... -La voz se le quiebra apenas.

-Dime que no lo sientes. -Las palabras me salen bajas. Peligrosas-. Mírame a los ojos y dime que no sientes esta química entre nosotros. Que no me quieres igual que yo te quiero a ti.

Me mira. Busca las palabras. La mentira perfecta. Pero no la encuentra. Porque sería una mentira de mierda y ella lo sabe. Los ojos azules se le nublan un segundo.

-No estoy pensando -dice al final. La voz ronca me golpea directo en la polla-. No puedo pensar.

-Perfecto. Deja de pensar.

La agarro. Manos en sus caderas. La bajo de la encimera y la pego contra mí. Tiene un segundo para reaccionar. Para detenerme. Para decir que no.

No lo hace.

Las piernas se le abren automáticamente. Se enroscan alrededor de mi cintura. La levanto. Cuerpo contra cuerpo. Piel caliente contra piel caliente.

Jadea contra mi boca. Los ojos azules se le cierran.

-Este es tu sitio -le digo contra los labios-. Encima de mí. Siempre.

-Cierra esa maldita boca. -Las manos se me meten en el pelo. Aprieta fuerte, hasta doler. Tira-. Hablas demasiado.

Me besa. Un beso salvaje, violento. No hay nada dulce. Nada romántico. Es pura necesidad animal.

Le respondo mordiéndole el labio inferior. Las manos se deslizan bajo la camiseta. Piel caliente y lisa. Subo. No lleva sujetador. Tiene los pezones duros, tensos, perfectos contra mis dedos.

Gime dentro de mi boca. Me muerde el labio. Fuerte. Siento el sabor de la sangre. Metálico y caliente.

-Bastardo -dice contra mis labios.

-Bruja. -Las uñas me arañan la espalda desnuda. Profundo. Escuece. Me gusta. Quiero más marcas.

La saco de la cocina. Subo las escaleras. Hacia mi habitación. Ella me besa el cuello, muerde, chupa la piel. Me va a dejar moratones. Quiero que los deje.

Pasamos delante de la habitación de Alexei, al fondo del pasillo. Todo en silencio. Duerme. Mejor así. No quiero testigos. No quiero a nadie entre nosotros ahora.

Llegamos a mi cuarto. La tiro sobre la cama. Rebota, con el pelo rubio desparramado sobre la almohada blanca como un halo. Como oro líquido. Como algo sagrado que estoy a punto de profanar.

Me quito el pantalón. Por fin. La polla salta libre. Dura. Gruesa. Lista. Totalmente erecta. La punta enrojecida. Ya húmeda.

Ella me mira. Los ojos azules se le abren más. Bajan. Se quedan fijos en mi polla. Se le entreabre la boca. Traga saliva.

-¿Algún problema? -pregunto, con la voz áspera.

-No. -La voz ahogada, casi imperceptible-. Ven aquí. Ahora.

Subo a la cama. Me coloco sobre ella. Le atrapo las muñecas y se las inmovilizo por encima de la cabeza con una sola mano. Fuerte. Mi

peso la mantiene clavada al colchón.

-Te voy a follar como me dé la gana -digo, mirándola a esos ojos azules.

-Inténtalo.

Le arranco la camiseta. Literalmente. La tela se rasga con un sonido obsceno. La tiro por ahí. Me da igual dónde.

Ella jadea. Se arquea sobre la cama como un puente. Las manos intentan soltarse de mi agarre. Tiran. Luchan.

-No. -Le aprieto más fuerte las muñecas. Lo justo para dejar marca-. Quédate quieta y deja que haga lo que quiero.

-Vete a la mierda.

-Después. Primero te follo como quiero yo.

Bajo. Besos húmedos en su vientre. En la piel que sabe a jabón, a sudor y a ella. La lengua en el ombligo. Los dientes pellizcándole los costados. La oigo contener la respiración.

Ella me mira desde la almohada. Respiración agitada. El pelo rubio esparcido como oro. Los ojos azules empañados. -Vincent...

-¿Qué?

-Muévete. Deja de jugar.

-No. -Beso el interior de su muslo derecho. Le muerdo la piel blanda. Le dejo una marca roja-. Me tomo todo el tiempo que me dé la gana.

No lleva bragas debajo. Obvio. Completamente desnuda. Ya mojada. Su coño rosado y perfecto prácticamente me está llamando.

La pruebo. Primero solo un beso. Labios cerrados. Delicado. Luego la lengua. Plana. Ancha. Lenta. La paso de arriba abajo. Toda ella. Sin

prisa. Saboreándola.

Gime fuerte. Demasiado fuerte para ser las tres de la mañana con Alexei durmiendo al fondo del pasillo. Pero me importa una mierda. Quiero volver a oírla. Más. Más alto.

-Joder, Vincent. Joder. Dios.

Sigo. La lengua encuentra el clítoris. Pequeño y duro bajo mi boca. Lo rodeo. Círculos lentos y torturantes. Presión constante. Precisa.

Las piernas empiezan a temblarle sin control. Se cierran alrededor de mi cabeza. Aprietan fuerte. La espalda completamente arqueada, separada del colchón. Está perdiendo el control y lo sabe.

Le meto dos dedos mientras sigo lamiéndola. Cristo santo. Está apretada. Apretada como una virgen. Caliente como el fuego. Empapada.

-¡Joder! Vincent, yo... voy a... joder, no pares.

No la dejo terminar la frase. Sigo golpeando ese punto con los dedos. Dos dedos entrando y saliendo rápido. Una y otra vez. La lengua no le da tregua.

Y se rompe. Fuerte. Violento. El cuerpo tensándose como un arco perfecto. Cada músculo al límite. El grito se ahoga en la almohada.

Cuando termina, queda totalmente rendida sobre la cama. Las piernas abiertas, sin fuerza. Empapada en sudor aunque la habitación está fresca.

Salgo de entre sus piernas. Tengo la cara mojada. Cubierta de ella. De su sabor. Me limpio con el dorso de la mano, pero no demasiado. Quiero que lo vea.

-Mírame -ordeno. No es una petición.

Abre los ojos azules despacio. Le cuesta. Perdidos. Nublados. Dilatados. Perfectos. Me mira como si yo fuera un dios.

Subo sobre ella. Lento. La polla contra su coño todavía mojado y palpitante del orgasmo. La siento caliente. Húmeda. Lista. Abierta.

-Sí. Hazlo. Ahora. Por favor.

Entro. Todo. De una sola embestida. Hasta el fondo. Sin suavidad. Sin preparación. Sin piedad. Solo mi polla abriéndola de golpe.

Ella grita. Fuerte. Un alarido que llena la habitación. Las uñas en mi espalda. Profundas. Me araña de arriba abajo. Surcos largos que arden como fuego.

Me quedo quieto. Solo un segundo. Le doy tiempo para adaptarse a tenerme dentro. Está estrecha. Cristo santo, está tan estrecha. Como un puño caliente apretándome.

-Muévete -dice con la voz completamente rota. Destrozada-. Vincent, muévete. Por favor... por favor...

Me muevo. Despacio al principio. Embestidas profundas y controladas. Se la hundo hasta el fondo. Siento todo. Casi salgo del todo. Solo la punta sigue dentro. Y se la vuelvo a meter.

Luego más rápido. El ritmo sube poco a poco. Embestidas más duras. Más profundas. Más rápidas. Ella me recibe una por una. Cadera contra cadera. La cama empieza a gemir debajo de nosotros.

Es mi esposa sobre el papel. Pero ahora es mi esposa de verdad. ¿Por qué coño iba a ponerme un preservativo? ¿Para qué iba a poner una barrera entre nosotros ahora que por fin la tengo así?

Las manos encuentran sus pechos. Los aprieto. Fuerte. Lo bastante como para dejar marcas. Los pezones entre los dedos. Los pellizco. Los giro.

Ella jadea. Me mira con esos ojos azules perdidos. -Más fuerte. Vamos. Más fuerte.

Se lo doy. Todo. Cada maldita gota de fuerza. La cama golpea contra la pared. El ruido llena el cuarto. Rítmico. Brutal.

La beso. Con intensidad, con hambre, con pura necesidad. La lengua le invade la boca. Posesión total.

-Eres mía -le digo contra los labios.

-Vete a la mierda.

-Dime que eres mía. -Una embestida especialmente profunda. Hasta tocar fondo.

-No. Nunca.

La agarro por las caderas y la giro como si fuera una muñeca. Ligera entre mis manos. Boca abajo. El culo en alto. Esa espalda perfecta arqueada para mí.

Ella grita contra la almohada. Las manos aferran las sábanas blancas con tanta fuerza que los nudillos se le quedan blancos como la tela. Tiene el culo temblando. Preparado.

Una mano en su pelo rubio. Agarro un puñado. Seda entre los dedos. Tiro fuerte. Hasta que duela. Le levanto la cabeza.

Se gira como puede, con la cabeza echada hacia atrás. Ojos azules brillantes. Lágrimas en las comisuras. No de dolor. De placer demasiado intenso.

-Dime que eres mía.

-Jódete -jadea, con la voz hecha pedazos.

Le doy una embestida especialmente dura. Profunda. Brutal. Mis caderas estrellándose contra su culo. El sonido de piel contra piel

retumba en toda la habitación.

-Dilo.

-No. Nunca. No te voy a dar esa victoria.

Me encanta cuando pelea. Cuando se resiste incluso cuando el cuerpo la está traicionando por completo. Incluso cuando le tiemblan las piernas tanto que casi no puede sostenerse.

Sigo. Ritmo brutal. Implacable. Sin piedad. Sin una pizca de ternura. Solo carne golpeando carne. Sudor. Sonidos húmedos. Gemidos rotos.

Siento que vuelve a llegar. Ya conozco las señales de su cuerpo. El temblor que empieza a apoderarse de ella. Los músculos internos apretándome con espasmos involuntarios.

Bajo una mano por delante. Encuentro el clítoris todavía sensible e hinchado del primer orgasmo. Círculos rápidos y precisos. Malvados. Crueles.

-Córrete -ordeno. No es una petición. Es una orden. Un mandato-. Ahora. En mi polla. Córrete mientras te follo. Mientras te lleno.

Y se corre. Todavía más fuerte que la primera vez. Como una explosión. Como una bomba. Todo el cuerpo convulsionando con violencia. Sacudido hasta el límite.

Yo la sigo unos segundos después. No puedo resistir. Demasiado estrecha. Demasiado caliente. Demasiado perfecta. Una embestida. Dos. Tres. Cuatro. Y me corro dentro de ella con un gruñido que me desgarra la garganta.

Caigo sobre ella. Peso muerto. Ya no controlo los músculos. No controlo nada. No puedo respirar. El corazón me golpea el pecho como si quisiera salirse.

Ella respira con fuerza debajo de mí. Jadeos cortos y rápidos. No se queja del peso. No protesta. Solo respira. El cuerpo aún sacudido por pequeñas réplicas.

Me aparto al cabo de un minuto que parece una hora. Ruedo de lado. Las piernas ya no me sostienen. Ella está completamente blanda. Sin huesos. Deshecha de placer.

-No digas nada -susurra al cabo de un rato. La voz completamente rota. Destrozada por los gritos y los gemidos.

-No estaba hablando.

-Bien. Sigue así.

Nos quedamos así. En silencio absoluto. Solo respiraciones que se van calmando. Solo los corazones volviendo a un ritmo normal. Sudor enfriándose sobre la piel.

Poco después, noto cómo su cuerpo se relaja por completo. Todos los músculos ceden. La respiración se vuelve profunda. Regular. Se ha quedado dormida así de rápido.

Yo sigo despierto. Todavía no puedo dormir. Pero ahora es diferente. Ya no es la adrenalina del tiroteo. Es otra cosa. Es ella. Es esto.

La miro en la penumbra del cuarto. Las luces de Manhattan entran por los ventanales y dibujan líneas sobre su piel desnuda. El pelo rubio desparramado sobre la almohada. La boca entreabierta. La respiración suave.

Pienso en cómo encaja ahora entre mis brazos. Perfecta. Correcta. Como si ese siempre hubiera sido su sitio y yo no lo hubiera sabido hasta ahora.

Y entiendo algo que me aterra. No es solo sexo. Es otra cosa. Algo más hondo.

Ya no es solo la esposa forzada por el contrato que firmaron Salvatore y el viejo Pakhan ruso. Después del desastre que desaté al matar a Marco y de todo lo que ella hizo por mí esta noche, esto ya no es una estrategia. Ya no es un acuerdo. Ya no es un juego de poder.

Estoy jodido.

Completamente. Irremediablemente. Perfectamente jodido.

¿Y lo peor?

Me importa una mierda.

Porque ahora que la tuve así, ahora que sé a qué sabe y qué sonidos hace cuando se corre, no hay vuelta atrás. Un polvo no basta. Una noche no basta. Ella no me va a bastar nunca.

Katerina Morozov es mía.

Y yo soy suyo.

Malditamente suyo aunque ella todavía no lo sepa.

CAPÍTULO 13

Línea fina

Katerina

Me despierto sola.

Lo primero que noto es el vacío a mi lado. La sábana fría donde dormía Vincent. Lo segundo es el dolor. No fuerte, pero sí presente. Una molestia extendida que nace abajo y sube. Músculos que no sabía que tenía protestan cuando me muevo.

Me levanto despacio. Las sábanas resbalan por mi cuerpo. Estoy desnuda. Obvio. Busco la ropa de anoche. La camiseta está hecha pedazos, tirada cerca de la ventana. Los shorts los encuentro al pie de la cama.

Entro en el baño. El espejo es despiadado. El pelo rubio revuelto. Moretones en el cuello. Pequeños, de un violeta oscuro. Marcas de dientes en el hombro. Arañazos rojos en las caderas donde sus manos me apretaron.

Toco el moretón más grande. Presiono. Duele. Bien. Al menos es real. Cabrón…

Ducha caliente. Agua que quema sobre la piel sensible. Intento lavarlo todo. El sudor. El olor. La sensación de sus manos. Al menos lo intento. El cuerpo tiene memoria propia.

Cuando salgo, me visto con cuidado. Vaqueros oscuros. Un jersey de cuello alto que oculta las marcas. Pelo recogido. Maquillaje ligero. La máscara perfecta. Katerina Morozov, Pakhan de la bratva, otra vez bajo control.

Es mentira, pero la cuento bien.

Bajo a la cocina cerca de las nueve. Oigo voces. Risas. Olor a café y a algo friéndose. Rutina matutina normal.

Abro la puerta y me quedo clavada en el umbral.

Vincent está junto a los fogones. Con el torso desnudo. Del todo. Solo lleva unos pantalones negros de pijama, caídos sobre las caderas. Demasiado caídos. Se le marca la V de los músculos. Cocina algo que huele a beicon y huevos mientras tararea. Una canción italiana que no reconozco. La voz baja, melódica. Relajado, como si fuera la cosa más normal del mundo aparecer medio desnudo delante de todos.

Pero no son sus músculos lo que me detiene. Ni la forma en que se mueve con esa gracia natural de los hombres que están seguros de su propio cuerpo. Son las marcas.

Tiene la espalda completamente cubierta de arañazos. Largos. Rojos. Profundos. Algunos todavía un poco abiertos. Desde los hombros hasta las caderas. Líneas paralelas donde mis uñas le han abierto la piel. Diez líneas. Veinte. Imposibles de ignorar. Imposibles de no ver. Imposibles de interpretar como otra cosa.

Y en el cuello. Justo debajo de la oreja derecha. Un chupetón violeta oscuro. Del tamaño de una moneda. Evidente. Casi obsceno de tan claro.

Santo Dios.

Alexei está sentado en la barra con el café. El brazo vendado apoyado sobre el mármol. Ve los arañazos. Apenas se le abren los ojos. Luego me mira. Me encuentra en la puerta. Lo entiende todo en un segundo. La conexión es inmediata. Arañazos en la espalda de Vincent. Katerina entrando con el cuello cubierto en pleno febrero. Dos más dos siempre son cuatro.

Intenta no sonreír. Fracasa. Los labios le tiemblan.

Irina está apoyada en la nevera con un cigarrillo encendido. Su mirada va de los arañazos a mí. Luego otra vez a los arañazos. Y después sonríe. Esa puta sonrisa que dice lo sé todo, lo veo todo y me estoy divirtiendo muchísimo.

Tony, junto a la puerta, evita mirar de manera casi activa. Estudia las baldosas del suelo como si fueran la obra de arte más interesante jamás creada. Pero lo he visto. Lo he visto mirar los arañazos. Luego apartar la vista a toda prisa con las mejillas ligeramente rojas.

Vincent se gira con la sartén en la mano. Me ve. Sonríe. Esa sonrisa. "Buenos días, Katerina."

Como si no hubiera pasado nada. Como si no estuviera ahí, con el torso desnudo y mi firma escrita sobre la piel.

"Buenos días", digo. Voz plana. Neutra. Intento no mirar los arañazos que YO le hice. Las pruebas de anoche expuestas para todos como un cartel publicitario.

Entro. Voy hacia la barra. Intento caminar normal. No como una mujer a la que se follaron durante horas anoche. No como una mujer que todavía siente cómo protesta cada músculo.

Alexei tose. Se cubre la boca con la taza de café. Pero veo la sonrisa que intenta ocultar desesperadamente. Los hombros le tiemblan apenas.

"¿Algo te hace gracia?", pregunto, helada.

"No. Nada." Bebe café. Sus ojos grises brillan de pura diversión. "Es solo que... buen trabajo con los arañazos. Muy... artísticos."

"Alexei", digo en voz baja. La amenaza es clara.

"Solo hago una observación objetiva. Tienen cierto... estilo."

Irina ni siquiera intenta contenerse. Se ríe sin disimulo. "Artísticos es una palabra amable. Yo diría feroces. Parecen obra de un animal salvaje."

"O de una tigresa siberiana", añade Vincent con calma mientras le da la vuelta al beicon. "Depende de la perspectiva."

Me mira. Esos ojos verdes. Esa sonrisa.

Me arden las mejillas. Y el cuello también. Probablemente me estoy poniendo roja como los tomates que veo en la encimera.

Todos lo saben. Obviamente lo saben. Los arañazos están ahí. Expuestos. Imposibles de ignorar. Pruebas evidentes de lo que pasó anoche. De cuánto perdí el control. De lo fuerte que lo arañé mientras me follaba.

"¿Café?", pregunta Vincent como si no hubiera pasado nada.

"Puedo servírmelo yo sola."

"Lo sé. Pero lo he hecho yo." Lo vierte en la taza. Me la tiende.

Tengo que acercarme para cogerla. Tengo que pasar a su lado. Demasiado cerca. Siento el calor que desprende su cuerpo. Cojo la taza sin tocarlo.

"Gracias."

"De nada." Su voz es baja. Íntima.

Vuelvo al otro lado de la barra. Pongo distancia. Alexei vuelve a mirarme. Esta vez no oculta la sonrisa.

"¿Has dormido bien?", pregunta. Inocencia fingida.

"De maravilla."

"Se nota. Estás... relajada."

"Alexei", digo en voz baja. "No empieces."

"No estoy empezando nada. Solo una observación."

Irina se ríe. Ni siquiera intenta contenerse. "Qué atento. El marido perfecto que cocina."

Vincent vuelve a los fogones. Los músculos de su espalda se mueven. Los arañazos se mueven con ellos. "El desayuno estará en cinco minutos."

"No tengo hambre."

"Comes igual." No es una petición. Se gira apenas. El chupetón del cuello se ve perfectamente. "Necesitas energía. Después de anoche."

El silencio que sigue pesa. Tony se aclara la garganta. Alexei bebe el café demasiado deprisa. Irina se ríe otra vez.

"Cristo", murmuro.

Vincent sirve. Huevos, beicon, tostadas. Se sienta a mi lado aunque hay otros cuatro sitios libres. Su pierna toca la mía por debajo de la barra.

Me aparto.

Él se acerca.

"Vincent", digo en voz baja. "Espacio."

"Hay espacio."

"Hace falta más espacio."

"No." Come. Tranquilo. "Estás bien aquí."

Su mano se posa sobre mi muslo bajo la barra. Posesiva. Natural. Como si nada.

La aparto.

Él la vuelve a poner.

"Vincent."

"Come. El café se enfría."

Alexei vuelve a toser. Esta vez está claro que se está aguantando la risa.

Termino de comer rápido. Necesito salir de esta cocina. De este ático. De Vincent invadiendo mi espacio como si tuviera derecho. De sus arañazos expuestos como recordatorio. De la manera en que todos nos miran.

"Irina", digo. "¿Compras hoy?"

Apaga el cigarrillo. "Pensé que nunca me lo ibas a pedir."

"Dentro de una hora."

"Perfecto."

"Voy con vosotras", dice Vincent.

"No." Mi voz sale demasiado rápida. Demasiado seca.

Me mira. "¿Por qué no?"

"Porque no."

"Katerina", dice en voz baja. Solo para mí, aunque todos lo oyen. "Tengo que hablar contigo. Cinco minutos."

"No hay nada que decir."

"Cinco minutos." Se levanta. Va hacia el despacho. Se gira. "Ahora."

No es una petición. Es una orden. Y eso me enfurece.

Me levanto. "Cinco minutos."

Lo sigo hasta el despacho. Cierra la puerta detrás de nosotros. Estamos solos. El aire cambia de inmediato. Más denso. Más cargado.

Me giro para decirle algo. Para poner reglas. Para dejar claro que lo de anoche fue un error.

Antes de que pueda abrir la boca, me besa.

Duro. Posesivo. Casi violento. Sus manos en mi pelo recogido. Lo agarra. Tira. Mi cabeza se inclina hacia atrás. Su boca sobre la mía. La lengua forzando la entrada. No pide permiso. Toma.

Pura posesión.

Debería apartarlo. Debería mandarlo a la mierda. Debería recordarle quién soy. Quién manda aquí.

En cambio, mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro pueda interferir. Mis manos van a su pecho desnudo. Sienten los músculos. El calor. Los latidos rápidos bajo la palma. Mis dedos se abren. Se cierran.

El beso se profundiza. Él me atrae más hacia su cuerpo. Se pega a mí. Lo siento todo. Su pecho contra el mío. Sus caderas. Su polla ya dura contra mi estómago. Cristo.

Por un momento cedo. Respondo. Mi boca se abre. Mi lengua encuentra la suya. Sabe a café y a él. Mis manos suben del pecho a sus hombros. Notan cómo se tensan los músculos bajo la piel.

Entonces mi cerebro se enciende otra vez. Vuelve a conectarse. Salta la alarma.

Me separo. Brusca. Las manos sobre su pecho. Lo empujo. "¿Qué coño haces?"

"Besarte." Voz ronca. Respiración corta. "Te he echado de menos."

"Han pasado ocho horas."

"Ocho horas demasiado largas." Me atrae otra vez hacia él. No es dulce. No es tierno. Es posesivo. La mano en mi nuca. Los dedos entrelazados en mi pelo. "Ocho horas desde que te sentí correrte sobre mi polla."

Sus palabras me golpean como bofetadas. Calientes. Sucias. Reales.

Esta vez el beso es distinto. Más lento. Más profundo. Más peligroso. Sus manos bajan de mi nuca a mi espalda. Me aprietan contra él. Reconocen cada curva. Cada centímetro. Me recorren como si fuera un territorio por conquistar.

Mi cuerpo reacciona. Los pezones se endurecen contra su pecho. El calor se concentra entre mis piernas. Mi respiración se acelera.

No. No, no, no.

Me separo otra vez. Más fuerte esta vez. "Vincent, basta."

"¿Por qué?" Se apoya en el escritorio. Tranquilo. Como si no acabara de pasar nada. Como si no me hubiera besado hasta hacerme olvidar mi nombre. Otra vez.

"Porque tenemos que hablar. Aclararlo. Lo de anoche fue..."

"Perfecto", termina él. La voz segura. Certera. "Fue perfecto. Tú fuiste perfecta. Y va a pasar otra vez. Esta noche."

"Vincent..."

"Cómprate algo bonito." Vuelve a acercarse. Lento. Depredador. "Algo que pueda quitarte despacio. O arrancarte deprisa. Tú decides. Pero cómpralo."

Sus palabras me golpean como fuego líquido. Precisas. Deliberadas. Crueles. Diseñadas para hacerme reaccionar.

"Vete a la mierda", digo. Pero la voz me sale menos firme de lo que quisiera.

Sonríe. Esa maldita sonrisa. "Después. Primero ir de compras con Irina. Compra algo negro. Me gustas de negro."

"No tiene gracia."

"No estoy bromeando." Se acerca aún más. Ahora está cerca. Demasiado cerca. Invade mi espacio. Me roba el aire. Los labios junto a mi oído. El aliento caliente sobre mi piel. "Esta noche vienes a mi habitación. A las diez. Te pones lo que compres. Algo sexy. Algo que me vuelva loco. Luego yo te lo quito. Despacio o deprisa. Depende de cuánto me hagas esperar. Y después te follo. En esa cama. Contra la pared. Donde tú quieras. Hasta que vuelvas a gritar mi nombre como anoche."

El corazón me late demasiado rápido. La respiración se me atasca. Las piernas me tiemblan apenas.

"Vete al infierno", susurro.

"Voy encantado." Me muerde el lóbulo de la oreja. Despacio. Lo justo para hacerme estremecer. "Pero tú vienes conmigo. A las diez. No me hagas esperar demasiado. No me gusta esperar."

Se aparta. Va al escritorio. Se sienta. Coge unos documentos. Los lee. Tranquilo. Como si no acabara de pasar nada. Como si no

acabara de decirme todo eso. Como si no acabara de ordenarme que me presente esta noche en su habitación.

"¿Has terminado?" pregunto. La voz me tiembla de rabia. O de excitación. No estoy segura.

"He terminado. Puedes irte. Diviértete con Irina." Levanta la mirada. Me mira. "Pero recuerda. A las diez. Vestida de negro."

"Vete a la mierda."

"Sí", dice con calma. "Exactamente."

Salgo del despacho. Me tiemblan las piernas. Respiro corto. Estoy furiosa. Debería estar furiosa. En cambio, siento otra cosa. Algo que no quiero nombrar.

Irina me espera en el vestíbulo. Me mira. "¿Todo bien?"

"Perfecto. Vámonos."

Subimos al coche blindado. Alexei delante con el chófer. Tony y otros dos hombres en otro coche detrás de nosotros. Escolta completa. Siempre.

"Entonces", dice Irina mientras se enciende un cigarrillo. "¿Quieres hablar de ello?"

"¿De qué?"

"Katerina, por favor. Te conozco desde hace seis años. He visto los arañazos en su espalda. He visto el chupetón en su cuello. Todos los han visto."

"No hay nada que decir."

"Claro. Por eso llevas el cuello cubierto y caminas como si hubieras corrido una maratón."

La miro. Ella sonríe.

"Vete a la mierda", digo sin convicción.

"Demasiado tarde. Vincent ya lo ha hecho. Y a juzgar por los

arañazos, tú contraatacaste bastante bien."

Me río. No quiero, pero me río. "Eres insoportable."

"Lo sé. Es mi encanto." Deja caer ceniza por la ventanilla. "De todos modos, bien hecho. Ya era hora. Necesitabas soltar tensión."

"No he soltado nada."

"Claro. Y yo soy la zarina de Rusia." Apaga el cigarrillo. "Además, deberías ver su espalda de cerca. Has profundizado. Estoy orgullosa de ti."

"Irina."

"¿Qué? Es un cumplido."

"Fue sexo."

"¿Solo sexo?"

"Solo eso."

Da una calada. "Vale. Sigue fingiendo."

La boutique está en Madison Avenue. Escaparates elegantes. Maniquíes con vestidos que cuestan lo que un coche pequeño. Entramos. La dependienta nos reconoce de inmediato. Obvio. Katerina Morozov y su cuenta bancaria ilimitada son clientas fieles.

"Mrs. Morozov", dice sonriendo. "Mrs. Volkov. Bienvenidas. ¿Puedo ofrecerles champán?"

"Café", dice Irina. "Y un cenicero."

La dependienta no pestañea. "Enseguida."

Irina empieza a mirar. Toca las telas. Valora colores. Tiene buen gusto. Siempre lo ha tenido. Yo la sigo como una sombra. Finjo interés. Toco un vestido rojo. Demasiado llamativo. Cojo uno blanco. Demasiado inocente.

"¿Buscas algo en particular?", pregunta Irina sin mirarme.

"No. Nada en particular."

"Mentirosa. Buscas algo para esta noche. Para él."

No respondo. Ella se ríe.

"Katerina. Eres transparente como el cristal cuando se trata de él."

"No es verdad."

"Claro. Por eso estás evitando todos los vestidos negros aunque normalmente adoras el negro. Por eso solo miras vestidos de cuello alto. Por eso tienes esa cara."

"¿Qué cara?"

"Esa cara de quiero decir que no pero diré que sí. Esa cara de estoy jodida y lo sé." Se detiene frente a un perchero. Saca un vestido. Negro. Ajustado. Escote profundo pero elegante. Una tela que parece deslizarse entre los dedos. "Pruébate este."

Lo miro. "Es demasiado."

"Es perfecto. Es poder y sexo mezclados. Es el tipo de vestido que dice: mando yo, pero puedes mirarme mientras lo hago."

"Irina."

"Pruébatelo. Si no te gusta, lo dejamos."

Me lleva al probador. Grande. Espejos por todas partes. Luces perfectas. Me quito los vaqueros y el jersey. Me lo pongo.

Me giro hacia el espejo.

Cristo.

El vestido cae sobre mí como agua. Sigue cada curva. El negro contrasta con mi piel clara y mi pelo rubio. El escote es profundo, pero no vulgar. Lo suficiente para mostrar. Lo suficiente para dejar imaginar. La tela termina a media pierna. Ni demasiado corto ni demasiado largo. Perfecto.

Maldita sea.

"¿Y bien?", pregunta Irina desde fuera.

Corro la cortina. Me mira. Silba por lo bajo.

"Vaya... Vincent se va a volver loco."

"No lo compro por Vincent."

"Claro. Lo compras por ti."

La miro. Ella sonríe.

"Te odio", digo.

"No. Me quieres. Y vas a comprar ese vestido."

Tiene razón. Odio cuando tiene razón.

Compramos demasiado. El vestido negro. Zapatos de tacón vertiginoso. Un bolso que podría pagar el alquiler de un piso durante un año. Y lencería. Encaje negro. Fino. Caro. Prácticamente transparente.

"No es necesaria", digo mirando el sujetador que Irina me pone en la mano.

"Necesaria, no. Útil, sí. Aunque probablemente dure treinta segundos antes de que él te lo arranque."

Pagamos. La dependienta sonríe. "Gracias, Mrs. Morozov. Vuelva pronto."

"Ya verás", susurra Irina mientras salimos.

Alexei coge las bolsas. "¿Spa ahora?", pregunta.

"¿Cómo lo sabes?"

"Porque después de ir de compras siempre vas al spa. Es tu rutina."

Tiene razón.

El spa es privado. Solo para clientas selectas. Entramos. Ambiente amortiguado. Música suave. Olor a lavanda.

Alexei se queda en el vestíbulo con los guardias. Tres mujeres sentadas allí levantan la vista. Ven a Alexei. Alto, ojos grises, presencia tranquila. Se miran entre ellas. Sonríen.

"Mira", dice Irina en voz baja. "Se lo están comiendo con los ojos."

"Déjalo."

"Es objetivamente guapo. Si te gustara ese tipo."

"No niego que es guapo, pero..."

"Obvio. A ti te gusta el tipo italiano de ojos verdes."

"Irina. Basta."

Se ríe.

Nos cambiamos. Albornoces blancos para el masaje que ya estaba reservado.

Me tumbo en la camilla. Entra la masajista. Manos expertas. Aceite caliente. Empieza por los hombros. Encuentra los nudos. Presiona.

Cierro los ojos. Intento relajarme. Intento no pensar.

Vincent en el despacho. El beso. "Esta noche."

Vincent en la cocina. Los arañazos en su espalda. Míos.

Vincent anoche. En todas partes. Dentro de mí.

Las manos de la masajista llegan a mis caderas. A los arañazos. Se detiene un segundo.

"¿Todo va bien?", pregunta.

"Sí. Siga."

Sigue. No pregunta nada más.

Pienso en los moretones. En las marcas. En la sensación de ser poseída. Debería estar furiosa. En cambio, siento otra cosa. Algo más complicado.

El masaje termina. Me visto. Irina me espera fuera.

"¿Mejor?", pregunta.

"Sí."

Volvemos al ático por la tarde. Alexei lleva las bolsas a mi habitación. Los demás vuelven a sus puestos. Irina se va a su apartamento. Me quedo sola.

Entro en mi habitación. Cierro la puerta. Silencio, al fin.

Voy al baño. Me miro en el espejo. La misma cara de esta mañana.

Me quito el jersey. Los moretones siguen ahí. Violeta oscuro en el cuello. Rojos en las caderas. Marcas de dientes en el hombro.

Toco la del cuello. Presiono. Todavía duele.

Debería estar furiosa. Debería sentirme violada. Debería querer borrarlo todo.

En cambio, sonrío.

Apenas. Pequeño. Pero real.

Y lo entiendo.

No fue violencia. Fue rendición. No la suya. La mía. Elegí. Cada segundo. Cada gemido. Cada arañazo que le dejé en la espalda.

Vincent no me tomó. Yo me entregué.

Y esa es la verdad que me aterra.

He perdido la ilusión. La ilusión de ser intocable. De poder mantenerlo todo a distancia. De poder controlar hasta el cuerpo. Hasta la necesidad.

No es solo sexo. No importa cuántas veces me lo repita.

Es otra cosa. Algo más profundo.

CAPÍTULO 14

Fuera de ruta

Vincent

La veo a través del cristal de su despacho, sentada detrás del escritorio con el teléfono apretado contra la oreja. Tercera llamada en los últimos veinte minutos. Tiene la mandíbula tensa, y los dedos de la mano libre repiquetean sobre la madera con un ritmo nervioso que conozco demasiado bien. Tensión pura.

Irina pasa a mi lado con una carpeta y me lanza una mirada. "Lleva así toda la mañana."

"Qué ha pasado?"

"La bratva. El desastre de siempre. Nada que la afecte directamente, pero le toca a ella arreglarlo."

Asiento. Irina entra en el despacho, deja la carpeta sobre el escritorio y vuelve a salir. Katerina ni siquiera la mira. Sigue hablando por teléfono, con la voz controlada, pero el cuerpo rígido como un resorte demasiado tenso.

Cuando cuelga, se queda inmóvil un instante. Mira al vacío que tiene delante, con los hombros cayendo apenas. Un mínimo derrumbe que dura dos segundos. Luego cierra los ojos y se masajea las sienes con movimientos lentos, circulares.

Golpeo el cristal con los nudillos.

Ella alza la vista. Me ve. La expresión se recompone de inmediato, la máscara vuelve a su sitio. El cansancio desaparece. Solo queda el control. El control que intenta sostener.

Entro sin esperar permiso.

"Qué quieres?" La voz es neutra, pero le noto la irritación por debajo.

"Ven conmigo."

"Estoy ocupada." Ni siquiera levanta la vista; desliza algo en la pantalla del ordenador.

"No es una pregunta."

Ahora sí me mira. "¿Ah, sí?" La ironía le corta la voz. "¿Y si te digo que no?"

"No lo harás."

"Tan seguro estás?" Arquea una ceja. Puro desafío.

"Sí."

Katerina se recuesta en el respaldo, cruzándose de brazos. Su lenguaje corporal dice inténtalo. Me estudia como estudia los contratos, buscando la grieta. "¿Adónde?"

"Fuera."

"¿Fuera adónde?" Ya se le está acabando la paciencia.

"Fuera de aquí."

"Vincent, hoy tengo tres reuniones y..."

"Anúlalas."

"No puedo." El tono es definitivo. O, al menos, quiere serlo.

"Claro que puedes."

Se pone en pie y camina hasta la ventana. Me da la espalda y mira la ciudad bajo nosotras. Mientras yo le miro el culo. Sigue con los brazos cruzados, postura cerrada. Lleva un traje de lana color

camel, impecablemente cortado, y un cuello alto negro de cachemira que encaja con el frío de marzo, que aún se niega a marcharse. Está decidiendo si ceder le hace perder puntos. "¿Por qué?"

"Porque estás cansada."

"No estoy cansada." Una mentira bien envuelta.

"Mentirosa."

Se gira. Los ojos le brillan. "¿Y tú qué se supone que eres? ¿Mi caballero de armadura brillante?" El sarcasmo es espeso, pero debajo hay curiosidad. Quiere saber adónde demonios quiero llegar.

Sonrío. "No. Solo soy un cabrón con una moto y un par de horas que perder."

"¿Una moto?" La sorpresa es real. Se le entreabren apenas los labios.

"Sí."

"Tú conduces una moto." Lo dice despacio, como si estuviera traduciendo otro idioma.

"Sí."

Katerina me mira como si me viera por primera vez. O como si estuviera preguntándose qué más no sabe. Luego se echa a reír. Una risa breve, auténtica, que le ilumina la cara. Es raro oírla reír así.

"No me lo creo."

"Créetelo."

"Vincent Marchesi, asesino de mafiosos italianos, conduce una moto." Cada palabra viene cargada de una incredulidad divertida.

"Ducati Panigale. Negra. Preciosa."

"Obviamente negra." Niega con la cabeza, pero se le curva una comisura.

"Obviamente."

Se queda ahí, mirándome. La veo hacer cálculos. Si acepta, me da poder sobre ella. Si se niega, pierde la oportunidad de averiguar qué estoy escondiendo. "¿Y yo tendría que subirme?"

"Sí."

"Contigo." Desconfianza pura.

"Sí."

"Sin saber adónde vamos." Tiene la voz plana, pero en sus ojos ya hay una chispa de interés.

"Exacto."

Silencio. Katerina me observa, evalúa. Luego vuelve al escritorio, apaga el ordenador con un gesto seco y coge el bolso. "Si me haces morir en un accidente, te matan."

No es una broma. Es una promesa.

"Trato hecho."

***

La moto está aparcada en el garaje privado bajo el edificio. Katerina la ve y se queda clavada en el sitio. Se le entreabren los labios.

"Santo Dios."

"¿Te gusta?"

"Es... agresiva." El tono es cauteloso, como si estuviera valorando a un animal peligroso.

"Como su dueño."

Vuelve a reírse, más breve esta vez. "Modesto, como siempre." Pero sigue mirándola, rodeándola. La curiosidad gana terreno a la cautela.

Le paso el casco. Ella lo gira entre las manos, estudiando las correas como si fueran un mecanismo de tortura. La incertidumbre es rara en ella. Me gusta verla así.

"Nunca has ido en moto."

"No." Admisión reacia.

"¿Confías en mí?"

"En absoluto." Respuesta inmediata. Pero sincera.

"Perfecto."

Me subo y arranco. El rugido del motor llena el garaje, profundo, perfecto. Katerina duda un segundo. Veo el instante exacto en que decide. Se pone el casco y sube detrás de mí con movimientos rígidos.

"¿Dónde pongo las manos?" La voz le sale amortiguada por el casco, pero aun así le noto la incomodidad.

"En mí."

"Vincent..."

"Abrázame o te caes. Tú eliges."

Silencio. Luego siento sus brazos cerrándose alrededor de mi cintura. Apretados, vacilantes. El calor de su cuerpo contra mi

espalda es electricidad incluso a través de la chaqueta de cuero. Me pregunto si ella también lo siente.

"¿Lista?"

"No."

Arranco.

Salimos de Manhattan hacia el norte, por carreteras que conozco de memoria. Velocidad controlada, curvas limpias, el tráfico deslizándose a un lado. El aire está helado, afilado como solo sabe estarlo marzo en Nueva York. Al principio Katerina va rígida, con cada músculo en tensión. Noto cómo su cuerpo pelea contra el movimiento de la moto, intentando imponer control donde no existe.

Luego, despacio, se relaja. Se pega más a mí y apoya la cabeza en mi hombro. Todo su peso. Una confianza involuntaria.

En un semáforo se inclina hacia mí y alza la voz por encima del rugido del motor. "¿Adónde vamos?"

"Lejos."

"¿Cuánto de lejos?" Quiere detalles. Odia no saber.

"Lo suficiente."

"¿Siempre eres así de vago?"

"Sí."

El semáforo cambia. Volvemos a salir.

Cuarenta minutos después dejamos atrás la ciudad. Carreteras secundarias, menos tráfico, más verde. El cielo está gris, cargado, pesado de nubes que prometen nieve o lluvia. Aquí el viento pega

más fuerte. Katerina se aferra con más fuerza cuando acelero, pero no dice una sola palabra.

Me detengo frente a un local al borde de la carretera. Pequeño, anónimo, con un letrero de neón que dice "Joe's Diner". El aparcamiento está casi vacío: dos pick-ups cubiertas de barro y una ranchera de los noventa.

Me bajo y me quito el casco. Katerina hace lo mismo. Lleva el pelo revuelto, las mejillas enrojecidas por el viento frío, los ojos brillantes. Está preciosa. Completamente fuera de lugar y preciosa.

"¿Aquí?" pregunta, mirando el local como si fuera un accidente de tráfico.

"Aquí."

"Estás de broma." No es una pregunta. Es una acusación.

"No."

"Vincent, este sitio parece sacado de una película de los setenta." El disgusto apenas se disimula.

"Eso es lo bueno."

"¿Lo bueno sería...?" Se queda esperando, con los brazos cruzados. El frío le pone la piel de gallina, pero no lo admite.

"Que aquí nadie sabe quiénes somos."

Me mira. Entiende lo que de verdad quiero decir. Aquí no es Katerina Morozov, heredera de la bratva. Aquí es solo una mujer despeinada que tiene frío. Asiente despacio.

Veo que tiembla ligeramente. El cuello alto de cachemira no basta contra el viento de marzo. Me quito la chaqueta de cuero y se la coloco sobre los hombros antes de que pueda protestar.

"No..." empieza.

"No discutas."

La chaqueta le queda grande; casi le tapa las manos. Se envuelve en ella con un gesto instintivo, buscando el calor que aún guarda mi cuerpo. Por un segundo le veo algo en el rostro que se parece a la gratitud. Luego desaparece.

"¿Caballero de armadura?" Se burla de mí, pero la voz le sale más suave.

"Cabrón considerado." La corrijo.

Sonríe. "Mejor."

Entramos.

Dentro huele a grasa frita y café quemado, pero hace calor. Un calor bendito. Mesas de fórmica, sillas de plástico, una gramola en la esquina sonando algo de Johnny Cash. Un camarero aburrido nos señala una mesa junto a la ventana sin levantar la vista del móvil.

Nos sentamos. Katerina mira alrededor, todavía envuelta en mi chaqueta, con la nariz apenas arrugada. Lo evalúa todo como si fuera a redactar un informe.

"No puedo creer que me hayas traído aquí."

"¿Te estás quejando?" Ya sé la respuesta, pero quiero oírsela.

"Aún no lo sé." Sincera. Siempre es sincera cuando no está a la defensiva.

Llega el camarero. "¿Qué van a tomar?"

"Dos hamburguesas, dos cervezas."

"Yo no bebo cerveza." Katerina me mira como si acabara de sugerirle veneno.

"Hoy sí."

Me mira. Luego mira al camarero. Veo el instante en que decide que merece la pena descubrir adónde quiero llevar esto. "Está bien. Cerveza."

Cuando el camarero se marcha, Katerina se echa hacia atrás, pero sus dedos siguen repiqueteando. Nervios residuales. Me observa con esa concentración que reserva para las cosas que no entiende. Mi chaqueta se le desliza de un hombro. Se la recoloca sin pensar.

"Entonces. ¿Esta es tu idea de una fuga?"

"Sí."

"Yo me imaginaba más un jet privado rumbo al Caribe." El tono es ligero, pero debajo está la pregunta real: por qué aquí, por qué esto.

"Demasiado previsible."

"Y esto en cambio es original." Lo dice con ironía.

"Esto es normal."

Se queda en silencio. La sonrisa se borra. Algo se mueve en sus ojos; algo que se parece a la melancolía. "Normal. Dios. ¿Cuándo fue la última vez que hice algo normal?"

"No lo sé. ¿Cuándo fue?"

"No lo recuerdo." Lo dice bajo, como si admitirlo le costara.

Llegan las cervezas. Katerina coge el vaso con cautela y da un trago pequeño. Hace una mueca al instante.

"Horrible."

"Lo sé."

"Entonces ¿por qué la bebes?" Me mira como si estuviera loco.

"Porque aquí es lo que hace la gente normal."

Se ríe y niega con la cabeza. "Tú no eres normal, Vincent."

"Ni tú tampoco." No es un insulto. Es un reconocimiento.

"Touché."

Llegan las hamburguesas. Grandes, grasientas, perfectas. Katerina las mira con la expresión de alguien que acaba de descubrir una especie nueva.

"¿Cuándo fue la última vez que comiste una hamburguesa?" le pregunto.

"Probablemente nunca." No está bromeando.

"Come."

"Es enorme." Mira el plato como si fuera un desafío personal.

"Come."

Katerina levanta la hamburguesa con cautela y la mira con escepticismo. Luego muerde.

Mastica despacio, con el ceño fruncido. Y de pronto abre mucho los ojos.

"Oh, Dios."

"¿Está buena?"

"Vergonzosamente buena." Lo dice con disgusto, como si el hecho de gustarle fuera una traición personal.

Comemos en silencio. Yo la miro mientras come, con las manos manchadas de salsa, incómoda entre la vergüenza y el placer. Se chupa los dedos con un gesto rápido, se da cuenta de que la estoy mirando y se ruboriza apenas.

"¿Qué?" La defensiva vuelve al instante.

"Nada."

"Mentirosa. Me estás mirando." Me acusa.

"Siempre te estoy mirando."

"¿Y eso no te parece inquietante?" Pero en realidad no parece molesta.

"No."

Niega con la cabeza, pero sonríe. Una sonrisa pequeña, privada. "Eres imposible."

"Lo sé."

Terminamos de comer. Pagamos. Salimos. El cielo está todavía más oscuro ahora, con las nubes bajas y amenazantes. El aire huele a nieve o a lluvia inminente, y está aún más frío que antes. El viento ha subido.

"Deberíamos volver." Katerina mira el cielo con preocupación, apretándose mi chaqueta más contra el cuerpo.

"Probablemente."

"Pero no lo haremos, ¿verdad?" Me mira; ya conoce la respuesta.

"No."

Subo a la moto. Ella se sube detrás y se pega a mí sin vacilar esta vez. Los brazos más firmes, el cuerpo amoldándose al mío. Natural.

Arrancamos.

Diez minutos después empieza a llover.

No es una llovizna. Es un aguacero de verdad, agua helada cayendo a cubos, la visibilidad reducida a unos pocos metros. Bajo la velocidad y busco refugio.

Katerina grita algo que el viento se lleva. Se aferra más fuerte, con el rostro hundido contra mi espalda. Siento su respiración acelerada a través de la camisa empapada.

Veo un viejo almacén a la derecha, con una marquesina todavía en pie. Giro y aparco debajo.

Me bajo. Katerina hace lo mismo, torpe por culpa de la lluvia. Estamos calados. El agua helada corre por la ropa, por el pelo, por la piel. Ella tiembla, con los labios ligeramente morados por el frío.

Se quita el casco y me mira. Tiene el pelo pegado a la cara, el maquillaje corrido, mi chaqueta de cuero empapada y pesada sobre los hombros. Y entonces se echa a reír.

"Eres un desastre." Pero lo dice con cariño, no con rabia.

"Tú también."

"Ha sido una idea pésima." Vuelve a reír, con los hombros temblándole por el frío y por la risa al mismo tiempo.

"La mejor."

"Estamos tirados en medio de la nada, bajo una tormenta helada." Enumera los hechos como si fueran pruebas en mi contra,

con los dientes casi castañeteando.

"Sí."

"Y tú estás feliz." Lo dice con incredulidad.

"Sí."

Niega con la cabeza y vuelve a reír. El agua le corre por la cara, por el cuello. "Estás loco."

"Probablemente."

La lluvia sigue golpeando la marquesina con un estruendo ensordecedor. Katerina se abraza a sí misma y unos escalofríos violentos le sacuden los hombros. El cuello alto empapado se le pega al cuerpo, y ni siquiera con mi chaqueta encima logra detener el frío. Le tiemblan los labios.

"Ven aquí." No es una petición.

"¿Qué?" Me mira a través del pelo mojado.

"Tienes frío. Ven aquí."

"Vincent..."

"No discutas."

La arrastro contra mí y la rodeo con los brazos. Se pone rígida un segundo. Luego cede. Se aprieta contra mi pecho, buscando calor. El cuerpo todavía sacudido por los temblores.

"¿Mejor?" le pregunto en voz baja.

"Tal vez." Lo admite a regañadientes, con la voz amortiguada contra mi camisa.

La aprieto más fuerte. Siento cómo su respiración se va calmando poco a poco, cómo disminuyen los escalofríos. Cómo sube

el calor entre nosotros.

Levanta la cabeza y me mira. Sus ojos azules brillan en la sombra de la marquesina, con gotas de agua colgándole de las pestañas.

"¿Por qué?" pregunta en voz baja.

"¿Por qué qué?"

"¿Por qué esto? ¿Por qué hoy?" Quiere entender. Siempre necesita entender.

"Porque te estabas apagando. Y no podía quedarme mirando cómo lo hacías."

Se queda en silencio. Algo le cambia en los ojos. Algo vulnerable que casi siempre esconde.

"Vincent..."

"Sí."

"Estamos jodidos, ¿verdad?" Lo dice con una risa triste.

"Completamente."

"Y no hay forma de dar marcha atrás." No es una pregunta.

"No."

Asiente despacio. Luego se pone de puntillas y se aferra a mi camisa empapada.

"Bien." susurra contra mis labios.

La beso.

No es dulce. No es tierno. Es hambre pura, semanas de tensión explotando de golpe. Mis manos en su pelo mojado, mi boca tomando, dominando. Ella responde con la misma intensidad, con las uñas arañándome la nuca y el cuerpo presionado contra el mío sin la menor vacilación.

La empujo contra la pared del almacén. Gime contra mis labios, con las piernas enroscándose a mi cintura. Sus manos bajan, exploran, toman lo que quieren.

"Vincent." Jadea mi nombre como si fuera una plegaria o una condena.

"Sí."

"Estamos en mitad de la carretera." Protesta débilmente, sin convicción.

"Lo sé."

"Cualquiera podría vernos." Pero no se aparta.

"Me importa una mierda."

Se ríe, un sonido ronco, desesperado. "A mí tampoco."

La beso otra vez, más fuerte, más hondo. Mis manos se cuelan bajo el cuello alto empapado, sobre la piel fría que se calienta con mi toque, sobre curvas que conozco de memoria y que aun así siempre me golpean como nuevas. Ella responde, con el cuerpo arqueándose, buscando más contacto.

Me muerde el labio. Fuerte. Siento el sabor de la sangre.

"Bruja." Pero lo digo con admiración.

"Cabrón." Me devuelve con el mismo tono.

La alzo mejor y la aprieto más contra la pared. Las manos resbalan, buscan, encuentran. Ella jadea, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, completamente perdida.

"Aquí no." Lo susurra, pero su cuerpo dice otra cosa.

"¿Por qué no?"

"Porque... porque..." No encuentra las palabras. O no quiere encontrarlas.

"Porque tenemos que volver a casa." Termino por ella.

Abre los ojos y me mira. El peso de esas palabras entre nosotros.

"Sí." La voz rota. "A casa."

Despacio la bajo. Se queda apoyada en la pared, con el pecho subiendo y bajando deprisa, los labios rojos e hinchados, todavía envuelta en mi chaqueta empapada.

"Eres imposible." La voz le sale rota.

"Lo sé."

"Y frustrante." Me fulmina con la mirada.

"Eso también."

"Y peligroso." Pero no parece querer huir.

"Siempre."

Se ríe y se arregla el cuello alto con movimientos nerviosos. "Tenemos que irnos."

"La lluvia no ha parado." La estoy torturando. Lo sé.

"No me importa. Quiero volver a casa." El énfasis en la última palabra es intencional. Sabe exactamente lo que está diciendo.

"¿Segura?"

"Sí." Decidida. Pero no para alejarse. Para llegar al lugar donde podamos terminar esto.

Volvemos a la moto. Esta vez se aferra todavía más, con el cuerpo perfectamente alineado al mío, con los brazos apretados alrededor de mi cintura. Sigue lloviendo, pero ahora más suave, y el frío ya no parece importar.

Conduzco rápido. Quiero llegar. Quiero cerrar la puerta de nuestro ático y terminar lo que hemos empezado.

Cuando llegamos a Manhattan ya es de noche. Las calles están mojadas, brillando bajo las luces. Pero no me detengo frente a la galería. Sigo hasta casa. Nuestro ático en West Village.

Aparco en el garaje privado. Me bajo y la ayudo a bajar. Seguimos empapados, temblando. Ella se quita el casco y me mira con una expresión que no deja espacio para dudas.

"Subamos." No es una pregunta.

"Sí."

Entramos en el ascensor en silencio. La tensión es eléctrica, casi tangible. Cuando las puertas se abren en nuestra planta, la tomo de la mano.

Ella entrelaza sus dedos con los míos.

Abro la puerta y entramos. El piso está a oscuras, en silencio. Alexei probablemente está en su habitación, o fuera. No me importa.

Cierro la puerta detrás de nosotros. La alarma se activa automáticamente.

Katerina me mira, con el pelo todavía mojado enmarcándole la cara, con los ojos brillando en la penumbra.

"Vincent."

"Sí."

"Mañana nada de mierdas." Quiere mi promesa.

"Mañana nada de mierdas." Se la doy.

Sonríe. Esa sonrisa peligrosa, preciosa, que siempre consigue destrozarme.

"Entonces llévame a la cama."

Y eso hago.

***

Ese es el problema.

Durante unas horas hemos sido normales. Solo dos personas sobre una moto, bajo la lluvia, sin guerras, sin sangre, sin estrategias.

Y ahora, en la oscuridad de nuestro apartamento, con ella entre mis brazos, ya no quiero volver atrás.

Pero sé que no tengo elección.

Porque lo que hemos compartido hoy es más peligroso que cualquier alianza.

Es real.

Y en mi vida, las cosas reales siempre son las que te destruyen.

Pero esta noche, con Katerina dormida contra mi pecho, decido que vale la pena ser destruido.

CAPÍTULO 15

Sangre y conciencia

Katerina

La luz de la mañana entra por los ventanales del salón, fría y blanca como siempre en marzo. Estoy sentada en la barra de la cocina con una taza de café negro entre las manos. Aún no la he probado. Está ahí solo para darles a mis dedos algo a lo que aferrarse.

Vincent se fue hace una hora. Reunión con los suyos, dijo. Volverá para almorzar.

La rutina se ha convertido en esto. Él sale, yo me quedo. Trabajamos, nos cruzamos, compartimos el espacio como si fuera normal. Como si no hubiéramos pasado la noche en la misma cama, con los cuerpos entrelazados de una forma que no tiene nada que ver con los pactos que firmaron nuestros padres.

"Pareces cansada."

Me vuelvo. Irina entra desde la zona de estar, ya vestida, con el pelo recogido. Eficiente como siempre.

"No he dormido bien."

"Mentirosa." Se sienta a mi lado, coge mi taza y bebe un sorbo. "Has dormido de maravilla. El problema es que no te gusta admitir con quién."

La miro. No respondo.

Suspira, deja la taza otra vez sobre la barra. "Kat. Tienes que hablar de esto."

"No hay nada de lo que hablar."

"Te has despertado en su cama por quinta vez esta semana."

"Vivimos juntos. Es inevitable."

"No es inevitable la forma en que lo miras." Su voz es suave, no acusadora. Solo una constatación.

Aprieto los dedos alrededor de la taza. El calor me quema las palmas, pero no la suelto. "No lo miro de ninguna manera especial."

"Katerina." Irina inclina la cabeza y me estudia. "Soy tu mejor amiga desde hace años. Conozco todas tus caras. Y esta es nueva."

"¿Cuál?"

"La que usas con él. Cuando crees que nadie te ve."

Cierro los ojos. Quiero negarlo. Quiero decir que es solo porque estoy manteniendo la fachada, que todo está bajo control.

Pero no lo está.

"No es solo sexo." Las palabras salen bajas, casi inaudibles.

Irina no dice nada. Espera.

Abro los ojos y la miro. "No es solo sexo, Irina. Y eso es un problema."

"¿Por qué?"

"Porque él mató a mi *hermano*." La voz se me quiebra en la palabra hermano. "Y aun así lo deseo."

El silencio que sigue es denso, pesado. Irina no finge sorpresa. No me dice que estoy exagerando. Me mira con esa triste lucidez de quien siempre supo adónde íbamos a llegar.

"Dmitri estaría..."

"No lo digas." La interrumpo, demasiado brusca. "Por favor. No me digas lo que pensaría Dmitri."

Asiente despacio. Luego apoya una mano sobre la mía. El gesto es sencillo, pero me ancla. "Está bien."

"No está bien. Nada de esto está bien."

"Lo sé."

La puerta de entrada se abre. Tony entra, con la chaqueta de cuero sobre los hombros y una expresión aburrida. Cuando ve a Irina, algo en su rostro cambia. El aburrimiento desaparece, sustituido por una atención más aguda.

"Buenos días, señoras." Me saluda a mí sin mirarme. Tiene los ojos clavados en Irina.

"Tony." Ella se pone de pie y endereza los hombros. Postura defensiva.

"Irina." Él sonríe. Esa sonrisa lenta, calculada. "Siempre es un placer."

"¿Qué quieres, Caruso?"

"Vincent me mandó a recoger unos documentos. Algo sobre los contratos búlgaros."

"Están en el despacho." Irina se dirige al pasillo. Tony la sigue, demasiado cerca.

"Sabes, cuando caminas así pareces una de esas modelos de pasarela. Solo que más... peligrosa."

Ella se detiene de golpe y se gira. "¿Siempre eres así de irritante o hoy es una ocasión especial?"

"¿Para ti? Siempre." Se acerca, invadiendo demasiado su espacio personal. "Me gusta cuando te enfadas. Se te encienden los ojos."

"Vete al infierno, Caruso."

"Cuando quieras, princesa de hielo." El tono es juguetón, pero debajo hay algo serio. "Solo pídemelo con amabilidad."

Por un segundo veo a Irina tambalearse. Los labios se le entreabren apenas, la respiración se le corta. Luego la máscara vuelve a su sitio.

"Los documentos están en la segunda carpeta de la izquierda. Cógelos y vete."

"A sus órdenes." Tony hace un saludo militar sarcástico, pero no se mueve. Sigue mirándola con esos ojos castaños oscuros que

prometen problemas.

Irina pasa junto a él, con los hombros rígidos. Cuando Tony se gira para mirarla mientras se aleja, lo veo cerrar los ojos un segundo, como si estuviera librando una guerra interna.

Los observo desaparecer. La forma en que él la mira. La forma en que ella finge no darse cuenta.

Tensión. Pura e inconfundible tensión.

Me quedo sola en la cocina. El café ya está frío. Me lo bebo igual.

***

Una hora después estoy en mi despacho, con el ordenador encendido y los documentos desparramados sobre el escritorio. Debería concentrarme en los números, en las operaciones pendientes, en los problemas logísticos que Dimitri me señaló esta mañana.

Pero no dejo de pensar en lo que le dije a Irina.

Él mató a mi hermano

Y aun así lo deseo.

La puerta se abre. Vincent entra y cierra detrás de él. Lleva vaqueros oscuros y un jersey de lana gris que le queda perfecto. Sencillo. Humano.

Y ese es el problema.

Cuando lo miro ahora ya no veo solo al soldado, al asesino, al enemigo. Veo al hombre que me llevó en moto bajo la lluvia porque supo que me estaba ahogando. Veo al hombre que duerme con el brazo alrededor de mi cintura, como si temiera que desapareciera.

Veo a alguien a quien podría...

No. No termino ese pensamiento.

"¿Todo bien?" pregunta. Se apoya en el escritorio y me mira.

"Sí. ¿Por qué no habría de estarlo?"

"Pareces tensa."

"Siempre estoy tensa." No es mentira.

Esboza una sonrisa. "Cierto." Hace una pausa. "He hablado con los búlgaros. El acuerdo se mantiene. No hay problemas."

"Bien."

"Kat." El tono cambia, se vuelve más suave. "¿Estás segura de que todo va bien?"

Me levanto y camino hacia la ventana. Pongo distancia entre los dos. "Sí."

Lo oigo acercarse, sus pasos silenciosos sobre la alfombra. Se detiene a mi espalda, sin tocarme. "Si pasa algo..."

"No pasa nada." Demasiado brusca.

Silencio. Luego: "Está bien."

Se aleja. Lo oigo salir, la puerta cerrándose con un clic apagado.

Me quedo ahí, mirando la ciudad bajo mis pies. Las manos cerradas en puños.

Esto es peligroso. Él es peligroso. No por lo que puede hacerme, sino por lo que me hace sentir.

Y no puedo permitírmelo.

***

Por la tarde estamos todos en la zona de estar. Reunión informal, varias actualizaciones. Vincent, Tony, Luca. Alexei, Dimitri, Pavel. Irina.

El ambiente está tranquilo. Demasiado tranquilo.

Luca habla de la logística portuaria, de números y porcentajes. Tiene sesenta y cinco años, pero la mente afilada como una navaja. Vincent lo escucha y asiente de vez en cuando.

Estoy sentada en el sofá, con Alexei a mi lado. Habla en voz baja de algo, un asunto de seguridad o de coordinación. No escucho las

palabras. Escucho el tono, el ritmo, la familiaridad.

Vincent está al otro lado de la habitación, apoyado en la barra de la cocina. Taza de café en la mano, expresión neutra. Pero lo veo. La forma en que se le tensa la mandíbula cuando Alexei se ríe. La forma en que sus ojos pasan de él a mí, y luego vuelven a él.

Algo dentro de mí se enciende.

Una idea. Estúpida, cruel.

Si lo hago enfadar, si consigo que reaccione, entonces vuelve a ser el enemigo. El monstruo. El hombre que mató a Dmitri.

Y yo puedo dejar de sentirme culpable por lo que siento.

Alexei dice algo ingenioso. Me río y le apoyo una mano en el brazo. El toque es leve, dura dos segundos. Insignificante.

Pero Vincent lo ve.

El café se detiene a mitad de camino hacia sus labios. Sus ojos se entornan apenas.

Sigo. Me acerco más a Alexei, inclino la cabeza hacia él como si estuviéramos compartiendo un secreto. Él me mira, confundido, pero sigue el juego.

Al otro lado de la habitación, Vincent deja la taza sobre la barra. El gesto es lento, controlado. Demasiado controlado.

Tony lo nota. Interrumpe lo que estaba diciendo y sigue la mirada de Vincent. Lo entiende.

"Mierda." susurra.

Alexei lo oye. Se vuelve hacia Vincent, ve la expresión. Se pone rígido a mi lado.

"Kat." Voz baja, advertencia. "¿Qué estás haciendo?"

"Nada." Sonrío. "Solo estoy escuchando."

"Mentirosa."

Vincent se separa de la barra. Camina hacia nosotros, con pasos lentos y deliberados. Se detiene frente al sofá y me mira desde

arriba.

"Katerina." Una sola palabra. Plana, peligrosa.

"¿Sí?" Voz dulce, provocadora.

"¿Puedo hablar contigo? En privado."

"Aquí todos somos amigos. Puedes hablar delante de todos."

La mandíbula se le tensa. "No es una petición."

"Y tampoco es una orden." Me pongo de pie y lo enfrento. "No trabajo para ti, Vincent."

"No. Estás casada conmigo. Es peor."

Alexei se pone de pie de golpe. "Baja el tono."

Vincent ni lo mira. Sigue mirándome a mí. "No te estoy hablando a ti, Sokolov."

"No me importa. No le hablas así."

"Alexei." digo. "Está bien."

"No, no lo está." Se coloca entre nosotros, protector. "Te estás pasando, Marchesi."

"¿Yo me estoy pasando?" Vincent se ríe, amargo. "Qué interesante. Sobre todo viniendo de ti, que no entiendes cuándo no te desean."

"¿Qué demonios has dicho?"

"Me has oído bien." Vincent da un paso adelante. "Eres un buen *soldadito*, Alexei. Pero quédate en tu sitio."

"Mi sitio es protegerla."

"Ella no necesita protección de mí."

"¿Estás seguro?" Alexei inclina la cabeza, desafío puro. "Porque desde donde estoy, pareces un imbécil posesivo que ha olvidado que ella no es un objeto."

Vincent sonríe. Helado, peligroso. "Y tú pareces un perro que ha olvidado quién manda."

Alexei se lanza.

El puñetazo sale rápido, preciso. Golpea a Vincent en la mandíbula. El sonido es seco, brutal.

Vincent trastabilla hacia atrás, con la mano yéndosele por instinto a la cara. Luego se endereza. Los ojos verdes le relampaguean.

"Gran error." susurra.

Se abalanza sobre Alexei.

El contraataque es violento, despiadado. Un puñetazo al estómago y luego otro a la cara. Alexei aguanta y responde con un gancho que golpea a Vincent debajo del ojo. Sangre.

"¡Basta!" grito.

No me oyen.

Están peleando de verdad. Sin control, sin reglas. Solo rabia explotando en violencia física.

Vincent agarra a Alexei por la chaqueta y lo estrella contra la pared. El impacto hace temblar los cuadros. Alexei responde con un rodillazo en las costillas. Vincent gime, pero no lo suelta.

Las manos de Alexei encuentran la garganta de Vincent y aprietan. Vincent alza la rodilla y le golpea la entrepierna. Alexei se dobla y pierde el agarre.

Tony y Dimitri intervienen, intentan separarlos. Tony agarra a Vincent por detrás. Vincent se zafa, y el codo le golpea a Tony de lleno en la cara. Sangre de la nariz.

"¡Joder!" maldice Tony, soltándolo.

Dimitri y Pavel inmovilizan a Alexei y lo arrastran hacia atrás. Alexei forcejea contra ellos, con los ojos clavados en Vincent.

Luca permanece de pie junto a la pared, con expresión impasible. Ha visto demasiadas escenas como esta en su vida como para reaccionar.

Tony vuelve a agarrar a Vincent por el brazo. "¡Detente!"

Vincent se zafa y respira con dificultad. El labio abierto, sangre bajándole de la nariz, un moratón oscuro bajo el ojo.

Alexei está sujetado por Dimitri y Pavel, con el labio cortado y los nudillos ensangrentados.

El silencio solo se rompe por sus respiraciones agitadas.

Entonces Vincent me mira.

En sus ojos verdes veo rabia. Pero debajo, más hondo, veo otra cosa. Dolor. Decepción.

"No necesitas un monstruo, Katerina." Dice en voz baja. "Necesitas a alguien a quien odiar. Así es más fácil."

Las palabras me golpean más fuerte que un puñetazo.

"Vete al infierno." respondo. Pero la voz me tiembla.

"Ya lo estoy haciendo." Se limpia la sangre de la cara con el dorso de la mano. "Cada vez que te miro y veo a Dmitri en tus ojos."

El nombre me hiela.

"No lo nombres." susurro.

"¿Por qué? ¿Porque te recuerda lo que soy?" Da un paso hacia mí. "No te preocupes, princesa. Yo no lo olvidaré jamás. Y tú tampoco."

Me dan ganas de golpearlo. De gritar. De destrozarlo como él me está destrozando a mí.

Pero me quedo quieta.

"Tienes razón." digo en voz baja. "Eres un monstruo. Y fui una idiota por olvidarlo."

Algo se rompe en su mirada. Por un segundo, solo un segundo, veo dolor puro.

Luego la máscara vuelve. Fría, impenetrable.

"Bien." dice. "Al menos ahora está claro."

Se gira y sale de la habitación. Tony va detrás de él, taponándose la nariz sangrante, y me lanza una mirada. Hay juicio en esos ojos. No

por Vincent.

Por mí.

Alexei se libera del agarre de Dimitri y camina hacia mí. "Kat..."

"Vete." Voz plana.

"¿Qué?"

"Vete, Alexei. Todos. Fuera."

"Pero..."

"¡Fuera!" grito.

Dudan. Luca es el primero en irse, silencioso como siempre. Luego Dimitri y Pavel. Irina me mira, preocupada, pero no dice nada. Sale con Tony.

Alexei es el último en quedarse.

"Kat..."

"Por favor." La voz se me rompe. "Por favor, vete."

Asiente despacio. Se acerca y me besa la frente. Un gesto fraternal, protector. Luego sale.

Me quedo sola.

El salón está devastado. Sillas volcadas, cristal roto, sangre en el suelo.

Me siento en el sofá, con las manos temblando.

Toco el anillo que llevo en el dedo. El que Dmitri me regaló en mi vigésimo cumpleaños. Plata sencilla, grabado en la cara interior: *No olvides quién eres*.

Cierro los ojos.

Vincent tiene razón.

No necesito un monstruo.

Necesito a alguien a quien odiar.

Porque si dejo de odiarlo, entonces tendré que enfrentarme a la verdad.

Que Dmitri está muerto.

Que la guerra ha terminado.

Que estoy traicionando su memoria cada vez que miro a Vincent y veo algo más que a un asesino.

Pero la verdad más terrible es otra.

Ya no sé a quién estoy traicionando.

Si a mi hermano.

O a mí misma.

Abro los ojos. Miro la sangre en el suelo.

Suya. De Alexei.

Provocada por mí.

La guerra exterior no es nada comparada con la que llevo dentro.

Y estoy perdiendo ambas.

CAPÍTULO 16

Línea de ruptura

Vincent

El espejo del baño me devuelve un rostro que conozco bien. Labio partido, un moratón bajo el ojo izquierdo que ya pasa del rojo al violeta, un corte en la ceja que ha dejado de sangrar pero aún marca una línea oscura. Los nudillos de la mano derecha están hinchados, la piel agrietada.

Abro el grifo. El agua corre fría, casi helada. Meto las manos debajo y me quito la sangre. Mía. De Alexei. Da igual.

Vuelvo a mirarme.

Eres un monstruo.

La voz de Katerina resuena en mi cabeza, nítida, como si estuviera aquí. No había rabia cuando lo dijo. Era una constatación. Peor... era resignación.

Cierro los ojos. Veo su mirada después de la pelea. No miedo. No asco. Decepción.

Como si hubiera esperado, por un instante estúpido e imposible, que yo fuera algo distinto.

Me seco las manos, apago la luz. La rabia que siento no es por ella. Es por mí. Por haber dejado que me viera de una forma que no soy. Por haberle hecho creer que yo podía ser otra cosa.

Cojo el teléfono y marco el número de Luca.

Responde al segundo tono. "Vincent."

"¿Dónde?"

"En la central. Tu padre quiere verte."

Obvio.

"Voy."

La central está en un edificio de ocho plantas en la zona financiera, con una fachada anónima y oficinas legítimas en los pisos de arriba. Lo que importa está abajo. Dos niveles subterráneos, un búnker blindado, salas operativas.

Luca me espera en la entrada del garaje. Sesenta y cinco años, cabello gris, traje oscuro. Parece un contable. Es cualquier cosa menos eso.

"Tu hermano está dentro", dice sin rodeos.

"¿Qué quiere Marco?"

"Llamar la atención." Luca camina hacia el ascensor privado. "Ha cerrado un acuerdo por su cuenta con los proveedores búlgaros. Sin pasar por el Don."

"Estúpido."

"Ambicioso", corrige Luca. "Hay diferencia."

Subimos. O mejor dicho, bajamos. Dos plantas bajo tierra. Las puertas se abren a un pasillo iluminado con neón.

"¿Papá lo sabe?"

"Obvio. Por eso te quiere a ti."

Lo entiendo. Marco hace la jugada, yo limpio el desastre. Siempre la misma historia.

Entramos en la sala de conferencias. Mi padre está sentado al fondo de la mesa, Marco a su derecha. Hay otros tres hombres, jefes de

operaciones del sector norte.

Salvatore me mira. Sus ojos recorren los moratones, el labio roto. No dice nada. No hace falta.

"Vincent." Su voz es plana. "Siéntate."

Me quedo de pie. "¿Qué pasa?"

Marco sonríe. Esa sonrisita de mierda que llevo treinta años queriendo borrarle a golpes. "¿Problemas en casa?"

"Cállate." Mi padre lo corta sin mirarlo. Luego me mira a mí. "Los búlgaros hicieron una oferta. Marco la aceptó sin consultarme."

"¿Qué oferta?"

Marco interviene, orgulloso de sí mismo. "Expansión en el mercado de armamento. Veinte mil piezas al mes, entrega directa. Margen del cuarenta por ciento."

"Demasiado bonito para ser verdad", digo.

"Es una oportunidad." Marco se inclina hacia delante. "Algo que tú nunca has tenido huevos de hacer."

Mi padre levanta una mano. Marco se calla. Cobarde.

"Verifica el acuerdo", dice el viejo. A mí, no a Marco. "Si hay algo mal, arréglalo."

"¿Cómo?"

"Como sabes hacerlo."

Claro. Si Marco ha metido la pata, yo la borro. Con sangre, si hace falta.

"Bien", digo.

Salgo de la sala antes de que Marco pueda soltar otra estupidez.

Luca me sigue por el pasillo. "El contacto búlgaro ya está aquí. Almacén sur, celda tres."

"¿Desde cuándo?"

"Desde hace dos horas. Stefano lo trajo."

Stefano. Uno de los hombres de mi padre. Eficaz, silencioso.

"Prepara la sala."

Luca asiente. "¿Necesitas a alguien?"

"No."

Prefiero trabajar solo.

***

El almacén está a veinte minutos, en la zona industrial, entre naves abandonadas. La celda tres es en realidad una habitación reforzada, hormigón armado, aislamiento acústico. Nadie oye. Nadie ve.

El hombre está atado a una silla en el centro. Treinta y cinco años, complexión media, pelo negro. La cara hinchada, probablemente cortesía de Stefano.

Me mira entrar. En sus ojos veo miedo. Bien.

Cierro la puerta, me quito la chaqueta. La cuelgo con cuidado en un gancho. Me arremango la camisa.

"¿Hablas italiano?" pregunto.

Él asiente.

"Bien. Te voy a hacer una pregunta. Tú vas a responder con la verdad. Si mientes, te haré daño. ¿Entendido?"

Vuelve a asentir. Le tiembla la mandíbula.

"El acuerdo con mi hermano. ¿Quién lo propuso?"

"Yo... yo solo..."

El primer puñetazo sale antes de que termine la frase. Le golpea en el estómago y le corta la respiración. Se dobla sobre sí mismo todo lo que la silla le permite y jadea.

"¿Quién lo propuso?"

"Romanov..." Tose. "Sergei Petrov."

El nombre me detiene. Petrov. Ruso. No búlgaro.

"Sigue."

"Dijo... dijo que la familia Marchesi quería expandirse. Que su hermano era el hombre adecuado para negociar."

"¿Su hermano quién?"

"Marco Marchesi."

Mierda.

"¿Romanov trabaja para alguien?"

Vacila. El segundo puñetazo le da en la cara. Nariz. Sangre por todas partes.

"¡Quién!" grito.

"¡No lo sé! ¡Lo juro!" Llora. "Él solo me dijo que contactara a Marco, que le ofreciera el acuerdo. Yo tenía que avisar cuando firmara."

Una trampa. La clásica. Marco firma, se expone y se vuelve vulnerable al chantaje. O peor: cómplice.

"¿Dónde encuentro a Petrov?"

"Brighton Beach. Un bar frente al paseo. Se llama Czar."

Conozco el sitio. Territorio Morozov.

Saco el teléfono y llamo a Luca. Responde al instante.

"El acuerdo es una trampa. Rusos. Petrov."

Silencio. Luego: "¿Morozov?"

"No lo sé. Pero Brighton Beach es suyo."

"Cristo." Luca suelta el aire con fuerza. "Tu padre tiene que saberlo."

"Díselo tú. Yo tengo algo que hacer."

Cuelgo.

Me vuelvo hacia el búlgaro. Está llorando, con sangre en la cara y el cuerpo temblando.

Podría matarlo. Probablemente debería. Hizo su trabajo, pero ahora es un riesgo.

En lugar de eso, me acerco y le desato las cuerdas.

Me mira, incrédulo.

"Vete", digo. "Y no dejes que vuelvan a verte."

Sale corriendo antes de que cambie de idea.

Me quedo solo en la habitación vacía. Miro mis manos. Sangre en los nudillos, otra vez.

El teléfono vibra. Mensajes. Tres de Tony. Cinco de Katerina.

Katerina: ¿Dónde estás?

Katerina: Vincent, responde.

Katerina: ¿Estás bien?

El último: Por favor.

Esa palabra me golpea más de lo que debería. Katerina nunca pide por favor.

Podría responder. Debería. Decirle que estoy bien, que volveré pronto, que no tiene que preocuparse.

En lugar de eso, apago el teléfono.

Porque si vuelvo ahora, si la veo, no voy a ser capaz de mantener la distancia.

Y la distancia es lo único que la mantiene a salvo.

De mí. De lo que soy.

Me siento en la silla todavía tibia y apoyo la cabeza contra la pared de hormigón. El silencio es total, roto solo por mi respiración.

Pienso en Katerina. En la forma en que me ha mirado hoy. Decepción, dolor, rabia. Pero debajo, escondido, había algo más.

Esperanza.

Como si creyera, por un instante estúpido, que yo podía ser distinto.

Pero no lo soy.

Soy el que mata sin pensarlo. El que resuelve problemas con violencia. El que mató a su hermano y no siente remordimientos.

Soy un monstruo.

Y ella tiene razón en recordármelo.

El teléfono vuelve a vibrar en mi bolsillo. No lo miro. Sé quién es.

Me levanto, recojo la chaqueta y salgo del almacén hacia el aire frío de la noche. Nueva York late a mi alrededor, viva e indiferente.

Subo al coche. No voy hacia el ático. Voy en dirección contraria.

Hacia Brighton Beach.

Hacia los rusos.

Hacia lo único que sé hacer de verdad.

Si Katerina quiere un monstruo, se lo daré.

Pero al menos será un monstruo que la protege.

Aunque tenga que hacerlo desde lejos.

Aunque tenga que hacerlo destruyendo todo lo demás.

Acelero. Las luces de la ciudad se deslizan, rápidas, borrosas.

Y yo voy hacia lo único que de verdad entiendo.

La sangre.

CAPÍTULO 17

Punto de no retorno

Katerina

El puerto de Newark huele a gasóleo y agua estancada. Contenedores apilados como ladrillos sucios, grúas inmóviles contra un cielo color plomo.

Somos cinco. Yo, Vincent, Alexei, Tony y Luca. Los hombres de Rojas ya están aquí, cuatro siluetas oscuras frente a un contenedor abierto. Esteban Rojas en el centro, de complexión recia, con una cicatriz que le cruza el cuello.

"Señora Marchesi." Me saluda en español. No usa Morozov. Una elección deliberada.

"Señor Rojas." Le respondo en su idioma. "Gracias por la reunión."

Vincent está dos pasos detrás de mí. No dice nada. Me deja llevar el mando. Sabe que hablo español mejor que él, que negocié con mexicanos antes de que él entrara en mi vida.

Pero lo noto. La tensión en su cuerpo, la mano que se queda cerca de la funda bajo la chaqueta.

"He revisado la propuesta." Rojas se acerca, con las manos en los bolsillos. Demasiado relajado. "Interesante. Pero los números no me convencen."

"¿Qué números?" Mantengo la voz neutra.

"El margen. Veinte por ciento es insuficiente para el riesgo que asumimos."

"El riesgo está controlado. Las rutas están limpias."

"Nada está limpio en este momento." Rojas sonríe. "Demasiada atención. Demasiado movimiento. Los federales están presionando."

Es verdad. Pero no es ese el punto.

"Treinta por ciento." Digo. "Final."

Rojas inclina la cabeza, evalúa. Sus ojos se mueven de mí a Vincent. "Tu marido está muy callado."

"Mi marido sabe cuándo dejarme trabajar."

Vincent suelta un sonido bajo, casi una risa. Rojas vuelve a sonreír, pero no le llega a los ojos.

"Treinta está bien." Dice. "Pero quiero garantías personales."

"¿Qué garantías?"

"Que si algo sale mal, pago yo. No tus proveedores rusos."

La frase es correcta, pero algo chirría. La forma en que dice *rusos*. Demasiado peso sobre esa palabra.

Miro más allá de Rojas. Sus hombres se han movido. Apenas. Imperceptible. Pero ahora están más cerca de cuando llegamos.

El contenedor detrás de ellos está abierto, pero oscuro. No veo el interior.

Un movimiento en la periferia. Una sombra que no debería estar ahí.

Cuento mentalmente. Cuatro hombres delante. Al menos otros dos escondidos.

Trampa.

"Vincent." Digo en voz baja. Una sola palabra. Basta.

Él ya lo ha entendido.

Todo estalla en dos segundos.

El hombre a mi izquierda se lanza hacia delante, una mano me agarra del brazo. Un agarre brutal, me arrastra hacia él. Abro la boca para gritar, pero Vincent ya está allí.

El puñetazo golpea la cara del hombre con un ruido que suena a madera partiéndose. Él se tambalea, el agarre sobre mi brazo se afloja. Vincent me empuja detrás de él con fuerza, su cuerpo convertido en un escudo entre yo y el resto.

Disparos.

Alexei responde, con la pistola ya desenfundada. Le da a uno de los hombres de Rojas en el pecho. Sangre que salpica, un grito ahogado.

Tony cubre el flanco derecho, dispara hacia el contenedor. Alguien grita dentro,

una voz quebrada por el dolor.

"¡Muévete!" Vincent me agarra de la muñeca y corre hacia el coche, arrastrándome con él. Lo sigo, las piernas me arden dentro de los tacones, pero no reduzco el paso.

Más disparos a nuestra espalda. Luca cubre la retirada, metódico, preciso, para un hombre de su edad. Alexei grita algo en ruso y luego también echa a correr.

Llegamos al coche blindado. Vincent abre la puerta y me empuja dentro con urgencia. Su cuerpo sigue cubriéndome, una mano sobre mi cabeza para que no me golpee.

Alexei se mete delante, al volante, Tony a su lado. Luca en el otro SUV con los demás hombres.

Motor encendido. Neumáticos chirriando sobre el asfalto mojado.

Una bala golpea la luna trasera. El cristal blindado resiste, se agrieta como una telaraña, pero no se rompe.

Vincent me mantiene pegada al asiento, el peso de su cuerpo sobre el mío. Su respiración pesada contra mi cuello, el corazón golpeando fuerte contra mi pecho. Siento cada músculo tenso, listo para recibir cualquier disparo destinado a mí.

"¡Vamos!" Le grita a Alexei.

El coche acelera, gira con violencia a la derecha. Veo el puerto desaparecer detrás de nosotros, los contenedores convertidos en líneas borrosas.

Silencio. Solo el motor rugiendo y nuestra respiración agitada.

Vincent se incorpora apenas, lo justo para mirarme. Sus ojos verdes buscan en mi rostro y luego bajan por mi cuerpo con urgencia.

"¿Estás herida?"

"No."

"¿Segura?"

"Sí."

Sus manos me tocan de todas formas. Recorren mis brazos, mis hombros, bajan por las costillas. Una revisión metódica, precisa, como si estuviera buscando

heridas invisibles. Se detiene en la muñeca izquierda, donde la piel está roja, marcada por los dedos del hombre que me agarró.

La mandíbula de Vincent se tensa. Sus ojos se clavan en esa marca como si quemara.

"Vincent..."

Me besa.

Nada tierno, solo una necesidad primitiva. Su boca contra la mía, una mano agarrándome del cabello y tirando apenas, la otra apretando con fuerza mi cintura.

Sabor a sangre. No sé si suya, mía o de alguien más.

Le respondo con la misma urgencia. Mis manos encuentran su chaqueta, aprietan la tela como si fuera lo único sólido en un mundo que tiembla. Quiero sentirlo más cerca, más real. La confirmación de que está vivo, de que estamos vivos, de que salimos de ese puerto con el corazón todavía latiendo.

Su lengua encuentra la mía, el beso se vuelve más profundo. Una mano se desliza bajo mi abrigo, encuentra la piel desnuda por encima del pantalón. Quema donde me toca.

"Cristo." Tony, desde la parte delantera. "Seguimos dentro del coche, chicos."

Vincent no se aparta. El beso se convierte en una mordida sobre mi labio inferior, luego baja a la mandíbula y después al cuello, donde hunde los dientes.

Cierro los ojos, la respiración se me rompe en un sonido que casi es un gemido.

Alexei mantiene la vista fija en la carretera. No dice nada. Pero los nudillos blancos sobre el volante dicen bastante.

Vincent por fin se aparta y apoya la frente contra la mía. Ojos cerrados, la respiración todavía pesada, mezclándose con la mía.

"Te tocaron." Susurra. No es una pregunta.

"Estoy viva."

"Te tocaron." Repite, más bajo. Peligroso.

"Vincent..."

"Encontraré a Rojas. Lo haré pedazos."

No es una amenaza vacía. Es una promesa.

No respondo. Porque sé que lo hará. Y yo no se lo impediré.

El resto del trayecto transcurre en un silencio cargado. Vincent se queda cerca, su mano sin soltar mi muñeca. El pulgar acaricia con suavidad la marca roja, con una delicadeza que choca con la violencia de antes. Es extraño; después de la pelea con Alexei nos evitamos durante bastante tiempo.

***

Ático. Irina me espera en la entrada, el rostro pálido. Cuando me ve, se pone en pie de golpe desde el sillón donde, evidentemente, estaba esperando.

"Kat." Se acerca deprisa, me examina con ojos afilados. "Has vuelto."

"Sí."

Me mira mejor. El abrigo sucio, el pelo desordenado, la marca roja en el cuello que dejó Vincent. La muñeca que aprieto instintivamente con la otra mano.

"¿Qué ha pasado?" Voz controlada, pero tensa.

"Era una trampa. Rojas intentó llevarme."

"Hijo de puta." Voz plana, glacial. Irina casi nunca maldice.

"Estamos vivos." Digo.

Vincent pasa a nuestro lado sin hablar, directo hacia el despacho con paso pesado. Tony lo sigue. Alexei se queda conmigo un momento, expresión neutra, pero ojos atentos que me evalúan.

"Ve." Le digo. "Estoy bien."

Duda.

"Alexei. Ve."

Asiente despacio y se aleja hacia el despacho, de donde ya oigo voces tensas.

Irina me toma de la mano y me lleva hacia mi habitación sin decir nada más. Me hace sentarme en la cama, va al baño y vuelve con desinfectante y algodón.

"Déjame verlo."

Le enseño la muñeca. La marca es más oscura ahora, el contorno de los dedos bien visible, el morado empezando a formarse bajo la piel enrojecida.

Irina limpia con delicadeza, aunque no haya una herida abierta. Un gesto de cuidado, innecesario, pero quién soy yo para decírselo. Sus manos tiemblan apenas.

"Supongo que esa marca en el cuello no tiene nada que ver con la agresión."

"Irina..."

"Ni se te ocurra negarlo." Me interrumpe. "¿Desde cuándo lleváis así, con este tira y afloja?"

Silencio.

"Kat. Tienes que decidir."

"¿Qué?"

"Si de verdad estás con él, o si sigues luchando una guerra que ya terminó."

"Dmitri..."

"Está muerto." Irina vuelve a interrumpirme. Dura, despiadada, pero con los ojos brillantes. "Y tú estás viva. Con un hombre que hoy usó su cuerpo como escudo para protegerte. Piénsalo."

Se levanta y sale de la habitación. Cierra la puerta con suavidad.

Me quedo sentada en la cama durante un largo momento. Miro mi muñeca, la marca que mañana será un moretón oscuro.

Me levanto despacio y voy hasta el espejo.

Pelo desordenado, pintalabios corrido, marca roja en el cuello donde Vincent me mordió. Los ojos demasiado brillantes, las pupilas dilatadas. La adrenalina todavía latiendo bajo la piel.

Parezco viva.

Por primera vez en tres años, parezco de verdad viva.

Me quito el abrigo y luego la camisa. Me quedo delante del espejo en sujetador y pantalones, buscando más marcas en el cuerpo. Nada. Solo la muñeca y el

mordisco en el cuello.

Pienso en Vincent. En la forma en que me cubrió sin vacilar. En la forma en que revisó cada centímetro de mi cuerpo para asegurarse de que estaba entera, de que no tenía heridas ocultas.

En la forma en que le tembló la mano cuando vio la marca.

Pienso en hoy. No en la negociación. No en Rojas.

En el instante en que pensé: *no.*

En el instante en que pensé: no.

No con rabia porque todo se habría perdido. Pero no estaba pensando en el acuerdo ni en la bratva.

Miedo de perderlo.

Me siento en el borde de la cama. Las manos aprietan el colchón hasta que me duelen los dedos.

No puedo seguir fingiendo.

No sé cuándo pasó. No sé si fue gradual o repentino, si hubo un momento exacto o una lenta erosión de mis defensas.

Pero sé que cuando lo vi cubrirme con su cuerpo, dispuesto a morir para mantenerme con vida, algo dentro de mí se rompió.

O quizá se colocó en su sitio.

Estoy más allá del punto de retorno.

***

Llamo a la puerta del despacho. Nadie responde.

Entro de todos modos.

Vincent está sentado detrás del escritorio, con un vaso de whisky en la mano. La camisa manchada de sangre, ya convertida en un marrón oscuro, la chaqueta tirada sobre el sillón.

Me ve entrar. No dice nada.

Me acerco y me siento en la silla frente a él.

"¿Tony y Alexei?" Pregunto.

"Están organizando la respuesta."

"¿Qué respuesta?"

Familia. La palabra resuena en la habitación silenciosa.

Familia. La palabra resuena en la habitación silenciosa.

"Rojas pagará." Dice.

"Lo sé."

Bebe. El whisky baja limpio. Deja el vaso y me mira con intensidad.

"¿Estás segura de que estás bien?"

"Ya me lo has preguntado cuatro veces."

"Te lo preguntaré otras veinte."

"Estoy bien, Vincent."

Silencio. Sus ojos verdes me estudian, buscan algo que no consigo esconder.

"Has tenido miedo." Dice.

"Sí."

"¿De ellos?"

Dudo.

Demasiado tiempo.

Algo cambia en su mirada. Lo entiende.

Se levanta despacio y rodea el escritorio. Se detiene frente a mí. Tan cerca que tengo que alzar la cara para mirarlo.

"Katerina." Una sola palabra. Mi nombre, dicho así, suena distinto.

"¿Qué?"

"¿De qué has tenido miedo?"

La pregunta es simple. La respuesta no.

"No lo sé." Miento.

"Mentirosa."

Me levanto y paso a su lado, buscando distancia. Voy hacia la ventana. La ciudad bajo nosotros, luces infinitas que se encienden en el crepúsculo.

Lo oigo acercarse. Se detiene a mi espalda. No me toca, pero siento el calor de su cuerpo.

"Kat."

"Déjame en paz."

"No."

Me vuelvo de golpe y lo enfrento. "¿Qué quieres de mí?"

"La verdad."

"¿Qué verdad?"

"La que llevas semanas intentando no decir."

El corazón me late demasiado fuerte. "No hay nada que decir."

"Mentiras." Voz baja, peligrosa. "Mírame y dime que hoy no has tenido miedo cuando esa pistola me estaba apuntando."

No respondo.

"Mírame." Repite. "Y dime que no significo nada."

Abro la boca. Las palabras no salen.

Porque no puedo mentir. No sobre esto.

Vincent espera. Sus ojos buscando los míos, leyendo todo lo que no digo.

Luego da un paso atrás. Se aleja hacia la puerta.

"Está bien." Dice en voz baja. "Cuando estés lista."

Sale del despacho. Cierra la puerta con un clic suave.

Me quedo sola frente a la ventana.

Las manos me tiemblan.

Sé que debería seguirlo. Decírselo. Admitir lo que siento arder dentro del pecho.

Pero no lo hago.

Porque admitirlo significa traicionar a Dmitri.

Admitirlo significa elegir.

Y no sé si estoy preparada. O si alguna vez lo estaré.

***

Más tarde, mucho más tarde, oigo sus pasos en el pasillo.

Se detienen delante de mi puerta.

Me quedo inmóvil en la cama, con los ojos abiertos en la oscuridad. Contengo la respiración.

Espero que llame. Que entre. Que diga algo.

Pero se queda ahí. Silencio total, pesado. Casi puedo oírlo respirar al otro lado.

Luego los pasos se alejan despacio.

Su puerta se cierra.

Cierro los ojos.

La verdadera amenaza no era Rojas.

No era la trampa en el puerto.

Es esto.

Este momento en el que entiendo que, si lo pierdo, si le pasa algo, no se derrumbará solo la alianza entre nuestras familias.

Me derrumbaré yo.

Pero no se lo digo.

Quizá nunca.

Porque algunas verdades, una vez dichas, ya no se pueden retirar.

Y no sé si soy lo bastante fuerte para afrontar lo que vendría después.

CAPÍTULO 18

Línea de sangre

Vincent

Son las tres de la madrugada y no duermo.

Estoy tumbado en mi cama, solo, mientras las sábanas frías me recuerdan lo vacío que está este espacio. Katerina está en su habitación, al otro lado del pasillo. Probablemente duerme. O tal vez no. Tal vez ella también está mirando el techo y reviviendo lo de hoy.

El puerto. El hombre que la agarró. Me levanto y camino hacia la ventana. Manhattan brilla debajo de mí, viva e indiferente. La ciudad que nunca duerme, igual que yo.

No dejo de ver ese momento. La mano de ese hombre en su brazo, la forma en que la arrastró hacia él. Un segundo, quizá menos. Pero suficiente para mostrarme lo que pasaría si la próxima vez no fuera lo bastante rápido.

Si no estuviera allí.

Si la perdiera.

El pensamiento me corta la respiración. Nunca he tenido a nadie en mi vida que me provocara algo así.

Me paso una mano por la cara e intento calmarme, pensar con la cabeza fría. Pero no puedo. Porque cuando vuelvo a ese instante, cuando veo otra vez sus manos sobre Katerina, lo único que siento es rabia pura. Y debajo, oculta pero viva, hay algo peor.

Miedo.

No. Vincent Marchesi no siente miedo.

Y, aun así.

Salgo del dormitorio y termino frente a su puerta. La mano sobre el picaporte, inmóvil. Podría entrar. Comprobar que está bien.

Tumbarme a su lado solo para sentir que respira.

Pero no lo hago.

Porque si entro ahora, ya no salgo.

Me quedo ahí un minuto que parece eterno. Escucho. Ningún ruido al otro lado. Luego me aparto y vuelvo a mi habitación.

El teléfono vibra en la mesilla. Tony.

Contesto.

"¿Qué pasa?"

"Encontramos a uno de los hombres de Rojas." Su voz es baja, cauta. "Vivo."

"¿Dónde?"

"Almacén sur. Lo tenemos allí."

"Voy para allá."

"Vincent..."

Cuelgo antes de que pueda terminar.

Me visto deprisa. Vaqueros, camiseta oscura, chaqueta. Salgo del ático sin hacer ruido.

***

El almacén es el de siempre. Cemento desnudo, olor a moho pegándose a la garganta, una bombilla colgando del techo y balanceándose apenas.

El hombre está atado a una silla en medio de la sala. La cara hinchada, el labio partido todavía sangrando. Tony está de pie a su lado, con los brazos cruzados.

"¿Cómo está?" pregunto.

"Vivo..." Tony me mira. "Por ahora."

Me acerco despacio. El hombre levanta la cabeza y, cuando me ve, en sus ojos hay miedo puro.

Bien.

"Nombre."

"Miguel." Tiene la voz rota, temblorosa.

"Miguel." Repito su nombre como si lo saboreara. "Trabajas para Rojas."

Asiente apenas.

"¿Quién dio la orden de llevarse a mi mujer?"

"Rojas. Él dijo... dijo que era una orden de otra persona."

"¿Quién?"

"No lo sé. Lo juro. Rojas nunca da nombres."

Podría ser mentira. O tal vez no. Da igual.

"¿Adónde debías llevarla?"

Vacila.

El primer puñetazo sale antes de que responda. Le golpea el estómago y le roba el aire. Se dobla sobre sí mismo cuanto la silla se lo permite y tose.

"Dónde."

"A... a las afueras..."

"¿Para qué?"

Silencio.

El segundo puñetazo le revienta la cara. Siento cómo la nariz se rompe bajo mis nudillos. Sangre por todas partes.

"¡¿Para qué?!" grito.

"¡Venganza!" Ahora está llorando, con la voz quebrada. "¡Venganza por el puerto de Newark! ¡Por lo que hiciste hace tres años!"

Newark.

Dmitri.

Todo encaja de golpe, como piezas de un rompecabezas que no quería ver.

"Quién." Mi voz sale baja, peligrosa. "Quién quiere venganza."

"No sé quién... alguien de dentro..." Miguel tiembla. "Rusos que no quieren a una mujer al mando... dijeron que la agarraran... que la usaran contra ti..."

La rabia estalla.

Lo agarro del cuello de la camisa y lo levanto cuanto la silla me deja. Su cara queda a pocos centímetros de la mía.

"Tocaste a mi mujer."

"Yo... yo solo..."

"Pusiste tus malditas manos sobre mi familia."

El tercer puñetazo es distinto. No es preciso. No está controlado. Es pura furia tomando forma.

Golpeo hasta que Tony me agarra y me arranca hacia atrás de un tirón.

"¡Vincent! ¡Para!"

"¡Suéltame!"

"¡Está muerto!" grita Tony. "¡Joder, míralo! ¡Está muerto!"

Miro. La cabeza de Miguel cuelga hacia delante, los ojos abiertos pero vacíos. Sangre por todas partes, en el suelo, en la silla, sobre mí.

Respiro con fuerza. Los nudillos abiertos me arden. La camisa está manchada.

"Cristo." Tony me suelta y da un paso atrás. "Has perdido el control."

"No."

"Sí. Y no es la primera vez esta semana."

"No lo suficiente." Mi voz sale fría, afilada.

"Ella te está cambiando." Lo dice en voz baja. "Y no sé si eso es bueno."

Me limpio la sangre de las manos con un trapo sucio. "Llama a alguien para limpiar."

"Vincent..."

"Llama a alguien. Yo vuelvo a casa."

Salgo del almacén antes de que pueda añadir algo más.

Regreso al ático a las seis de la mañana. El amanecer empieza a aclarar el cielo sobre Manhattan.

Entro procurando no hacer ruido, pero Katerina ya está despierta. Sentada en el sofá del salón con una taza de café en la mano. Todavía en pijama, con el pelo suelto sobre los hombros.

Me ve entrar y sus ojos bajan de inmediato a la camisa manchada de sangre.

"Dónde has estado."

No es una pregunta.

"Fuera."

"Vincent." Se pone de pie despacio. "Dónde has estado."

"Resolviendo un problema."

"Qué problema."

"El que intentó tocarte ayer."

Silencio.

Se acerca y me estudia. La camisa, los nudillos abiertos, la sangre seca que me marca el cuello.

"Qué has hecho."

"Lo que había que hacer."

"¡Qué has hecho!" grita.

"¡Lo maté!" le grito de vuelta. "¡Maté al bastardo que te puso las manos encima! ¡Y si hay más, los mato a todos!"

El silencio que cae entre nosotros es pesado, cargado.

Katerina me mira y en sus ojos veo rabia. Pero también algo más que no logro descifrar.

"No puedes hacer esto."

"Ya lo hice."

"No puedes matar a cualquiera que me mire."

"¿Mirar?" Suelto una risa amarga. "Te agarró, Katerina. Te tocó. Quería llevarte."

"Y tú perdiste el control."

"No lo suficiente."

"¡Vincent!" Me agarra de la camisa sucia. "Escúchame. No puedes seguir así. No puedes..."

"¿Qué?" la interrumpo. "¿No puedo protegerte?"

"¡No puedes controlarme!"

"No te controlo. Te mantengo con vida."

"¡No soy tuya!" grita.

Sus palabras me golpean como puñetazos.

Me quedo quieto. La miro a los ojos.

"No eres mía." Lo repito en voz baja.

Ella abre la boca para responder. Se detiene. Algo en mi tono la frena.

"No eres mía." Lo digo otra vez. "Está bien. Pero mientras vivas bajo mi techo, mientras lleves mi apellido, mientras respires, estás bajo

mi protección. Y cualquiera que te toque muere. ¿Ha quedado claro?"

"No puedes..."

"Ha. Quedado. Claro."

Silencio.

Katerina me estudia. Busca algo en mi cara que probablemente no quiere encontrar.

"¿Por qué te importa tanto?" pregunta en voz baja.

La pregunta es simple. La respuesta no.

Podría decir mil cosas. Podría mentir. Podría desviar el tema.

En lugar de eso, digo la verdad.

"Porque si vuelven a tocarte, mato a cualquiera que siga respirando."

No tiene nada de romántico. Es una amenaza.

Pero es verdad.

Katerina me mira y algo en sus ojos cambia.

"Estás loco." susurra.

"Lo sé." Me acerco.

"Estás obsesionado con el control."

"Lo sé." Otro paso.

"Vincent..."

Y entonces mis labios caen sobre los suyos. La beso con urgencia, desesperación, necesidad de no sé qué, con toda la confusión que llevo dentro, mientras mis manos le sujetan el rostro.

Ella responde de inmediato. Sus manos aprietan mi camisa manchada de sangre y su cuerpo se pega al mío.

La empujo contra la pared. El beso se vuelve mordida y mis manos buscan piel debajo de la ropa.

Ella gime contra mi boca.

"Habitación." susurra.

"No." respondo. "Aquí."

La levanto. Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura mientras la llevo al sofá y me coloco encima de ella.

Le arranco la camisa del pijama con urgencia. Ella me quita la mía y sus manos me recorren el pecho, los hombros, los brazos.

Nada de ternura. Nada de lentitud.

Solo urgencia. Hambre. Rabia convertida en deseo.

Entro en ella sin previo aviso. Ella grita, echando la cabeza hacia atrás, con las manos clavadas en mis hombros.

Me muevo duro, rápido. Ella responde con la misma intensidad mientras sus uñas me arañan la espalda, dejándome marcas que mañana serán rojas.

La miro. Pelo desordenado, boca entreabierta, ojos cerrados. Hermosa. Devastadora.

Mía.

No. No mía.

Pero en este momento, mientras se mueve debajo de mí, mientras grita mi nombre, mientras me araña como si quisiera dejarme una marca permanente...

En este momento es mía.

Y yo soy suyo.

El pensamiento llega cuando alcanzo el clímax. Claro, perturbador, innegable.

No es solo posesión.

No es solo deseo.

Es algo que no puedo controlar.

Algo que no puedo detener.

Algo que va a destruirme.

Caigo sobre ella, respirando con fuerza contra su cuello. Ella me abraza con firmeza, con las manos en mi pelo.

"Vincent." susurra.

No respondo.

Porque lo sé... sé lo que está pasando. Sé lo que siento.

Y sé que va a destruirme.

Porque esto...

Ella...

Es mi ruina.

No mi salvación.

Mi ruina.

Y aun así voy hacia ella.

CAPITULO 19

Grietas invisibles

Katerina

La luz de la manana entra por los ventanales del atico y golpea la mesa de la cocina. Vincent esta sentado con una taza de cafe en la mano, camisa blanca con las mangas arremangadas hasta los antebrazos, el pelo todavia humedo por la ducha.

Cuando entro, alza la vista. Sus ojos bajan hasta la camiseta que llevo puesta. La suya. Negra, demasiado grande, me llega hasta media pierna.

No dice nada, pero veo que una esquina de su boca se eleva apenas.

Me sirvo cafe y me siento frente a el. El silencio entre nosotros no es incomodo, solo espeso. Como si hubiera mil cosas que decir, pero ninguno de los dos quisiera empezar.

"Dormiste bien?" pregunta.

"Lo suficiente."

Miento. He dormido poco, pero no por las razones que imagina.

Su mano se mueve hacia el centro de la mesa para coger el azucar. Sus dedos rozan los mios por un segundo y luego se apartan.

"Hoy tengo una reunion con los distribuidores de New Jersey", dice mientras echa azucar en el cafe. "Gente de mi padre. Quieren hablar de las nuevas rutas."

Asiento. Bebo cafe y me quema la garganta.

Vincent me observa en silencio. "Pasa algo?"

"No."

"Mientes."

Lo miro. "No todo lo que no digo es una mentira."

"No, pero cuando evitas mirarme a los ojos, si lo es."

Tiene razon. Maldito.

Dejo la taza. "Solo tengo mucho trabajo."

"Que clase de trabajo?"

"Logistica. Contenedores. Los numeros de siempre."

No es una mentira, pero tampoco es toda la verdad.

Vincent asiente despacio. No insiste. Se levanta y se acerca, luego se detiene frente a mi. Su mano me roza el rostro, se inclina y me besa la frente. El gesto es breve, casi distraido, pero inequívocamente posesivo.

"Si hay un problema, dimelo."

"No hay ningun problema."

"Bien."

Coge la chaqueta y sale.

Me quedo sola en la cocina con el cafe enfriandose. La piel de la frente todavia arde donde sus labios me han tocado. Este gesto cotidiano me desestabiliza mas que todo lo demas, porque es intimidad sin violencia. Una normalidad que no deberiamos tener.

***

La oficina que uso en el atico es pequena pero funcional. Escritorio de madera oscura, ordenador, archivadores alineados con precision.

Todo lo que necesito para gestionar desde aqui las operaciones de la bratva.

Abro el portatil y entro en los archivos cifrados. Los informes de los ultimos envios se despliegan frente a mi en columnas ordenadas de cifras y destinos.

Reviso los datos con cuidado. Destinos, cantidades, autorizaciones. Todo parece en orden. Las rutas principales estan limpias, los margenes son correctos, los plazos se respetan.

Salvo una cosa.

No reconozco una ruta secundaria. Contenedores que salen del puerto de Newark y llegan a Odesa, con una frecuencia mensual regular como un reloj. El ultimo envio debia haber salido hace tres dias.

Todavia activa.

Hago clic para abrir los detalles. La informacion es escasa. Mercancia clasificada como "tejidos y materiales industriales", valor declarado bajo. Demasiado bajo para justificar envios tan regulares a traves del Atlantico.

Compruebo las autorizaciones. La ruta se abrio hace tres anos con la firma digital de Dmitri Morozov, pero los envios recientes estan autorizados por otro nombre.

Pyotr Kuznetsov.

El nombre me golpea como una bofetada.

Kuznetsov es un Vor de la vieja guardia. Fue leal a mi padre primero, luego a Dmitri. Uno de los hombres que ahora deberian responder directamente ante mi.

Pero esta ruta nunca aparece en mis informes semanales. Nunca la

he autorizado y ni siquiera sabia que existia hasta este momento.

Por que Kuznetsov gestiona envios sin informarme?

Me levanto y salgo de la oficina. Oigo el ruido metalico de las pesas desde la sala de entrenamiento al fondo del pasillo.

Alexei.

Entro. La sala es amplia, con paredes de espejo y equipo completo. Pesas libres, banco, barra cargada. Alexei esta en el banco y levanta un peso que derribaria a la mayoria de los hombres.

Me ve y vuelve a dejar la barra en el soporte con un golpe metalico. Se sienta y se seca el sudor con una toalla gris.

"Kat, todo bien?"

"Necesito hablar contigo."

Lee algo en mi tono. Se pone de pie y se acerca. "Que pasa?"

"Esta ruta. La conoces?"

Le enseño la pantalla del telefono con los detalles del envio Newark-Odesa.

Se acerca y mira. Sus ojos recorren los datos durante unos segundos de silencio.

"Newark-Odesa. Mensual", dice en voz baja. Su voz es neutra, pero veo algo cambiar en su cara. Imperceptible, pero lo conozco demasiado bien como para no notarlo.

"La abrio Dmitri hace tres anos, pero ahora la lleva Kuznetsov. Sin pasar por mi."

El cambio se vuelve mas marcado. Una tension que antes no estaba ahi.

"Alexei, la conocias?"

"No", responde, pero su voz es distinta. Mas controlada.

"Me estas mintiendo?"

"No te miento. No conozco esa ruta en concreto."

"En concreto", repito despacio. "Que significa eso?"

Silencio.

"Alexei."

Se pasa una mano por la cara. Por un momento veo algo que rara vez aparece en el: incertidumbre.

"Dmitri llevaba algunas cosas por su cuenta. Cosas de las que no hablaba con nadie."

El corazon empieza a latirme mas fuerte. "Que clase de cosas?"

"No lo se, Kat. Lo juro. Pero sabia que habia algo, algo que lo volvia sombrio. Cerrado. Distinto."

"Por que nunca me lo dijiste?"

Me mira a los ojos. "Porque era tu hermano. Porque te queria mas que a nada en el mundo. Y porque pense que era mejor dejar que ciertos secretos murieran con el."

"Pero no han muerto", digo en voz baja. "La ruta sigue activa. Kuznetsov sigue llevandola."

Alexei cierra los ojos y maldice en ruso por lo bajo.

"Kuznetsov deberia responder ante mi. Por que nunca me ha hablado de esta ruta?"

"No lo se."

"Alexei..."

"No lo se!" Alza la voz, luego se recompone y respira hondo. "Lo siento. Pero de verdad no lo se. Dmitri mantenia esa parte separada de todo lo demas. Yo solo sospechaba que habia algo mal, pero el era mi hermano tanto como el tuyo. No podia traicionarlo preguntando."

Lo miro un largo segundo. No se si quiero abrazarlo o golpearlo.

En lugar de eso, me aparto. Necesito otra voz. Otra mirada. Una que no este enterrada hasta el cuello en la lealtad hacia un muerto.

***

Vuelvo a la cocina mas tarde. Vincent ya no esta de camino a su reunion. Esta apoyado en la encimera, cafe en mano, como si me hubiera estado esperando.

"Es una ruta que no reconozco. La abrio Dmitri hace tres anos, pero sigue activa. Numeros raros, documentacion minima. Demasiado limpia", digo.

Vincent no parece sorprendido. "Que clase de ruta?"

"Newark-Odesa. Mensual. El ultimo envio salio hace tres dias."

"Contenido declarado?"

"Tejidos. Pero los valores son bajos, demasiado bajos para justificar el coste del envio."

Vincent asiente despacio mientras procesa la informacion. "Quien la gestiona ahora?"

"Un Vor. Pyotr Kuznetsov. Vieja guardia. Fue leal a mi padre, luego a Dmitri."

"Y nunca te dijo nada de esa ruta."

"No. Nunca."

"Deberia responder ante ti."

"Exacto."

Un silencio pesado cae entre nosotros.

Vincent me mira con una intensidad que me da ganas de apartar la vista, pero no lo hago.

"El hombre al que interrogamos", dice en voz baja, "el del puerto, el que intento llevarte."

El recuerdo me atraviesa. La mano en mi brazo, la violencia repentina.

"Que tiene que ver?"

"Dijo algo antes de morir." Vincent se inclina un poco mas. "Dijo que detras del intento de secuestro habia rusos desde dentro de la bratva. Gente que no quiere a una mujer al mando."

La sangre se me hiela en las venas.

"Que?"

"No dio nombres. Estaba aterrado. Pero dijo que alguien dentro de tu organizacion queria usarte para debilitaros a los dos."

"Y no me lo habias dicho?"

"Te lo estoy diciendo ahora." Su voz es tranquila, pero firme. "Queria tener mas informacion antes de alarmarte. Pero si estas encontrando irregularidades, si hay un Vor de la vieja guardia manejando operaciones sin pasar por ti, tal vez todo este conectado."

Pienso deprisa. Ruta secreta, valores bajos, Kuznetsov. Un Vor de la vieja guardia escondiendo informacion.

"Crees que es el?"

"La vieja guardia", dice Vincent. "Hombres criados en la Union Sovietica, donde las mujeres eran esposas y madres, no jefas."

Tiene sentido. Demasiado sentido.

Kuznetsov es exactamente ese tipo de hombre. Sesenta y dos anos, ex KGB, criado en un mundo donde las ordenes bajaban de arriba y las mujeres se quedaban en la cocina.

"Alexei sabia algo", digo en voz baja. "No sobre esta ruta en concreto, pero sabia que Dmitri escondia algo."

"Te lo dijo?"

"Mas o menos. Dijo que Dmitri llevaba ciertas cosas por su cuenta, que se volvia oscuro cuando se ocupaba de eso."

Vincent asiente. "Alexei es leal a ti, pero tambien lo era a Dmitri. Es dificil traicionar a un muerto."

"No es traicion decir la verdad."

"En nuestro mundo, siempre lo es."

Tiene razon. Otra vez.

"Que hago ahora?"

Vincent me mira durante un largo momento. "Ahora andas con cuidado. Si Kuznetsov esta metido en esto, si conspira con otros Vor, el peor momento para moverte es cuando no sabes quien mas esta implicado."

"No puedo quedarme quieta."

"No he dicho que te quedes quieta. He dicho que tengas cuidado." Se levanta, rodea la mesa y se detiene detras de mi silla. Su mano

me roza el hombro. "Sigue cavando, pero no sola. Y no sin decirme lo que encuentres."

Asiento despacio.

Su mano aprieta apenas mi hombro y luego se aparta.

"Termina de comer. Tengo que hacer una llamada."

Sale de la cocina.

Me quedo sola con el plato todavia intacto y mil pensamientos persiguiendose.

Kuznetsov.

La vieja guardia.

Rusos que no quieren a una mujer al mando.

Dmitri escondia algo.

Todo empieza a unirse en un dibujo que no quiero ver.

***

Esa noche me quedo despierta mucho tiempo.

Estoy en mi cama con los ojos abiertos en la oscuridad mientras Manhattan brilla al otro lado de la ventana. Pienso en Dmitri, en la forma en que hacia las cosas, en la forma en que confiaba en muy poca gente.

Kuznetsov era una de ellas.

Si Kuznetsov escondia algo, Dmitri lo sabia. Lo aprobaba. Tal vez lo habia ordenado el mismo.

Mi hermano escondia algo.

Algo lo bastante importante como para dejar documentado solo lo minimo indispensable.

Me giro de lado y fijo la vista en la pared.

Vincent mato a Dmitri. Esa es la verdad que me ha mantenido lejos de el durante meses, la verdad que deberia hacerme odiar cada momento pasado a su lado.

Pero ahora me pregunto: que descubriria si siguiera cavando? Que escondia mi hermano? Y de verdad quiero saberlo?

La pregunta queda suspendida en el silencio de la noche sin respuesta.

Cierro los ojos, pero el sueno no llega.

Porque se que manana tendre que seguir buscando, aunque lo que encuentre pueda destruir lo unico que me queda de Dmitri.

El recuerdo.

CAPÍTULO 20

Carne bajo mi nombre

Katerina

Vincent entra en mi despacho a las dos de la madrugada sin llamar. La puerta se abre en silencio y él aparece ahí, en el umbral, vestido de negro como si estuviera preparándose para una guerra.

Quizá lo está haciendo.

"Vamos al puerto."

No es una pregunta. No le pido explicaciones porque ya las conozco. Llevo horas mirando estos malditos archivos, horas buscando una explicación distinta de la que no deja de volver. Pero no la hay.

"Ahora?" pregunto de todos modos.

"Ahora."

Me levanto del escritorio. Todavía llevo puestos los vaqueros y la camisa negra de esta mañana. No me he cambiado porque, de algún modo, sabía que este momento iba a llegar.

Vincent me recorre con la mirada de arriba abajo. "Bien. Vamos."

No añadimos nada más. No hace falta.

Salimos del ático y bajamos al garaje envueltos en un silencio denso que huele a decisión ya tomada. El coche de Vincent está aparcado junto al mío, brillante y negro como la noche que nos espera fuera.

Subimos. Él arranca y las luces del garaje se encienden automáticamente. Después salimos a la noche de Manhattan.

La ciudad se desliza al otro lado de la ventanilla como una película muda. Rascacielos iluminados, calles desiertas, semáforos parpadeando en el vacío. Vincent conduce con una mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios. Tiene la mandíbula tensa y la mirada clavada en la carretera.

En un semáforo rojo, su mano abandona la palanca y se posa sobre mi muslo. Solo un segundo. Sus dedos se cierran apenas, luego vuelven a su sitio.

No dice nada. Yo tampoco.

Pero ese roce se me queda en la piel como una marca al rojo vivo.

El semáforo cambia a verde. Seguimos.

Manhattan da paso a calles más anchas y peor iluminadas. Luego a naves industriales, a zonas portuarias que de noche parecen ciudades fantasma.

El puerto de Newark se abre ante nosotros como un laberinto infinito. Contenedores apilados unos sobre otros, grúas inmóviles como gigantes dormidos, luces anaranjadas que tiñen todo de cobre oxidado.

Vincent aparca lejos de la zona principal, en una franja de sombra entre dos almacenes. Apaga el motor. Por un momento nos quedamos sentados en silencio, rodeados solo por el tic tac del motor enfriándose.

"Las guardias?" pregunto.

"Arregladas. Gente de los Marchesi. Me debían favores."

"Se fiarán?"

"Lo suficiente."

Lo suficiente. En nuestro mundo, eso es todo lo que se puede esperar.

Bajamos. El aire helado de la noche me golpea la cara. Huele a sal, gasóleo y metal frío. El puerto está silencioso, espectral. Solo el ruido lejano del agua chocando contra los muelles.

Caminamos hombro con hombro entre los contenedores. Nuestros pasos retumban sobre el cemento mojado. En cada esquina espero que alguien aparezca, que una guardia nos detenga, que algo salga mal.

Pero no pasa nada.

En un momento, Vincent reduce la marcha y apoya la mano en la parte baja de mi espalda, casi en la base de la columna. Me guía hacia la izquierda sin decir una palabra. Luego la aparta, dejándome en la piel un calor fantasma.

Pequeños gestos. Ni una palabra.

Me desestabilizan más que cualquier discurso que pudiera darme.

Llegamos al sector G. Aquí los contenedores están apilados más altos, formando pasillos estrechos donde el eco de nuestros pasos se multiplica. Vincent se detiene ante uno y comprueba el número pintado en el lateral oxidado.

A-47.

El precinto está intacto. La etiqueta dice "tejidos y materiales industriales" con esa caligrafía burocrática que vuelve todo legal, todo normal.

Pero aquí no hay nada normal.

Vincent saca un cuchillo de la chaqueta. La hoja refleja la luz anaranjada un segundo y después se hunde en el precinto, cortándolo con un movimiento seco y preciso. Los cierres de seguridad se sueltan con un chasquido metálico.

Luego se detiene. Las manos apoyadas en las manillas, inmóvil.

Me mira. En sus ojos verdes veo una pregunta que no formula.

Estas segura?

Pongo mi mano sobre la suya. Tiene la piel fría, los nudillos todavía marcados por la violencia de anoche.

"Abre."

Abre las puertas del contenedor.

Y el olor nos golpea de lleno.

No es solo malo. Es algo más visceral, más humano. Sudor rancio que sabe a miedo. Orina. Algo ácido que me revuelve el estómago y me da ganas de retroceder.

Pero no lo hago.

Vincent enciende la linterna del teléfono. El haz de luz blanca atraviesa la oscuridad del contenedor como un cuchillo.

Hay movimiento dentro. Algo se desplaza, se encoge contra las paredes. Oigo un sonido ahogado, un sollozo retenido. Miedo en estado puro.

Vincent entra primero. Yo lo sigo.

La linterna ilumina el interior y lo que veo me deja sin aire.

Mujeres.

Diez. Quizá doce.

Sentadas sobre el suelo de metal helado, pegadas a las paredes laterales del contenedor. Ropa sucia que apenas puede llamarse ropa. Cabellos revueltos, algunos cortados a trasquilones como si alguien hubiera usado unas tijeras sin mirar. Algunas tienen los ojos cerrados, encogidas sobre sí mismas. Otras nos miran con un terror tan puro que duele solo verlo.

Y luego está ella.

Una chica al fondo, junto a una mujer mayor que la abraza con fuerza. Tiene los ojos enormes, oscuros, reflejando la luz de la linterna como los de un animal atrapado. Es una cara demasiado joven. Terriblemente joven.

Dieciseis años, tal vez. O menos.

El corazón se me atasca en la garganta y, por un segundo, no consigo respirar.

"Dios santo." sisea Vincent a mi lado. Su voz sale baja, ronca, cargada de una rabia que reconozco.

La mujer mayor se pone en pie temblando. Apenas se sostiene. Habla en ruso, con la voz completamente rota.

"Por favor... agua... por favor... tenemos sed..."

Ruso. Vienen todas del Este de Europa. Ucrania, Moldavia, quizá Rusia.

La chica joven se aparta de la mujer y se arrastra hacia mí. Las piernas no la sostienen bien, así que avanza a cuatro patas sobre el metal. Extiende una mano y me aferra la pantorrilla con dedos helados y sucios.

"Ayuda." susurra en ucraniano. La voz es un hilo tan fino que se quiebra. "Por favor... ayúdennos..."

Algo dentro de mí se parte en dos.

Es como si el mundo entero se detuviera en ese instante. El puerto silencioso ahí fuera, Manhattan brillando a lo lejos, mi vida hasta este momento. Todo se paraliza y solo queda esta chica mirándome con unos ojos que ya han visto demasiado.

Pero no puedo derrumbarme. No ahora. No aquí.

Vincent permanece inmóvil a mi lado. Percibo su respiración pesada en el aire frío del contenedor. Luego su mano se posa sobre mi hombro y aprieta. No dice nada, pero ese gesto dice todo lo que las palabras no podrían.

Estoy aquí. No estas sola.

Me agacho y ayudo a la chica a levantarse. No pesa nada. Debajo de la ropa rota no hay más que huesos.

Vincent se vuelve hacia las otras mujeres y habla en ruso. Su voz es firme, serena, casi amable. No sabía que fuera capaz de ese tono, y mucho menos de conocer aunque fuera unas pocas palabras de ruso.

"Dentro de poco vendrá gente para sacarlas de aquí. Nadie les va a hacer daño. Tendrán agua, comida. Solo tienen que resistir un poco

más."

La mujer mayor rompe a llorar. Se tapa la cara con las manos sucias y llora como no debe de haber llorado en días. Otras mujeres se abrazan. Algunas siguen mirándonos como si no se atrevieran a creerlo.

Vincent saca el teléfono y llama a Tony.

"Tengo un problema." dice, sin saludar.

Pausa. Solo oigo su lado de la conversación.

"Doce mujeres. Puerto de Newark. Cargamento de Kuznetsov... Sí, esa mierda... No, están vivas... Tienes algún sitio para esconderlas lejos de la bratva? También hace falta un médico, algunas están mal..."

Otra pausa. Vincent asiente aunque Tony no pueda verlo.

"Bien. Quince minutos. Envíalos sin insignias... Y, Tony? Que no se entere nadie. Nadie."

Cuelga y me mira.

"Tony conoce a uno en Red Hook que le debe favores. Dice que puede mantenerlas ocultas."

Asiento. No pregunto más. No importa quién, no importa cómo. Lo único que importa es que estas mujeres salgan de aquí.

La chica joven no se ha separado de mí. Sigue aferrada a mí como si yo fuera lo único sólido en un mundo que se le ha venido abajo.

"Como te llamas?" le pregunto en ucraniano.

"Oksana."

"Cuantos años tienes, Oksana?"

"Diecisiete."

Diecisiete años.

Cierro los ojos un segundo. Respiro hondo, intentando que no se note cuánto me está destrozando este momento.

Cuando vuelvo a abrirlos, la mano de Vincent está en mi espalda. No dice nada, pero lo siento. Calor sólido contra mi piel, una presencia constante.

"Oksana", digo con la voz más firme que consigo encontrar, "dentro de poco te llevarán a un lugar donde nadie volverá a tocarte. Tendrás comida, agua, una cama limpia. Te lo prometo."

Ella asiente. Las lágrimas le recorren la cara sucia, dejando surcos limpios sobre la piel.

Vincent me roza la espalda con los dedos. Solo un instante. Luego sale del contenedor.

Lo sigo. El aire frío de la noche me golpea la cara y, por fin, consigo volver a respirar. Pero el olor del contenedor se me ha quedado encima, metido en los pulmones, pegado a la ropa.

Me quedo inmóvil frente a las puertas abiertas. Miro los contenedores a nuestro alrededor. Cientos. Tal vez miles, apilados unos sobre otros hasta formar torres de metal.

Cuantos más esconden personas en vez de mercancía?

Cuántas otras Oksana hay ahí dentro?

"Cuánto vale un cargamento como este?" pregunto sin mirar a Vincent.

Él se lo piensa un segundo. "En el mercado negro? Doscientos mil dólares. Trescientos mil si tienen suerte y las venden bien."

Trescientos mil dólares.

En carne humana.

Bajo mi nombre. Bajo mi bratva.

Y la ruta lleva activa tres años.

La abrió Dmitri.

El pensamiento me atraviesa como una hoja al rojo vivo.

Si Dmitri lo sabía...

Vincent se acerca. Lo siento detrás de mí antes incluso de verlo. Sus manos se posan sobre mis hombros. Aprieta. El calor de su cuerpo contra mi espalda es lo único sólido en este momento.

No dice nada. Sabe que ahora mismo las palabras no servirían de nada.

Las furgonetas llegan doce minutos después. Son anónimas, blancas, sin insignias ni rótulos. Bajan tres hombres a los que no reconozco. Gente de Tony. No hacen preguntas.

El primero que ve a las mujeres en el contenedor suelta una maldición entre dientes. Luego se recompone y empieza a ayudarlas a salir.

Traen botellas de agua. Algunas mujeres beben tan deprisa que vomitan enseguida, pero aun así siguen bebiendo.

Suben a las furgonetas una por una. Algunas apenas pueden caminar; otras tienen que ir sostenidas. La mujer mayor sigue llorando, pero esta vez con un alivio que duele mirar.

Oksana mira a su alrededor como un animal acorralado que todavía no logra creer que es libre.

Cuando me ve, se acerca.

"Tu vienes con nosotras?"

"No. Pero estarás a salvo. Te lo prometo."

"Quién eres?"

La pregunta me deja inmóvil.

Quién soy?

La pakhan de la bratva que trafica con seres humanos sin saberlo?

La mujer que ha dirigido una organización sin conocer de verdad sus

secretos?

O peor: la hermana del hombre que podría haber empezado todo esto?

"Alguien que va a protegerte." digo al final.

No es una respuesta. Pero es todo lo que puedo darle.

Oksana asiente y sube a la furgoneta con la ayuda de uno de los hombres de Tony.

Las furgonetas se marchan en silencio. Las luces traseras se tragan la oscuridad del puerto y nos dejan solos.

Me quedo quieta frente al contenedor vacío. Vincent se acerca. Su presencia a mi lado es constante, sólida.

Uno de los hombres de Tony sigue aquí. Vincent le hace una seña para que se acerque.

"Vuelve a cerrarlo. Pon otro precinto. Tiene que parecer que nadie ha estado aquí."

El hombre asiente sin hacer preguntas y se pone a trabajar.

Miro el contenedor mientras las puertas se cierran despacio. La oscuridad del interior parece aún más profunda ahora que está vacío. Como si el horror de lo que contenía se hubiera quedado grabado en el propio metal.

El nuevo precinto encaja en su sitio con un clic definitivo.

Hecho.

Como si no hubiera pasado nada.

Pero sí ha pasado. Y cuando Kuznetsov descubra que el contenedor está vacío, sabrá quién fue. Lo sabrán todos.

Vincent apoya una mano en mi espalda. "Vamos a casa."

No discuto. No tengo fuerzas para discutir.

El viaje de vuelta es silencio puro. Vincent conduce y yo miro por la ventanilla sin ver nada. Manhattan pasa deprisa, luces que se funden en una sola mancha anaranjada.

En un momento, su mano se posa sobre la mía. No dice nada. Solo el calor de sus dedos entrelazándose con los míos.

Cuando llegamos al ático, Vincent aparca y apaga el motor. Nos quedamos sentados un momento en silencio.

"Ve a ducharte." dice en voz baja. "Yo reviso la seguridad y subo."

Asiento.

Subo sola. El ático está silencioso, espectral. Solo las luces de Manhattan filtrándose por los ventanales.

Voy al baño sin encender la luz. Me desnudo mecánicamente. La ropa sigue oliendo a ese contenedor, a ese miedo pegado a la tela. La tiro al cesto, pero sé que acabaré tirándola a la basura. No voy a poder volver a ponérmela jamás.

Entro en la ducha y abro el agua muy caliente. El vapor llena el baño mientras me quedo bajo el chorro que me quema la piel. Me lavo, me froto, gasto todo el jabón que encuentro.

Pero no me siento limpia.

Me quedo ahí hasta que el agua se enfría. Luego salgo, me seco por pura inercia y me pongo una bata de seda negra.

Cuando salgo del baño, Vincent está sentado en el borde de mi cama. Se ha quitado la chaqueta y la camisa manchada de sangre. Lleva solo una camiseta negra.

Me mira sin decir nada.

Voy hasta la ventana. Contemplo Manhattan brillando en la oscuridad. Miles de luces, miles de vidas. Y en alguna parte ahí fuera, Oksana y las demás están intentando olvidar el infierno del que acaban de salir.

"Debería ir a mi despacho." digo en voz baja. "Volver a revisar los archivos. Averiguar hasta dónde llega esto."

"Mañana."

"Vincent..."

"Mañana, Katerina."

Se levanta y viene hacia mí. Sus manos se posan en mis hombros y me gira hacia él.

"Ahora vienes a la cama."

"No puedo dormir."

"Lo sé. Pero lo intentas igual."

Me guía hasta la cama. Levanta las sábanas y espera a que me tumbe. Lo hago mecánicamente, con el cuerpo agotado y la mente girando en vacío.

Vincent se tumba a mi lado, por encima de las sábanas. Su brazo me rodea y me atrae contra su pecho.

"Cierra los ojos."

"No sirve de nada. No..."

"Cierra los ojos."

Lo hago.

Su calor me envuelve. Siento el latido de su corazón contra mi espalda, lento y constante. Su mano se posa sobre mi vientre, por encima de la bata, y me sostiene con fuerza.

"Has hecho lo correcto esta noche." susurra en la oscuridad.

No respondo.

"Katerina. Escúchame. Has hecho lo correcto."

"Y si Dmitri lo sabía?" La pregunta se me escapa antes de poder frenarla. "Y si abrió esa ruta sabiendo exactamente lo que iba a pasar por ella?"

Vincent no responde enseguida. Su mano sobre mi vientre se tensa apenas.

"Entonces no era el hombre que creías."

Las palabras me duelen más de lo que habría creído posible.

"Pero tú no eres él." continúa en voz baja. "Lo que has hecho esta noche lo demuestra. Dmitri habría dejado a esas mujeres dentro del contenedor. Habría cerrado la puerta y se habría marchado. Tú no. Tú las has salvado sabiendo lo que eso significa."

"Guerra."

"Sí. Guerra. Y aun así la has elegido."

Guardo silencio. Su calor contra mi espalda es lo único sólido en este momento.

"Duerme." susurra. "Yo me quedo aquí."

"No hace falta..."

"Me quedo, Katerina. Cierra los ojos y duerme."

No sé cuánto tiempo pasa. Quizá minutos, quizá horas. Pero en algún momento mi cuerpo se rinde al agotamiento y caigo en un sueño sin sueños.

Lo último que siento es la mano de Vincent sobre mi vientre y su aliento cálido contra mi cuello.

Me despierto cuando la luz del sol se cuela por las ventanas. Estoy sola en la cama.

Por un momento creo que lo he soñado todo. El puerto, el contenedor, Oksana, Vincent a mi lado.

Luego veo la chaqueta negra sobre el sillón. La camisa manchada de sangre tirada en el cesto.

No fue un sueño.

Me levanto. Me pongo los vaqueros y una camiseta negra. Voy a mi

despacho.

Vincent está sentado en mi escritorio. Tiene el ordenador encendido y está repasando los mismos archivos que yo miré anoche.

Alza la vista cuando entro.

"Hay café en la mesa baja." dice, señalando la taza humeante.

La cojo y bebo. Es amargo, fuerte, exactamente como lo necesito.

"Has encontrado algo?" pregunto.

"Sí."

Se levanta y me hace sentarme en la silla. Luego se apoya en el escritorio, a mi lado, y señala la pantalla.

Hace clic en otro archivo. Aparece una serie de transacciones bancarias.

Miro los números en la pantalla. La línea temporal es clara. No hay dudas... Dmitri, qué has hecho...

CAPÍTULO 21

El trono no vacila

Katerina

El vestido negro está extendido sobre la cama como una segunda piel que espera ser usada. Seda pesada, corte recto, ningún adorno. El tipo de vestido que no pide atención. La exige.

Me siento frente al espejo y estudio mi cara con el mismo cuidado con el que se estudia un arma antes de usarla. Ojeras leves, cubiertas. Labios secos, hidratados. Mandíbula tensa que relajo con un esfuerzo consciente.

Nadie que me mire hoy debe leer una noche sin dormir en mi cara. Nadie debe ver el contenedor. El olor. Los dedos helados de Oksana alrededor de mi pantorrilla.

Y nadie debe saber lo que sé yo.

Que mi hermano no era quien yo pensaba.

El pensamiento me atraviesa como una cuchilla fría y lo dejo pasar sin reaccionar. Aprendí a hacerlo esta noche, en las horas vacías entre las tres y las seis, mientras miraba el techo y ponía en fila las piezas que no quería ver. Los números no mienten. Las cantidades altas no empezaron con Kuznetsov. Empezaron antes. Vincent presentó los datos de la manera que me servía... la versión limpia, la que protege el nombre Morozov. Pero los archivos originales cuentan otra historia. Una historia que Dmitri escribió con sus propias manos.

Mi hermano traficaba con seres humanos.

Y hoy tengo que entrar en una habitación llena de hombres y mentir para proteger su memoria. No por amor. Por supervivencia. Porque si el nombre Morozov se derrumba, me derrumbo yo. Y si me derrumbo yo, esas doce mujeres en el contenedor eran solo el principio.

El labial se desliza despacio. Rojo oscuro, casi borgoña. Me recojo el pelo en un moño bajo, tirante, sin mechones sueltos. Cada detalle es una declaración.

Abro el cajón de la mesita. El anillo de mi padre está ahí. Oro blanco macizo, escudo Morozov grabado en la superficie lisa. Lo llevó treinta años. Dmitri, muy poco.

Dmitri.

Por un segundo su cara aparece ante mí. La sonrisa ancha, los ojos que se le entrecerraban cuando se reía, la forma en que me llamaba *kotyonok*... gatita. Como si yo siguiera siendo la niña a la que llevaba a comer helado en verano.

El mismo hombre que firmaba órdenes de envío para contenedores llenos de chicas. *Chicas como yo...*

Tomo el anillo. El metal está frío. Lo aprieto en el puño hasta sentir el escudo marcándose en mi carne.

No es nostalgia. Es el peso de una mentira que debo llevar con la misma dignidad con la que mi padre llevó este anillo.

La puerta del dormitorio se abre. Nunca llama. Antes me molestaba. Ahora es un lenguaje que entiendo.

Vincent se apoya en el marco. Camisa negra, mangas remangadas, sin chaqueta. El cabello todavía húmedo. El moratón bajo el ojo izquierdo ha virado a amarillo verdoso, casi curado. Los nudillos han empezado a cicatrizar.

Me mira a través del espejo. Sus ojos bajan al vestido extendido y luego vuelven a mi rostro. No dice nada durante un largo momento. Se toma su tiempo, como siempre. Como si el espacio a su alrededor le perteneciera y no tuviera prisa por devolvérselo a nadie.

"¿Estás lista?"

"Casi."

Se aparta del marco y entra. Se mueve por mi habitación con la seguridad de quien sabe que tiene derecho a estar aquí. Se detiene

a mi espalda y su mirada se encuentra con la mía en el reflejo.

Lo sabe. Sabe lo que sé yo. Ha visto los mismos archivos, ha leído los mismos números. Y ha decidido presentarlos de la manera que me servía, sin que yo se lo pidiera. No por amabilidad... Vincent no es amable. Porque entendió que la verdad sobre Dmitri nos destruiría a los dos.

Me pongo de pie. Me enfundo el vestido con movimientos medidos. La seda se desliza por mi cuerpo como agua negra. Cierro la cremallera lateral, acomodo el cuello.

Luego abro la mano.

El anillo de mi padre está ahí, en la palma. Lo miro. Miro a Vincent.

Él baja la mirada al anillo. La vuelve a alzar hacia mí. No habla.

Tomo su mano izquierda. Los nudillos castigados, la piel dura, las venas que corren bajo la superficie. Una mano que ha matado. Una mano que mató a Dmitri. Una mano que me ha protegido.

Le deslizo el anillo por el dedo anular.

El metal baja hasta la base del dedo. Le queda apretado, pero entra.

Vincent mira el anillo. El escudo Morozov grabado en el oro. Sabe lo que significa. Lo leo en cómo se le tensa la mandíbula, en cómo su respiración se corta durante medio segundo.

"Si te quedas a mi lado", digo, "te quedas hasta el final. No a medias. No cuando te convenga. Hasta el final."

No es una declaración. Es una atadura.

Vincent alza la vista. Sus ojos verdes están oscuros, cargados. Me estudia como se estudia un contrato del que no se puede salir.

Después da un paso al frente. Uno solo, pero el espacio entre nosotros desaparece. Su mano se cierra alrededor de la mía, la que le ha puesto el anillo, y aprieta. Fuerte. Al borde del dolor.

"No hace falta que me lo pidas." Su voz es baja, ronca. "Yo ya

estaba metido hasta el fondo antes de que decidieras admitirlo."

Me sostiene la mano un segundo más. Luego me suelta. Da un paso atrás y se acomoda las mangas de la camisa con ese gesto que conozco... el que hace cuando ya lo ha dicho todo y no piensa añadir nada más.

Ningún beso. Ningún abrazo. Solo dos personas firmando un pacto con los ojos abiertos, sabiendo el precio. Y sabiendo que el pacto incluye una mentira lo bastante grande como para enterrar a un muerto por segunda vez.

Me vuelvo hacia el espejo para una última revisión. La imagen que me devuelve es la correcta. Pakhan.

"Vamos."

El pasillo del ático está en silencio. Las luces bajas alargan las sombras sobre las paredes color marfil. Mis tacones marcan un ritmo regular sobre el parquet. Cada paso es una declaración.

Vincent camina medio metro detrás de mí. Posición elegida: presente, visible, pero no a mi altura. Sabe exactamente dónde colocarse. No porque yo se lo haya pedido... porque él sabe cómo funcionan estas cosas.

Alexei nos espera en la esquina, frente a la puerta del estudio. Apoyado en la pared, brazos cruzados, cara cerrada. Lleva un traje gris oscuro que no logra esconder su cuerpo. Cuando nos ve, se endereza.

Sus ojos van de mí a Vincent. Luego bajan a la mano izquierda de Vincent. El anillo.

Algo le cruza la mirada. Rápido, controlado, pero yo lo capto. Lo conozco demasiado bien como para no captarlo. Sorpresa, quizá. O algo más complicado... la comprensión de que algo ha cambiado de forma definitiva, de que el suelo bajo nuestros pies se ha movido y no hay vuelta atrás.

Vincent sostiene la mirada de Alexei sin bajarla ni un milímetro. Ninguna provocación, pero tampoco ninguna concesión. La mirada de un hombre que no pide permiso.

Alexei me mira. Busca una confirmación, una explicación. No se la doy. No ahora.

No dice nada. Abre la puerta del estudio y se aparta.

Entro. Vincent detrás de mí. Alexei el último.

Me siento en el escritorio. Repaso los documentos una última vez. Fechas de la ruta. Firmas digitales. Movimientos bancarios. La versión domesticada. Esa en la que Dmitri abre la ruta para mercancía normal y Kuznetsov la convierte después de su muerte.

La versión que les cuento a los demás.

No la verdadera.

Vincent se coloca a mi derecha, de pie. Alexei a mi izquierda.

"Alexei."

Levanta la barbilla.

"En la reunión te quedas cerca de la puerta. Posición de control. No intervienes a menos que haga falta."

"Define haga falta."

"Que alguien saque un arma."

Asiente.

"Vincent."

Inclina la cabeza. Esa forma suya de escucharme sin dar nunca la impresión de recibir órdenes. "Te quedas a mi derecha. Hablas solo si te lo pido. Una vez. Directo al grano."

"Hecho."

Me pongo de pie. Recojo los documentos. Los aprieto contra mi pecho.

"Si Kuznetsov intenta meter a Dmitri en esto..." me interrumpo. Porque esta es la parte que importa. Kuznetsov sabe la verdad. Sabe que Dmitri estaba implicado. Y su mejor defensa es decir precisamente eso, delante de todos. "Si intenta usar el nombre de Dmitri como escudo, lo paro yo. Ninguno de los dos interviene."

"¿Y si tiene pruebas?", pregunta Alexei.

Lo miro. Alexei no sabe. No sabe la verdad. No toda. Todavía cree en la versión limpia, esa en la que Dmitri era inocente y Kuznetsov actuó solo.

"No las tiene", miento. "Pero podría inventarlas. Por eso lo paro yo."

Alexei asiente.

Vincent no dice nada. No hace falta. Lo sabe.

"¿Listos?", pregunto.

Alexei abre la puerta. "Están todos dentro."

La sala de reuniones del ático es un espacio alargado con una mesa de caoba en el centro, doce puestos. Las paredes están desnudas salvo por una fotografía en blanco y negro del puerto de Odesa en los años cuarenta. La eligió mi padre. Nadie se ha atrevido nunca a quitarla.

El aire huele a café negro y a nerviosismo. Las cortinas están cerradas. No hay vista de la ciudad. Cuando se habla de negocios, el mundo de fuera no existe.

Entro la última. Quien llega último controla la sala.

Hay ocho alrededor de la mesa. Siete Vor y una silla vacía esperándome.

Sergei Volkov, mi jefe de logística, a mi izquierda. Cuarenta y cinco años, calvo, discreto. Asiente apenas cuando me ve.

Boris Petrov. Cincuenta y dos años, maneja el dinero. Gafas finas, manos cuidadas, cara de director de banco. Lo fue, antes.

Grigori Malkov, sesenta años, veterano. Armas. Silencioso, habla poco, pero cuando lo hace la sala escucha.

Viktor Orlov, el más joven después de mí. Treinta y ocho años, ambicioso, despierto. Lleva todo lo digital. Me mira con una expresión que no termino de descifrar.

Ivan Rostov, cincuenta y siete años. Transportes y puertos. Un hombre que habla con números y odia las palabras.

Yuri Federov, sesenta y cuatro años. Vieja guardia. Relaciones con otras organizaciones. Un diplomático nato, que en nuestro mundo significa un mentiroso profesional.

Y Pyotr Kuznetsov.

Sesenta y dos años, sentado al fondo de la mesa. Pelo gris cortado al ras, rostro hundido, ojos pequeños y atentos como los de un ave de presa. Manos grandes apoyadas sobre la mesa, inmóviles. Ex coronel del KGB. El hombre que sabe la verdad sobre Dmitri. El hombre que podría destruirme con una frase.

Lo miro y no bajo la vista. No por desafío. Por cálculo. Quien aparta los ojos primero cede terreno.

Kuznetsov me sostiene la mirada durante tres segundos y luego se gira hacia el vaso de agua que tiene delante.

Tres segundos. Suficientes para entender que no está tranquilo. Pero también suficientes para entender que está evaluando sus cartas. Y sus cartas son buenas.

Me siento en la cabecera. Dejo los documentos sobre la mesa con gestos lentos, ordenados. El silencio es un arma y yo la cargo con cada segundo que pasa.

Vincent está a mi derecha, de pie. El anillo de mi padre brilla en su mano izquierda. Los Vor lo notarán. Tienen que notarlo.

Alexei está junto a la puerta, brazos cruzados, espalda contra la pared. Cara vacía. Uno de sus mejores talentos.

Irina está en una esquina con la tableta, lista para tomar nota de todo. Su cara no delata nada, pero sé que bajo la superficie su cerebro está catalogando cada mirada, cada respiración, cada temblor en la sala.

"Gracias por venir." Mi voz llena el espacio sin esfuerzo. Baja, controlada. "Sé que el aviso fue corto."

"Un consejo extraordinario requiere circunstancias extraordinarias." Federov, el diplomático. Sonrisa medida, tono equilibrado. Ya está intentando entender hacia dónde sopla el viento.

"Exacto." Lo miro. "Las circunstancias lo exigen."

Abro la primera carpeta. No se la paso a nadie. La mantengo delante de mí.

"Esta organización existe porque funciona. Funciona porque tiene reglas. Toda operación pasa por el pakhan. Toda ruta se autoriza. Todo movimiento de dinero se registra y se controla. Son cosas que no se discuten. Son los cimientos."

Pausa. Los miro uno por uno. Volkov asiente. Petrov me estudia detrás de sus gafas. Malkov está inmóvil como una estatua. Orlov inclina la cabeza, interesado. Rostov fija la vista en la mesa. Federov mantiene la sonrisa. Kuznetsov no se mueve.

"Si los cimientos ceden, se viene abajo todo. No importa lo fuerte que sea el techo."

"Nadie está cuestionando los cimientos, Katerina." Kuznetsov. La voz es calmada, áspera, con esa inflexión de veterano que convierte cada frase en una sentencia. "Estamos todos aquí porque creemos en la estructura."

Lo miro. En la estructura. No en mí. Palabras bien escogidas.

"Bien." Abro la segunda carpeta. "Entonces hablemos de la estructura."

Saco las hojas con los datos de la ruta Newark-Odesa. Las dejo sobre la mesa y las deslizo hacia el centro.

"Hace tres años se abrió una ruta entre Newark y Odesa. Envíos mensuales, regulares. Contenido declarado: tejidos y materiales industriales. Sobre el papel, una operación como cualquier otra."

Dejo que los números hablen. Volkov se inclina hacia delante y lee. Petrov toma una hoja y la examina con los ojos entornados.

"La ruta fue autorizada por Dmitri Morozov."

El nombre de mi hermano cae en la sala como una piedra en el agua. Dentro de mí cae como una piedra en el estómago. Pero por fuera mi cara no cambia ni un milímetro.

Kuznetsov no pestañea. Pero veo algo moverse detrás de sus ojos. Cálculo. Está decidiendo si usar a Dmitri como escudo o esperar.

"Durante los primeros seis meses la ruta funcionó como debía. Importes contenidos, márgenes normales." La mentira sale limpia, natural. Porque la preparé. Porque trabajé en ella toda la noche. Porque la versión verdadera... esa en la que los importes ya eran altos con la firma de Dmitri... no puede salir de esta sala. Nunca. "Luego la firma de Dmitri desapareció de los documentos. Y los números cambiaron."

Saco el segundo bloque de datos. Las transacciones. La versión modificada. Esa en la que el salto de los importes coincide con la llegada de Kuznetsov.

"A partir de ese momento, la única firma en esta ruta es la de Pyotr Kuznetsov."

El silencio es tan denso que oigo la respiración de cada persona en la sala.

Kuznetsov se mueve por primera vez. Los hombros se le enderezan. Las manos se le cierran apenas.

"La ruta es una operación que Dmitri me dejó." La voz está controlada, pero el tono ha cambiado. "Me la confió personalmente. Seguí gestionándola para garantizar continuidad."

"Sin decirme nada."

"No creí que hiciera falta molestarte con asuntos rutinarios."

"Asuntos rutinarios." Repito las palabras despacio. "Pyotr, los asuntos rutinarios no generan medio millón en cargas. Ni aunque los tejidos sean seda italiana cosida a mano."

Volkov se ha tensado a mi izquierda. Ha leído los números. Sabe lo que significan.

"Los márgenes reflejan el mercado", responde Kuznetsov. "Los costes de envío han subido. La demanda ha crecido."

"¿La demanda de qué, exactamente?"

La pregunta queda suspendida en el aire. Kuznetsov me mira fijamente. Yo lo miro a él.

Y aquí llega el momento que temía. Lo veo formarse en su boca antes de que hable. La carta que tiene en la mano, la de verdad, la que podría destruirme.

"Lo que encontré en los contenedores de esa ruta no eran tejidos", digo antes de que pueda abrir la boca. Le gano el tiempo. Soy yo quien lleva la verdad a la mesa, en la versión que yo elijo.

"No sé de qué hablas", dice Kuznetsov. Pero algo ha cambiado en su mirada. Las pupilas se le han estrechado. Y veo la sorpresa. No esperaba que yo lo supiera. No esperaba que abriera el contenedor.

"Sí que lo sabes."

Malkov, el veterano silencioso, se inclina hacia delante. "Katerina. Estás lanzando una acusación grave."

"Estoy poniendo hechos sobre la mesa, Grigori. Los hechos no son acusaciones. Son números."

"Los números se interpretan."

"Estos no."

Vincent se mueve a mi derecha. No mucho... los brazos que se cruzan, el peso que cambia de lado, la cabeza que se inclina ese

medio grado que basta para que todos entiendan que ya ha decidido de qué lado está. El anillo Morozov brilla bajo la luz.

"La pakhan tiene razón." La voz de Vincent es baja, dura, y no pide permiso para hablar. Se lo toma. "Los números se leen solos. Con la firma de Dmitri, los movimientos eran limpios. Después, con Kuznetsov, los valores se multiplican por treinta." Se aparta de la pared y da un paso al frente. Su presencia llena el rincón de la sala como una sombra que se expande. "Solo hay una mercancía en el mundo que justifica ese margen en esa ruta. Y todos en esta sala sabéis cuál es."

No lo dice con diplomacia. Lo dice con la certeza de un hombre acostumbrado a mirar a la gente a los ojos antes de hacer cosas para las que otros no tienen estómago.

Kuznetsov mira a Vincent. Luego mira el anillo. Luego me mira a mí.

Y lo veo. Lo veo decidir. Lo veo calcular si saca a Dmitri ahora, delante de todos. Si dice la verdad... que vuestro querido hermano lo sabía todo, que él también firmaba, que la ruta era suya desde el principio.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que Vincent lo oye.

Pero Kuznetsov no lo hace. Todavía no. Porque entiende que acusar a un muerto sin pruebas físicas que mostrar en este momento lo haría parecer desesperado. Y un hombre desesperado en la mesa de los Vor es un hombre muerto.

En vez de eso, ataca por otro lado.

"Así que ahora un italiano lleva el anillo de los Morozov y habla en nuestros consejos."

El tono ha cambiado. Ya no es defensa. Es ataque.

"Un italiano que es tu marido y que se sienta a tu derecha." Kuznetsov se apoya en el respaldo. "Tu padre se revolvería en la tumba."

"Mi padre habría despedazado a cualquiera que traficara con carne humana usando su nombre."

Las palabras me salen con una fuerza que me sorprende. Quizá porque son las únicas verdaderas que digo en toda esta reunión.

Kuznetsov se queda inmóvil. Pero la vena de la sien le late más deprisa.

Orlov interviene. "¿Podemos ver toda la documentación?"

"Sí." Le paso las hojas. La versión limpia. "Todo es verificable. Firmas digitales, transacciones, fechas. Quien quiera comprobarlo es libre de hacerlo."

Orlov lee. Pasa las hojas a Petrov. Petrov las lee, levanta los ojos hacia mí y asiente una vez.

Rostov, el hombre de los números, toma la última hoja. La estudia durante treinta segundos. "Los márgenes no son compatibles con ninguna mercancía legal." Lo dice como si estuviera leyendo un balance. Hecho.

Kuznetsov mira la sala. Busca aliados. Lo veo calcular, valorar, sopesar opciones. Federov evita su mirada. Malkov está inmóvil. Volkov me mira a mí.

"Esto es una insinuación vergonzosa." Kuznetsov alza la voz por primera vez. "He servido a esta familia cuando tú todavía llevabas trenzas, *niñita*. He derramado sangre por tu padre. He llorado a tu hermano. ¿Y ahora me acusas delante de todos basándote en números que no entiendes?"

La palabra niñita cae en la sala como una granada.

Siento a Alexei tensarse junto a la puerta. Siento a Vincent dar medio paso al frente a mi derecha... no hacia Kuznetsov, hacia mí. Instinto. Pero su cara dice otra cosa. Dice que si Kuznetsov vuelve a abrir la boca así, las cosas van a tomar otro rumbo.

Me pongo de pie.

El gesto es lento, controlado. Apoyo las manos sobre la mesa y me inclino hacia Kuznetsov. Mis ojos en los suyos.

"Pyotr." La voz es baja, firme, y no tiembla. "Has servido a mi padre. Has llorado a mi hermano. Es verdad. Y por eso no estás muerto ya."

La sala deja de respirar.

"Pero si vuelves a llamarme niñita, te arranco la lengua y se la mando a tu mujer en una caja."

Kuznetsov no responde. No puede.

Vuelvo a sentarme. Aliso el vestido con calma.

"No te estoy acusando, Pyotr. Te estoy poniendo bajo investigación. Toda operación vinculada a la ruta Newark-Odesa queda suspendida desde este momento. Tus cuentas serán revisadas. Tus comunicaciones, controladas. No estás arrestado. Estás bajo observación."

"No puedes..."

"Sí puedo. Y lo estoy haciendo."

Miro a la sala. "La investigación la llevan Boris Petrov por la parte financiera e Ivan Rostov por la logística. Informe completo en diez días."

Petrov asiente. Rostov asiente.

"Si la investigación te exculpa, Pyotr, te pediré disculpas personalmente. Delante de todos. Con una botella del mejor vodka que encuentre."

No añado qué pasa si no lo exculpa. No hace falta.

"¿Y si me niego?" Kuznetsov. La voz es ronca, pero oigo la rabia hirviendo debajo.

"No es una opción."

Lo miro. Él me mira. El duelo dura cinco segundos.

Luego Kuznetsov se pone de pie. Lento, rígido, con la dignidad herida de un viejo soldado. Mira la sala por última vez... busca aliados, solo encuentra silencio... y luego se gira y camina hacia la puerta.

Se detiene un segundo junto a Alexei. No lo mira. Mira al frente.

"Tu hermano lo sabía", dice en voz baja. Lo bastante baja para que solo Alexei, Vincent y yo lo oigamos.

Luego sale.

Las cuatro palabras se me clavan en el esternón como metralla.

Pero mi cara no cambia. No puede cambiar.

Los pasos de Kuznetsov se alejan por el pasillo. La puerta del ático se abre y se cierra.

"¿Alguien tiene preguntas?", pregunto. La voz está firme. No sé cómo, pero está firme.

Nadie habla.

"Si en los próximos diez días alguien es contactado por Kuznetsov o por sus hombres para hablar de esta reunión, quiero saberlo. No es una sugerencia."

Federov asiente. Malkov asiente. También Orlov.

"Bien. Hemos terminado."

Se levantan uno a uno. Volkov me roza el hombro al pasar a mi lado... gesto rápido, casi invisible, pero el mensaje es claro. *Estoy contigo.* Petrov recoge los documentos con cuidado. Rostov sale sin mirarme, pero no me preocupa. Rostov no mira a nadie. Es su forma de respeto.

Orlov se detiene un segundo en el umbral. Me mira, abre la boca como para decir algo, luego se lo piensa mejor y sale.

Federov es el último. Se acerca y baja la voz. "Has jugado bien, Katerina. Pero Kuznetsov tiene amigos que no estaban en esta sala."

"Lo sé."

"Ten cuidado."

"Siempre."

Sale.

Nos quedamos tres. La puerta se cierra y el silencio cambia de naturaleza.

Alexei se separa de la pared y camina hasta la mesa. Se sienta en la silla que ocupaba Kuznetsov.

"Ha dicho una cosa al salir", dice. La voz es plana, pero la mirada no. "Ha dicho que Dmitri lo sabía."

El silencio que sigue es distinto a todos los de hoy. Es el silencio de tres personas en una habitación donde la verdad pesa como cemento.

"Lo ha dicho para desestabilizarte", digo. "Es su última carta."

"¿Y es verdad?"

Alexei me mira directamente a los ojos. Esos ojos grises que me conocen desde hace seis años, que saben cuándo miento, que han visto cada una de mis máscaras y las han aceptado todas.

"No", digo.

Miento. A mi mejor amigo, al hombre que quiso a mi hermano como a un hermano, le miento. Y la mentira se me pega a los dientes como alquitrán.

Alexei me estudia durante un largo momento. Luego asiente. Quiere creerme. Necesita creerme.

Se pone de pie, se dirige a la puerta. Se detiene un segundo y se gira.

"Por lo que valga", dice, "tu padre estaría orgulloso."

No respondo. El orgullo de un muerto no sirve para ganar una guerra. Y la palabra orgullo me quema en la boca cuando pienso en

lo que mi hermano hizo con el nombre de nuestro padre.

Alexei sale. Cierra la puerta.

Vincent se queda. No se ha movido durante toda la conversación con Alexei. De pie a mi derecha, brazos cruzados, cara cerrada. Pero ahora que estamos solos, algo cambia. La tensión en sus hombros se afloja un grado. No mucho, pero lo suficiente.

"Ha dicho que *tu hermano lo sabía*", dice Vincent. No como una pregunta.

"Lo he oído."

"Se lo dirá a otros."

"Lo sé."

"Y cuando lo haga, los datos modificados no bastarán."

Lo miro. Él me mira. Entre nosotros no hacen falta mentiras. No sobre esto.

"También lo sé."

Silencio. Luego Vincent se separa de la pared. No va hacia la puerta. Viene hacia mí. Se detiene a medio metro.

"Has dejado con vida a un hombre que trafica con personas y que lleva en el bolsillo suficiente verdad como para volarte por los aires."

"Por ahora."

"Sabes que volverá."

"Cuento con ello."

Hace girar el anillo alrededor del dedo. Un gesto lento, pensado.

"El anillo me aprieta."

"Te acostumbrarás."

"Yo no me acostumbro nunca a nada, Katerina. Por eso funciono."

Silencio. Luego su mirada vuelve a mí, más dura.

"Cuando llegue el momento", dice, "lo haré yo. No Alexei. No nadie más. Yo."

No es una oferta. Es un aviso.

"Cuando llegue el momento", respondo.

Una sombra le cruza la cara... no una sonrisa, algo más oscuro, más honesto, más suyo. Luego sale. Sin volverse.

Me quedo sola.

Me siento. Cierro los ojos.

Tu hermano lo sabía.

Sí. Lo sabía. Y ahora yo cargo con su secreto junto con su anillo, y protejo su memoria mientras su nombre se pudre detrás de cada contenedor lleno de chicas.

Abro los ojos. Recojo los documentos. Los ordeno con cuidado, uno por uno. Como cartas después de una mano que no sé si he ganado o perdido.

Desde hoy nadie mueve un contenedor con el nombre Morozov sin que yo lo sepa. Ninguna ruta, ningún envío, ni un céntimo.

Pero el enemigo más peligroso no es Kuznetsov.

No es la vieja guardia.

Es la verdad.

Y la verdad, tarde o temprano, siempre sale.

CAPÍTULO 22

Las grietas se ensanchan

Vincent

Tony entra en mi despacho a las siete de la mañana con cara de no haber dormido y un portátil bajo el brazo. No llama. Entre nosotros no hace falta.

"Siéntate", le digo.

"Prefiero quedarme de pie." Deja el portátil sobre el escritorio, lo abre y gira la pantalla hacia mí. "Tenemos un problema."

Lo miro. Tony tiene muchos defectos... habla demasiado, folla demasiado, confía demasiado en la gente equivocada. Pero cuando dice *tenemos un problema* con esa cara, el problema es real.

"A las cuatro de la mañana puse a los técnicos a revisar los metadatos de las llamadas interceptadas del último mes. Rutina, lo hacemos siempre." Se pasa una mano por la cara. "Solo que esta vez ha salido algo."

En la pantalla hay una cuadrícula de números. Horarios, duraciones, antenas, códigos de enrutamiento. No contenido. Solo metadatos. Pero los metadatos cuentan historias que las palabras no cuentan.

"Esta llamada", Tony señala una línea resaltada en amarillo, "salió hace tres días de un número cifrado. El número está vinculado a un teléfono que Kuznetsov usa para las comunicaciones reservadas. No el oficial... el que cree que nadie conoce."

"¿Y nosotros lo conocemos por qué?"

"Porque Irina es mejor que él." Tony casi sonríe, luego vuelve a ponerse serio. "La llamada fue a un móvil desechable. Prepago, comprado en efectivo, activado una sola vez. El teléfono se conectó a una antena en el barrio búlgaro de Bensonhurst."

Bensonhurst. Territorio neutral, pero con una presencia búlgara que en los últimos años se ha vuelto cada vez más organizada.

"¿Y luego?"

"Y luego la cosa se pone interesante." Tony hace clic en otra línea. "Desde ese mismo móvil desechable, cuarenta minutos después,

salió una segunda llamada. Destino: un número que a nuestros técnicos les llevó dos horas rastrear."

Espero.

"El número está vinculado a un intermediario que trabaja con Sergei Petrov. El mismo Petrov que montó la trampa de los búlgaros con Marco."

No digo nada. No porque no entienda. Porque lo entiendo demasiado bien.

"La cadena es esta", Tony se apoya en el escritorio. "Kuznetsov llama a un intermediario búlgaro. El intermediario búlgaro llama a alguien que responde ante Petrov. Petrov responde a..."

"Marco."

"Marco."

El silencio en la habitación dura diez segundos. Los cuento.

Kuznetsov. Búlgaros. Petrov. Marco.

Cuatro puntos. Una línea.

No es una prueba. Ningún tribunal del mundo condenaría a nadie por dos llamadas. Pero yo no trabajo con tribunales. Trabajo con patrones. Y este patrón me dice algo muy concreto: alguien está construyendo un puente entre la vieja guardia rusa y mi hermano. Y el puente pasa por los búlgaros, que hacen de amortiguador, de capa de separación.

Marco nunca se expone directamente. No es idiota. Es peor que idiota... es lo bastante listo para usar niveles intermedios, para mantener las manos limpias mientras otros se las ensucian por él.

"¿Qué tan sólido es?" pregunto.

"¿Como prueba? Papel mojado. ¿Como patrón? Hormigón armado."

"¿Quién más lo sabe?"

"Solo yo y el técnico. Y el técnico sabe que si abre la boca le corto los dedos."

Lo miro. Tony va en serio. No está exagerando.

"Guárdalo todo. No muevas nada. Y no le digas nada a nadie."

"¿Ni siquiera a Katerina?"

"A Katerina se lo digo yo."

Tony asiente. Cierra el portátil y vuelve a meterlo bajo el brazo. En el umbral se detiene.

"Vincent."

"Qué."

"Si de verdad es tu hermano..."

"Lo sé."

No termina la frase. No hace falta. Si de verdad es mi hermano, entonces esto se vuelve personal de la peor manera posible. Porque Marco no solo me está traicionando a mí. Está traicionando la sangre Marchesi. Y para mi padre la sangre es lo único sagrado que queda.

Tony sale. Me quedo solo con el silencio y con el patrón que se dibuja en mi cabeza.

El segundo golpe llega a las once.

Estoy en la cocina con un café que se está enfriando cuando entra Irina. Tiene la cara blanca. No pálida... blanca. Como si alguien le hubiera sacado la sangre de la cara con una jeringa.

"El cargamento de diamantes no ha llegado."

Me detengo con la taza a medio camino. "¿Qué cargamento?"

"El de Katerina. Bratva. Destino Amberes, punto de intercambio en Brujas. El barco llegó esta mañana." Pausa. "El contenedor no."

"¿Cómo que no ha llegado?"

"No está. El barco atracó con todos los contenedores registrados menos uno. El nuestro. Ninguna incautación, ninguna comunicación oficial, ninguna interceptación aduanera. El contenedor fue cargado en Newark. Verificado. Subió al barco. Verificado. No bajó en Amberes."

"Los contenedores no desaparecen."

"Este sí."

Dejo la taza. El café ya no me importa.

"¿Cuánto vale?"

"Dos millones y medio en diamantes en bruto. Más el coste de toda la cadena logística, más los pagos adelantados al comprador belga."

"¿El seguro?"

Irina hace una mueca. "Complicado. El cargamento estaba cubierto por una póliza offshore registrada en Bermudas. Para activar la indemnización hace falta una denuncia oficial por pérdida. Pero una denuncia oficial significa explicar qué había en el contenedor, quién lo envió y por qué. Que es exactamente lo que no podemos hacer."

Claro. Porque oficialmente el cargamento contenía componentes industriales, no diamantes en bruto procedentes de minas africanas con una cadena de propiedad que da tres vueltas al mundo antes de llegar a Nueva York.

"¿Quién lo sabía?"

"¿Del cargamento? Katerina, yo, Volkov y los dos hombres que lo cargaron en el puerto."

"¿Y nadie más?"

Irina vacila. "Kuznetsov tenía acceso a los registros de envíos hasta hace tres días. Hasta que Katerina suspendió sus autorizaciones."

Hace tres días. El consejo. La reunión en la que Katerina le quitó todo menos el aliento.

Kuznetsov sabía del cargamento antes de que lo apartaran. Y alguien actuó en esos tres días.

"¿Dónde está Katerina?"

"En su despacho. Ya lo sabe."

Me levanto.

"Vincent..." Irina me detiene. "Hay algo más."

La miro.

"El mercado está hablando. Los compradores de Brujas han empezado a mover la voz. Nada oficial... susurros, mensajes en los canales correctos. Pero el mensaje está claro."

"¿Qué mensaje?"

"Inestabilidad. Guerra interna. Morozov debilitada." Irina cruza los brazos. "Han usado exactamente esas palabras. Como si alguien se las hubiera escrito."

Porque alguien se las escribió. Esto no es un robo. Es un mensaje. Dos millones y medio en diamantes no desaparecen por codicia.

Desaparecen para mandar una señal al mercado: no se fíen de Katerina Morozov. Su casa está ardiendo.

Sabotaje elegante. Del tipo que no deja huellas.

"Gracias, Irina."

Ella asiente y sale. En la puerta se detiene un segundo y se gira.

"Tony está en el salón."

"Lo sé."

"Parece alterado."

"Lo está."

Se va.

El tercer golpe llega veinte minutos después. Y esta vez nos toca a nosotros.

Tony me llama al móvil. "Tenemos un desastre."

"Qué."

"El cargamento de armas para Detroit. El grande, cien piezas, entrega prevista para mañana. La documentación ha quedado bloqueada."

"¿Bloqueada cómo?"

"Han suspendido los permisos de tránsito. Alguien hizo una denuncia anónima a la comisión portuaria. No especifica... no dice armas, no dice Marchesi. Solo habla de irregularidades en la documentación del cargamento. Lo suficiente para activar una revisión."

"¿Y cuánto dura esa revisión?"

"Mínimo una semana. Puede que dos."

"¿El cargamento está comprometido?"

"No. Todo está en regla. La documentación está limpia, las coberturas aguantan. Pero mientras la revisión siga abierta, no se mueve nada. Y los compradores de Detroit no van a esperar dos semanas. Se irán con otro."

Cierro los ojos. Respiro.

No han tocado el cargamento. No lo han incautado, no lo han robado. Lo han ralentizado. Lo han metido en un pantano burocrático del que saldrá limpio, pero tarde. Y tarde, en nuestro mundo, significa poco fiable. Y poco fiable significa muerto.

"Es una denuncia anónima", digo. "No se puede rastrear quién la hizo."

"No. Pero el momento..."

"Lo sé."

Diamantes de la bratva desaparecidos. Armas de los Marchesi bloqueadas. El mismo día.

No es un ataque contra Katerina. No es un ataque contra mí.

Es un ataque contra la alianza.

Alguien le está diciendo al mundo: estos dos no se sostienen. Juntos son más débiles, no más fuertes. Apuesten contra ellos.

"Déjalo todo quieto", le digo a Tony. "No hagas nada. No llames a Detroit."

"Los compradores..."

"Los llamo yo mañana. Ahora no es el momento."

Cuelgo.

Me apoyo en la ventana. Manhattan se extiende debajo de mí, gris y fría bajo un cielo que promete lluvia.

Pero bajo la superficie las grietas se ensanchan.

Alexei entra en el salón como un tren. Puerta abierta de golpe, paso ancho, mandíbula apretada. Me ve y viene directo hacia mí.

No es una sorpresa. Sabía que vendría. Las noticias en esta casa viajan como la sangre por las venas... llegan a todas partes, quieras o no. Y Alexei tiene un sexto sentido para el caos. Lo huele como un perro de caza.

"Tenemos que hablar."

"Habla."

"Es tu hermano."

Lo suelta sin preámbulos, sin rodeos. Como un puñetazo. Y como un puñetazo me golpea justo donde más duele. Porque yo también lo pienso. Y oírselo decir a otro lo vuelve más real.

"No lo sabes."

"No te hagas el gilipollas, Vincent." Alexei se detiene a un metro de mí. Demasiado cerca para una conversación, demasiado lejos para un puñetazo. La distancia exacta de quien está decidiendo cuál de las dos cosas elegir. "Kuznetsov no tiene recursos para hacer desaparecer un contenedor en medio del Atlántico y bloquear un cargamento Marchesi el mismo día. No él solo. Necesita a alguien dentro de tu casa."

"Y según tú, ese alguien es Marco."

"Según yo, ese alguien es el único Marchesi que ya ha demostrado que trata con los búlgaros sin pasar por su padre. Sí, Vincent. Marco."

Lo miro. El problema de Alexei es que tiene razón. Y el problema de tener razón es que no cambia nada.

"No tengo pruebas."

"Tienes un patrón." Alexei señala la estancia con un gesto amplio, como si las pruebas estuvieran escritas en las paredes. "Kuznetsov llama a los búlgaros, los búlgaros llaman a alguien de Petrov, Petrov trabaja con Marco. Tú también lo sabes."

"Un patrón no es una prueba."

"En nuestro mundo, el patrón es lo único que importa."

Silencio. Nos miramos. La pelea de hace unos días sigue entre nosotros... en los moretones que se apagan, en los nudillos que sanan, en la forma en que nuestros cuerpos se tensan cuando estamos en la misma habitación. Nunca nos hemos disculpado. Nunca lo haremos. No es nuestro idioma. Nuestro idioma es este: yo no te mato, tú no me matas, y seguimos adelante.

"¿Qué quieres que haga?" pregunto. La voz sale baja, controlada. "¿Que vaya a mi padre y le diga que su favorito está saboteando nuestra alianza con los rusos? ¿Sin pruebas? ¿Con dos llamadas y un contenedor desaparecido?"

"Quiero que abras los ojos."

"Mis ojos ya están abiertos. Lo estaban antes de que entraras en esta habitación."

Alexei da un paso al frente. Yo no me muevo. Nuestras miradas chocan y se quedan ahí, clavadas. La tensión es un cable tirante entre nosotros. Un centímetro más y se rompe.

"*Tú proteges a tu hermano igual que Katerina protege al suyo.*", dice Alexei.

La frase me golpea más fuerte que un puñetazo. Porque sé lo que quiere decir. Sé que ha visto cómo Katerina manipuló los datos en el consejo. No es idiota. Puede que no lo sepa todo, pero sospecha. Y ahora está diciendo que Katerina y yo somos iguales... dos personas que se niegan a ver la verdad sobre sus propios hermanos porque la verdad pesa demasiado.

Y tiene razón. Otra vez. Y otra vez no cambia nada.

"Yo no protejo a nadie", digo. "Estoy intentando que no salte todo por los aires porque alguien con tu paciencia ha decidido que las conclusiones van antes que las pruebas."

"¿Y cuándo llegan las pruebas? ¿Cuando desaparezca otro cargamento? ¿Cuando muera alguien?"

"Cuando lleguen las pruebas, actuaré. Antes no."

El silencio que sigue pesa. Alexei me estudia con esos ojos grises que no dejan pasar nada. Veo la rabia. Veo la frustración. Pero debajo, más hondo, veo otra cosa.

Respeto. No por mí. Por el hecho de que no estoy mintiendo.

"Si esperas demasiado", dice, "será tarde."

"Si me muevo demasiado pronto, será peor."

Se queda quieto un segundo más. Luego retrocede. Medio paso. La distancia vuelve a ser normal.

"Mantenme informado", dice. No es una petición.

"Cuando haya algo que decir."

Se va sin girarse. La puerta queda abierta. Sus pasos se alejan por el pasillo.

Me quedo de pie en medio del salón. Las manos a los lados, la respiración regular.

Marco.

El nombre me gira en la cabeza como un cuchillo que no encuentra el punto en el que hundirse. Mi hermano. La misma sangre, el mismo padre, la misma casa. El mismo apellido en las lápidas de nuestros abuelos.

Y ahora quizá está intentando destruirnos a Katerina y a mí. No por odio. Por ambición. Por esa puta hambre de poder que le devora el cerebro desde que tenía veinte años y entendió que papá siempre lo preferiría a él.

Pero no es el momento de pensar en Marco.

Es el momento de pensar en Katerina.

Su despacho está al fondo del pasillo. La puerta está entornada. Entro sin llamar.

Katerina está sentada en el escritorio. Ordenador encendido, papeles dispersos, taza de café vacía. Levanta la mirada cuando entro. Sus ojos están fríos. No enfadados... fríos. Ese tipo de frío que llega después de la rabia, cuando ya te has consumido toda la gasolina y solo queda el motor girando en vacío.

"Los diamantes", digo.

"Lo sé."

"Las armas."

"Eso también. Irina me ha puesto al día."

Me siento en la silla frente a ella. Saco el teléfono y lo dejo sobre el escritorio, entre los dos.

"Hay algo más."

Le cuento lo de la llamada rastreada. Kuznetsov, el intermediario búlgaro, el número vinculado a Petrov, la conexión con Marco.

Katerina escucha sin interrumpir. Su cara no cambia. Sus ojos siguen fijos en los míos. Pero veo cómo los dedos de su mano derecha se cierran lentamente sobre el bolígrafo que sostiene. Lo aprieta hasta que se le ponen blancos los nudillos.

Cuando termino, el silencio dura un minuto entero.

"La llamada. Los diamantes. Las armas." Katerina deja el bolígrafo. Lo coloca paralelo al borde del escritorio con una precisión que lo dice todo sobre su cabeza en este momento. "Tres golpes en menos de veinticuatro horas. Dos contra mí, uno contra ti."

"Uno contra la alianza."

"Sí." Me mira. "No quieren dinero. No quieren territorio. Ni siquiera quieren la ruta de Kuznetsov."

"¿Qué quieren?"

"Quieren que nuestros hombres empiecen a dudar."

La frase cae en la habitación como una sentencia. Porque es exactamente eso. No están intentando robarnos nada. Están intentando que parezca que somos débiles. Que ya no controlamos nada. Que la alianza Morozov-Marchesi es un barco que se hunde y que quien sea listo salta antes de que sea demasiado tarde.

"Si los Vor ven que la bratva pierde cargamentos y que los Marchesi no consiguen mover las armas, empiezan a hacer cuentas", dice Katerina. "Y las cuentas les dirán que estaban mejor antes. Sin mí. Sin ti."

"Sin nosotros."

"Exacto."

Se levanta. Va a la ventana. La luz gris de Manhattan le parte el perfil en dos.

La miro y pienso en lo que no le digo. Que la frase de Alexei sigue dándome vueltas en la cabeza. *Tú proteges a tu hermano igual que Katerina protege al suyo.* Dos familias podridas por el mismo lado, sostenidas por dos personas que se niegan a mirar demasiado hondo porque el fondo da asco.

"¿Tu hermano está implicado?" pregunta sin girarse.

"No tengo pruebas."

"No te he preguntado si tienes pruebas. Te he preguntado si está implicado."

Silencio. Afuera la lluvia empieza a golpear el cristal. Las gotas resbalan despacio, trazan líneas transparentes sobre la ciudad.

"Probablemente sí."

Se gira. Me mira. En sus ojos veo algo que reconozco porque lo siento dentro de mí. No rabia. Cansancio. El cansancio de quien libra una guerra en dos frentes y sabe que el más peligroso es el interno. Sabe que la entiendo porque estamos en el mismo lugar... ella con Dmitri muerto, pudriéndole el recuerdo, yo con Marco vivo, pudriéndome el presente.

Me levanto. Voy hacia ella. Me detengo cerca. Le tomo la cara con una mano. Los dedos en la mandíbula, el pulgar en el pómulo. La sujeto para que me mire y para que entienda que lo que estoy a punto de decir no es una frase. Es un hecho.

"Si te atacan a ti, responderé yo."

Sus ojos en los míos. Ningún quiebre, ningún temblor. Solo esa

dureza hermosa que me ha jodido la cabeza desde el primer día.

"Si te atacan a ti", dice, "responderé yo."

No es dependencia. Es simetría. Dos personas que pueden sostenerse solas y eligen cubrirse las espaldas. No porque deban. Porque pueden.

Le suelto el rostro. Retrocedo.

"Mañana hablaré con mi padre", digo. "No de Marco. Del cargamento bloqueado. Veamos cómo reacciona."

"¿Y si reacciona mal?"

"Entonces sabré algo más."

Katerina asiente. Vuelve al escritorio, se sienta, retoma el bolígrafo. Vuelve a sus números, a sus archivos.

Salgo del despacho.

El ático está en silencio. Última hora de la tarde, la luz cae. Me sirvo un whisky y me siento en el sillón del salón. El vaso está frío contra mis dedos.

Giro el anillo de Morozov alrededor del dedo. Aprieta. Lo sabía cuando Katerina me lo puso y lo sé ahora. Pero el peso no me molesta. Me recuerda algo. Me recuerda que he elegido un lado y que, desde ese lado, no hay vuelta atrás.

Pienso en Marco. En mi hermano jugando al fútbol conmigo en el patio de casa. En el que me prestó su chaqueta buena para mi primera cita y luego se rió de mí un mes entero porque la chica me dejó plantado después de la segunda copa.

El mismo Marco que ahora está construyendo un eje con un viejo del KGB y un intermediario búlgaro para hacernos caer desde dentro. El

mismo que no tiene los huevos de venir a decirme a la cara qué quiere, y en vez de eso trabaja en la sombra como una rata que roe los cimientos esperando a que la casa se venga abajo sola.

Bebo. El whisky quema. Así está bien.

El problema de Marco no es que sea malo. El problema es que es lo bastante inteligente para entender que no puede ganar en un enfrentamiento directo. Contra mí pierde. Contra Katerina pierde. Contra la alianza Morozov-Marchesi pierde tres veces.

Así que no ataca.

Erosiona.

Diamantes que desaparecen. Armas que se ralentizan. Rumores que corren. Susurros en los canales adecuados. Inestabilidad. Debilidad percibida. El tipo de guerra que no se libra con pistolas, sino con hojas de cálculo y llamadas telefónicas. El tipo de guerra que mi padre no entiende porque creció en un mundo donde los problemas se resolvían con una bala y una pala.

Pero Marco es de otra generación. De la mía. Y sabe que hoy no hace falta matar a nadie. Basta con hacer creer al mundo que ya estás muerto.

No intenta matarnos.

Intenta que parezcamos ya muertos.

Termino el whisky. Dejo el vaso. El sonido del cristal sobre la madera es seco, definitivo.

Fuera la lluvia sigue cayendo. Manhattan se difumina tras las gotas que rayan el cristal. Las luces de la ciudad se convierten en manchas de color que se derriten unas dentro de otras. Hermosa, indiferente, enorme. Una ciudad a la que le importa una mierda quién vive y quién muere en sus áticos.

Cojo el teléfono. Miro el número de Marco en la agenda. El nombre sigue guardado con el apodo de cuando éramos críos. *Marcone.* Lo miro durante un minuto entero. El cursor sobre el botón de llamada. Un dedo que solo tiene que pulsar.

No llamo.

Todavía no.

Mañana voy a ver a mi padre. Le hablaré del cargamento y miraré cómo reacciona. Si sabe algo, lo veré. Mi padre sabe ocultar muchas cosas, pero no sabe ocultar la decepción. Y si Marco lo ha traicionado, se la veré en los ojos al viejo.

Pero el momento se acerca. Lo siento como se siente la tormenta antes de que llegue... el aire que cambia, la presión que sube, ese sabor metálico en la boca que dice *está a punto de pasar algo*.

Y cuando llegue, no habrá hermanos. No habrá recuerdos de infancia. No habrá sangre compartida.

Solo habrá una elección.

Y yo ya he elegido.

CAPÍTULO 23

Agua caliente y verdades incómodas

Katerina

Irina cierra la puerta del despacho a mi espalda y se sienta en el sillón frente a mí. Cruza las piernas, apoya la tablet sobre las rodillas

y me mira.

No dice nada durante treinta segundos. Es su manera de hacerme entender que lo que está a punto de decir es serio.

"He revisado los archivos", dice.

Se me cierra el estómago. "Qué archivos."

"Los originales. No la versión que le presentaste al consejo."

El silencio entre nosotras se vuelve un muro. La miro. Ella me mira. Seis años de amistad, de secretos compartidos, de verdades dichas en el momento correcto y mentiras toleradas en el momento equivocado. Seis años de una mujer que lleva una Glock bajo la chaqueta y no ha juzgado ni una sola decisión que he tomado.

"¿Y?" pregunto.

"Y las cifras altas no empiezan con Kuznetsov." Irina habla con la misma voz con la que pediría un café. Plana, neutra. Pero sus ojos dicen otra cosa. "Empiezan antes. Cuando la firma en los documentos todavía era la de Dmitri."

Ahí está. Ya salió.

"¿Desde cuándo lo sabes?" pregunto.

"Desde anoche. Me llevó dos horas desencriptar los archivos de respaldo que pensabas que habías borrado." Pausa. "Kat, yo gestiono tu seguridad digital. No puedes borrar algo de un servidor sobre el que tengo permisos de administrador sin que yo lo sepa."

Debería estar enfadada. Debería sentirme traicionada, expuesta. En cambio solo siento alivio. Ese alivio estúpido, peligroso, de cuando alguien descubre el secreto que te estaba devorando viva y ya no tienes que cargarlo tú sola.

"No te estoy acusando de nada", dice Irina. "Hiciste lo que tenías que hacer. Protegiste el nombre Morozov. Si la verdad sobre Dmitri hubiera salido en ese consejo, Kuznetsov habría ganado y tú habrías caído."

"Lo sé."

"Ya sé que lo sabes." Se inclina hacia delante, los codos sobre las rodillas. "Lo que quiero saber es cómo estás."

"Bien."

"Mentirosa."

"Irina..."

"Kat." La voz se le suaviza. No mucho, pero lo suficiente. "Tu hermano hacía algo horrible. Tú lo descubriste, salvaste a esas mujeres, tomaste el control de la situación. Lo que no hiciste fue dejar de castigarte."

"No me estoy castigando."

"Estás castigando a Vincent."

La frase me golpea como una bofetada. No fuerte. Precisa.

"Vincent no tiene nada que ver."

"Claro que tiene que ver." Irina se apoya en el respaldo y cruza los brazos. "Cada vez que te acercas a él, algo salta. Lo veo. Te tensas, te echas atrás, pones distancia. Porque en tu cabeza quererlo significa traicionar a Dmitri. Y traicionar a Dmitri significaba traicionar el único recuerdo limpio que tenías."

"Irina..."

"Pero el recuerdo no está limpio, Kat. Nunca lo ha estado. Y seguir odiando al hombre que mató a tu hermano para proteger la

memoria de tu hermano... cuando tu hermano hacía lo que hacía..." Niega con la cabeza. "Ya no tiene sentido. No es justicia. Es inercia."

El silencio que sigue pesa. Pero no incomoda. Es el silencio de dos personas que se conocen lo bastante como para decirse la verdad y saber que eso no cambiará nada entre ellas.

"Si quieres seguir castigándolo", añade Irina con una media sonrisa que no le llega a los ojos, "al menos hazlo por algo que de verdad haya hecho. Como dejar los calcetines mojados en el baño. O no cerrar nunca la tapa de la pasta de dientes."

Se me escapa una risa antes de poder frenarla. Breve, ronca, casi dolorosa. Pero real.

"La tapa de la pasta sí la cierra", digo.

"Entonces los calcetines."

"También."

"Dios, es perfecto. Entonces ódialo por ser perfecto. Es un motivo válido."

Vuelvo a reír. Esta vez dura más.

Irina me mira reír y algo en su cara se destensa. No sonríe... Irina casi nunca sonríe. Pero la tensión alrededor de sus ojos se afloja un grado.

"Tú protegiste a tu hermano", dice en voz baja. "Yo te protejo a ti. Así es como funciona."

Asiento. No me fío de mi voz en este momento.

Irina se pone de pie, toma la tablet y va hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo.

"Una última cosa."

"Qué."

"Los archivos originales. Los cifré con una clave que solo conozco yo y los moví a un servidor seguro. Si algún día hacen falta, los tenemos. Si no hacen falta, nadie los encontrará jamás."

"Gracias."

"No me des las gracias. Dale las gracias al hecho de que soy paranoica." Abre la puerta. "¿Y Kat?"

"¿Sí?"

"Deja de pelear una guerra que ya terminó. Hay otras nuevas esperándote."

Sale. Cierra la puerta con un clic suave.

Me quedo sentada en el despacho durante un tiempo que no cuento. Las luces de Manhattan se filtran por las ventanas, anaranjadas y frías. El ático está en silencio. Vincent está en alguna parte... en el salón, quizá. O en su habitación. Tony salió hace una hora. Alexei está abajo con Igor haciendo una revisión de seguridad.

Estoy sola.

El pensamiento me atraviesa despacio, como agua que encuentra una grieta y la cruza sin prisa.

Ya no tengo que defender a Dmitri para sobrevivir.

Lo repito en mi cabeza. Le doy vueltas, lo estudio, lo miro desde todos los ángulos como un diamante bajo una lupa.

Dmitri era mi hermano. Me quiso. Me protegió. Me enseñó la mitad de lo que sé. Y era un hombre que traficaba con seres humanos. Las dos cosas existen a la vez. No se borran entre sí. No se compensan.

Simplemente son verdad. Las dos. Al mismo tiempo.

Y Vincent lo mató. Eso también es verdad. No por justicia, no por moral. Por negocios. Por órdenes. Por el mundo en el que vivimos, donde la muerte es una moneda más.

Pero el odio que he llevado durante meses... ese odio cálido, reconfortante, que me daba una dirección y un motivo para levantarme por la mañana... ese odio ya no tiene hogar. Ya no tiene sentido.

No porque Vincent sea inocente.

Sino porque Dmitri no lo era.

Siento que mis hombros bajan un centímetro. Como si alguien me hubiera quitado un peso que no sabía que cargaba. O mejor dicho... que sí sabía que cargaba, pero al que me había acostumbrado tanto que ya era parte de mi postura, de mi cara, de mi forma de estar en una habitación.

Me pongo de pie.

No lloro. No soy ese tipo de mujer. Y aunque lo fuera, este no sería el momento. El momento es otro.

Voy a mi habitación. Me quito los pendientes, la pulsera, el reloj. Pieza por pieza, como si me estuviera desarmando.

Me suelto el pelo. Cae sobre mis hombros, más largo de lo que parece cuando lo llevo recogido.

Me miro en el espejo. Sin maquillaje, sin joyas. Solo yo. La cara cansada, los ojos que han visto demasiado en demasiado poco tiempo, el cuerpo que no ha dormido lo suficiente.

Pero viva. Presente. Aquí.

Y con un pensamiento claro en la cabeza que casi me hace reír de lo simple que es.

Si estoy a punto de hacer una estupidez, al menos la hago sobria.

Salgo de la habitación. Camino descalza por el pasillo. El parqué está frío bajo las plantas de mis pies. Las luces están bajas, el ático envuelto en esa penumbra cálida que llega cuando Manhattan se enciende afuera y por dentro todo se apaga.

La puerta de la habitación de Vincent está entreabierta. Oigo el sonido del agua. La ducha.

Me detengo frente a la puerta. La mano sobre la madera. El corazón latiendo un poco más fuerte de lo que me gustaría admitir.

No es un impulso. No es la reacción a un peligro, a una agresión, a la adrenalina. No es el sexo rabioso sobre el sofá después de que él regresara con la sangre de otro hombre en la camisa.

Es una elección. Lúcida, consciente, hecha con los ojos abiertos.

Entro.

El baño está lleno de vapor. El agua cae caliente, el cristal de la ducha está empañado. Vincent está dentro. Lo veo a través del vidrio como una silueta oscura, hombros anchos, la cabeza bajo el chorro.

Me desnudo sin teatralidad. La camiseta, los pantalones, el resto. Cada prenda cae sobre el suelo de mármol sin hacer ruido.

Abro la puerta de la ducha.

Vincent se gira.

El agua le corre por la cara, por los hombros, por el pecho y el abdomen. Las cicatrices viejas de sus costillas brillan bajo el vapor. Me ve. Se queda quieto. Sus ojos verdes me recorren de arriba

abajo y por un segundo, un solo segundo, Vincent Marchesi parece un hombre que no sabe qué hacer. La boca entreabierta, las manos suspendidas a medio camino, el agua resbalándole encima como si se hubiera olvidado de que existe.

"¿Estoy soñando?" dice. La voz le sale ronca.

"Estás despierto."

"¿Seguro? Porque si es un sueño no quiero que nadie me despierte."

Entro en la ducha. El agua caliente golpea mi piel y por un momento eso es todo lo que siento.

"Ya no tengo motivos para odiarte", digo.

Él me mira. Luego una comisura de su boca se alza. Despacio. Peligrosa.

"No tienes ni idea en qué clase de lío te estás metiendo, muñeca."

Ahí está. Ahí está él. No el hombre que pregunta. El hombre que advierte. Que te dice exactamente lo que va a pasar y te deja un segundo para cambiar de idea sabiendo que no la vas a cambiar.

"Quizá eso es justo lo que quiero", digo.

Su mirada cambia. Se oscurece. La mandíbula se le tensa y algo se enciende en sus ojos que me hace golpear el pecho con el corazón como un puñetazo.

Pero no se mueve. Porque esta vez es distinto. Todas las otras veces siempre fue él quien tomó la iniciativa. Sus manos, su boca, su cuerpo tomando el mío como si le perteneciera. Y le pertenecía, porque yo se lo daba cada vez, incluso cuando fingía que no lo quería.

Esta noche no. Esta noche empiezo yo.

Levanto las manos. Las apoyo en su pecho. La piel está caliente, mojada, resbaladiza bajo mis dedos. Siento el latido de su corazón... más rápido de lo que su cara deja ver.

Mis dedos bajan. Trazan las líneas de sus músculos, siguen el surco entre el pecho y las costillas, la cicatriz larga que le cruza el costado izquierdo. Bajan más. El abdomen, las caderas, esa línea de músculos que desciende bajo el ombligo. Siento su cuerpo reaccionar bajo mis dedos. Los músculos que se contraen, la respiración que se le acorta.

"Kat..." Su voz es una advertencia.

No le hago caso.

Mi mano baja y lo agarra. Duro, caliente, pesado en mi palma. Sus dedos se cierran en un puño contra la pared de la ducha y el sonido que le sale de la garganta es bajo, animal, ahogado.

"Joder..." Lo dice entre dientes, con la cabeza echada hacia atrás, el agua corriéndole por el cuello. "Kat, si sigues..."

"Calla." Sonrío contra su pecho. "Por una vez, déjame a mí."

Empiezo a mover la mano. Despacio. Sé cómo le gusta. Lo sé porque su cuerpo me lo enseñó en noches pasadas... la forma en que se tensa cuando aprieto, la forma en que se le corta la respiración cuando aflojo el ritmo, la forma en que sus manos buscan algo a lo que agarrarse porque está perdiendo el control.

Y Vincent perdiendo el control es la cosa más hermosa y más peligrosa del mundo.

Me arrodillo. Las rodillas sobre el suelo de la ducha, el agua caliente deslizándose por mi espalda. Alzo los ojos hacia él. Lo miro desde abajo. Él baja la vista y me ve de rodillas frente a él, y algo en sus ojos se rompe.

"Dios, Katerina..."

Me lo meto en la boca.

El sonido que hace es algo que se me queda grabado para siempre. Un gemido bajo, ronco, nacido en el fondo de su pecho. Sus manos me agarran el pelo mojado, no para guiarme... para sostenerse. Como si las piernas ya no pudieran mantenerlo en pie.

Me muevo sobre él despacio. La lengua, los labios, las manos trabajando juntas. El agua caliente cae sobre los dos y todo es resbaladizo, caliente, mojado. Lo siento temblar bajo mis manos. Vincent Marchesi temblando. Por mí.

"Para." Lo dice ronco, quebrado. "Kat, para o esto se acaba aquí."

No me detengo. No de inmediato. Le doy una última pasada lenta, profunda, y siento que sus dedos se hunden en mi pelo casi arrancándolo. Luego me aparto. Lo miro desde abajo con una sonrisa que no sabía que tenía.

"Me vuelves loco." Lo dice como una condena. "¿Lo sabes? Me vuelves completamente loco."

Me agarra por los brazos y me pone en pie. Fuerte. Me estrella contra la pared de la ducha y el frío de los azulejos me corta la espalda mientras el calor de su cuerpo me aplasta por delante. Sus manos me atrapan las muñecas y me las inmoviliza sobre la cabeza con una sola mano. La otra me toma la barbilla y me levanta el rostro hacia el suyo.

"Ahora me toca a mí", dice. Y no es una pregunta.

Ahí está. El Vincent que conozco. El que no pide, el que toma, el que te mira a los ojos mientras lo hace como si el mundo fuera suyo y tú fueras la mejor parte.

Me besa. Su lengua contra la mía, el sabor del agua caliente, sus dedos apretando mis muñecas sobre la cabeza. Me besa como si

quisiera devorarme viva y yo lo dejo, porque es exactamente lo que quiero.

Su boca deja la mía y baja. El cuello, la clavícula. Muerde y luego lame, y la mezcla de dolor y placer me arranca un gemido que rebota en las paredes del baño.

"Eres mía", susurra contra mi piel. "Lo sabes, ¿verdad? Eres mía."

"Demuéstralo."

Sus manos sueltan mis muñecas. Bajan por mi cuerpo como si le perteneciera. Y en este momento le pertenezco. Sus dedos encuentran mi pecho, aprietan, y el pulgar pasa sobre el pezón con una lentitud que me arquea la espalda contra los azulejos. Su boca lo sigue. Labios calientes, lengua caliente, dientes que rozan apenas. Me lo mete en la boca y succiona, y yo le agarro el pelo y tiro porque no sé hacer otra cosa.

"Vincent..."

"Dime que me quieres."

"Te quiero."

"Dime que eres mía."

"Soy tuya. Oh, Dios, Vincent, soy..."

Su mano baja entre mis piernas. Sus dedos me encuentran, me tocan, y el resto de la frase muere en mi garganta. Solo siento sus dedos moviéndose con esa precisión brutal que tiene, que sabe exactamente dónde apretar, cómo apretar, cuándo bajar el ritmo y cuándo no. Me conoce. Conoce mi cuerpo como un mapa que ha estudiado durante noches enteras.

"Tan mojada", dice contra mi oído. "¿Todo esto por mí?"

No respondo. No puedo. Sus dedos se deslizan dentro de mí y mi cuerpo se cierra a su alrededor y el sonido que hago no tiene nada de digno.

"Contéstame, muñeca."

"Sí... por ti... todo por ti..."

Gime contra mi cuello. Sus dedos se mueven más rápido, más profundo, el pulgar presionando exactamente donde tiene que presionar, y yo me aferro a sus hombros porque las piernas ya no me sostienen. El agua caliente corre sobre nosotros y todo es resbaladizo y caliente y el placer sube desde abajo como una ola que no puedo detener.

"Córrete para mí", dice. "Mírame y córrete para mí."

Lo miro. Los ojos verdes oscuros, la mandíbula apretada, el agua escurriéndole por la cara. Lo miro y sus dedos presionan y mi cuerpo se rompe con un grito que se me escapa de la garganta sin mi permiso. Me aferro a él, las uñas en su piel, las piernas temblando, y el orgasmo me atraviesa como una descarga que nace en el centro y se me expande por todas partes.

Él me sostiene. Siempre es él quien me sostiene.

No me deja recuperar el aliento. Me levanta. Las piernas alrededor de su cintura, los brazos en torno a su cuello. Me saca de la ducha, cruza el baño, el pasillo, la cama. Dejamos un rastro de agua en el suelo como la huella de todo lo que no nos dijimos durante meses.

Me tira sobre la cama. No me deja con cuidado. Me tira. Y la forma en que me mira desde arriba, de pie, el agua goteándole del cuerpo, los ojos devorándome como si yo fuera lo más hermoso y más peligroso que ha visto jamás...

"Ven aquí", le digo.

Se inclina sobre mí. Su peso, su calor, su piel mojada contra la mía. Me toma las piernas y me las abre y se coloca entre ellas. Siento la punta contra mí, caliente, dura, y mi cuerpo se arquea hacia el suyo antes de que yo pueda decidir hacerlo.

Entra en mí de una sola embestida. Profunda. Completa. Mi respiración se detiene y la suya también, y por un segundo nos quedamos inmóviles, encajados, con sus ojos clavados en los míos y nada más en el mundo.

"Dios, Kat..." Lo dice con la voz rota. "Cada puta vez..."

Se mueve. Despacio, luego menos despacio. Sus manos encuentran las mías. Nuestros dedos se entrelazan, me inmoviliza los brazos sobre la cabeza. Sus caderas contra las mías, el ritmo creciendo, y yo lo siento todo... cada centímetro, cada embestida, cada sonido que le sale de la garganta.

"Más fuerte", le digo.

No hace falta repetírselo.

Se mueve más fuerte, más profundo, y los sonidos que llenan la habitación son obscenos y hermosos. La cama golpeando la pared, nuestras respiraciones mezclándose, mi voz diciendo su nombre como si fuera la única palabra que conozco.

Sus manos sueltan las mías y me agarran de las caderas. Me arrastra hacia él en cada embestida y el ángulo cambia y algo dentro de mí se enciende como un interruptor y el placer se vuelve tan fuerte que tengo que morderme el labio para no gritar.

"No te contengas", dice. "Quiero oírte."

No me contengo. No puedo. Su nombre se me rompe en la boca, mezclado con sonidos que no sabía que podía hacer. Y él me mira mientras lo hago, me mira como si fuera lo único en el mundo, y sus

ojos verdes están muy abiertos y llenos de algo que no es solo deseo.

El ritmo se vuelve más rápido. Más duro. Su respiración es un jadeo áspero en mi oído, sus brazos tiemblan a ambos lados de mi cabeza.

"Ahora sí que estamos de verdad casados", susurra.

Lo miro. El pelo mojado sobre la frente, los ojos verdes abiertos de par en par, la respiración incapaz de encontrar ritmo. Y siento que todo se derrumba. Todos los muros. Todas las excusas. Todos los motivos por los que no debería estar aquí.

"Siempre lo hemos estado", digo con la voz rota. "Solo que eras el único lo bastante estúpido como para quedarte."

Se ríe. Luego me besa y la risa se pierde dentro de mí mientras todo se contrae.

"Córrete conmigo", dice contra mi boca. "Ahora."

Y me corro. Con él, junto a él. Su cuerpo se tensa sobre el mío y lo siento correrse con un gruñido bajo, la cara hundida en mi cuello, las manos apretando las mías tan fuerte que mañana tendré marcas. Y yo me rompo un segundo después, una ola larga y caliente que me cruza entera y me deja vacía y llena al mismo tiempo.

Nos quedamos quietos. Su peso sobre mí, su respiración en mi cuello, nuestros corazones latiendo uno contra el otro sin encontrar el mismo compás.

Solo nosotros.

Solo esto...

Estamos tumbados en su cama. Las sábanas son un desastre, medio empapadas, medio enredadas alrededor de nuestras piernas. La luz

de Manhattan entra por la ventana y nos pinta de naranja y sombra.

Tengo la cabeza sobre su hombro. Su brazo alrededor de mí, la mano abierta sobre mi espalda. Siento su corazón bajo la mejilla. Ha ido más despacio, pero no ha vuelto a la normalidad. El mío tampoco.

"Las sábanas están empapadas", digo.

"Culpa tuya. Te metiste en mi ducha."

"¿Culpa mía? Tú podrías haberme dicho que no."

"También podría haberme cortado una mano. Pero nunca te habría dicho que no."

Sonrío contra su piel. "Poético."

"Tengo mis momentos."

Las yemas de sus dedos trazan círculos lentos sobre mi espalda. Gestos perezosos, sin propósito. El tipo de gesto que haces cuando no estás pensando en nada. O cuando estás pensando en todo pero no quieres decirlo.

"Vincent."

"Mh."

"Lo que dije antes. Lo de no tener ya motivos para odiarte." Levanto la cabeza y lo miro. "No significa que te haya perdonado."

"Lo sé."

"Significa que he dejado de usar a Dmitri como excusa para no admitir lo que siento."

Él me mira. Luego su mano sube y me aparta un mechón mojado de la cara. El gesto es lento, ligero. Casi tierno. Casi.

"¿Y lo que sientes?" pregunta.

"¿No te basta con lo que acaba de pasar?"

"Me basta. Solo quiero oírte decir una cosa que no sea un insulto o una orden."

"Eres insoportable."

"Eso ha sido un insulto."

"Eres la única persona con la que quiero estar en este momento."

Silencio.

"Mejor", dice en voz baja.

Y es más de lo que le he dado jamás a nadie.

Vuelvo a acomodarme contra su hombro. Su brazo se cierra más. El calor de su cuerpo me envuelve como una manta.

Fuera, Manhattan brilla. Dentro, el ático es silencio, penumbra, respiraciones que se calman.

Mañana todo volverá a empezar. Marco, Kuznetsov, la vieja guardia, los cargamentos desaparecidos, las llamadas interceptadas. Mañana la guerra vuelve y nosotros volveremos a ser dos soldados en un campo de batalla con demasiados frentes abiertos.

Pero esta noche no.

Esta noche solo existe esta cama, estas sábanas mojadas, y un hombre que se quedó cuando todos los motivos razonables le decían que se fuera.

"Vincent."

"Qué."

"Si el mundo quiere hacernos pedazos, va a tener que intentarlo más fuerte."

La mano en mi espalda se detiene. Luego aprieta.

"Mucho más fuerte", dice.

Cierro los ojos.

Por primera vez en semanas, me duermo sin pensar en Dmitri.

Solo pienso en el latido bajo mi mejilla.

Constante. Presente. Aquí.

CAPÍTULO 24

Territorio

Vincent

Me despierto antes que ella.

La luz de Manhattan es gris, todavía baja. La de las seis de la mañana, tímida, apoyada en los bordes de la ventana.

Katerina duerme con la mejilla contra mi pecho. El cabello rubio suelto, esparcido sobre mi piel como hilos de oro pálido. Una mano abierta sobre mi costado, los dedos relajados. La respiración lenta, la boca entreabierta. La marca de mi mordida en su cuello, apenas visible bajo la mandíbula. Tiene otra en el hombro. Esas se las dejé yo anoche.

La miro.

Estoy jodido.

No es el sexo. El sexo siempre ha sido intenso entre nosotros, incluso cuando era rabia, incluso cuando era una guerra. Incluso cuando ella me odiaba y yo me la follaba igual, y ella me dejaba hacerlo porque su cuerpo decía sí incluso cuando su cabeza gritaba no.

Es esto. Ella durmiendo y buscándome en sueños. Los dedos que se cierran sobre mi piel sin saber que lo hacen. La confianza de una mujer que se queda dormida al lado del hombre que mató a su hermano.

Yo, que nunca le tuve miedo a nada... ni a mi padre, ni a las pistolas, ni a la sangre... ahora le tengo miedo a una rubia con la mejilla sobre mi pecho que se metió en mi ducha ayer por la noche y me puso de rodillas en todos los sentidos posibles.

Katerina se mueve en sueños. La pierna se desliza entre las mías. Me busca. Su mano se cierra sobre mi piel y aprieta.

No me voy a ninguna parte, muñeca.

La abrazo. El brazo alrededor de su espalda, la mano entre los omóplatos. Su aliento cálido sobre mi pecho, su corazón latiendo despacio contra el mío. Afuera Manhattan despierta. Tráfico, sirenas lejanas. Dentro de esta habitación el mundo no existe.

Le beso el pelo. Despacio, para no despertarla. Porque este momento es mío y no quiero compartirlo con nadie, ni siquiera con ella.

Estoy jodido.

Y no me importa. La gala es a las ocho de la noche. Beneficencia, alto perfil. El tipo de evento donde los ricos se visten bien para darse palmaditas en la espalda y fingir que les importan los niños enfermos. Hotel Plaza, salón grande, champán de doscientos dólares la botella y conciencias lavadas en seco.

No es nuestro mundo. Pero esta noche tiene que parecer que sí.

Después de las cargas desaparecidas y las armas bloqueadas, el mercado murmura. Inestabilidad. Debilidad. Grietas en la alianza. Hace falta una aparición pública. Mostrar que seguimos sólidos, unidos, que el trono no se tambalea. Que quienes apostaron contra nosotros están a punto de perder su dinero.

Katerina lleva una hora en la habitación. No es vanidad, es armadura. Cada vez que tiene que salir al mundo construye una versión de sí misma impenetrable. Maquillaje, ropa, joyas. Todo calculado al milímetro.

Entro sin llamar. Está frente al espejo, de espaldas. El vestido es largo, negro, con una abertura lateral que termina a mitad del

muslo. Hombros descubiertos. Espalda desnuda hasta la cintura. La cremallera está abierta.

Joder.

Esta mujer podría parar el tráfico de Manhattan con la espalda desnuda.

Se gira a medias. "Ayúdame con la cremallera."

Camino hacia ella. Me detengo a su espalda. En el reflejo del espejo nuestros ojos se encuentran. Ella espera. Yo me tomo mi tiempo porque puedo.

Agarro la cremallera. La subo lentamente. Un centímetro cada vez, con los dedos rozándole la piel a lo largo de la columna. La siento estremecerse bajo mi toque y sonrío porque sabe que lo hago a propósito. La cremallera sube, se cierra. Pero mi mano se queda. Abierta, caliente, en la parte baja de su espalda. Más de lo necesario. Mucho más de lo necesario.

Me inclino. Los labios en la curva de su cuello, en el punto donde la piel es más suave y huele a ella. Un beso lento, húmedo, que se prolonga. La siento contener la respiración. Mis dedos se cierran sobre su cintura y la atraigo hacia mí hasta que su espalda toca mi pecho.

"Si sigues así", murmuro contra su piel, "voy a tener que dispararle a la mitad de los invitados esta noche."

"Dispara solo a los que sirvan."

Sonrío contra su cuello. Le muerdo el lóbulo, despacio, y el sonido que se le escapa me dan ganas de arrancarle el vestido que acabo de cerrarle.

No ahora. Después.

Ella se gira dentro de mi abrazo. Me acomoda la corbata con dedos precisos, tira del nudo, lo aprieta. Me mira desde abajo con esos ojos azules que me joden cada vez.

"¿Lista?" pregunto.

"Siempre."

El Plaza es lo que siempre ha sido. Lujo chorreando por las paredes, lámparas que cuestan más que mi primer coche, mujeres con diamantes que valen más que un apartamento. La entrada es un muro de flashes. Sonrisas falsas por todas partes. El aire huele a perfume caro y mentiras.

Entramos juntos. Mi mano en la parte baja de su espalda, los dedos presionando la piel desnuda donde el vestido se abre. Katerina camina como si el Plaza fuera suyo. Espalda recta, mentón alto, esa media sonrisa que nunca le llega a los ojos. Hace una hora me dejaba subirle la cremallera conteniendo el aliento bajo mis dedos. Ahora es la pakhan. La reina. *Mi reina...*

Los flashes estallan. Los ignoramos.

Una hora de champán, apretones de manos y gilipolleces. Katerina habla con un inversor suizo como si le estuviera vendiendo el alma y él estuviera encantado de comprarla. Yo me quedo un paso detrás. El tipo de noche que me hace echar de menos los callejones de Brooklyn.

Entonces lo veo.

Marco.

Al otro lado del salón. Esmoquin perfecto, pelo hacia atrás, sonrisa de portada. Se ríe como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

A su lado hay una mujer.

Alta, morena, rasgos mediterráneos. Ojos oscuros, inteligentes. Un vestido rojo oscuro que se le desliza encima como una segunda piel.

Nadia Ferrante. Me la follé durante unos meses hace dos años. Cenas, camas, nada más. Una de esas mujeres hermosas que te pasan por encima sin dejar marca.

Y ahora va del brazo de mi hermano.

Lo miro. Él siente mi mirada y se gira. Nuestros ojos se cruzan a través del salón. Levanta la copa. Un brindis a distancia.

"¿Quién es la morena con tu hermano?" Katerina, a mi lado.

"Nadie."

"¿Nadie con ese vestido de cuatro mil dólares y esa forma de mirarte?" Mi mujer tiene ojo. Mejor no mentir si no quiero que me castre.

"Una historia vieja. De hace dos años."

"La pregunta es por qué tu hermano la ha traído aquí."

Da un sorbo de champán. La mandíbula se le tensa apenas un grado. Pero alguien capta su atención y ya está en modo máscara.

Necesito beber.

Me pido un whisky en la barra. El champán no es para mí. Nunca lo ha sido.

Desde aquí veo el salón entero. Las lámparas de cristal derramando luz cálida sobre doscientas cabezas. Los camareros deslizándose entre los grupos como fantasmas uniformados. La orquesta al fondo tocando algo clásico, discreto. Esa clase de música que nadie escucha pero que todos notarían si se detuviera.

Katerina está a quince metros de mí, de pie junto a una columna, copa en mano. Habla con la esposa de un embajador. Se ríe cuando debe reírse, asiente cuando debe asentir. Perfecta. Un arma disfrazada de mujer con un vestido negro.

La miro y pienso en esta mañana. En su cara dormida, en la mejilla sobre mi pecho, en los dedos buscándome en sueños. Dos versiones de la misma persona. La pakhan y la mujer. La reina y la que gime mi nombre en la oscuridad.

Las dos son mías.

Veo a Tony en la entrada, apoyado contra la pared con los brazos cruzados. Vigila la sala igual que yo. Lleva un auricular en la oreja izquierda y de vez en cuando mueve los labios. Está hablando con la seguridad del piso de abajo.

Marco está en el centro del salón. Habla, gesticula, se ríe. Nadia en su brazo como un accesorio caro. De vez en cuando él lanza una mirada hacia Katerina. No hacia mí. Hacia ella.

Doy un trago al whisky. Lo veo mirar a mi mujer y algo dentro de mí se endurece. Un instinto viejo, primitivo, que no tiene nada que ver con los negocios y sí con la sangre.

Entonces Nadia se suelta del brazo de Marco. Coge una copa de un camarero, se arregla el pelo y cruza el salón.

Hacia Katerina.

Dejo el whisky. Me acerco.

Nadia no viene hacia mí. Va hacia Katerina.

La veo atravesar la sala con ese paso largo, elegante. Conozco ese paso. Lo vi salir de mi cama a las tres de la mañana durante seis meses. Se acerca a Katerina con una sonrisa cálida, abierta. El tipo de sonrisa que esconde mejor los cuchillos que un bolso Hermès.

"¿Katerina Morozov?" La voz es cálida, modulada. "He oído mucho sobre ti. Es un placer."

Katerina le estrecha la mano. "El placer es mío."

"Nadia Ferrante. Amiga de la familia Marchesi." Pausa. "Desde hace mucho."

"La familia Marchesi tiene muchos amigos."

Nadia se ríe. Ligera, musical, con los ojos fríos. "Vincent habla poco, pero cuando lo hace, habla bien de ti. No sabía que le gustaran las mujeres poderosas." Da un sorbo de champán. "Normalmente prefería... menos complicaciones."

Me quedo un paso atrás. Cruzo los brazos. Espero.

Katerina da un sorbo de champán. Luego sonríe. Esa sonrisa lenta que le vi en el consejo antes de destrozar a Kuznetsov.

"¿Sabes qué me gusta de las complicaciones, Nadia?" La voz es dulce como miel sobre una hoja. "Que las mujeres simples se olvidan. Las complicaciones... esas se quedan."

Nadia abre la boca para contestar. No le da tiempo.

Katerina se gira hacia mí. Me agarra la corbata. Sus dedos se cierran sobre la seda y tiran. Me arrastra hacia ella y yo la dejo hacerlo porque esta mujer podría arrastrarme al infierno y yo la seguiría sonriendo.

Me besa.

Delante de todos.

Un beso lento, deliberado, posesivo. Su mano en mi rostro, los dedos en mi mandíbula, la boca abriéndose sobre la mía con una lengua que no pide, toma. Me besa y siento a trescientas personas contener el aliento. Mis manos encuentran su cintura, la atraigo

contra mí, y durante cinco segundos solo existen su boca, su cuerpo apretado contra el mío, su perfume metiéndoseme en la sangre.

Se aparta. Sigue cerca. Los labios a un centímetro de los míos, el aliento caliente sobre mi boca.

Luego se vuelve hacia Nadia.

"A Vincent no le gustan las mujeres simples", dice. "Le gustan las mujeres definitivas."

Silencio. Perfecto. Como después de un disparo.

Nadia mantiene la sonrisa. Pero sus ojos dicen otra cosa.

Marco, al otro lado de la sala, alza la copa. La sonrisa ha cambiado. Más tensa. Le ha salido mal.

La tomo de la mano y me la llevo. Pasillo lateral, paredes de madera oscura, luces bajas. Solo nuestros pasos y la música amortiguada al otro lado del muro.

La acorralo contra una columna de mármol. La mano en su espalda desnuda, los dedos apretando la piel caliente. Mi cuerpo contra el suyo. Mi erección contra su vientre. Quiero que sienta el efecto que me hace. Su respiración acelerándose contra mi cuello.

"Lo que has hecho ahí dentro", digo.

"¿Qué cosa?"

"Sabes perfectamente qué cosa."

"He besado a mi hombre delante de trescientas personas. Pasa."

Mi hombre.

La beso. Le muerdo el labio inferior, y mi lengua no tiene la menor intención de comportarse. La aprieto contra la columna con mi peso

y su cuerpo se arquea hacia el mío, sus manos en mi nuca, los dedos en mi pelo tirando.

"Si sigues besándome así en público", murmuro contra su boca, "voy a follarte aquí mismo delante de todos."

"Intenta hacer que pare."

Tira de mí por la camisa y me besa. Mi mano baja por su costado, sigue el vestido, encuentra la abertura. Los dedos se deslizan por su pierna desnuda bajo la seda y ella contiene el aliento contra mi boca. Me hace falta toda la fuerza de voluntad que tengo para no levantarle el vestido y follármela contra esta columna.

"Aquí no", susurra. Pero sus uñas me arañan el cuello y su cuerpo dice justo lo contrario.

"No." Me aparto. Con esfuerzo. "Aquí no. Pero esta noche vas a pagarme cada segundo de ese beso... y de la tortura dentro de mis pantalones."

"¿Es una promesa o una amenaza?"

"Conmigo siempre es lo mismo, muñeca."

Se arregla el vestido. Yo me paso una mano por el pelo y me acomodo la corbata. El pasillo está cargado de algo que no tiene nada que ver con la gala.

"La morena", dice.

"¿Qué pasa?"

"Si vuelve a paseársela delante de ti, le arranco el pelo del cráneo. Uno por uno."

"¿Celosa?"

"Territorial." Esos ojos azules que cortan como cuchillas. "Hay diferencia."

"¿Cuál?"

"Los celos son una emoción. El territorio es un hecho... y tú eres mío."

Le beso la frente. Un gesto extraño en mí.

"Eres aterradora", digo.

"Por eso funcionamos."

Volvemos al salón por separado. Ella a la izquierda, yo a la derecha. Dos personas que no tienen nada que ver la una con la otra. La comedia continúa.

Me detengo en la barra. Pido otro whisky. El barman me lo sirve sin hablar. Buen chico.

Tony llega a mi lado. Se apoya en la barra y pide una tónica.

"He visto el beso, y menudo beso", dice sin mirarme.

"Todo el Plaza ha visto el beso."

"Marco no ha dejado de mirarte desde entonces. Le ha salido mal."

"Bien."

Lo miro. Tony se encoge de hombros.

Doy un trago. "¿Dónde está?"

"Acercándose."

Tony se aparta de la barra y desaparece entre la gente con la facilidad de un hombre que sabe cuándo debe quitarse de en medio.

Marco me intercepta en la barra. Solo, sin Nadia. Copa en mano, sonrisa relajada.

"Bonita noche", dice.

"No está mal."

"Tu esposa es... impresionante."

Se ríe. Esa risa abierta, cálida, de hermano mayor. La misma que usaba cuando me robaba los juguetes y fingía no saber dónde estaban.

Da un trago. Se acerca medio paso. La voz baja y los ojos cambian.

"He oído que habéis tenido algunos problemas con los envíos. Cargas que desaparecen, documentos que se bloquean..." Suspira. "El mercado está inestable. Pasa."

Lo miro. Mi hermano. Misma sangre, misma casa, mismo padre.

"Pasa", repito.

"Si necesitas ayuda, aquí estoy. Somos hermanos." La sonrisa se ensancha. "La sangre cuenta, ¿no?"

"La sangre cuenta. Siempre."

La frase se queda flotando entre nosotros. Marco me estudia. Busca algo en mi cara. No lo encuentra.

Me da una palmada en el hombro. "Disfruta la noche, hermanito."

Hermanito. Me llamaba así cuando teníamos diez años. Ahora lo usa como un cuchillo con mango de terciopelo.

Lo veo alejarse. Lo que siento no es rabia. Es algo más frío. La certeza de que el momento se acerca y que, cuando llegue, uno de los dos no se irá.

Cojo un whisky de la barra. Me lo bebo de un trago. El alcohol quema y así está bien.

Desde donde estoy veo toda la sala. Katerina hablando con un grupo de inversores europeos, las manos moviéndose cuando explica algo, la sonrisa apareciendo y desapareciendo en el momento justo. Marco y Nadia al otro lado, ella riéndose de algo que él ha dicho, él lanzándome alguna mirada de vez en cuando. Tony en la entrada, apoyado en la pared, vigilando la sala igual que yo. Alexei no está porque no es hombre de galas, pero sé que está en el coche, en el piso de abajo, con los ojos clavados en las pantallas del teléfono.

Mi gente. Mi mujer. Mi guerra.

El teléfono vibra en mi bolsillo. Número desconocido.

"Habitación privada 412. Ven solo."

Leo el mensaje dos veces.

Miro la sala. Marco habla con un banquero. Katerina habla con un senador. El pelo rubio atrapando la luz de las lámparas, los ojos azules, el vestido negro.

No la dejo.

Atravieso el salón. Le pongo una mano en la espalda. Se gira y me ve la cara.

"Discúlpanos", le dice al senador.

Le enseño el teléfono.

Lo lee. Asiente. Una vez.

No hace falta hablar. No hace falta un plan.

Salimos juntos. Mi mano en su espalda, sus tacones sobre el mármol, nuestros pasos marcando el mismo ritmo. La puerta del

salón se cierra a nuestra espalda y el ruido de la gala se apaga como una radio a la que le bajan el volumen.

El pasillo del hotel es largo, silencioso, iluminado por apliques dorados que arrojan sombras cálidas sobre las paredes. Nuestros pasos retumban en el mármol. Katerina camina a mi lado. La espalda recta, la barbilla alta, la mirada al frente.

Ascensor. Cuarto piso. Pasillo. Habitación 412.

La puerta está cerrada. Ningún ruido dentro.

Nos miramos. Ella asiente.

Llamo.

CAPÍTULO 25

Modo guerra

Vincent

Llamo.

No responde.

Llamo otra vez. Silencio. El pasillo a nuestra espalda está vacío, iluminado por las lámparas cálidas de la cuarta planta. La música de la gala llega amortiguada desde abajo, como un latido lejano. El aire huele a moqueta limpia y a nada. Katerina está a mi lado: vestido negro perfecto, cabello rubio impecable, su perfume mezclándose con el aire acondicionado. Hace dos minutos la estaba besando contra una columna y mi mano estaba bajo su vestido y el mundo tenía sentido. Ahora estoy frente a una puerta cerrada con un número que yo no pedí y con una sensación en el estómago que no me gusta.

"Nos miramos a los ojos. Mi mano baja al picaporte. Gira sin resistencia."

Abro.

La habitación está helada. Aire acondicionado al máximo, cortinas corridas, cama hecha con una precisión casi maniática, nadie ha dormido allí. Sobre la mesa junto a la ventana hay un maletín de cuero negro, abierto. Vacío. Forrado de terciopelo rojo. Al lado, un viejo Nokia apagado. Y un vaso de agua todavía empañado.

Katerina se acerca a la mesa. Yo me quedo en la puerta.

El maletín vacío. El teléfono apagado. La habitación fría y la puerta abierta. Un mensaje que decía "ven solo" y una habitación donde no hay nadie.

Una presión brutal me aprieta el pecho. Es el cerebro corriendo más rápido que el instinto y diciéndome lo que no quiero oír.

Cuarta planta, ala este - demasiado lejos de las escaleras principales, de Tony que está abajo, de Dimitri e Igor en la entrada. Lejos de todo. Y lo que encuentro es una habitación vacía con un regalo falso y una puerta que alguien ha dejado abierta a propósito.

Sujeto a Katerina del brazo.

"Fuera. Ahora."

Ella ve algo en mi cara. No discute.

No llegamos a alcanzar la puerta.

El suelo tiembla bajo nuestros pies. Un estruendo sordo, profundo, que me golpea en los huesos antes que en los oídos. Viene de la otra punta de la planta. Las luces se apagan. Oscuridad. Un segundo de nada absoluta en el que solo oigo el latido de mi corazón y la mano de Katerina aferrada a la mía. Luego se encienden las luces de emergencia, rojas, bajas, y todo se convierte en un acuario de sangre.

Saltan los rociadores. Agua helada desde el techo, por todas partes, un diluvio que se te mete en la ropa, en la piel y en los pensamientos. La alarma contra incendios empieza a aullar a través de las paredes, un sonido continuo, agudo, que te llena el cráneo y no deja sitio para nada más.

Katerina no se altera, mantiene la calma. El agua le corre por el cabello rubio, por la cara, por el cuello hasta el vestido que se pega a su cuerpo. Me mira con los ojos muy abiertos y espera. Me espera a mí. Porque en este momento yo soy la única cosa entre ella y cualquier amenaza al otro lado de esa puerta.

Saco la Beretta de la funda bajo la chaqueta. Quito el seguro. El metal está helado en mi mano mojada.

“Quédate detrás de mí, pequeña. No te separes.”

Abro la puerta al pasillo y el mundo cambia para siempre.

***

El pasillo es un río de caos. Agua de los rociadores, luz roja latiendo, humo gris reptando desde el ala opuesta. Gente con ropa de gala corriendo hacia las escaleras. Una mujer grita un nombre que nadie oye. Un hombre de esmoquin arrastra a dos niñas de la mano, la cara blanca, los zapatos resbalando sobre el mármol mojado. Un camarero quieto contra la pared, con las manos en la cabeza y la mirada de quien ha dejado de entender qué está pasando.

Y en medio de todo eso, tres hombres caminando en la dirección equivocada.

Los veo enseguida. Cuando creces como crecí yo, aprendes a notar lo que no encaja incluso antes de saber por qué. Uniforme de bomberos. Cascos amarillos, chaquetas ignífugas, credencial del hotel en el pecho. Pero el paso está mal. Demasiado coordinado, demasiado tranquilo, demasiado simétrico. Tres hombres moviéndose como una sola unidad, hombros alineados, distancia regular. Y tienen las manos vacías, sí, pero los bultos bajo las chaquetas no son equipo de bombero.

Todo el mundo corre hacia las escaleras. Esos tres vienen hacia nosotros.

Agarro a Katerina del brazo y la arrastro detrás de mí. Me pongo de escudo. Levanto la Beretta con ambas manos, la línea de tiro recta por el pasillo.

El primero me ve. Inclina el casco. La mano derecha baja hacia la cadera.

Dos disparos estallan a sus espaldas. Secos, seguidos, de calibre pesado. Los tres se giran de golpe.

Alexei. Por primera vez en mi vida casi me alegro de verlo.

Sale de la caja de la escalera con la Glock en la mano y la chaqueta abierta. No sé cómo ha llegado a la cuarta planta. No sé qué ha visto para lanzarse hacia arriba mientras todos corrían hacia abajo. Pero está aquí. Está aquí. Y en este momento es exactamente lo que necesito.

Los tres se separan. Dos van hacia Alexei, uno hacia nosotros.

Mi disparo le destroza la rodilla derecha. Cae sobre el mármol mojado gritando. Lo quiero vivo.

Alexei tumba a uno con dos tiros al pecho. El tercero dispara y falla, vuelve a disparar. Oigo a Alexei tirarse al suelo, el metal del carro portaequipajes retumba en el pasillo. Las balas atraviesan el metal fino como si fuera papel. Disparo dos veces hacia la silueta y se repliega dentro del humo.

Mi teléfono vibra en el bolsillo empapado. Lo saco sin bajar la Beretta.

Tony.

"Vincent, ¿dónde coño estás? Hay disparos en la cuarta planta, ¿qué está pasando?"

"Ala este. Equipo disfrazado de bomberos. Necesitamos hombres."

"Estoy mandando arriba a Dimitri e Igor. Yo también subo. Dos minutos."

"Hazlo en menos."

Cuelgo. Dos minutos. Ciento veinte segundos. Una eternidad en un pasillo donde el humo avanza y desde el fondo llegan sonidos que

no me gustan. Pasos. Voces. Más de uno, más de dos. Quienquiera que haya montado esto nos envió a los primeros tres para probarnos y ahora manda al resto.

Katerina está detrás de mí, la espalda pegada a la mía. Siento su corazón latiendo a través de nuestra ropa empapada, rápido, fuerte, como un animal desbocado. Pero su respiración está controlada. Sus manos se mantienen firmes sobre mi espalda. No es pánico. Es adrenalina domada. Es la hija de un pakhan que ha vivido toda su vida sabiendo que un momento así podía llegar.

El humo se espesa. Los pasos se acercan. En treinta segundos este pasillo dejará de ser defendible y lo sé con la misma certeza con la que sé mi nombre.

"¡Alexei!" Mi voz corta la alarma. "¡Sácala de aquí! ¡Escalera de servicio, ahora!"

Alexei se incorpora detrás del carro. Sangre en la sien izquierda, una esquirla de vidrio o un rozón de bala. Me mira a través del pasillo encharcado, con los ojos de un hombre que entiende exactamente lo que le estoy pidiendo.

"¿Y tú?"

"Os cubro. Muévete."

En ese momento Katerina me agarra.

Me sujeta la cara. Las manos mojadas sobre mi mandíbula, los dedos entre mi pelo, y me obliga a girarme hacia ella con una fuerza que no sabía que tenía. El agua de los rociadores nos cae encima como si el cielo se hubiera abierto sobre nosotros. Sus ojos azules clavados en los míos, tan cerca que puedo leer en ellos todo lo que nunca hemos dicho. Me veo como ella me ve. Y lo que veo me deja sin aire.

Me besa.

Y el mundo se detiene.

La alarma desaparece. El humo desaparece. Los cuerpos en el suelo, la sangre, las balas, todo desaparece. Solo queda su boca sobre la mía, caliente en medio del agua helada, suave en medio del caos. El sabor de sus labios: champán, miedo y algo tan desesperado que me rompe el pecho. Me besa como si fuera la última vez. Como si quisiera decirme en tres segundos todo lo que nunca ha dicho.

Le agarro la cintura. La pego a mí con tanta fuerza que ya no queda aire entre nosotros. Solo agua, calor, su boca temblando contra la mía y mi corazón golpeando tan fuerte que lo siento en la garganta.

Se aparta. Un centímetro. Sus ojos en los míos. El agua resbalando por sus pestañas como lágrimas falsas ocultando las verdaderas.

Te amo.

Bajo. Con la voz rota. Como si le costara todo lo que tiene. Como si llevara meses guardándoselo dentro y no pudiera retenerlo un segundo más porque quizá no haya otro momento.

Y siento esas dos palabras clavarse en mi pecho como un cuchillo al rojo vivo. Duelen. Duelen de una manera desconocida, un dolor cuya existencia ignoraba, algo que ninguna bala, ningún puñetazo y ninguna cicatriz me ha hecho sentir jamás. Duelen como cuando lo más hermoso llega en el peor momento. Duelen porque las oigo y las quiero y las merezco y no consigo responder porque tengo la garganta cerrada y los ojos ardiendo y no puedo, no puedo derrumbarme ahora. No aquí. No en este pasillo con el humo avanzando y los pasos acercándose.

Abro la boca. Las palabras están ahí. En la punta de la lengua. Listas. Verdaderas.

Un disparo estalla a tres metros de nosotros. La ventana del pasillo salta en pedazos. Fragmentos de cristal por todas partes. El aire

helado de la noche entra como una cuchilla.

No respondo.

Las palabras se me quedan atravesadas en la garganta como un nudo que no se deshace.

"Vete", digo. Mi voz sale rota. "Vete con Alexei."

"Vincent..."

"Vete. Te lo ruego."

Yo nunca digo te lo ruego. No lo he dicho en toda mi vida. Ella lo sabe. Por eso sus ojos se llenan a la vez de miedo y rendición. Por eso sus dedos aprietan mi cara un último segundo y luego me suelta.

Alexei la agarra del brazo. La arrastra hacia la escalera de servicio. Ella se deja llevar, pero no deja de mirarme. Me mira mientras Alexei se la lleva y yo la veo alejarse y siento que algo dentro de mí se desgarra, para siempre.

La puerta de la escalera se cierra. Lo último que veo son sus dedos soltando el marco.

Y luego ya no está.

***

Estoy solo en el pasillo con los muertos, el humo y el sonido de los pasos que se acercan. Seis balas en la Beretta. Una columna a tres metros. Y todo el tiempo del mundo, porque ahora el tiempo ya no existe, solo existe lo que tengo que hacer.

Me coloco. Rodilla en tierra detrás de la columna. La Beretta apuntando al humo. La respiración desacelerando sola, el corazón

bajando, los músculos aflojándose. Mi cuerpo sabe qué hacer. Siempre lo ha sabido. Por eso sigo vivo.

La primera silueta sale del humo. Disparo. Cae.

La segunda. Disparo. Cae.

Cuatro balas.

Una tercera. Disparo. Fallo. Un rociador me gotea en el ojo izquierdo y la mira se me desliza. Disparo otra vez. Cae.

Dos balas.

El humo se mueve. Hay más. Los oigo, pero no los veo y tengo dos balas y un pasillo de veinte metros y si llegan más de dos, estoy muerto.

La escalera detrás de mí se abre.

"¡Vincent!" Dimitri. "¡Estamos aquí!"

Dimitri, Igor, otro hombre de los Marchesi. Armados, con chalecos, caras que conozco desde hace años. Tony los ha mandado arriba. En menos de dos minutos. El tiempo más largo de mi vida.

"El pasillo está comprometido", digo levantándome. "Al menos dos equipos. Alexei bajó a Katerina por la escalera de servicio. Cubridme."

Dimitri asiente. Se coloca en el pasillo con Igor. Vigilan el humo. Yo bajo.

La escalera de servicio es estrecha, metálica, con las luces rojas de emergencia palpitando. Mis pasos retumban en los peldaños de metal. Segunda planta. Me asomo: la puerta está abierta, el pasillo desierto.

Un tintineo metálico. Ligero. Casi alegre. En el suelo delante de mí. Otra granada, joder.

Me lanzo hacia atrás dentro de la caja de la escalera. Me tapo los oídos. Cierro los ojos.

El destello. Blanco. Cegador incluso a través de los párpados cerrados. La explosión lo disuelve todo en un pitido que me llena el cráneo.

Tres segundos de blanco.

Luego vuelvo a abrirme paso.

Me pitan los oídos. Me tiemblan las manos. Pero sigo de pie y la pistola sigue en mi mano. Bajo. Dos escalones de cada vez. Los sonidos regresan a pedazos, como una radio rota. La alarma. Las sirenas afuera. Voces.

Planta baja, salida oeste. La puerta está de par en par. Salgo. El aire helado me golpea la cara empapada y veo la escena que me congela la sangre.

Alexei está en el suelo boca arriba, con una mano apretándose el costado izquierdo, sangre entre los dedos. La Glock en la otra mano. A su lado Yuri, seguridad de los Morozov, con el hombro sangrando y la pistola apuntando a un aparcamiento vacío. Pavel, otro Morozov, de pie, los ojos barriendo la oscuridad.

Katerina no está.

El aparcamiento está vacío. Huellas de neumáticos sobre el asfalto mojado. Frescas. Una jeringa usada en el suelo junto a Alexei. El capuchón naranja a un metro de distancia.

La sangre se me congela en las venas. El pitido en los oídos se convierte en un sonido remoto, insignificante, y todo se reduce a ese

trozo de asfalto vacío donde hace un minuto alguien se ha llevado a la mujer que acaba de decirme te amo y a la que no le respondí.

Me arrodillo junto a Alexei.

"¿Cuánto tiempo?"

"Menos de un minuto." La voz le sale en pedazos. "Dos hombres desde el aparcamiento. No los vimos. Hirieron a Yuri, luego a mí. Le inyectaron algo y se la llevaron."

"¿El vehículo?"

"Furgoneta blanca. Matrícula parcial, N, J. New Jersey."

Yuri, desde su posición, con la sangre corriéndole por la chaqueta: "Giró a la derecha hacia Central Park South."

Cada detalle es un hilo. Cada hilo lleva a alguna parte. No pienso en ella. No puedo permitírmelo. Si pienso en ella, si pienso en sus dedos en el marco, si pienso en su voz diciendo esas dos palabras en el pasillo... si pienso en eso, me detengo. Y si me detengo, se acabó.

No me detengo.

Me levanto. Tony llega corriendo desde la entrada lateral del hotel. Tiene la chaqueta manchada de humo, el teléfono en la mano, la cara de un hombre que acaba de vivir los quince minutos más largos de su vida.

"Dimitri e Igor tienen la cuarta planta. Dos hombres neutralizados. La policía está llegando, tenemos que irnos."

"Vamos al ático."

***

El ático se convierte en un centro operativo en menos de diez minutos. La mesa del comedor despejada, portátiles abiertos, teléfonos sonando, mapas impresos por Tony. Irina en videollamada en la pantalla del portátil de Alexei, la cara iluminada por la pantalla en la oscuridad de la habitación en la que esté. Los chicos Marchesi van y vienen, revisan ventanas, puertas, frecuencias de radio.

Las órdenes salen rápidas, como balas.

"Puertos: Newark, Elizabeth, Bayonne - los nuestros en cada terminal."

"Cubrid las salidas de Manhattan. Túneles, puentes. Foto de la furgoneta a todos los peajes."

"Credenciales del hotel. Quién las emitió. Cada empleado contratado en el último mes."

"Tony, rastrea ese móvil desechable de la 412: dónde se compró, cuándo se activó, cada antena."

"La jeringa. Analizad el sedante. El origen nos dirá quién."

Tony ya está al teléfono con tres personas a la vez. Dimitri grita algo desde la otra habitación. Igor confirma por radio. Dos teléfonos, tres frecuencias. Dimitri e Igor siguen en el Plaza limpiando la escena antes de que llegue la policía. Los Morozov heridos abajo con un médico que Irina ha mandado en veinte minutos.

Alexei está en el sofá. El costado vendado. Rechaza ir al hospital.

"Irina tiene algo", dice mirando la pantalla. "Pico de tráfico cifrado entre Nueva York y Sofía. Hace tres horas. Antes de la gala."

Hace tres horas alguien sabía dónde estaríamos. Y los que lo sabían se cuentan con los dedos de una mano. Hay un nombre en lo alto de la lista que no pronuncio en voz alta, pero que me quema la cabeza como hierro al rojo vivo.

“La vamos a recuperar”, digo.

Alexei me mira. Un hombre con una herida en el costado y la sangre de la mujer que juró proteger todavía en el suelo de un aparcamiento.

“La vamos a recuperar.”

No le pido permiso a mi padre. No informo a Marco. Voy a usar todos los recursos, empezando por todos los hombres Marchesi que me son fieles.

***

Todos se mueven a mi alrededor. Tony al teléfono, Alexei en el portátil, los chicos entrando y saliendo. Pero en un momento dado me encuentro solo en la cocina, las manos apoyadas en el mármol frío, la cabeza inclinada, el agua del Plaza todavía en el pelo.

Me llevo los dedos a los labios.

Te amo.

Lo dijo como si fuera lo último que pudiera decir.

Y yo no respondí...

Aprieto los puños sobre el mármol hasta sentir crujir los nudillos. El dolor es bueno. El dolor es real. El dolor me mantiene aquí, me mantiene lúcido, me impide pensar en lo que puede estar ocurriendo dentro de una furgoneta blanca con matrícula de New Jersey donde la mujer que amo está sola con gente que le ha metido algo en una vena.

Levanto la cabeza. El hombre reflejado en el cristal oscuro de la ventana no es el de la gala. Aquel besaba un cuello perfumado y sonreía. Este tiene los ojos vacíos y la mandíbula apretada y esa

calma helada que llega cuando dejas de sentir miedo porque el miedo se ha convertido en otra cosa. En algo más frío. Es un hombre al que le han arrancado a la persona más importante de su vida.

***

El armario empotrado en la pared del estudio. Código de seis cifras, cerradura biométrica. Clic sordo. La puerta se abre y dentro está todo lo que necesita la versión de mí en la que estoy a punto de convertirme.

Rifle táctico. Heckler & Koch 416, calibre 5.56, mira holográfica. Lo cojo. El cargador encaja en su sitio con un sonido metálico que me calma más que cualquier palabra. Segundo cargador. Tercero. A los bolsillos del chaleco táctico.

Cuchillo de combate. Ka-Bar, hoja de siete pulgadas. Funda en la pierna derecha.

Chaleco antibalas. Las correas me aprietan las costillas como un abrazo de metal y cerámica.

Tony aparece en la puerta. El teléfono en la mano, los ojos encendidos.

"La furgoneta blanca ha aparecido abandonada en Jersey City, cerca de Liberty State Park. Las cámaras de un aparcamiento privado muestran el traslado a un segundo vehículo. SUV negro, matrículas cubiertas, dirección sur por la I-95."

"¿Cuánta ventaja nos llevan?"

"Cuarenta minutos."

Alexei aparece detrás de él. Chaleco puesto, Glock en la mano. De pie. La cara pálida, pero con la mirada de alguien que no se detiene.

“No tienes intención de quedarte en casa, ¿verdad?”, digo.

“No me voy a quedar en casa.”

La vista se me va a la chaqueta tirada sobre la silla. Mojada. Manchada de humo. Una marca de pintalabios en el hombro donde Katerina apoyó la boca en el pasillo de la cuarta planta un segundo antes de decirme las dos palabras a las que no respondí.

La toco. Un segundo. Todavía siento su perfume bajo el olor del agua y la pólvora. Todavía siento sus dedos en mi cara. Todavía siento su boca sobre la mía.

La dejo ahí.

Cojo el rifle.

Ahora me toca a mí. Aguanta, pequeña.

CAPÍTULO 26

No soy una presa

Katerina

El olfato regresa primero.

Metal. Gasolina. Desinfectante industrial, de ese barato que usan en los almacenes y en las morgues. Y debajo de todo, en la saliva, en el fondo de la garganta, el regusto químico de lo que me metieron en las venas.

No abro los ojos.

Antes de abrir los ojos en un sitio que no conoces, tienes que entender qué hay a tu alrededor. Me lo enseñó mi padre a los catorce años, en un sótano de San Petersburgo, con un hombre gritando en la habitación de al lado. No era una lección teórica.

Catalogo.

Muñecas atadas a la espalda. Bridas de plástico, no cuerda. Apretadas, pero no hasta cortar la circulación. Silla de metal debajo del culo, fría a través del vestido mojado. El vestido negro de la gala pegado a la piel como un sudario húmedo. Los pies descalzos sobre el cemento. Me han quitado los zapatos. Con un tacón de doce centímetros puedes clavárselo en el ojo a un hombre antes de que entienda qué está pasando. Ellos también lo saben.

La cabeza me late. Bajo el ritmo de la respiración. Cuento. Inhalo en cuatro, aguanto en cuatro, exhalo en cuatro. El pulso desciende. Las náuseas retroceden.

Alexei.

El aparcamiento del Plaza. El asfalto mojado. Alexei cayendo con la mano en el costado y la sangre entre los dedos. Yuri gritando. Las manos que me agarraban por detrás, la aguja en el cuello, fría, fina, y la oscuridad llegando como una ola negra.

Alexei estaba en el suelo. Sangre en el costado.

Si está muerto...

No. No termino la frase. No ahora. Si termino esa frase ahora, dejo de pensar, y si dejo de pensar, yo también estoy muerta.

Cuánto tiempo ha pasado. La boca está seca, pero no como papel. Los músculos responden, rígidos, pero presentes. Media hora, quizá cuarenta minutos. Me querían aturdida, no inconsciente. Necesitan que esté despierta. Necesitan algo que solo despierta puedo darles.

No sé si alguien vendrá.

No sé si Alexei sigue vivo. No sé si Yuri y Pavel siguen vivos. No sé qué pasó en la cuarta planta después de que me sacaran de allí. No sé si Vincent seguía en el pasillo o si los suyos llegaron hasta él o si lo redujeron. No sé nada. Solo sé que estoy aquí, que estoy atada, que el sedante se está yendo y que tengo que pensar.

No puedo esperar a nadie. Tengo que salir de esta sola.

Abro los ojos.

Neón. Luz blanca, cruda, que corta como una cuchilla. Techo alto, vigas de acero, paneles aislantes amarillentos. Almacén o nave industrial. El aire está frío, inmóvil. Un ventilador gira en algún sitio con un zumbido que parece la respiración de un animal grande. Goteo de agua sobre metal, constante, irritante.

Dos salidas. Una puerta metálica corredera a la derecha, grande, de las que usan en los muelles de carga. Una puerta normal detrás de mí, a la izquierda, la alcanzo a ver al girar el cuello. Dos hombres. Uno junto a la corredera, brazos cruzados, pistola en la sobaquera. Pelo rapado, chaqueta oscura, cara de nadie. El otro sentado sobre una caja de plástico, con el teléfono en la mano, hablando en voz baja.

En búlgaro.

El del teléfono dice algo que contiene la palabra "chas". Ahora. Una hora. Luego dice un nombre. Stoyan.

Catalogo la sala. Mesa de contrachapado a seis metros, a la izquierda. Encima: radio, botella de agua, rollo de cinta adhesiva, bridas de repuesto. Suelo de cemento bruto. Ninguna cámara visible. Las paredes tienen marcas de estanterías desmontadas. Almacén abandonado, zona portuaria seguramente. Newark, Elizabeth, o por ahí.

Dos hombres dentro. No sé cuántos fuera.

Las bridas tienen un punto débil. Si encuentro un borde, puedo desgastarlas. El respaldo de la silla tiene un canto donde el metal está doblado. No está afilado, pero sí rugoso. Basta.

Empiezo a trabajar. Despacio. Milímetro a milímetro. Las muñecas apenas se mueven. Los dos no miran.

La puerta corredera se abre con un estruendo metálico que retumba en la nave. Entra un hombre. Más bajo que los otros, más viejo. Cara ancha, ojos pequeños, pómulos de campesino del Este. Chaqueta oscura, camisa sin corbata. Lleva una carpeta de piel bajo el brazo y camina como quien lleva treinta años haciendo esto y ya no se altera por nada.

Detrás de él entra un tercer hombre, ancho como un armario, que se planta junto a la puerta.

El primero coge una silla plegable apoyada en la pared. La abre delante de mí. Se sienta. Se ajusta la chaqueta con movimientos lentos. Abre la carpeta sobre las rodillas como un contable preparando una declaración de impuestos.

"Katerina Morozov." Mi nombre en su boca suena como un número de expediente. Su ruso es bueno; el acento búlgaro, pesado. "Me llamo Stoyan. No vamos a conocernos durante mucho tiempo, así que iremos directos."

No hablo. Lo miro, y ya. El silencio es la primera arma que tienes cuando estás atada a una silla.

Gira las hojas de la carpeta hacia mí.

"Rutas de diamantes. Corredor Amberes-Moscú vía Róterdam. Accesos a las cuentas operativas de la bratva en Chipre y Malta. Delegaciones del consejo de los Vor para operaciones en el área atlántica."

Miro los papeles. Los reconozco. No son copias aproximadas. Son formatos internos de la bratva, estructuras que solo conoce quien ha trabajado dentro del sistema. Alguien ha pasado material real. Alguien que se sienta a mi mesa o lo bastante cerca.

"Firma aquí, aquí y aquí." Señala tres líneas al final de los documentos. "Cedes las delegaciones, transfieres los accesos. En una hora. Mañana por la mañana estarás en casa."

"En casa." Saboreo las palabras. "Sin las rutas. Sin las cuentas. Sin el consejo."

"Con vida."

"¿Y quién ocupa mi lugar?"

Stoyan no responde. No necesita hacerlo. Quién ocupa mi lugar lo decide quien lo manda. Kuznetsov... No digo el nombre que me viene a la cabeza. No ahora.

"La bratva también sobrevive sin ti", dice Stoyan. "Sobrevivió a tu padre."

"Mi padre murió en su cama. No en un almacén con bridas en las muñecas."

"Tu padre era más razonable."

"Mi padre no firmaba nada bajo coacción. Ni con un cuchillo en la garganta." Lo miro de frente, directo a los ojos. "Yo soy la hija de ese hombre."

Stoyan cierra la carpeta. Se pone en pie. Pliega la silla y la devuelve a la pared.

"Una hora", dice. "Después de una hora, cambia el método y yo ya no respondo de lo que pase."

Sale. La puerta corredera se cierra.

Si firmo, no pierdo solo las rutas y las cuentas. Pierdo la legitimidad. Un pakhan que cede bajo presión ya no es un pakhan. Es un ex. Y los ex, en la bratva, tienen una esperanza de vida que se mide en semanas. Si firmo, muero igual, solo que más despacio. Si no firmo, al menos muero siendo lo que soy.

Sigo trabajando las bridas. El borde de la silla va cortando el plástico. Despacio.

El tipo de la caja se levanta. Grande, cuello grueso, manos como palas. Se acerca con ese paso de quien está acostumbrado a asustar a la gente solo caminando hacia ella.

Se detiene delante de mí. Mira el vestido mojado pegado al cuerpo. Se toma su tiempo.

"Pakhan." Se ríe por la nariz. Su ruso es pésimo. "Pakhan pequeña."

No hablo. Lo miro. Lo estudio: peso cargado en la pierna derecha, pistola a la izquierda en la funda, la cabeza a cuarenta centímetros de la mía.

La mano me agarra la barbilla. Dedos gruesos, callosos. Me gira la cara hacia la luz.

"Quita tus manos", digo. "O te las quito yo."

Se ríe. Mira al otro junto a la puerta como diciendo: ¿lo has oído?

La mano baja al cuello. Se detiene sobre la yugular. El pulgar me presiona la garganta. Espera sentir cómo se acelera el pulso.

No se acelera.

La mano baja más. De la garganta al hombro. Luego abajo.

Lo dejo hacerlo durante dos segundos. Dos segundos en los que todo su peso se apoya en la pierna derecha, la cabeza se inclina hacia mí y la mano izquierda queda lejos de la funda.

Le estampo la cabeza en la nariz. Directo. El cartílago cede con un sonido húmedo y la sangre me salpica caliente la frente. Grita. Se echa atrás. Yo me levanto con la silla pegada al culo y le clavo una patada en la espinilla con el pie descalzo. Cae sobre una rodilla.

El segundo llega por detrás. Me agarra por los hombros, me aprieta. Echo la cabeza hacia atrás y le golpeo. Le atrapo la barbilla. Me suelta. Rodillazo al estómago. Se dobla.

El tercero. El grandullón de la puerta. No lo veo venir.

Golpe en la sien. El mundo se inclina. Golpe en el estómago. El aire se me va de golpe. Caigo. Las rodillas contra el cemento, la silla tirando de mis brazos hacia atrás.

Una patada en las costillas. El dolor es blanco, cegador, y durante un segundo no respiro. Sangre en la boca. Mía, del búlgaro, da igual. El tipo de la nariz rota me agarra del pelo. Me obliga a levantar la cabeza.

"Puta."

Lo miro desde abajo con la sangre corriéndome desde el labio. Esto no es lo que me mata. Ni los puñetazos, ni las patadas, ni el tipo que me sujeta del pelo. Lo que me mata es firmar. Lo que me mata es entregar lo que mi padre construyó durante años a gente que no tiene huevos para venir a quitármelo mirándome a la cara.

"Que te follen", digo.

Me suelta. Escupe al suelo. Sale mientras se tapa la nariz con las dos manos.

Los dos que quedan en la sala se han echado atrás. Uno, con la cara amoratada, junto a la puerta corredera. El otro en la caja, con

el teléfono, hablando en voz baja en búlgaro. De vez en cuando me lanzan miradas. Ya no se acercan.

Estoy en el suelo. Las rodillas contra el cemento, las costillas latiendo, el labio hinchado. Pero sigo despierta y la cabeza me funciona y mis manos a la espalda no han dejado de trabajar.

La brida está a punto. Lo noto. El plástico está fino donde el borde de la silla lo ha desgastado. Un par de minutos más.

Estudio la sala. La puerta corredera está cerrada y el tipo está delante. Demasiado arriesgado. La puerta normal detrás de mí: más pequeña, sin nadie delante. Cinco metros. Si la brida cede, si golpeo a uno, si el otro tarda...

No sé si esa puerta está cerrada con llave. No sé qué hay al otro lado. No sé cuántos hay fuera.

Pero sé que dentro de una hora Stoyan volverá y traerá algo peor que las manos de un búlgaro.

Vincent. Si está vivo, me estará buscando. Lo conozco lo suficiente para saber que no se detendrá hasta encontrarme o hasta que lo maten.

Si no está vivo...

No. Me niego a terminar ese pensamiento.

La brida cede.

La muñeca derecha se libera con un chasquido seco que retumba en mi cráneo, aunque no en la sala. El plástico se rompe y la sangre vuelve a los dedos como un incendio de agujas. Dolor bueno. El mejor.

Mantengo las manos a la espalda. Los brazos en la misma posición. Los dos no han oído nada.

El del teléfono está girado. Habla. Gesticulando con la mano libre. El otro, en la puerta, también mira el teléfono. Ahora. Si no es ahora, no será nunca.

Me levanto de la silla. La alzo del suelo con la mano izquierda todavía metida en la brida rota y la lanzo.

La silla golpea al tipo de la puerta de lleno en el pecho. El metal se estrella contra su cuerpo y él retrocede, se da contra la pared. En lo que tarda en entender qué ha pasado, yo ya estoy corriendo.

Cinco metros hasta la puerta trasera.

El del teléfono grita algo. Lo oigo detrás de mí.

La mano en el pomo. Gira. No está cerrada.

La puerta se abre y el aire de la noche me golpea la cara. Frío, húmedo, con olor a mar y a gasóleo. Un patio de cemento. Valla de malla metálica a veinte metros. Una verja. Más allá de la verja, la carretera, farolas, el ruido lejano de una autopista.

Corro.

El cemento está helado bajo los pies descalzos. Cada paso es una cuchillada en la planta del pie. Las costillas duelen. El vestido mojado me pesa encima y me golpea las piernas. Pero corro. Diez metros hasta la verja. La salida está ahí. Un poco más.

No veo al centinela.

Está al lado de la nave, en la sombra. No lo veo hasta que lo tengo encima. Un brazo alrededor de la cintura. Me levanta del suelo como si no pesara nada. El otro brazo me inmoviliza las manos.

Pataleo. El talón le da en la espinilla. No basta. Me aprieta más fuerte. El aire se me escapa de los pulmones. Le hundo los dientes en el brazo. Grita. Afloja un segundo. Me giro y le estrello un codazo en la garganta.

Llegan los otros.

Dos, tres. No los cuento. Me agarran de los brazos, de las piernas. Un golpe detrás de la nuca. No de lleno, de refilón, pero basta para aturdirme. Me arrastran dentro. Los pies descalzos sobre

el cemento, el vestido rompiéndose en las rodillas, el frío del aire desaparece y vuelve el neón y el olor a desinfectante.

Me dejan caer al suelo. La cara contra el cemento. Sabor a polvo y sangre.

He visto la verja. La libertad a diez metros.

Diez putos metros.

Me incorporo sobre las manos y las rodillas. La respiración es un silbido. Las costillas están fisuradas, quizá rotas. El labio vuelve a sangrar. Las rodillas están llenas de cortes por culpa del cemento.

Pero no estoy muerta.

Stoyan vuelve a entrar. Me mira en el suelo. Mira la sangre. Mira la puerta trasera todavía abierta y al centinela sujetándose el brazo mordido.

"Señorita Morozov." Ni una sola emoción en la voz. "Ahora terminamos."

Su tono es distinto. El notario se ha ido. Queda el hombre que ejecuta órdenes y al que acaban de decir que se ha acabado el tiempo.

Se inclina hacia mí. La carpeta en la mano.

"Firma. O la próxima vez no pregunto."

Lo miro desde el suelo. La sangre me cae del labio sobre el cemento. Una gota. Luego otra.

"No. Podéis iros a tomar por culo."

Stoyan se endereza. Se gira hacia sus hombres. Abre la boca para dar una orden.

No llega a darla.

El ruido llega desde fuera. Lejano. Apagado. Pero inconfundible.

Ráfagas. Automáticas. No una. Tres, cuatro, una encima de otra. Luego gritos. En búlgaro. Órdenes vociferadas que se pisan entre sí.

Un disparo aislado. Silencio. Después otra ráfaga, más cerca.

Los dos hombres de la sala se tensan. El de la puerta desenfunda la pistola. El otro tira el teléfono y saca la suya. Stoyan se gira hacia la puerta corredera.

La radio sobre la mesa crepita. Una voz en búlgaro, alterada, grita algo. La palabra que oigo repetirse es "kolko", cuántos. Cuántos son. Cuántos están llegando.

No pienso que sea Vincent.

No lo pienso porque no lo sé. No sé quién está ahí fuera. Puede ser la policía. Puede ser otra organización. Puede ser gente de Kuznetsov que ha cambiado de idea y quiere eliminarme directamente. No sé nada.

Sé que alguien ha encontrado este sitio. Sé que fuera están disparando. Y sé que en esta sala los búlgaros ahora tienen otra cosa en la que pensar aparte de mí.

Una explosión. Más cerca. Como una granada. El neón tiembla. El polvo cae de las vigas.

La puerta corredera retumba. Alguien, desde fuera, golpea contra ella con algo pesado. Los goznes chirrían.

Stoyan grita una orden. Sus hombres se colocan. Pistolas en alto. Apuntando a la puerta.

Me pongo en pie. Las rodillas ceden, las costillas protestan, pero me pongo en pie. De pie. Sobre el cemento helado. Descalza.

Si voy a morir esta noche, no será en ese suelo. Y no será de rodillas.

CAPÍTULO 27

Modo Vincent

Vincent

Mi respiración se vuelve matemática. Inhalo. Dos. Tres. Exhalo. Dos. Tres. El fusil apoyado contra el hombro, la mira holográfica encendida, el chaleco apretándome las costillas. El aire de Nueva Jersey huele a puerto, a gasóleo y a noche.

El almacén está a treinta metros. La luz se filtra por las juntas de los paneles. Dos accesos: puerta corredera al frente, puerta normal en la parte trasera. Un SUV negro en el patio, matrículas cubiertas. Quien la trajo aquí pensaba marcharse con calma.

Tres equipos. Veinte hombres entre los míos y los de la bratva. El primer equipo: Dimitri, Igor y seis Marchesi desplegados al frente. El segundo: Tony con Pavel, Yuri y cuatro hombres de Katerina cerrando la parte trasera y los laterales. El tercero, otros tres, cubre el perímetro exterior, las rutas de escape, los vehículos. Nadie entra y nadie sale.

Los centinelas exteriores ya están neutralizados. Dos en el suelo, atados con bridas, desarmados. Dimitri se ocupó del primero sin hacer un solo ruido.

Tony por radio, voz baja: "Perímetro cerrado. Segundo equipo en posición. Ningún vehículo saliendo. Sirenas en veinte minutos."

Veinte minutos. Sobra tiempo.

Alexei está a mi lado, detrás del murete del patio. Chaleco, Glock, rostro pálido. El costado vendado bajo la camisa, las vendas ya oscurecidas por la sangre.

"No te quedas atrás", digo.

"No."

Lo miro. Tiene cara de muerto en pie. Pero sus ojos están sedientos de sangre y la mano sobre la Glock no tiembla. No hay nada que yo pueda decir para hacerlo quedarse en el coche. Katerina está al otro lado de ese muro.

"Quédate a mi lado."

Asiente. Nada más.

Dimitri e Igor a los lados de la puerta corredera con el primer equipo. Luca detrás con el ariete portátil. Tony coordina al segundo por la parte trasera.

Dentro hay ocho, tal vez diez. Un número de operación. Suficientes para mantener a una mujer atada y vigilada. No suficientes para lo que está a punto de caerles encima.

Katerina está ahí dentro. A treinta metros de mí. La trajeron aquí sedada y con manos ajenas encima. No sé qué le han hecho y no pienso en ello. No pienso en ello porque, si lo hago, dejo de razonar y empiezo a volverme loco, y si eso pasa reviento esa puerta con las manos desnudas y hago que me maten antes de llegar hasta ella.

"Tony."

"Dime."

"Granada aturdidora, luego derribad la puerta. Entro yo con la segunda pareja. Vosotros cerráis la salida de atrás. Nadie sale."

"Recibido."

Miro a Alexei. Ojos encendidos, mandíbula apretada.

Tres. Dos. Uno.

La granada pasa por la rendija entre la puerta corredera y el muro. Estallido seco. Un destello blanco se filtra por las juntas de los paneles. Alguien grita dentro.

El ariete golpea la puerta y el metal cede con un estruendo que retumba en el patio. Dimitri e Igor entran primero. Bajos, rápidos, armas en alto. La primera pareja detrás de ellos, cubriendo las esquinas. Yo con Alexei en la segunda oleada. El corazón me golpea fuerte, pero la cabeza está fría. La cabeza siempre está fría cuando el cuerpo hace lo que sabe hacer.

La habitación es humo, luz roja y un neón que parpadea. El olor de la granada aturdidora me quema los ojos. Dos hombres delante. Uno contra la pared con los ojos de un ciego, la granada cegadora le ha

quemado la retina. Dispara igual, a ciegas, tres tiros que se pierden hacia la izquierda.

Dimitri lo tumba. Con dos disparos al pecho.

El otro está detrás de una caja. Dispara hacia la puerta. Solo se ve el brazo y la pistola. Igor se mueve a la derecha, encuentra el ángulo, le da en el costado. Cae. Aún se mueve. Levanta la pistola. Otro disparo. Quieto.

A la izquierda de la sala, detrás de los pilares, hay otros dos. Retroceden hacia el pasillo interior disparando para cubrirse. Dos Marchesi los persiguen. Ráfagas cortas, precisas. Uno cae. El otro levanta las manos.

Avanzo por la sala metro a metro. Pilares de metal, cajas, una mesa de contrachapado con una radio que chisporrotea en búlgaro. Pasillo a la izquierda hacia el interior de la nave. Olor a desinfectante bajo la pólvora.

La mesa. La veo al pasar y me detengo.

Bridas usadas. Cortadas; alguien se las quitó por su cuenta. Cinta adhesiva. Una botella de agua medio llena. Una carpeta de cuero marrón, abierta, con papeles dentro. Al lado, un bolígrafo.

Miro los papeles sin tocarlos. Rutas. Cuentas. Poderes. Encabezado en ruso. Documentos de la bratva. Sus documentos. Sus rutas. Sus cosas.

Querían hacerla firmar la rendición. Querían que lo entregara todo en un almacén que apesta a gasolina. Se me revuelve el estómago.

"Tony, bloquea la verja del patio y el SUV negro. Que nadie salga en un vehículo."

"Ya está. Pavel cubre la salida."

"El búlgaro herido. Mantenlo con vida. Lo necesitaremos luego."

Dimitri asiente. Seguimos avanzando por dentro.

Pasillo interior. Oscuridad. Solo el neón de la sala principal que se filtra y la linterna de mi fusil. Dos Marchesi me cubren por detrás. Alexei a mi lado, con la respiración pesada.

Una silueta al fondo del pasillo. Baja, rápida, moviéndose hacia la puerta trasera con un teléfono en la mano. No es un soldado, se mueve con demasiada torpeza. No dispara. Ni siquiera intenta pelear. Corre. Cobarde.

"Alexei. Izquierda."

Alexei le corta el paso. El tipo se gira, ve el pasillo cerrado por ambos lados. Se detiene. Levanta las manos. El teléfono cae al suelo. Me mira con la cara plana de quien sabe que la partida ha terminado.

"Al suelo", digo.

Se arrodilla. Las manos en la cabeza. Dimitri lo ata.

Lo interrogaremos después. Ahora solo hay una cosa que importa, y no es él.

Sigo hacia la sala principal. El humo se disipa. Cuerpos en el suelo. Un búlgaro herido sujetándose la pierna y jadeando. La radio chisporroteando en el vacío.

Al fondo de la sala, contra la pared opuesta, la veo.

El mundo se detiene.

De pie. Descalza sobre el cemento helado. El vestido negro de la gala roto en las rodillas, empapado, pegado al cuerpo. El cabello rubio sucio de polvo y sangre seca cayéndole sobre la cara. El labio hinchado y partido. Las muñecas marcadas de rojo donde las bridas le arrancaron la piel. En la mano, una pistola tomada de uno de ellos, probablemente. Los dedos cerrados sobre la empuñadura, los nudillos blancos.

No llora. No tiembla. Me apunta con la pistola porque todavía no sabe quién soy.

Algo dentro de mí se rompe. Veo su labio, sus rodillas raspadas, sus pies descalzos, las marcas en sus muñecas, y se me cierra la garganta. Alguien la tocó. Alguien la golpeó. Alguien le puso las manos encima a la mujer que es mía y le hizo esto, y yo no estaba allí. No estaba allí y ella estaba aquí sola, y aguantó sola.

Hace unas horas le subía la cremallera del vestido y le besaba el hombro en el pasillo del Plaza. Ahora está descalza en una nave, con sangre en la cara, una pistola en la mano y los ojos de una mujer que ha sobrevivido a algo que habría destrozado a cualquiera.

El haz de la linterna le corta el rostro y sus ojos azules brillan en la oscuridad. Por un segundo, entre cuerpos y pólvora, solo existimos nosotros.

No es una presa. Nunca lo fue. Solo llegué tarde.

Dos búlgaros salen del pasillo lateral. El último intento de quienes ya no tienen nada. Uno dispara hacia ella. El tiro se clava en la pared a medio metro de su cabeza y el cemento estalla en una nube blanca.

Medio metro. De la cara que beso, de la boca que me dijo te amo, de los ojos que me miran desde la almohada por la mañana. Medio metro.

Ella se tira al suelo sin soltar un sonido.

La rabia me explota por dentro. Algo antiguo, ciego. La rabia de un hombre que casi ha visto morir a la mujer que ama.

Disparo. Cae.

Alexei dispara. El otro cae.

Silencio.

Alexei se apoya en la pared. La cara color ceniza, los labios blancos. La Glock todavía en la mano.

"Alexei."

Me mira. Los ojos brillantes.

"Aguanta. No es momento de ponerse nenita."

"Que te jodan", dice. Pero sigue en pie. Sigue en pie porque Katerina está en esta sala y no va a caer hasta verla viva.

Tony por radio: "Sirenas. Tenemos que salir."

"Dos minutos."

"No los tenemos."

"Me los tomo."

Katerina se incorpora. Sola. Se levanta con la pistola en la mano y recorre la habitación con los ojos de quien está haciendo inventario. Se mueve hacia la mesa. Descalza, con las costillas que deben dolerle a cada paso. Coge la carpeta. Se la mete bajo el brazo. Coge el teléfono del tipo del suelo del pasillo. Coge el bolígrafo. Las bridas usadas.

Pruebas. Está recogiendo pruebas.

Después de horas atada, golpeada, amenazada, lo primero que hace no es llorar, no es derrumbarse, no es correr hacia mí. Recoge pruebas. Porque es una Reina y ya está pensando en el caos que viene después.

Encuentro un par de botas de trabajo junto a una caja. Son demasiado grandes, pero mejor que el cemento helado.

"Toma."

Las coge. Se las pone sin decir una palabra.

La tengo delante. A un metro. El fusil abajo. El neón zumbando y el resto del mundo puede esperar.

Le tomo la cara entre las manos.

Las mejillas heladas. La piel fría, manchada de sangre y polvo. El labio hinchado, morado. Me mira desde abajo y por primera vez sus ojos son vulnerables junto con algo más. Algo que se me clava dentro y me arranca el suelo bajo los pies. No es rendición ante

ellos. Es rendición ante mí. Como si, ahora que estoy aquí, pudiera dejar de sostenerlo todo sola por un segundo.

Pero no lo hace. No del todo. Porque es ella.

No dice nada. No necesita decir nada. Está en pie. Está viva. Y eso basta.

Le paso el pulgar por el labio partido. Despacio. Como si pudiera borrar lo que le han hecho tocándola lo bastante suave. No puedo. Lo sé. Pero la toco igual porque necesito sentir que es real, que está tibia bajo el frío, que respira.

No respondo nada porque no hay nada que decir. La garganta cerrada. Las palabras bloqueadas en el pecho. Demasiadas emociones enfrentadas para manejarlas.

Me quito el chaleco antibalas. Se lo pongo sobre los hombros. Las correas todavía calientes por mi cuerpo, y ella desaparece dentro de él. Pequeña. Rubia. Con sangre en la barbilla, las botas enormes y la carpeta apretada contra el pecho.

La abrazo. Fuerte. Demasiado fuerte; probablemente le hago daño en las costillas y no me importa, y a ella tampoco le importa porque sus manos me agarran la espalda y se aferran a mi camisa con una fuerza que no creía que le quedara. La cara hundida en su cabello mojado que huele a desinfectante y a polvo, y debajo de todo, su perfume. Sigue ahí. Sigue vivo. El olor de su piel bajo la mierda de esta noche, y es el olor más hermoso del mundo.

La siento. Sus costillas bajo mis brazos. Su respiración contra mi pecho. El latido de su corazón. Vivos. Los dos vivos.

Tiemblo.

Las manos. Los brazos. Los hombros. El temblor me nace en los dedos, sube, y no consigo detenerlo. No es frío. No es adrenalina. Es el cuerpo haciendo lo que la cabeza se niega a hacer. Durante horas no supe si seguía viva y seguí moviéndome porque, si me detenía, moría yo también. Ahora me he detenido. Y el cuerpo se derrumba.

Soy Vincent Marchesi y yo no tiemblo. He disparado a hombres a la cara sin temblar. He visto morir gente sin temblar. Y ahora tiemblo porque la tengo entre mis brazos y hace unas horas no sabía si volvería a verla viva.

"Katerina." Mi voz. No la reconozco. "Katerina."

Es la primera vez que digo su nombre desde que empezó todo. Durante horas fue "el objetivo", "ella", la cosa que había que recuperar. Ahora es su nombre en mi boca y pesa más que cualquier palabra que haya pronunciado jamás.

Ella levanta la cara. Me mira. Los ojos azules brillantes, cansados, vivos. Ya me conoce. Sabe que no digo lo que necesito decir. Sabe que no digo "te amo" aunque lo piense tan fuerte que me revienta el pecho.

Me pone una mano en el pecho. Sobre el corazón. Su mano helada sobre mi corazón latiendo demasiado fuerte. Como si quisiera decir: estoy aquí. Estoy viva. Puedes dejar de correr.

"Vincent." Despacio. "Respira." Y vuelvo a respirar.

Afuera. El aire frío. El cielo negro sobre las farolas. Las sirenas a lo lejos.

Los SUV encendidos en el patio, los faros cortando la oscuridad. Los hombres moviéndose con orden hacia los vehículos. Dimitri arrastra al jefe de los búlgaros, esposado, al maletero del segundo SUV.

Alexei la ve salir. Viva. De pie. Con el chaleco puesto y las botas enormes. No la abraza. No es de ese tipo. Pero la mirada se le derrumba por un segundo. Un solo segundo en que el soldado desaparece y queda el hombre que pasó horas con el costado abierto sin saber si ella seguía viva. Ella lo mira. Ve las vendas oscuras. Él ve el labio partido. No dicen nada. No lo necesitan. He sentido celos de su conexión desde el primer día, pero ahora empiezo a acostumbrarme, aunque la parte enferma de mí siga perdiendo la cabeza.

Luego Alexei sube al SUV y cierra los ojos.

"Vamos", dice Tony.

Katerina camina hacia el SUV. La carpeta bajo el brazo, el teléfono en el bolsillo, la cara destrozada, las botas de trabajo sobre el asfalto. Camina recta. No cojea. No se apoya en nadie. La pakhan saliendo del lugar donde intentaron destruirla.

Yo no me muevo.

Tony me mira. "Vincent."

"Un segundo."

Estoy de pie en el patio de un almacén de Nueva Jersey con el fusil en la mano y las sirenas acercándose, y sigo temblando. Las manos. Los brazos. El pecho. No consigo parar.

No es la guerra lo que me aterra. Llevo en guerra toda la vida. Nací dentro de ella, he construido todo lo que soy sobre ella. La guerra la entiendo. La guerra tiene reglas. En la guerra sabes qué hacer, adónde ir, a quién golpear.

Es perderla. Eso no sé manejarlo.

Durante horas estuvo en ese almacén y yo no sabía si seguía viva. Durante horas fui una máquina. La máquina funcionó. Encontró el lugar, reunió a los hombres, reventó la puerta, disparó a quien había que disparar. La máquina no siente. Ahora se ha apagado y queda un hombre en pie en la oscuridad que no consigue dejar de temblar.

Cargo el fusil. Subo. Katerina está en el asiento trasero. El chaleco sobre los hombros, la carpeta sobre las rodillas, la cabeza apoyada en la ventanilla. Alexei a su lado, la cabeza ladeada, los ojos cerrados.

Le tomo la mano. Helada. Dedos finos, manchados de sangre. La aprieto y siento los huesos bajo la piel. Estas manos. Estas manos que me tocan la cara por la mañana y que esta noche estaban atadas detrás de una silla.

Ella aprieta la mía. Sin abrir los ojos. Aprieta como si mi mano fuera lo único que la mantiene anclada al mundo.

Tony arranca. Las sirenas se quedan atrás. El almacén desaparece en el retrovisor.

Le sostengo la mano todo el trayecto. No hablo. Ella no dice nada. Afuera, Nueva Jersey desfila en la oscuridad y, por primera vez en mi vida, me da más miedo un sentimiento que una bala.

CAPÍTULO 28

El ruido que haces cuando te derrumbas

Vincent

El médico se llama Ferraro. Lo conozco desde hace diez años. Cosió a mi primo después de un tiroteo en Hoboken, le sacó una bala de la pantorrilla a Tony en un aparcamiento de Brooklyn, arregló cosas por las que en los hospitales hacen preguntas. Él no hace preguntas. Por eso le pago.

El ático está en silencio. El tipo de silencio que llega después de las cosas malas, cuando todos respiran despacio porque respirar demasiado fuerte parece una falta de respeto hacia lo que ha pasado.

Katerina está sentada en el borde de la cama, en la habitación. La luz es tenue, el resto del ático está a oscuras. Ferraro le palpa las costillas con los dedos, despacio, metódico. Ella no se queja. Ni siquiera hace una mueca. Inspira cuando él presiona el lado izquierdo y lo único que cambia es que los nudillos se le ponen blancos sobre la manta. Aprieta la tela como si pudiera meter el dolor dentro y esconderlo ahí.

"Dos fisuradas", dice Ferraro. "Puede que una esté fracturada. Hace falta una placa para estar seguros, pero este no es momento de ir a un hospital."

"No", dice ella. "No es momento."

La voz plana. Control total. La misma voz con la que les da órdenes a sus hombres. Como si dejarse vendar las costillas rotas a las tres de la mañana fuera una reunión de trabajo.

Le venda el torso con vendas elásticas. Los moretones ya oscuros en el costado, sobre las costillas, negros y morados como una tormenta bajo la piel. El labio hinchado y partido que Ferraro limpió y cerró con puntos adhesivos. Las muñecas marcadas de rojo donde las bridas le devoraron la piel, ahora desinfectadas y cubiertas con gasas blancas que parecen pulseras de hospital. Las rodillas raspadas por el cemento, la carne viva bajo la sangre seca que Ferraro le lavó.

La miro. Desde la puerta. De pie, con la espalda contra la pared, los brazos cruzados y la cara de un hombre que no siente nada. Porque si siento algo ahora, si dejo entrar lo que hay detrás del muro que levanté en el patio del almacén, puedo hacer estupideces.

Alexei está sentado en una silla, en una esquina. El costado vendado otra vez. Ferraro lo atendió primero porque todavía sangraba. Dos puntos nuevos encima de

los viejos. Las vendas blancas bajo la camisa abierta. La cara pálida. Las manos sobre las rodillas. Mira al suelo.

En la habitación de al lado, el jefe de los búlgaros y otro más están atados a las sillas con bridas. Tony los vigila. No hablan. Todavía no. Pero van a hablar.

Ferraro cierra el maletín. Me mira.

"Analgésicos. Hielo en las costillas cada dos horas. Nada de esfuerzos durante al menos dos semanas."

Dos semanas. En dos semanas podríamos estar todos muertos. Si no descubro quién se está moviendo detrás de todo esto.

"Gracias."

Ferraro se va. La puerta se cierra.

Silencio.

Alexei no levanta la cabeza enseguida.

Sigue con la mirada clavada en el suelo. Las manos sobre las rodillas. Los dedos que se abren y se cierran como si buscaran algo a lo que aferrarse. La respiración controlada de un hombre que lo está conteniendo todo a base de fuerza y al que la fuerza se le está acabando. Tiene la camisa abierta, las vendas blancas debajo, las manos manchadas con su propia sangre y el temblor que intenta ocultar apretándose las rodillas.

Katerina lo mira. Espera. No lo llama. Espera a que sea él.

Levanta la cabeza. La mira. El labio partido, las muñecas vendadas, los moretones que asoman por debajo de las vendas. Los registra uno por uno. Los ojos moviéndose de una marca a otra como quien lee una lista de cosas que son culpa suya.

"He fallado."

No se justifica. No dice estaba herido, no dice eran demasiados, no dice pasó demasiado rápido. He fallado. Es un hombre que existe para proteger a esta mujer y esta noche no lo consiguió, y no hay nada más.

Katerina se levanta de la cama. Despacio, con las costillas tirándole a cada movimiento, la mueca que reprime antes de que le llegue al rostro. Cruza la

habitación hasta él. Alexei no se mueve. No se levanta. Sigue sentado, con la cara alzada hacia ella como un hombre que espera una sentencia.

Ella se detiene delante de él y le toma el rostro entre las manos. Lo obliga a mirarla.

"No estás muerto", dice. "No estás muerto."

No lo absuelve. No le dice no es culpa tuya. Le dice la única cosa que importa: estás vivo. Estás aquí.

Alexei cierra los ojos. Solo un segundo. Sus manos suben y se cierran alrededor de las muñecas de ella, despacio, por encima de las vendas, con una delicadeza que nunca le había visto. La delicadeza de un hombre que tiene miedo de romper algo que ya está roto. Luego la suelta. Se pone de pie. Aprieta la mandíbula. Vuelve a ser lo que es.

Miro la escena desde la puerta y siento algo que no es celos. O quizá sí lo sea, pero es distinto. Alexei la ama a su manera. Una forma que no tiene nada que ver con la mía. Una forma que es sangre, aunque la sangre no lo sea de verdad. Y ella lo ama de la misma manera. Como se ama a alguien con quien has atravesado cosas que no se cuentan. Lo suyo es un amor incondicional.

Lo acepto. No me gusta, pero lo acepto, porque si tengo que elegir entre los celos y tener a alguien que la proteja cuando yo no estoy, lo elijo a él. Siempre.

Irina llega veinte minutos después.

Oigo los pasos en el pasillo antes de verla. Rápidos. Irregulares. El sonido de los tacones sobre el suelo de madera a las cuatro de la mañana. Pasos de alguien que corre y no quiere correr porque correr significa que es grave.

Entra sin llamar.

No está controlada. No está fría. No es la mujer elegante que vi en la mesa del Plaza, con el vestido largo y la copa en la mano. Es una persona que recibió una llamada en mitad de la noche y desde ese momento dejó de respirar.

Ve a Katerina.

Se detiene. En el umbral. Como si se hubiera estampado contra un muro de cristal. Los ojos se le van al labio partido, a las muñecas vendadas, a los moretones que asoman por debajo de la camiseta que Katerina se puso en lugar

del vestido de gala. Lo registra todo en un segundo. Un solo segundo que le cambia la cara.

Abre la boca y no sale nada.

Da un paso. Luego otro. Las piernas ya no le responden rectas. Algo se le rompe en la cara, algo que había mantenido unido durante todo el trayecto en coche, en las escaleras y en el pasillo, y se derrumba. No de rodillas. Por dentro. Se le llenan los ojos y le tiembla el mentón, y entonces la abraza. Los brazos alrededor de Katerina como si alguien pudiera volver a llevársela.

"No puedes hacerme esto." La voz rota, entre dientes. Un susurro que es un grito. "No puedes."

No es rabia. Es miedo en estado puro. El miedo de quien ha pasado horas en la oscuridad con el teléfono en la mano esperando una noticia que podía ser la última.

Katerina le pone una mano detrás de la cabeza. Los dedos entre el pelo. La sostiene. No dice nada. No la consuela, no le dice tranquila, no le dice ya pasó. Solo la sostiene. Porque a veces es lo único que hace falta.

Irina llora. Despacio. Con la cara hundida en el hombro de Katerina. Los hombros le tiemblan. Katerina le sostiene la cabeza y mira al frente, con los ojos brillantes, pero no llora.

No intervengo. No me muevo. No es mi momento. Este es el suyo. Esta es la grieta en el muro que Katerina lleva manteniendo en pie durante horas, y la única persona ante la que esa grieta está permitida es esta mujer que la abraza, llora y le dice no puedes hacerme esto.

Todavía me queda una cosa por hacer. Los dos gilipollas atados.

Tony los ha tenido quietos. El jefe de los búlgaros sentado con las bridas puestas, la cara plana y los ojos calculando probabilidades. El otro, más joven, herido en la pierna, tiembla.

"Llévalos al baño grande", le digo a Tony.

Tony asiente. Conoce el baño grande. Azulejos blancos. Desagüe en el suelo. Fácil de limpiar.

Katerina aparece en la puerta.

"Voy."

"No."

Seco. Bajo.

Me mira. No está enfadada. Tiene esa calma. Que es peor.

"Me secuestraron, Vincent."

Silencio. Tres palabras que pesan como plomo. No dice es mi bratva, no dice es asunto mío. Me secuestraron. Mi cuerpo. Mi piel.

"No debes verlo."

"Esta noche ya he visto bastante."

La miro. Ella me mira. No discutimos. No alzamos la voz. Es el tipo de silencio en el que dos personas deciden algo sin decirlo.

No quiero que me mire mientras me convierto en lo que soy. No porque me avergüence. Sino porque no quiero que la última parte de ella que sigue intacta se manche con las cosas que hago en habitaciones de azulejos blancos. Ha vivido demasiada violencia como para tragarse también la mía.

Ella lo entiende. Lo lee en mi cara. Y no retrocede.

"Si me dejas fuera de esto", dice en voz baja, "me dejas fuera de ti."

La llevo a otra habitación, vacía. Cierro la puerta detrás de nosotros. El sonido de la cerradura al encajar es el único sonido del mundo.

Ella está de pie frente a mí. La camiseta ancha le llega a mitad del muslo, los pies descalzos sobre el parqué, las muñecas vendadas, el labio hinchado. El pelo rubio suelto sobre los hombros, todavía húmedo por la ducha rápida que se dio antes de que llegara Ferraro. Sin maquillaje, sin nada encima salvo las vendas, una camiseta mía y las marcas de lo que le hicieron. Y es la cosa más hermosa que he visto en mi vida. Y eso me destroza.

"No es lo que piensas", digo.

"¿Y entonces qué es?"

No sé cómo decirlo. No se me dan bien las palabras que importan. Nunca me han hecho falta. Se me dan bien las órdenes, las amenazas, todo lo que mantiene a la

gente a distancia. Pero esto es distinto. Ella me mira y espera algo verdadero, y yo no sé cómo darle algo verdadero porque nadie me lo ha pedido antes.

"No quiero que me mires cuando me convierto en lo que soy."

Silencio. Me estudia. Los ojos azules leyendo algo en mi cara que no está escrito.

"Ya lo eres, Vincent. Sé lo que eres: mataste a mi hermano, creo que eso cuenta como prueba."

No lo dice como una acusación. No tiene miedo. Es un hecho.

Se acerca. Un paso. Luego otro. Las manos se alzan y me toman la cara. Los dedos en mis mejillas. Los nudillos raspados. Las manos que empuñaron una pistola esta noche. Las manos que ahora me tocan el rostro como si yo fuera algo frágil y no lo soy, nunca he sido frágil, pero bajo sus dedos me convierto en algo que se le parece, y eso me asusta. Me asusta más que cualquier otra cosa.

"Te amo con todo lo que eres."

No lo dice como una declaración. Lo dice como algo que sabe desde hace tiempo y que ahora dice en voz alta porque está cansada de no decirlo. Sin condiciones.

Algo dentro de mí cede. En un lugar que cerré con llave hace veinte años, cuando entendí qué clase de vida me esperaba y qué clase de hombre iba a convertirme. Un lugar al que no entra nadie porque nadie lo ha intentado nunca. Ella entró. Sin pedir permiso. Como hace con todo. Y no intenta cambiarme, me acepta tal y como soy, por completo. Mi ángel.

La beso.

Mi boca sobre la suya, mis manos en su pelo, su cuerpo contra el mío. El sabor de la sangre en su labio, del adhesivo de los puntos, del desinfectante. El sabor de esta noche de mierda y, por debajo, el sabor de su boca, que es la única cosa real que queda.

Ella me agarra la camisa con las dos manos. Me tira hacia sí. Sus manos sobre mi espalda, sobre mis hombros, sobre mi cuello, en todas partes donde logra alcanzar, como si nunca bastara, como si no hubiera suficiente piel en el mundo para todo lo que necesita tocar.

Me detengo.

Porque mi brazo le presiona las costillas y la siento ponerse rígida por un segundo. Solo un segundo. Una respiración cortante, pequeña, que no quería que oyera. Las

costillas fisuradas. Los moretones. Ni siquiera puedo estrecharla sin hacerle daño. Y alguien va a pagar por esto.

Le suelto el costado. Le tomo la cara entre las manos. Despacio. Mi frente contra la suya. Mi respiración. La suya. Mezcladas. Los ojos cerrados. El mundo reducido a esto. A su aliento sobre mi boca. A su corazón golpeando contra mi pecho. A nosotros dos de pie en una habitación vacía a las cuatro de la mañana, con el caos al otro lado de la puerta.

"Ven", digo. "Ven conmigo."

El baño grande. Azulejos blancos. Luz fría. El desagüe en el suelo, en el centro de la habitación.

El jefe de los búlgaros está sentado en la silla. Las bridas en las muñecas, a la espalda. La chaqueta rasgada, la cara hinchada de un lado, donde uno de mis hombres lo golpeó durante el traslado. Tony en la puerta. Dimitri en la esquina, con los brazos cruzados.

Katerina entra detrás de mí. Se coloca junto a la pared, al fondo. Los brazos cruzados. La cara cerrada. No dice nada. No necesita decir nada. Su sola presencia en la habitación lo dice todo.

Me siento frente al búlgaro. Nuestras rodillas casi se tocan. Lo miro. Él me mira. Tiene los ojos pequeños y la cara de un hombre que lleva treinta años en este negocio y sabe cómo terminan estas cosas.

Hablo en voz baja. Las peores cosas se dicen en voz baja.

Le hago una pregunta. No responde. Le hago la misma pregunta. No responde.

Tony me pasa lo que necesito.

No voy a contar lo que pasa después. Son cosas que se hacen y no se cuentan, y quien lee no necesita los detalles. Lo que sí hace falta saber es que los azulejos blancos se lavan con facilidad y que el búlgaro aguanta veinte minutos y luego deja de aguantar porque entiende que va a morir igual y que la única variable es cuánto va a doler antes del final. Algunos hombres aguantan más. Este no. Este es un contable que organizó el trabajo sucio de otro, y los contables no están hechos para habitaciones de azulejos blancos.

Habla.

El secuestro no fue improvisado. Meses de preparación. Credenciales clonadas para el Plaza, equipo de extracción, una distracción con explosivos, un almacén

preparado con los documentos listos. Alguien dentro de la bratva filtró información sobre rutas, cuentas y autorizaciones. Alguien con acceso a documentos internos, a los movimientos de Katerina y a la seguridad de la gala. Los búlgaros eran el brazo operativo. Pero el cerebro no es búlgaro ni ruso.

El nombre que da es uno solo. Marco.

Mi hermano.

La sangre que llevo en la cara se vuelve fría. Tony no se mueve. Dimitri deja hasta de respirar. Quizá incluso para él, que es ruso, esto sea demasiado.

Marco. Marco, que fue mi testigo. Marco, que estaba sentado con nosotros en la mesa del Plaza esta noche. Marco, que tiene mi misma cara de familia y mi mismo apellido, y que vendió a mi esposa a unos búlgaros para quedarse con lo que no consiguió quedarse por sangre. Ya intentó matarme una vez, pero esta vez ha firmado su condena a muerte. El preferido de papá. El elegido antes que yo para convertirse en Don.

Miro a Katerina. Los brazos cruzados. No tiembla. No aparta la mirada. Me mira con los ojos de quien ya lo había entendido, quizá antes que yo, quizá desde que vio aquellos documentos en el almacén y comprendió que alguien en su mesa la había vendido y alguien en la mía la había comprado.

No baja los ojos. No pide confirmación. No pregunta qué vas a hacer.

Ya no es una mujer a la que haya que proteger. Nunca lo fue. Es una reina en guerra, y ahora la guerra es nuestra.

Casi amanece.

Ella está sentada en el borde de la cama. La luz baja de la lámpara de noche le corta el rostro por la mitad. En algún lugar Tony habla por teléfono, en voz baja, dando órdenes para las próximas horas. En algún lugar Alexei está sentado a oscuras, con el costado ardiéndole y la cabeza llena de cosas que no le dirá a nadie. En algún lugar los búlgaros están en una habitación con los azulejos sucios y ya no hablan.

Me arrodillo delante de ella. No es un gesto. Ni siquiera lo pienso. Me arrodillo porque es la única manera de tener sus ojos frente a los míos. De estar cerca. De dejar de estar de pie, de dejar de estar en guerra conmigo mismo, de dejar de ser la máquina.

Le tomo las muñecas. Las giro. Las miro. Las marcas rojas bajo las vendas, la piel viva donde el plástico cavó durante horas. Alguien le hizo esto. Alguien que ahora está muerto en la habitación de al lado porque mi hermano decidió que esta mujer era un precio aceptable.

Las beso. Es un beso que no tiene nada de erótico. La boca apretada contra su piel como si pudiera borrar las marcas. Como si volver atrás en el tiempo fuera una cuestión de presión y voluntad. No puedo. Lo sé. Pero mi boca sobre su piel es la única cosa que sé hacer que no sea violenta.

La muñeca izquierda. La derecha. Los nudillos raspados. Los dedos que recogieron pruebas del suelo de un almacén con las costillas rotas. Los dedos que me tocaron el pecho en el almacén y me dijeron respira.

"Te amo."

Lo digo simple. Dos palabras. Las más difíciles que he pronunciado en mi vida. Nunca le he dicho te amo a nadie. A nadie. Ni a mi madre, que murió cuando yo tenía doce años, ni a las mujeres que pasaron y no se quedaron, ni a mi padre, que nunca me lo habría dicho primero. Dos palabras que salen ahora, en una habitación con luz baja, a las cinco de la mañana, delante de una mujer con moretones, vendas y unos ojos azules que me miran desde arriba con la dulzura de un ángel en medio del infierno.

Ella me mira. Con esos ojos que lo ven todo, que lo han visto todo esta noche, que lo verán todo mañana y pasado mañana. Ojos que han visto lo que hago y no se han cerrado. Ojos que me miraron temblar en el patio de un almacén y no me juzgaron.

"Ya lo sabía", dice. Despacio.

Me pasa los dedos por el pelo. Lentos. De la frente a la nuca. Y yo cierro los ojos y apoyo la cabeza sobre sus rodillas y, por primera vez, el temblor se detiene. Me siento completo. Estaba a medias y no lo sabía.

CAPÍTULO 29

El trono se conquista de rodillas

Vincent

Una semana.

Siete días de llamadas encriptadas, encuentros en aparcamientos subterráneos, dinero moviéndose de una cuenta a otra sin dejar rastro. Siete días en los que Katerina desmontó su propia organización pieza por pieza para encontrar a quien la vendió desde dentro. Dos hombres de la bratva apartados en silencio. Un tercero desaparecido por su cuenta: huyó antes de que Alexei llegara a hacerle preguntas, y eso es una confesión más clara que cualquier admisión.

Siete días en los que yo le sonreí a mi hermano por teléfono. Le pregunté por los negocios de la familia como si no hubiera pasado nada.

Siete días fingiendo. Comiendo con mi padre el martes, como cada martes. Hablando de negocios con Tony, como cada día. Durmiendo al lado de Katerina y despertándome por la mañana, olvidándolo todo durante un segundo, y luego recordándolo y sintiendo cómo vuelve el hielo.

El espejo del baño me devuelve a un hombre descansado. Las ojeras han desaparecido. El corte en la sien se ha cerrado. Por fuera, todo ha vuelto a la normalidad. Por dentro, es otra historia.

Me pongo la camisa. Los botones. La chaqueta oscura. Los zapatos.

El anillo.

Plata oscura, grabado fino. El símbolo de la bratva que Katerina me deslizó en el dedo el día en que nos enfrentamos al consejo de los Vor. Nunca me lo pidió de vuelta. Yo nunca me lo quité.

Marco. Mi hermano. El mismo padre, la misma madre, las mismas manos que nos enseñaron a disparar en el sótano de la casa de

Long Island cuando teníamos quince y trece años. Marco, que me copiaba los deberes. Marco, que puso su firma junto a la mía en cada contrato importante de los últimos diez años. El cabrón al que le cubrí la espalda durante años, mientras yo me ensuciaba las manos y él vivía su vida de privilegiado.

Marco, que organizó el secuestro de mi esposa.

Lo que más duele no es la traición. En nuestro mundo, la traición es un riesgo calculado, igual que las balas, igual que las condenas. Lo que más duele es no haberme dado cuenta. Haberle mirado la cara durante años y no haber visto nada.

El teléfono de Stoyan, cuyo nombre salió durante el interrogatorio, contenía seis meses de comunicaciones. Katerina hizo que Irina y un informático de la bratva lo analizaran todo. Los rastros llevan a Sofía, de Sofía a un intermediario, del intermediario a una cuenta en Chipre. Cada pieza encajada en la otra. Siempre lleva al mismo nombre.

En la bratva, la investigación interna hizo el resto. Dos hombres de Katerina que estaban pasando información fueron identificados y apartados en silencio. Un tercero huyó antes de que Alexei llegara a hacerle preguntas. Irina reconstruyó la cadena desde dentro: quién sabía, quién habló, quién abrió las puertas.

Esta noche cenamos en casa de mi padre. Toda la familia. Marco incluido.

Ella entra en la habitación.

Vestido negro, largo, cuello alto. El cuerpo ha hecho su trabajo en siete días. Los moratones son un recuerdo amarillento bajo la tela. El labio curado, una línea fina que parece de hace años. Las rodillas lisas.

Pero yo veo lo que los demás no ven. Veo cómo controla las salidas de cada habitación en la que entra. Veo la pistola en el cajón de la mesilla que antes no estaba. Veo ese segundo en que se despierta por la mañana y sus ojos buscan la puerta antes de buscarme a mí.

Me mira en el espejo. Dos personas vestidas con elegancia preparándose para una cena familiar. Dos personas que, bajo la seda, llevan una guerra.

"¿Estás seguro?"

No está hablando de la cena.

"Sí."

Sus dedos encuentran la solapa de mi chaqueta. La acomoda. Los dedos bajan, encuentran mi mano. Se detienen en el anillo. Lo giran despacio.

"Nunca te lo has quitado."

"No."

Se vuelve hacia mí. Los ojos azules sin máscaras.

"Sabes lo que significa."

"Explícamelo."

Su respiración cambia.

"Eres mi rey."

Lo dice bajo. Como algo verdadero que no necesita volumen. Mi trono es tuyo. Mi guerra es tuya.

Me arrodillo.

No es sumisión. Es una elección. La más deliberada de mi vida.

"Un rey solo se arrodilla ante su reina."

Sus dedos me rozan la mejilla. La mandíbula.

Le tomo el tobillo izquierdo. Mis dedos se cierran sobre el hueso fino, sobre la piel caliente encima del zapato de tacón. Se lo quito. Despacio. El zapato cae sobre el parquet sin hacer ruido. Luego el otro. La hebilla que se abre, el tacón que se desliza fuera.

Beso su tobillo. La curva del hueso donde se ven las venas azules bajo la piel. Ella no se mueve. Espera.

Subo. La pantorrilla. Mi boca sobre su piel a través de la tela fina del vestido. Mis manos alzando el tejido negro centímetro a centímetro. La tela deslizándose por mis nudillos. La piel apareciendo debajo.

La rodilla. La beso por dentro, donde es suave, donde la piel es más fina. Ella inspira. Un sonido pequeño que le nace en la garganta.

La parte interna de la pierna. Mi boca sobre su piel desnuda. Caliente. Suave. Sus manos encontrando mi pelo. Los dedos cerrándose entre los mechones. No me guían. No me frenan. Me dejan el ritmo.

Subo. La piel se vuelve más caliente. Su respiración más corta. Sus dedos más tensos. La tela del vestido recogida alrededor de su cintura como una flor negra que se abre.

Me detengo. La miro desde abajo. Ella me mira desde arriba. Sus ojos oscuros con algo que no es solo deseo. Los labios entreabiertos. El pecho subiendo. Bellísima. Poderosa. Mía.

Sus piernas se abren para mí. Soberanía. Una reina que concede su cuerpo a quien ha elegido.

Mi boca sobre ella.

El sonido que hace es algo que llevaré conmigo hasta el final. Bajo, profundo, vibrando en su garganta y en el aire de la habitación. Sus dedos en mi pelo, apretando hasta hacer daño, y yo no quiero que se detengan jamás.

No tengo prisa. Esto no es sexo. Esto es adoración. La boca, la lengua, las manos sobre sus piernas apenas temblorosas. El ritmo lento que construye y luego afloja y luego vuelve a construir, porque quiero oír cada sonido, cada respiración, cada contracción de sus músculos bajo mis manos. Quiero que recuerde esto. Quiero que, cuando esté sentada en una habitación llena de hombres hablando de poder, recuerde que su rey se arrodilló ante ella y la adoró con la boca.

Sus caderas se mueven. Sus manos tiran. Sus piernas se cierran alrededor de mi cabeza y luego vuelven a abrirse. La respiración se

vuelve irregular, rota, hecha de sonidos que ya no controla porque ha dejado de controlarse. Conmigo es el único lugar donde se suelta.

La siento subir. En el modo en que le tiemblan las piernas, en cómo aprietan sus dedos, en cómo se le corta la respiración a mitad. La sostengo. Las manos en sus caderas. La boca sobre ella. El ritmo ahora es el suyo, no el mío. Estoy a su servicio. Estoy de rodillas y estoy a su servicio, y no existe nada más poderoso en el mundo.

Se corre con un sonido que le sale de la garganta como si fuera algo sagrado. El cuerpo arqueándose contra mi boca. Los dedos tirando. Las piernas temblando. Luego la descarga. Lenta. Como una ola que se retira de la orilla.

Me quedo. La frente apoyada en su pierna. Su respiración volviendo. Sus dedos abriéndose en mi pelo y volviéndose suaves. Lentos. De la frente a la nuca y otra vez.

Me levanto. Le tomo la cara. La beso en la boca. El sabor de ella en mis labios. Ella lo nota y no se aparta. Me besa con más intensidad.

"Te amo."

Con la voz baja. Porque es verdad. Porque cada vez que lo digo pesa un poco menos y quema un poco más.

Me mira. Los dedos en mi cara. Los ojos brillantes.

"Creo que acabas de demostrármelo."

Nos quedamos así, frente contra frente. Cerca. Su respiración sobre mi piel. El perfume, que ahora es una mezcla de nuestros dos cuerpos.

Ella se recompone primero. Se coloca el vestido. Se mira en el espejo. Comprueba el maquillaje, el cuello alto, el pelo. Todo en su sitio. Perfecta. Como si no hubiera pasado nada. Como si hace un minuto no hubiera estado entre mis manos, con la cabeza echada hacia atrás y la voz rota de placer.

Eso es lo que es. Una mujer que arde y se recompone antes de que el mundo se dé cuenta.

Me roza la cara con el dorso de la mano.

"Esta noche no pasará nada."

"No."

"Sonreímos. Comemos. Marco no ve nada."

"No verá nada."

Me mira con algo en los ojos que no es ternura y no es rabia. Es certeza. La certeza de quien ya ha decidido y no va a dar marcha atrás.

"Vincent."

"¿Sí?"

"La próxima vez que te arrodilles, tendremos todo el tiempo del mundo."

Sale. La puerta se cierra. Su perfume se queda en el aire.

Me miro en el espejo. Me abotono otra vez la camisa. La chaqueta. Los zapatos. El anillo en el dedo.

El hombre que me devuelve la mirada sabe exactamente qué hacer.

No voy a cenar a casa de mi padre.

Voy a tomar el trono.

CAPÍTULO 30

La mesa de los lobos

Katerina

El SUV negro se desliza por el Upper East Side y yo miro la ciudad que corre tras la ventanilla mientras pienso en lo que estoy a punto de hacer. Sentarme a la mesa con el hombre que me secuestró. Comer del mismo plato que él. Sonreírle a la cara. Y no hacer nada. Todavía no.

Mi padre me enseñó algo cuando yo tenía dieciséis años y un hombre del consejo nos había traicionado. Me llevó a la cena de Año Nuevo donde ese hombre estaba sentado a la mesa con toda su familia. Me hizo sentarme frente a él. Me hizo brindar con él. Y dos semanas después ese hombre desapareció y nadie volvió a preguntar adónde había ido. "La paciencia es el arma más cruel", me dijo aquella noche en el coche. "Porque el enemigo no sabe cuándo empieza a morirse."

Esta noche hago lo mismo. Con la misma cara. Con la misma sonrisa.

Vincent conduce. Las manos en el volante, relajadas. La mandíbula quieta. El anillo de la bratva en el dedo, reflejando las luces de las farolas cada vez que gira. Parece tranquilo. No lo está. Lo conozco lo bastante para saber que cuando parece tranquilo es cuando resulta más peligroso.

"Cuánto tiempo?", pregunto.

"Dos horas. Tres como mucho."

"Y si Marco dice algo?"

"No dirá nada. Marco no es estúpido."

"Marco es exactamente estúpido. Por eso hizo lo que hizo."

Vincent no responde. Sabe que tengo razón.

La villa de los Marchesi está en Greenwich. Fuera de Manhattan, fuera del ruido, detrás de una verja de hierro forjado y un camino de robles que en otra vida sería hermoso. Seguridad discreta: dos hombres en la entrada que parecen jardineros y no lo son, cámaras escondidas entre el verde, un tercero detrás fumando junto al garaje.

La casa es grande del modo en que son grandes las casas de quienes llevan tres generaciones con dinero. No ostentosa. Sólida. Piedra gris, ventanas altas, hiedra trepando ordenada por la fachada como si incluso la naturaleza aquí obedeciera reglas.

Entramos.

El padre está en el recibidor. Salvatore Marchesi. Espalda recta, manos cuidadas, ojos que no se pierden nada. Me abraza. Formal. Las manos sobre mis hombros, un beso en cada mejilla, olor a tabaco y colonia.

"Katerina. Tienes muy buen aspecto."

"Gracias, Salvatore."

Me estudia. Siempre lo hace. No por hostilidad. Por costumbre. Salvatore Marchesi estudia a todos los que entran en su casa como un relojero estudia un mecanismo: busca la pieza que no funciona.

Luego abraza a Vincent. Distinto. Más apretado. Más largo. La mano en la nuca de su hijo durante un segundo. Vincent se deja abrazar con la rigidez de un hombre al que ha criado este hombre, que lo ama y que dentro de poco va a romperle el corazón.

Marco está en el salón.

Lo veo antes de que él me vea. De pie junto a la chimenea con una copa en la mano, la chaqueta oscura, la camisa abierta en el primer botón. Guapo. Todos los Marchesi son guapos, es genético, igual que los pómulos altos, la mandíbula ancha y los ojos verdes. Marco tiene dos años menos que Vincent y parece cinco años más joven. Menos aristas. Más superficie.

Me ve. Sonríe. Se acerca.

"Katerina". Me besa las mejillas. Sus labios se quedan un segundo de más demasiado cerca de mi piel. Un gesto que en otro hombre sería afecto. En él es territorio. Está marcándome delante de su hermano, delante de su padre, delante de todos. Como un perro que alza la pata.

No retrocedo. No cambio de expresión. Registro.

Le estrecha la mano a Vincent. "Hermano."

"Marco."

Dos sílabas. La voz de Vincent es normal. Ni una grieta. Ni un grado más de calor, ni uno menos. Perfecto. Una vez me dijo que la mejor actuación es aquella en la que no cambias nada. En la que eres exactamente como serías si no estuvieras actuando.

La mesa está puesta para cuatro. Mantel blanco, velas, cubertería que ha visto generaciones de cenas como esta. Salvatore en la cabecera. Yo a su derecha. Vincent a su izquierda. Marco frente a mí.

Frente a mí. Donde puedo mirarlo a la cara toda la noche.

Llega el primer plato. Risotto de boletus. La cocinera que Salvatore tiene desde hace veinte años y que cocina como si cada comida fuera la última. El aroma llena la estancia y por un segundo es una cena normal. Una familia comiendo junta. Las copas que se llenan, los platos humeando, las voces bajas bajo la luz de las velas.

No es una cena normal. Es un campo minado con manteles blancos.

Salvatore habla. Del mercado, de las inversiones, de una propiedad en Cerdeña que quiere vender. Habla como hablan los patriarcas: sin pedir opiniones, repartiendo información como se reparten cartas. De vez en cuando me hace una pregunta sobre la bratva. Sobre los negocios. Sobre el puerto de Newark. Las preguntas de un hombre que quiere saber cuánto vale la mujer con la que se ha casado su hijo.

Respondo como respondería a cualquier socio veterano. Con respeto. Con precisión. Sin dar más de lo que pide.

"La familia es lo único que queda", dice en cierto momento, con la copa medio alzada. Mira a sus hijos. A los dos. Con el orgullo ciego de los padres que creen saber a quién han criado. "Todo lo demás va y viene. El dinero, las propiedades, los socios. La familia permanece."

Marco asiente. "Sobre todo cuando ahí fuera está lleno de lobos."

Lo miro. El rostro relajado. La sonrisa fácil. El hombre que pagó a unos búlgaros para atarme a una silla y obligarme a firmar la cesión de mi organización y que ahora está sentado delante de mí hablando de lobos como si supiera lo que son.

"Los lobos no dan miedo", digo. La voz tranquila. La copa en la mano. "Los traidores sí."

Silencio.

Un segundo. Dos. La plata brillando. La vela temblando. Marco bebe. Su mirada no cambia. Ni un temblor, ni una vacilación. O no lo ha entendido o es mejor de lo que creo. Lo más probable es que no lo haya entendido. Marco no es de los que captan los subtextos. Es de los que toman las cosas por su valor nominal porque mirar debajo da trabajo y a Marco no le gusta trabajar.

Salvatore me mira. Un destello de curiosidad en sus ojos viejos. Luego vuelve a su vino.

Vincent no interviene. Come. Bebe. Responde a su padre cuando este le habla. No mira a Marco más de lo necesario. No me mira a mí más de lo necesario. Un hijo cenando con su familia. Nada más. Perfecto.

Llega el segundo plato. Ternera. Marco cambia de tema con la soltura de alguien que jamás ha tenido que sopesar sus palabras. El codo en la mesa, el cuchillo cortando la carne con movimientos lentos.

"Mala noche, la de la gala", dice. "Oí la explosión. Al final, todo bien?"

Me mira. Directo. Espera mi reacción. Ese es el tipo de hombre que es Marco: el tipo que vuelve a la escena del crimen para ver si la policía encontró algo. No por inteligencia. Por vanidad. Quiere saber si ganó.

"No para todos", digo.

Marco arquea las cejas. "Ya. Leí que algunos invitados resultaron heridos."

"Algunos."

"Tú estás bien?"

"Estoy perfectamente."

Debajo de la mesa, mi mano izquierda está cerrada en un puño sobre mis rodillas. Las uñas clavadas en la carne de la palma. Nadie la ve.

Salvatore nos observa. De mí a Marco y de vuelta. Percibe algo, pero no sabe qué. Es un hombre que ha pasado cincuenta años leyendo habitaciones, y esta habitación le está diciendo algo que no consigue

descifrar. Algo que no encaja. Pero Salvatore también es un hombre que construyó su imperio sobre la paciencia y sobre la regla de que en la mesa no se hacen preguntas. Vuelve a su ternera.

Llega el postre. Tiramisú. Marco cuenta una anécdota sobre la abuela, sobre cuando hacía el tiramisú con marsala en vez de ron y Salvatore se enfadaba. Salvatore se ríe. Vincent sonríe. La mesa es cálida, dorada, familiar. Y yo estoy sentada en medio, sonriendo y pensando: dentro de unas semanas esta mesa estará partida en dos y el hijo que hace reír a su padre será el mismo que lo ha destruido.

Después del postre, Salvatore me invita a su despacho. Coñac. Butacas de cuero oscuro. Una librería que cubre toda una pared, los lomos de los libros gastados por el uso. El olor a tabaco y papel viejo y a una vida entera decidiendo quién vive y quién muere en esta ciudad.

Me sirve una copa. Se sienta. Cruza las piernas. Me mira con la cara de un hombre que quiere preguntar algo y está decidiendo cómo.

"Te sientes segura?"

La pregunta es directa. No la rodeo.

"Me siento alerta."

Asiente. No es la respuesta que quería, pero es la que respeta. Salvatore es un hombre que se casó con una mujer dura y perdió a esa mujer, y desde entonces mide a todas las demás con la vara de ella. Yo paso la prueba. Lo noto.

"Vincent te protege", dice. No como una pregunta.

"Vincent es mi marido. No mi guardaespaldas."

Una comisura de la boca se le eleva. Lo sé. Le gusto. Ve en mí algo que le recuerda a alguien.

Bebe. Mira el coñac en la copa. Decide cambiar de tema. O quizá es el mismo tema visto desde otro ángulo.

"Marco es impulsivo", dice. La voz baja, el tono de quien habla del hijo que le preocupa. "Tiene la cabeza caliente. Pero es leal. Tiene el corazón en su sitio."

Bebo el coñac. Lo miro por encima del borde de la copa. No contradigo. No confirmo. Dejo que el silencio haga el trabajo.

Salvatore es un hombre inteligente. Pero también es un padre. Y los padres no ven lo que no quieren ver. Cuando la verdad salga a la luz... y saldrá... este momento en el despacho será lo que más le duela. No la traición. No el dinero. Esto. Él sentado en el sillón diciendo "es leal" y yo bebiendo sin decir nada.

Vuelvo al salón. Vincent está fuera, en la terraza, al teléfono. Tony, seguramente. Salvatore se ha quedado en el despacho.

Marco está solo.

De pie junto a la ventana. El coñac casi terminado. Mira el jardín. O finge que mira el jardín. Marco es el tipo que posa incluso cuando está solo porque no sabe estar sin público.

Se gira. Me ve.

"Deberías tener más cuidado", dice. Se acerca. Despacio. Como un consejo fraternal. Como un cuñado atento. "Nueva York no es Moscú."

"Lo sé". Lo miro. Fijo. "Aquí los enemigos sonríen más."

Sonríe. Da un paso más. Demasiado cerca. Su perfume, el coñac en su aliento, sus ojos buscando algo en mi cara. Miedo, quizá. Una grieta. Una debilidad. Algo que le confirme que el trabajo de sus búlgaros funcionó aunque sea un poco. Que la mujer a la que mandó secuestrar tiene al menos un arañazo visible.

No encuentra nada.

"Eres una mujer fuerte, Katrina. Te admiro."

La palabra admiro en su boca sabe a algo podrido. Marco no admira a nadie. Marco calcula el valor de la gente como se calcula el valor de un inmueble: metros cuadrados, ubicación, rendimiento.

Me inclino hacia él. Los labios junto a su oído. Mi perfume entrando en su nariz. Lo noto tensarse. Un estremecimiento leve que arranca en los hombros y baja. Bien.

"No te equivoques ni un segundo con mi nombre, Marco."

Me aparto. Lo miro. Sigue sonriendo, pero su sonrisa ya es distinta. Menos segura. No sabe si es una amenaza o un flirteo. No sabe si he dicho lo que ha oído o si lo ha entendido mal. Y eso es exactamente lo que quiero. Quiero que esta noche se revuelva en la cama pensando en esa frase y no consiga dormir.

Vincent vuelve de la terraza. Me mira. Mira a Marco. No dice nada. No le hace falta decir nada.

Salvatore alza la copa. De pie, en medio del salón, con la luz de las velas ahuecándole el rostro.

"Por la familia."

Alzo mi copa. Miro a Marco. Sonrío. La sonrisa justa.

No vamos a matarte. Sería demasiado simple. Demasiado rápido. Vamos a hacerte caer. Pieza por pieza. Contrato por contrato. Aliado por aliado. Hasta que no te quede más que una habitación vacía y tú dentro, preguntándote adónde se fue todo.

Bebo.

Vincent conduce. Las manos en el volante. No habla. No necesita hablar. Hemos pasado tres horas actuando y ahora el silencio es un alivio. Es el único lugar donde podemos dejar de hacerlo.

"Quieres volver atrás?", pregunta.

"No."

El ruido del motor. La oscuridad al otro lado de la ventanilla. Los faros cortando el asfalto.

Pienso en Salvatore en el despacho diciéndome "es leal".

Miro el anillo en el dedo de Vincent. La plata oscura. El símbolo de la bratva que llevaba mi padre y que ahora lleva un Marchesi. Y no cualquiera. El que mató a mi hermano. El hermano que traficaba con mujeres.

El trono no se toma a tiros. Se toma esperando. Con la paciencia de quien sabe que cada pieza está en su sitio y que el tiempo trabaja para ti y no para ellos. Mi padre me lo enseñó delante de un hombre que no sabía que ya estaba muerto.

Las luces de la villa se alejan en el retrovisor. Se vuelven pequeñas. Luego desaparecen.

La mano de Vincent encuentra la mía sobre el asiento. La aprieta. No digo nada.

Mañana empieza la caída de Marco Marchesi. Y no sentirá nada hasta que ya esté en el suelo.

CAPÍTULO 31

La primera grieta

Vincent

El despacho de mi padre no ha cambiado desde que yo tenía quince años. El mismo escritorio de nogal, los mismos sillones, la misma luz que entra por las persianas y corta la habitación en franjas. La única diferencia es que ahora estoy sentado del lado correcto del escritorio.

Salvatore en la cabecera. Yo a su derecha. Marco a su izquierda. Tony de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados y la cara de alguien que lo escucha todo y no olvida nada.

Marco habla.

Ha preparado una presentación sobre el puerto. Expansión logística, nuevos espacios de almacenamiento, acuerdos con una empresa de transportes de Newark. Habla con seguridad. Los números en orden, las proyecciones razonables, el tono de quien ha trabajado durante semanas para montar el paquete. Marco es bueno en esto. Siempre lo ha sido. La superficie. El paquete. La venta. Mi padre lo mira y ve al hijo que tiene el don de la palabra, el que sabe convencer a una mesa en veinte minutos.

Yo escucho.

No intervengo durante los primeros diez minutos. Dejo que Marco ocupe la habitación. Que se extienda. Que se sienta dueño de la mesa. Es algo que aprendí de Katerina, no interrumpir a un hombre que se está metiendo solo en una trampa. *Cuánto me ha cambiado esta mujer...*

Marco termina. Se recuesta en el respaldo. Mira a nuestro padre.

"Los márgenes son del dieciocho por ciento el primer año. Veinte a partir del segundo."

Salvatore asiente. Piensa. Se gira hacia mí.

"Vincent?"

"Quién gestiona el depósito de Newark?"

La pregunta es neutra. Técnica. El tipo de pregunta que hace un socio atento antes de firmar cualquier cosa.

Marco responde sin vacilar. "Meridian Logistics. Son fiables, llevo dos años trabajando con ellos."

"¿Tres cargamentos al mes?"

"Cuatro."

Silencio. Dejo que el número se quede flotando en el aire.

Tony se aclara la garganta. Nadie le ha preguntado nada. Tony no habla en las reuniones si no se lo piden. Ahora lo hace.

"En los registros del puerto figuran dos. Al mes."

Marco lo mira. Durante un segundo, menos de un segundo, una fracción, algo le cruza la cara. No es miedo. Es molestia. La molestia de quien es corregido por alguien a quien considera inferior.

"Los registros del puerto llevan tres meses de retraso. Sabes cómo funciona esto."

"Puede ser", dice Tony. Y vuelve a su silencio.

Salvatore nos mira. De un lado a otro. No dice nada durante cinco segundos. Cinco segundos que en esta habitación pesan como minutos.

"Verifiquemos los números antes de movernos", dice. La voz plana.

Marco abre la boca. La cierra.

Es la primera vez en tres años que nuestro padre no aprueba una de sus propuestas sin reservas. La primera vez que dice "verifiquemos" en lugar de "sigue adelante". La primera vez que la palabra de Marco no basta.

Siempre he sido yo el imperfecto...

No es un derrumbe. No es una acusación. Es una grieta. Fina como un cabello. Invisible para quien no sabe dónde mirar.

Marco la siente. Lo veo en la forma en que recoge los papeles. Un gesto más brusco de lo necesario. En el ángulo de la mandíbula que

se le tensa. En la manera en que no me mira cuando se pone de pie.

"Hazme llegar todo antes del jueves", dice Salvatore. A Marco. No a mí.

Marco asiente. Sale. Tony detrás.

Salvatore se queda sentado. Mira la puerta cerrada. Luego me mira a mí.

No dice nada. Yo no le pregunto nada.

Pero en la habitación ha quedado algo que antes no estaba. Una duda. Pequeña. Ligera. Como el primer hilo de agua que entra en una presa. No lo bastante como para alarmarse. Lo bastante como para no dormir bien.

El ático. Noche.

Katerina está sentada a la mesa de la cocina. Delante de ella, una carpeta cerrada y un vaso de agua. No está leyendo. Está pensando. La diferencia está en las manos. Quietas, una sobre la otra, con los dedos relajados.

Me quito la chaqueta. La dejo en el respaldo de la silla. Me siento frente a ella.

"Ha dudado", digo.

"¿Quién? ¿Marco o tu padre?"

"Los dos."

Silencio. Ella hace girar el vaso de agua entre los dedos. Despacio. Una vuelta. Dos.

"Un empujón más."

"Mañana. Tony enviará los registros correctos a Salvatore."

"No los nuestros. Los del puerto."

"Los del puerto."

Me toma la mano. Gira el anillo. Un gesto que se ha convertido en su manera de decir estamos ganando sin decirlo. No es erótico. No

es tierno. Es simplemente nosotros.

"La paciencia hace más ruido que la violencia", dice. En voz baja.

La miro. De pie en la cocina del ático con la luz tenue, la carpeta cerrada y las manos quietas. Ya no estoy protegiendo a una mujer. Ya no estoy gestionando una alianza. Estoy gobernando con una reina que tiene más sangre fría que yo.

Dos días después de la reunión. Martes.

Observo a Marco desde el aparcamiento del restaurante donde almorzamos con los proveedores. Desde fuera. Desde el SUV. Tony al volante, la radio apagada, el motor encendido.

Marco sale del restaurante con el teléfono pegado a la oreja. Habla. Se detiene en la acera. Sigue hablando. La mano libre gesticulando. El paso que se vuelve más corto, nervioso. Luego se queda quieto. Mira el teléfono. Vuelve a llamar. Espera. Nadie responde.

Vuelve a llamar. Espera. Nadie responde.

Se guarda el teléfono en el bolsillo. Se pasa la mano por el pelo. Mira alrededor como quien busca algo que no está. Luego vuelve a entrar en el restaurante.

"Su proveedor de Sofía", dice Tony sin girarse. "Le bloquearon la cuenta esta mañana."

No le pregunto cómo lo sabe. Tony siempre sabe cómo.

"¿Y el cargamento?"

"Retrasado. Tres días, quizá cinco. El transportista dice que son problemas aduaneros. Los problemas aduaneros los hemos creado nosotros."

Miro a Marco a través del cristal del restaurante. Sentado a la mesa. Sonríe a los proveedores. La sonrisa de siempre. Pero tiene el teléfono sobre la mesa, la pantalla hacia arriba, y le echa un vistazo cada treinta segundos.

Anoche llamó a Petrov, un intermediario que trabaja entre los Balcanes y Nueva York. Petrov no respondió. No responderá. Irina

habló con él hace tres días, con una oferta que no podía rechazar y una advertencia que no podía ignorar.

Esta mañana, la cuenta chipriota fue marcada para una revisión rutinaria. Nada alarmante. Una revisión. Una carta. Un retraso. El tipo de cosa que pasa y no significa nada. Salvo cuando pasa el mismo día en que tu proveedor no responde al teléfono, tu cargamento queda retenido en aduanas y tu intermediario ha desaparecido.

Marco todavía no lo sabe. Cree que es mala suerte. Un mal día. Una coincidencia.

No es una coincidencia. Es un asedio. Y el asedio no ha hecho más que empezar.

Jueves. El despacho de Salvatore.

No estoy invitado. No debo estar allí. Pero Tony es amigo del contable de mi padre desde hace veinte años, y la información tiene las piernas largas.

Salvatore está solo. El escritorio cubierto de papeles. El ordenador encendido. Las gafas de lectura que nunca usa en público.

Tony me lo cuenta esa noche. Palabra por palabra.

Salvatore pasó la tarde releyendo los números de Marco. No los de la presentación. Los registros del puerto. Los movimientos bancarios de las empresas vinculadas. Las facturas. Los contratos.

Encontró discrepancias. Pequeñas. El tipo de discrepancias que un contable no notaría, pero que un hombre como Salvatore Marchesi, que construyó un imperio controlando cada céntimo, sí detecta.

Números que no cuadran. Facturas duplicadas. Una empresa en Chipre que aparece en dos operaciones distintas con el mismo número fiscal.

Salvatore no acusó a Marco. No llamó a Marco. No me llamó a mí.

Llamó a su contable de confianza. Un hombre que trabaja para la familia desde hace treinta años y que no responde ante nadie salvo

ante Salvatore.

"Envíamelo todo", le dijo. "También lo que normalmente no me enseñáis."

La duda ha entrado.

Como una carcoma. El tipo de duda que un padre se guarda para sí porque no quiere creerla. La clase de duda que lo despierta en mitad de la noche y le hace pensar no, Marco no. No mi hijo. Y luego se da la vuelta en la cama y piensa y si fuera verdad. Y por la mañana se levanta y revisa otro número. Y otro. Y otro.

La carcoma ya está en la madera. Ahora roe sola.

La terraza del ático. Noche.

La ciudad debajo de mí. Millones de luces. El ruido sordo del tráfico, que a esta hora parece una respiración. El aire frío con olor a río y a asfalto.

Katerina sale. Se coloca a mi lado. Se queda de pie junto a mí y mira la misma ciudad.

"Ha empezado", digo.

"No. Empezó hace una semana."

Silencio. Las luces. El frío. La respiración.

"Tu padre lo encontrará todo", dice.

"Lo sé."

"¿Y cuando lo encuentre todo?"

"Cuando lo encuentre todo, Marco ya no tendrá a nadie."

Ella asiente. Se gira. Vuelve dentro. El sonido de sus pasos sobre el parquet, luego el silencio.

Me quedo fuera un segundo más. Miro la ciudad. Pienso en mi hermano, que en este momento está en algún lugar de esta ciudad y no sabe que el suelo bajo sus pies ya ha sido vendido. Que cada llamada que hace es un paso hacia el vacío. Que cada puerta a la que llama se le va a cerrar.

Marco Marchesi todavía no sabe que está acabado. Lo está desde el momento en que puso las manos sobre Katerina.

Todavía no lo sabe.

Lo sabrá pronto.

CAPÍTULO 32

El día del heredero

Katerina

Cuando coronan a un hombre, alguien más muere. A veces, todavía no lo sabe.

La sala privada de Villa Marchesi tiene las paredes revestidas de madera oscura y una mesa lo bastante larga para doce personas. Hoy somos nueve. Salvatore en la cabecera. Vincent a su derecha. Marco a su izquierda. Tony detrás de Vincent, de pie, con los brazos a los lados. Cuatro hombres de honor de la familia Marchesi repartidos a lo largo de la mesa: Caruso, Ferrante, De Luca, el viejo Bernardi. Yo, en el extremo opuesto a Salvatore, donde la luz de las ventanas me corta la espalda y deja mi rostro en sombra.

En el lado opuesto de la mesa, los Vor de la bratva. Volkov, Petrov, Malkov, Federov. Y en el extremo, Kuznetsov. Sesenta y dos años, el pelo gris cortado al ras, ojos de ave de presa. Las manos grandes apoyadas sobre la madera, inmóviles. El hombre que lo ha orquestado todo y que ahora se sienta a la misma mesa que la mujer a la que intentó destruir.

Oficialmente estamos aquí para hablar de sucesión y estabilidad. La edad de Salvatore. La continuidad de la familia. El futuro.

En realidad, estamos aquí para matar a alguien.

Salvatore se pone en pie.

Lo hace con la lentitud de un hombre que sabe que cada gesto cuenta. La silla que se desliza hacia atrás. Las manos apoyadas en la mesa. El silencio que cae sobre la sala como una cortina.

"Tengo setenta años", dice. La voz firme. Ninguna debilidad. "He construido lo que he construido. He perdido lo que he perdido. He cometido errores y los he pagado. Ahora es el momento de mirar hacia adelante."

Habla de continuidad. De estabilidad. De sangre. No anuncia un nombre. Todavía no. Deja que el vacío haga el trabajo.

Marco se ajusta la corbata. Un gesto pequeño. Inconsciente. El gesto de un hombre que se prepara para recibir algo que cree merecer. Tiene la cara de alguien que ya ha escrito el discurso del próximo Don.

Vincent está inmóvil. Las manos sobre la mesa. El rostro de piedra. No mira a Marco. No me mira a mí. Mira a su padre.

Al fondo de la mesa, Kuznetsov se inclina apenas hacia delante. Sus ojos pequeños leen la sala. Un depredador que mide las distancias.

Los Vor escuchan. Rostros grises, impasibles. Malkov con los ojos entrecerrados. Federov con los brazos cruzados. Petrov limpiándose las gafas con movimientos lentos. No han venido a aplaudir. Han venido a juzgar.

Salvatore se sienta. Cambia el tono. Más bajo. Más lento.

"Antes de cualquier decisión, quiero transparencia. Total. Sobre los últimos seis meses."

No acusa. Exige lealtad pública. Delante de los Vor. Delante de los hombres de honor. Delante de todos.

Marco toma la palabra.

No debería. Nadie se la ha pedido. Pero Marco es Marco: no tolera el silencio, lo llena. Se incorpora a medias, apoya las manos en la mesa y adopta ese tono seguro.

"Los últimos seis meses han sido impecables. Las operaciones del puerto han crecido un veinte por ciento. Los márgenes son sólidos. Las alianzas se mantienen."

Habla demasiado. Da cifras que nadie le ha pedido. Cita operaciones que no están en el orden del día. Se defiende sin que nadie lo haya acusado. El error más viejo del mundo: responder a preguntas que nadie ha hecho.

Salvatore lo mira. No lo interrumpe. Lo deja hablar. Como un pescador que da hilo.

Noto la mano de Kuznetsov. Se ha desplazado hasta el reposabrazos. Los dedos tensos. El único movimiento que ha hecho desde que esto empezó.

Marco termina. Vuelve a sentarse. Satisfecho consigo mismo. Convencido de que ha cerrado el asunto.

Vincent no ha dicho una sola palabra.

El silencio después del discurso de Marco es lo más ruidoso de la sala.

Tony se mueve.

Un paso al frente. Una carpeta en la mano derecha. La deja delante de Salvatore. Retrocede. Ni una palabra.

Salvatore mira la carpeta. La abre.

No la lee en voz alta. No hace falta. La lee para sí mismo. Hoja tras hoja. Despacio. Las cejas inmóviles. La boca igual. Solo los ojos. Los ojos que se vuelven más oscuros con cada página.

Transferencias. Fechas. Nombres. Sociedades. Cifras. Comunicaciones cruzadas. Conexiones entre cuentas en Chipre y movimientos en Sofía. Todo documentado. Todo fechado. Todo firmado.

Salvatore cierra la carpeta.

Levanta la cabeza.

Mira a Marco.

Solo eso. Lo mira. En silencio. Con los ojos de quien está leyendo el final de algo que ha construido durante cincuenta años.

Marco le sostiene la mirada durante tres segundos. Luego la sonrisa se le cae. Las manos sobre la mesa se le ponen rígidas. La garganta

traga saliva. Lo sabe. No sabe qué hay dentro de la carpeta, pero sabe que ahí dentro está su final.

Kuznetsov no se mueve. Pero el rostro se le ha endurecido de una forma que ya no es control. Es cálculo. Está calculando salidas y no encuentra ninguna.

Los Vor observan. Registran.

Marco se pone en pie.

La silla raspa el suelo. Un sonido obsceno en la estancia silenciosa.

"Esto es ridículo." La voz alta. El protocolo roto. Uno no se levanta en mitad de un consejo sin permiso del que preside la mesa. No se alza la voz. No se rompe el círculo. "Vincent te está manipulando. Él y su esposa. Te están poniendo en contra de tu hijo."

Salvatore no responde.

"Soy yo quien ha mantenido las operaciones en pie mientras él jugaba a ser marido con la rusa." El dedo apuntándome. "Ella entró en esta familia y empezó a desmontarlo todo desde dentro."

Los Vor miran. Caras de granito.

Kuznetsov interviene. La voz plana, profesional, llega como un comunicado.

"La posición de la señora Morozov dentro de la bratva lleva meses siendo objeto de discusión. Las influencias externas sobre la familia Marchesi son preocupantes. Propongo que el consejo de los Vor evalúe la legitimidad de la actual dirección antes de proceder."

Elegante. Político. Está intentando convertir el juicio contra Marco en un juicio contra mí.

Lo dejo terminar.

Y entonces Marco comete el error que le cuesta la vida.

"La operación del Plaza tenía que resolver el asunto", dice. La voz resquebrajada. "Tenía que ser limpia. Si los búlgaros hubieran hecho

su..."

Se calla.

Demasiado tarde.

Silencio.

La operación del Plaza. Los búlgaros. Si hubieran hecho su trabajo. Marco sabe lo de los búlgaros. Marco sabe lo de la operación. Marco sabe cosas que un hombre inocente no puede saber.

Salvatore lo mira. No como un padre. Como un Don.

Volkov mira a Malkov. Malkov asiente. Dos segundos. La sentencia ya está escrita.

De Luca baja la cabeza. Ferrante cruza los brazos. El viejo Bernardi cierra los ojos.

Se acabó.

Marco lo comprende un segundo antes que todos.

Lo veo en sus ojos. El instante en que el cálculo se acaba y solo queda el animal. El animal que sabe que está atrapado y decide morder.

La mano derecha baja hacia la chaqueta y saca la pistola. No apunta a Vincent. Me apunta a mí. Porque lo sabe, incluso ahora, incluso en la desesperación: si yo caigo, el trono tiembla. Que sin mí la bratva se divide y la alianza se derrumba y, en el caos, quizá, solo quizá, se abra una grieta.

Vincent es más rápido.

No lo veo desenfundar. Oigo el disparo. Seco. Uno solo. El estruendo llena la sala como un trueno en una catedral.

Marco cae. Delante de su padre. La silla vuelca. El cuerpo golpea el suelo de madera con un sonido sordo. La pistola, que no ha llegado a sacar del todo, se desliza fuera de la chaqueta y se queda ahí, sobre el parquet, a diez centímetros de su mano.

En el mismo instante, un hombre al fondo de la sala —uno de los de Kuznetsov, uno al que yo no había catalogado— se mueve hacia su chaqueta. Alexei es más rápido. Lo estrella contra la pared sin hacer un sonido. Kuznetsov intenta ponerse en pie. Volkov le pone una mano en el hombro y lo obliga a sentarse de nuevo. Una sola mano. Firme.

En la sala, Tony ya ha bloqueado la única puerta. Nadie se ha movido. Nadie ha intentado reaccionar. Los hombres de honor de los Marchesi se han quedado sentados. Saben cómo funciona esto.

Marco en el suelo. La sangre extendiéndose sobre el parquet oscuro. Un círculo lento. Regular.

Salvatore de pie. No grita. No llora. No se arrodilla junto al cuerpo de su hijo.

Mira a Marco en el suelo. Durante largo rato. Con la cara de un hombre que está enterrando algo dentro de sí y que jamás volverá a sacarlo.

Luego mira a Vincent.

"Un hombre que traiciona a la familia no es hijo mío."

La voz es plana. Controlada. Cada palabra cuesta. Cada palabra es una piedra.

Asiente. Una sola vez. La autorización que ya no hacía falta, pero que el protocolo exige.

Me vuelvo hacia los Vor. Me miran. Kuznetsov está quieto, con las manos inmovilizadas por Volkov, el rostro gris.

"Kuznetsov queda fuera de la bratva." Mi voz. Firme. El tono de una jueza que dicta sentencia. "Ha financiado una operación contra la pakhan. Ha organizado un secuestro con mercenarios extranjeros. Ha intentado subvertir la cadena de mando. Los Vor están llamados a ratificarlo. Y ha traficado con seres humanos."

Malkov asiente. Federov asiente. Petrov vuelve a ponerse las gafas y asiente. Volkov, que ya lo está sujetando, asiente.

Unánime.

Se llevan a Kuznetsov. Alexei y Volkov a los lados. No grita. No suplica. Durante un segundo me mira. Los ojos planos, fríos. Los ojos de alguien que ha perdido y lo sabe.

La puerta se cierra.

Silencio.

Tony da órdenes. Se llevan los cuerpos. La sangre del parquet queda cubierta con una lona. La silla vuelve a su sitio. La vela en el centro de la mesa sigue ardiendo.

Salvatore no se ha movido. Sigue de pie. Las manos a los lados. Mira el punto exacto donde cayó Marco.

Los hombres de honor salen uno a uno. De Luca estrecha la mano de Vincent junto a la puerta. Ferrante le pone una mano en el hombro. Bernardi no lo toca. Lo mira y asiente. Es suficiente.

Nos quedamos tres. Salvatore. Vincent. Yo.

Salvatore nos mira. Luego dice:

"Ahora te toca a ti poner orden."

Sale del despacho. La espalda recta. Los pasos regulares. Sale y no se vuelve, y yo sé que cuando esté solo en su habitación el precio de hoy se le vendrá encima de golpe. Pero no aquí. No delante de nosotros. Había que hacerlo: los hombres de honor tienen reglas sagradas, las mujeres no se tocan, y Marco traficaba con mujeres y niños.

Vincent y yo nos miramos a través de la mesa. Ahora el trono pesa entero sobre nuestros hombros.

Poder.

Del que pesa. Del que cuesta. Del que se lleva encima como un traje que nunca puedes quitarte.

"El trono no se hereda", digo. Despacio. A él. Solo a él. "Se

sobrevive."

Vincent no responde. No hace falta. Me mira y en sus ojos está todo lo que no dice. El cansancio. El precio. La guerra ganada. El hermano muerto sobre el suelo. El padre que no volverá a ser el mismo. Y yo. Yo sigo aquí. Sigo en pie.

La vela arde. La mesa está vacía. La estancia huele a pólvora y a madera vieja.

Nos levantamos. Salimos. Juntos.

CAPÍTULO 33

Una cosa minúscula que lo cambia todo

Katerina

Dos líneas.

Miro la tira de plástico apoyada en el borde del lavabo y las dos líneas rosas me devuelven la mirada con la seguridad obtusa de las cosas que no se pueden borrar. Dos líneas. No una. Dos. Como si el mundo necesitara subrayarlo.

Irina está de pie detrás de mí. La espalda contra la puerta del baño, los brazos cruzados, la cara de una mujer que ya está haciendo cuentas antes siquiera de que yo abra la boca.

"¿Cuánto retraso?"

"Once días."

"Y te has tirado once días para comprar una prueba."

"He estado ocupada."

"¿Haciendo qué?"

"Gestionando una ejecución."

Silencio. Irina no se ríe. No porque no tenga gracia. Porque la tiene demasiado, e Irina tiene el sentido del humor de quien ha visto lo suficiente como para saber que las cosas más absurdas siempre son las verdaderas.

Vuelvo a coger la prueba. Le doy la vuelta. La miro otra vez. Dos líneas rosas en un trozo de plástico que cuesta seis dólares y que acaba de cambiar la forma del mundo. Seis dólares. Por seis dólares sabes algo que ya no puedes dejar de saber.

"¿Te hiciste otra?"

"Tres."

"Todas positivas."

"Una salió negativa."

"¿Y?"

"La hice mal."

"¿Cómo se hace mal una prueba de embarazo?"

"Se consigue si te tiemblan las manos."

Irina me mira. Por un segundo su expresión se ablanda. Pasa pocas veces. Con Irina es como ver el sol a través de una grieta entre las nubes: sabes que está ahí, pero casi nunca lo ves de frente. Luego la grieta se cierra.

"¿Vincent?"

"No sabe nada."

"¿Cuándo se lo dices?"

"No lo sé."

"Katerina."

"No lo sé."

El agua del grifo gotea. Un ritmo lento, regular, que marca el silencio. Mi corazón latiendo demasiado fuerte para una mujer que sostuvo una conversación delante de siete Vor sin pestañear y que ahora no consigue mantener quietas las manos.

Irina se aparta de la puerta. Me quita la prueba de las manos con la naturalidad de quien te saca un cigarrillo de la boca. La guarda en el cajón bajo el lavabo, detrás de las gasas y el desinfectante, donde Vincent nunca mira.

"Hay cosas que no pueden esperar", dice.

"Esta puede esperar un día."

"¿Un día?"

"Un día."

Me mira. Busca algo en mi cara. Lo encuentra.

"Hoy no eres una pakhan", dice. La voz más baja. "Eres una mujer con un secreto."

Le pongo una mano en el brazo. No le doy las gracias. Nunca lo hago. Entre nosotras no hace falta.

Sale del baño. Me deja sola con el espejo y con una cosa minúscula que crece dentro de mí y que todavía no he decidido qué es. Si una bendición o una condena o, simplemente, la consecuencia inevitable de amar a un hombre del modo en que yo amo a Vincent Marchesi.

El problema de esconderle algo a Vincent es que Vincent lo nota todo.

Nota cuando cambio de perfume. Nota cuando duermo menos. Nota cuando le echo azúcar al café en vez de edulcorante. Es un hombre que ha pasado la vida leyendo habitaciones, caras y silencios, y ahora vive con una mujer que está intentando desesperadamente poner cara normal y no lo consigue.

En el almuerzo no bebo vino. Vincent sirve para los dos. Yo cubro la copa con la mano.

"Dolor de cabeza", digo.

"¿Desde esta mañana?"

"Desde esta mañana."

Me mira. Un segundo de más. No insiste. Solo se sirve en su copa. Pero la forma en que lo hace —la muñeca girada, la mirada fija en mí mientras el vino cae— me dice que lo ha registrado. Vincent no olvida nada. Archiva y espera.

Después de comer me encierro en el despacho. Abro documentos que no necesito leer. Hago dos llamadas a gente que no tiene nada urgente que decirme. En la tercera, Volkov me pregunta si me encuentro bien porque mi voz suena rara, y yo le digo que todo está bien, y él dice está bien, pakhan, con el tono de quien no se lo cree pero no insiste porque no es idiota.

A las cinco de la tarde Vincent aparece en la puerta del despacho. Hombro apoyado en el marco. Los brazos cruzados. La cara de un hombre que lleva un rato observando.

"¿Estás bien?", pregunta.

"Estoy bien."

"Estás leyendo los informes de Petrov."

"Sí."

"Esos informes los aprobaste el martes."

Mierda.

"Los estoy revisando."

Silencio. Me mira. Tiene esa cara. La cara de quien sabe que le estás mintiendo y decide no apretar. De momento. Vincent es paciente. Es la cosa más peligrosa de él. No la fuerza, no la violencia, no la sangre fría. La paciencia. La capacidad de esperar a que la verdad salga a flote sola.

"Tienes algo distinto", dice.

El corazón me da un vuelco. "¿Distinto cómo?"

"No lo sé. Es un aura."

"¿Un aura?"

"Algo en la cara. En los ojos. Como cuando alguien sabe algo que todavía no ha dicho."

"A lo mejor son las gafas de lectura."

"No necesitas gafas de lectura. Ves perfectamente."

"Es por la luz."

Me estudia otro segundo. Luego se despega del marco y se va. Sus pasos por el pasillo. La puerta de su despacho que se cierra.

Apoyo la frente en el escritorio. El bolígrafo se me cae de la mano. El corazón me late como después de una carrera.

Soy una mujer que le sostuvo la mirada a Kuznetsov sin bajarla, que vio a un hombre morir sobre un suelo de madera sin temblar, que dictó una sentencia delante de un consejo de guerra con la voz firme. Y no soy capaz de mentirle a mi marido sobre una prueba de embarazo de seis dólares.

A las siete entra en el despacho con una bolsa negra. La deja sobre el escritorio, encima de los informes de Petrov que no estoy leyendo.

"Vístete."

"¿Adónde vamos?"

"Vístete."

Abro la bolsa. Un mono de moto. Negro. Cuero suave, costuras reforzadas, la cremallera corre lisa. Mi talla. Debajo, un casco. Negro, integral, ligero.

Lo miro. La última vez que subimos a la Ducati era otra vida. Antes del Plaza. Antes del almacén. Antes de todo.

"Esta noche necesito conducir", dice. Como si eso fuera una explicación. No lo es. Es una invitación.

No pregunto nada más. Me cambio en el baño. El mono se me pega como una segunda piel. Subo la cremallera hasta el cuello. Me miro al espejo. La mujer que me devuelve la mirada parece otra persona. No la pakhan. No la esposa del jefe de los Marchesi. Una mujer con un mono de moto y un secreto.

Salgo. Vincent está en el pasillo. Se detiene. Me mira. De ese modo en que me mira y me hace sentir desnuda incluso cubierta de pies a cabeza. Esa mirada que empieza en mis ojos, baja, vuelve a subir y se detiene en mi cara con algo que no es solo deseo. Es reconocimiento. Como si cada vez me viera por primera vez y cada vez decidiera quedarse.

Se acerca. Me coge la cremallera a la altura de la garganta. La baja un centímetro. Luego la vuelve a subir. Sus dedos rozándome el cuello. Un gesto inútil y necesario.

"La llevabas torcida", dice.

No la llevaba torcida.

Su mano baja hasta mi cintura. A la curva de mi cadera. Ligera. Yo contengo el aliento. No por deseo. Por la cosa que llevo en el cuerpo y que él está tocando sin saberlo. Su mano abierta sobre mi vientre a través del cuero del mono, y entre su mano y lo que crece dentro de mí solo hay cuero, tela y una mentira.

"¿No te pasa nada?", pregunta. Bajo. Cerca de mi oído.

"No me pasa nada."

La mentira más pequeña y más grande de mi vida.

La moto es una Ducati negra en el aparcamiento subterráneo. El rugido del motor llenando el cemento. Las vibraciones subiendo desde el asiento por las piernas, la pelvis y la columna.

Mis brazos alrededor de su cintura. Me aferro. Más fuerte de lo habitual. No por la velocidad. Por todo lo demás. Por la cosa que crece y por el hombre que no lo sabe y por la carretera que desconozco y por el futuro que no consigo ver.

Salimos a la calle. Manhattan de noche. Las luces alargándose sobre los charcos. El vapor saliendo de las alcantarillas. Los taxis amarillos como peces en un río de asfalto. Luego el puente. El agua negra bajo nosotros reflejando las luces como un cielo del revés. El viento golpeando el casco. Sus hombros anchos delante de mí. Sólidos. El calor de su cuerpo a través del mono.

Me pego más. Las manos sobre su vientre. Los dedos entrelazados. Siento cambiar su respiración bajo mis manos.

En un semáforo se gira. Lleva el casco. No le veo la cara. Pero lo conozco lo bastante como para saber que está sonriendo.

La ciudad se acaba. Las luces se espacian. Los árboles ocupan el lugar de los edificios. La carretera se estrecha. El ruido cambia. Ya no hay cláxones ni sirenas. Solo el motor, el viento, el silencio.

Querría decírselo ahora. Con los brazos alrededor de él y el viento tapando cualquier respuesta. Estoy embarazada. Dos palabras. Dos sílabas y media. La cosa más fácil y más difícil del mundo. Querría decirle que dentro de mí hay algo que hemos hecho juntos y que está vivo. Que tengo miedo. Que una pakhan con un hijo es una pakhan vulnerable y que, en nuestro mundo, la vulnerabilidad es una condena a muerte. Querría decirle que lo amo y que este hijo es lo más peligroso y más hermoso que me ha pasado jamás.

El motor se traga el silencio. No digo nada.

La casa está fuera de la ciudad. Una hora de carretera entre caminos secundarios, oscuridad y árboles. Portón blanco, sendero de grava, árboles altos que esconden la vivienda.

No es grande. Piedra clara, persianas verdes, un jardín que alguien cuida con esmero. Una casa hecha para vivir, no para exhibirse.

"¿De quién es?"

"Mía."

"No sabía nada."

"No lo sabe nadie. La compré hace tres años. Casi nunca vengo."

"¿Por qué esta noche?"

"Porque esta noche sí."

Entramos. El aire huele a madera y a limpio. Muebles sencillos. Una cocina de verdad con ollas colgadas y una encimera de mármol gastada. Una chimenea. Ventanales grandes que dan al jardín en la oscuridad. Silencio. No el silencio del ático. Ese siempre está atravesado por el ruido de la ciudad, por las sirenas, el tráfico, la vida que no se detiene. Este es distinto. Grillos. Viento en los árboles. El tictac de un reloj en alguna parte.

Por un segundo —solo uno— imagino a un niño en este jardín. Pequeño. El pelo oscuro de su padre. Mis ojos. Las rodillas manchadas de tierra. Las manos recogiendo algo de la hierba. El sonido de sus pasos sobre la grava.

Apago ese pensamiento antes de que eche raíces. Es demasiado pronto para ese pensamiento. Es demasiado peligroso.

El salón. La luz baja de una lámpara. Las chaquetas colgadas. Los cascos sobre la mesa del recibidor.

Vincent me quita el casco. Sus manos en el cierre bajo la barbilla. Los dedos rozándome la mandíbula. El pelo cayéndome sobre los hombros cuando el casco sale y él apartándomelo de la cara con una mano. Despacio. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Me mira. De cerca. Con esos ojos que leen.

"Me estás escondiendo algo."

No es una pregunta.

"¿Qué te hace pensar eso?"

"No bebes desde esta mañana. Lees documentos que ya aprobaste. En la moto te aferras a mi espalda como si tuvieras miedo de caerte. Y no puedes mirarme a los ojos más de tres segundos."

Cuatro observaciones. Todas correctas. Este hombre.

"A lo mejor estoy cansada."

"No estás cansada. Estás asustada."

El corazón. El aliento. La garganta cerrándose.

"No le tengo miedo a nada."

"Le tienes miedo a algo. Y no me lo estás diciendo."

Me coge la barbilla. Me obliga a mirarlo. No con agresividad. Con la delicadeza calculada de un hombre que sabe que la fuerza conmigo no funciona. Que ha aprendido a tocarme despacio no porque yo sea frágil, sino porque lo suave es la única forma de atravesarme las defensas.

Lo beso.

No por deseo. Por defensa. Para callarle la boca antes de que haga la pregunta correcta. Para tapar la verdad con mis labios sobre los

suyos.

Pero el beso se convierte en otra cosa. Lento. Profundo. Sus manos en mi cara. Las mías en su pecho. Su boca sabe a viento y a carretera. Sus labios sobre los míos y, bajo el beso, el secreto latiendo y creciendo, y él lo siente sin saber qué es. Porque lo siente. Sé que lo siente. Siente que algo ha cambiado en la forma en que lo beso, en cómo mis manos le tocan el pecho. En cómo me aferro a él. Como si pudiera desaparecer.

Me aparto. Los ojos brillantes. Las manos sobre su pecho.

Las palabras están ahí. En la garganta. En la punta de la lengua. Estoy embarazada. Dos palabras. Bastaría con abrir la boca y dejarlas caer y el mundo cambiaría de forma.

No puedo. Todavía no. No hasta saber qué significa para nosotros. Para el trono, para la guerra que no ha terminado, para todo lo que somos y en lo que nos estamos convirtiendo.

"Cuando estés lista", dice él. Bajo. "Cuando estés lista, me lo dirás."

Y esa es la cosa que me destroza. Que no insiste. Que no ordena. Que no exige. Que me da espacio para tenerle un secreto incluso a él. Porque me conoce y sabe que las cosas que no digo siempre tienen un motivo, y que el motivo llegará cuando tenga que llegar.

Me toma de la mano. Me lleva hacia la chimenea. El fuego crepitando. La luz naranja bailando en las paredes. El calor templando el aire.

Se detiene. Se vuelve hacia mí. Me mira con esos ojos verdes que me ven mejor de lo que yo me veo a mí misma. Y entonces hace una cosa que Vincent Marchesi no hace jamás.

Se arrodilla.

Delante de mí. Sobre una rodilla. La luz de la chimenea le ilumina media cara. Las manos a los lados. El pecho subiendo y bajando con respiraciones demasiado hondas.

Y yo dejo de respirar.

"Vincent..."

"No. Déjame hablar." La voz ronca. Quebrada.

Me coge ambas manos. Las aprieta. Sus manos grandes alrededor de las mías. Cálidas. Temblorosas.

"Me casé contigo por un contrato. Por una alianza. Para salvar a una familia que probablemente no merecía ser salvada. Me casé contigo delante de un notario con un vestido negro, una firma y cláusulas escritas por abogados que no tenían ni puta idea de nosotros. Y cada día desde entonces me despierto, te miro dormir y pienso que aquello no fue una ceremonia de verdad. Aquello no fue un matrimonio de verdad. Aquello fue una transacción comercial disfrazada de sacramento."

Los ojos brillantes. Vincent Marchesi con los ojos brillantes, arrodillado delante de mí y con las manos temblando alrededor de las mías.

"Quiero hacer las cosas bien, Katerina. Quiero verte caminar hacia mí con un vestido blanco. Quiero esperarte al final de un pasillo en una iglesia de verdad, con velas y flores y gente mirándonos. Quiero que, cuando llegues hasta mí, no estés firmando un contrato, sino eligiéndome a mí. Quiero ver tus ojos detrás de un velo. Quiero levantar ese velo con mis propias manos y verte sonreír. Quiero besarte delante de Dios, de los hombres y del mundo entero y decir esta es mi esposa. No por una alianza. No por un trato. Sino porque la amo."

Una lágrima me baja por la mejilla. Una. No la detengo.

Él se da cuenta. Levanta una mano. Me la seca con el pulgar. Despacio. Con delicadeza. Como si yo estuviera hecha de cristal y le diera miedo romperme.

La voz se le quiebra. Se detiene. Traga saliva. Cierra los ojos un segundo. Los abre de nuevo.

"Me enamoré de tu fuerza y de tu fragilidad y de todo lo que hay entre una y otra. Me enamoré de una mujer que es reina, guerrera y

pakhan, y que cuando está conmigo es solo Katerina. La mujer que se queda dormida en el sofá después de un día largo y me deja llevarla a la cama. La mujer que llora en el baño cuando cree que no la oigo. La mujer que me dijo te amo en un pasillo lleno de muertos y que me ha salvado la vida todos y cada uno de los días desde entonces."

Saca algo del bolsillo. Una caja. Pequeña. Terciopelo negro. La abre con las manos temblándole.

Un anillo.

No una alianza sencilla. Un diamante. Grande. Corte esmeralda. Engastado en platino con dos diamantes pequeños a los lados. Sobrio. Elegante. Perfecto.

"Esto no es un contrato", dice. "Esto no es un acuerdo entre familias. Soy yo pidiéndote que te cases conmigo. De verdad. Con un cura y una iglesia y un vestido blanco y las promesas que se hacen delante de Dios. Te estoy pidiendo el privilegio de verte caminar hacia mí y de saber que me has elegido. No porque debieras. No porque te conviniera. Sino porque me amas."

La voz se le rompe. Ahora le caen lágrimas. Vincent Marchesi llorando de rodillas delante de mí, con un anillo en la mano y el corazón abierto sobre el suelo.

"Cásate conmigo, Katerina. De verdad. Cásate conmigo porque quieres pasar la vida conmigo. Cásate conmigo porque cuando te despiertas por la mañana quieres verme a tu lado. Cásate conmigo porque confío en ti más de lo que confío en mí mismo. Cásate conmigo porque eres la única persona del mundo que me hace sentir humano."

Coge el anillo de la caja. Me lo ofrece. Las manos temblándole. Los ojos llenos de esperanza, miedo, amor y todo lo que un hombre puede sentir cuando pone su corazón en manos de una mujer y espera.

"Cásate conmigo, mi reina. Y déjame pasar el resto de mi vida intentando merecerte."

El mundo se detiene.

El fuego crepitando. El viento fuera. El silencio de la casa. La respiración de Vincent. El latido de mi corazón. El anillo brillando en la luz naranja. Este hombre de rodillas delante de mí que acaba de abrirme el pecho y enseñarme el corazón.

Y dentro de mí, una cosa minúscula que crece. Una cosa que él no sabe. Un secreto que late entre sus palabras y mi silencio.

Querría decir que sí. Cristo, cómo querría decir que sí. Querría ponerme ese anillo y besarlo y decirle que sí, que me caso con él, que caminaré hacia él vestida de blanco y que, cuando levante ese velo, yo seré la mujer más feliz del mundo.

Pero no puedo. No así. No con este secreto entre nosotros. No mientras llevo dentro algo que él no sabe y que lo cambiará todo. No puedo prometerle el todo mientras le niego la verdad. Sería construir algo hermoso sobre los cimientos de una mentira.

Ahora me caen las lágrimas. No una. Muchas. Demasiadas. La cara empapada. La voz rota.

"No puedo."

Silencio.

Su cara cambia. No de golpe. Despacio. Como una grieta que se abre en un cristal. Los ojos abriéndose. La boca entreabierta. La respiración que se le corta. La mano con el anillo cayéndole al costado. Y en esos ojos verdes veo quebrarse algo.

"¿Qué?"

La voz rota. Incrédula. Como si no hubiera entendido. Como si las palabras no le hubieran llegado al cerebro.

"No puedo", repito. Las lágrimas me ahogan. "Vincent, yo..."

"¿No puedes?"

No es una pregunta. Es un eco. Una repetición mecánica de unas palabras que no tienen sentido. El hombre que acaba de arrodillarse y decirme cásate conmigo con la voz rota, y que ahora está ahí, de rodillas en el suelo, con un anillo en la mano y la cara de quien acaba de recibir un disparo en el pecho y todavía no entiende que se está muriendo.

"¿No puedes?", repite. Bajo. "Yo acabo de... acabo de decirte... y tú me dices no puedo."

"Vincent..."

"No." Se levanta. De golpe. El movimiento brusco de un hombre que tiene que moverse o se derrumba. Da dos pasos atrás. La mano con el anillo colgándole al costado. La mirada fija en mí. Perdida. "No. No, no, espera. Espera. ¿He dicho algo mal? ¿He hecho... he hecho algo...?"

"No. Tú no has..."

"Entonces, ¿por qué?" La voz sube. No de rabia. De desesperación. "¿Por qué me dices no puedo después de que yo acabo de... después de que yo..."

Se pasa una mano por la cara. Respira. Fuerte. Hondo. Como después de una carrera. Los hombros temblándole. La mandíbula apretada.

Me mira. Y en sus ojos está todo el dolor del mundo.

"No me amas", dice. Bajo. Como una constatación. "Es eso. No me amas lo suficiente."

"No. Vincent, no..."

"Entonces, ¿qué?" La voz se le quiebra otra vez. "¿Qué, Katerina? Porque yo acabo de darte todo. Te he dado cada pedazo de mí. Te he dicho cosas que no le he dicho nunca a nadie. Me he arrodillado delante de ti. He llorado. Y tú me miras y me dices no puedo sin siquiera... sin siquiera decirme por qué."

Mis lágrimas. Las suyas. El fuego crepitando. El anillo en su mano. La distancia entre nosotros que parece un océano.

"No puedo", repito. Lo único que consigo decir. "No puedo, Vincent."

Me mira un segundo más. Busca. Escarba. Quiere entender. Quiere la razón. Quiere que le dé algo, cualquier cosa que explique por qué la mujer que ama le está diciendo que no después de que él se ha abierto el pecho delante de ella.

Pero no se la doy. No puedo. Todavía no.

El silencio se alarga. Denso. Pesado. Insoportable.

Y entonces él hace lo único que puede hacer. Cierra la caja con un chasquido seco. Se la guarda en el bolsillo. Se vuelve.

Y empieza a caminar hacia la puerta.

Cada paso es un golpe. Cada centímetro de distancia es una herida. Lo veo alejarse. Los hombros tensos. La cabeza alta. El hombre que acaba de poner su corazón en mis manos y que ahora se marcha con los pedazos.

La puerta. Cinco pasos. Cuatro. Tres.

Su mano en el picaporte.

Y algo dentro de mí se rompe.

No puedo. No puedo dejar que salga por esa puerta pensando que no lo amo. No puedo dejar que se vaya creyendo que su corazón no vale lo bastante. No puedo construir nuestro futuro sobre este silencio.

"¡Estoy embarazada!"

Las palabras me salen como una explosión. Gritadas. Desesperadas. Crudas. Las lágrimas cayéndome. La voz quebrándose. La mano sobre el vientre.

"¡Estoy embarazada, Vincent!"

Él se queda quieto.

La mano en el picaporte. Congelado. Inmóvil. Como si las palabras no hubieran llegado. Como si el cerebro se le hubiera quedado suspendido a mitad de un pensamiento.

Luego, despacio, tan despacio, se vuelve.

Y me mira.

CAPÍTULO 34

El momento en que el mundo cambia

Vincent

La manilla está fría bajo mi mano.

Cinco pasos. Cinco putos pasos y estaré fuera de esta habitación. Lejos de ella. Lejos de la mirada que me está matando. Lejos de esa cara hermosa y despiadada que acaba de decirme no puedo después de que yo me arrodillara y le diera todo.

Aprieto la manilla. El metal se clava en la piel. El dolor es bueno. Es real. Es algo que sentir que no es el agujero negro que me está tragando el pecho.

Me he arrodillado.

Cristo. Me he arrodillado ante ella. He llorado. He dicho cosas que jamás le había dicho a nadie. Le he ofrecido un anillo y un matrimonio de verdad y el resto de mi vida y me ha mirado con esos ojos azules llenos de lágrimas y me ha dicho no puedo.

No puedo.

No "no te amo". No "necesito tiempo". No "espera".

No puedo.

Como si yo fuera una imposibilidad. Como si amarme fuera físicamente irrealizable. Como si yo fuera algo que no se puede tener.

La caja pesa en mi bolsillo. El diamante que elegí hace tres semanas. Que he mantenido escondido esperando el momento correcto. El momento en que ella me miraría y vería lo que yo veo.

Un futuro. Una vida. Un vestido blanco y una iglesia y las promesas que de verdad importan.

Idiota.

Idiota por pensar que podía amarme lo suficiente.

Idiota por pensar que un hombre como yo merece a una mujer como ella.

Idiota por arrodillarme y ponerle el corazón en la mano creyendo que lo sostendría en vez de dejarlo caer.

Giro la manilla. El mecanismo cede. La puerta se abre un centímetro.

Lárgate. Lárgate antes de decir algo que no puedas retirar. Antes de suplicar. Antes de convertirte en el hombre patético que implora migajas a una mujer que no lo quiere.

Un paso.

Y entonces su voz.

"¡Estoy embarazada!"

El mundo se detiene.

No se ralentiza. No vacila. Se detiene. Como cuando pulsas pausa en una película y todo queda congelado a mitad de movimiento. Mi pie suspendido en el aire. La puerta abierta dos centímetros. El aliento bloqueado en los pulmones.

Embarazada.

La palabra retumba en el silencio. Rebota contra las paredes. Se me mete por los oídos y me taladra el cerebro y no tiene sentido. No tiene ningún puto sentido.

"¡Estoy embarazada, Vincent!"

Lo grita. La voz rota. Desesperada. Y debajo de la desesperación hay miedo. ¿Miedo de qué? ¿De mí? ¿De lo que voy a decir? ¿De lo que

voy a hacer?

Me doy la vuelta.

Despacio. Cada músculo protestando porque es el movimiento equivocado. El cuerpo sabe que lo que estoy a punto de ver lo cambiará todo. Sabe que el antes y el después se separan exactamente aquí. En este momento. En esta habitación. Con esa palabra que todavía sigue vibrando en el aire.

La veo.

De pie frente a la chimenea. El rostro empapado de lágrimas. Las manos sobre el vientre. Los dedos abiertos sobre la tela del mono de moto como si estuviera protegiendo algo. Como si bajo esas manos hubiera algo precioso que el mundo no debe tocar.

Y de pronto todo tiene sentido.

El vino rechazado. Ella evitándome. La mirada perdida. El aura distinta. El miedo en sus ojos cuando le he tocado la barriga hace dos horas en el pasillo.

Embarazada.

El cerebro girando. Rápido. Demasiado rápido. Las cuentas no salen. Espera. ¿Cuándo? ¿Cómo? Ella toma precauciones. Siempre tiene cuidado. Siempre...

La miro. Otra vez. Y en sus ojos veo la respuesta antes de que la diga.

"Tomo la píldora." La voz quebrada. "La tomo desde hace años. Pero algo salió mal. No sé cuándo. No sé cómo. Pero pasó."

Silencio.

Me mira con esos ojos que esperan. Que buscan. Que tienen miedo de lo que van a ver. Y yo estoy aquí, de pie a tres metros de ella,

con la puerta abierta a mi espalda y las piernas sin moverse y el cerebro intentando procesarlo.

Un bebé.

Katerina lleva un bebé.

Mi bebé.

Nuestro.

La cosa más absurda, imposible y aterradora del mundo.

Y de pronto siento algo en el pecho. No dolor. No el agujero negro de antes. Otra cosa. Algo cálido. Grande. Tan jodidamente enorme que me roba el aliento.

Felicidad.

Cristo. Soy feliz.

La píldora no ha funcionado. Esa pequeña pastilla que tomaba cada mañana con el café. Esa cosa diminuta que debía impedir exactamente esto. No ha funcionado.

Y yo estoy feliz de que no haya funcionado.

Estoy tan jodidamente feliz que tengo que apretar los puños para no gritarlo.

Pero no lo grito. Porque ella me está mirando con esa cara. Esa cara que espera la condena. Que espera la rabia. Que espera que le diga que esto es un desastre, que estamos en mitad de una guerra, que no es el momento adecuado, que cómo coño pensamos criar a un niño en nuestro mundo.

Y yo no digo nada.

Porque si abro la boca ahora, saldrá todo. Saldrá la alegría y el terror y el amor y el miedo y el hecho de que quiero volver a caer de rodillas, pero esta vez para poner las manos sobre su vientre y sentir

si ya hay algo que sentir, aunque sé que es demasiado pronto, demasiado pequeño, demasiado nuevo.

Mi mirada baja. De su rostro. A su cuello. Al pecho que sube y baja demasiado rápido. Y después más abajo. A la barriga.

El mono negro se ciñe a su cuerpo. Plano. Igual que siempre. Sin ninguna señal. Ninguna prueba. Pero sé que está ahí. Algo diminuto. Una célula. Una promesa. Una bomba.

Mi hijo.

La miro otra vez. Fijamente. Y debe de haber algo en mi cara porque ella da un paso atrás.

"Di algo." La voz le tiembla. "Por favor. Di algo."

No puedo. Si hablo, se derrumba todo. El control al que me aferro con las uñas. La calma que finge que estoy bien cuando en realidad estoy a punto de explotar.

"Vincent..."

Doy un paso hacia delante.

Ella se tensa. Como si esperara que... ¿qué? ¿Que grite? ¿Que me vaya?

Doy otro paso. Y otro. Sus ojos se abren de par en par. Las lágrimas siguen cayendo. Las manos siguen sobre su vientre. Protectoras. La pakhan protegiendo lo más vulnerable que he tenido jamás.

Me detengo frente a ella. A un paso. Tan cerca que siento su respiración. Que veo cada lágrima que cae. Que podría tocarla si tan solo moviera la mano.

Y por fin hablo.

"¿De cuánto tiempo?"

La voz ronca. Controlada. Cada palabra sale con esfuerzo.

"No lo sé." Sacude la cabeza. "Me hice la prueba esta mañana. Tres pruebas. Pero no sé... ¿quizá tres semanas? ¿Cuatro? Yo..."

"Tres semanas."

Repito las palabras. Dejo que se hundan. ¿Hace tres semanas dónde estábamos? No importa. Solo importa que hace tres semanas la toqué y dentro de ella algo cambió. Algo se formó. Algo nuestro.

Mi mirada vuelve a su barriga. Fija. Como si pudiera ver a través del cuero y de la piel y encontrar esa cosita diminuta que está creciendo.

"Vincent." Su voz más baja. "Di algo. Lo que sea. Si... si no lo quieres..."

Mi cabeza se alza de golpe. "¿Qué?"

"Si no lo quieres, lo entenderé. Es... es el momento equivocado y estamos en mitad de..." Katerina tartamudeando es una novedad para mí.

"Para."

Una sola palabra. Seca. Dura. Ella se queda quieta. Me mira con esos ojos que todavía esperan la condena.

Levanto la mano. Despacio. Le doy tiempo para que lo vea. Le doy tiempo para apartarse si quiere. Pero no se aparta.

Apoyo la mano sobre su barriga.

Lisa. Cálida a través del cuero. Mi palma abierta sobre el lugar donde nuestro hijo está creciendo. Diminuto. Invisible. Pero ahí.

Y algo dentro de mí se rompe y se recompone y se convierte en algo nuevo.

"Estás embarazada." No es una pregunta. Es una constatación. Como si decirlo en voz alta lo volviera real. "Llevas a mi hijo."

"Sí."

"En tu barriga hay una parte de mí."

"Sí."

"Y tú pensabas que yo no lo querría."

Silencio. Ella traga saliva. "No dijiste nada. Te quedaste ahí parado mirándome como si... como si..."

"¿Como si acabara de ganar la lotería y todavía no supiera cómo cobrar el premio?"

La miro. Y por fin dejo que lo vea. Todo. La alegría. El terror. El amor tan jodidamente grande que no cabe dentro de mi cuerpo.

"Soy feliz." Las palabras salen. Por fin. "Cristo, Katerina. Estoy tan jodidamente feliz que me da miedo."

Sus ojos se abren de golpe. "¿Estás... qué?"

"Feliz. Aterrorizado. Feliz. Las dos cosas a la vez. La píldora no ha funcionado y yo estoy feliz de que no haya funcionado porque esto..." Presiono la mano con más fuerza sobre su barriga. "Esto es lo más bonito que me ha pasado en la vida después de ti."

Las lágrimas le caen más deprisa. Pero son distintas. Ya no de miedo. De otra cosa.

"Pensé que te enfadarías."

"¿Enfadarme?" Me río. Una risa seca, incrédula. "Katerina. Acabas de decirme que llevas en el vientre a mi hijo. ¿Cómo coño voy a enfadarme? Estoy... ni siquiera tengo palabras. Lo soy todo."

La otra mano sube a su rostro. Le seco las lágrimas con el pulgar. La miro con toda la ternura que tengo.

"Joder." La realización me golpea como un puñetazo. "Te traje en moto."

"¿Qué?"

"En moto, Katerina. Te hice subir a una Ducati y te saqué de la ciudad durante una hora por carreteras secundarias y tú estás embarazada."

"Vincent..."

"Podías haberte caído. Podía haber tenido un accidente. Podía..."

"No soy una inválida." Su voz es más dura. La pakhan vuelve. "Estoy embarazada. No enferma."

"Lo sé, pero..."

"Y ni siquiera sabemos de cuánto estoy. Puede que todo sea normal. Puede que..."

"Todo normal." Repito. "Katerina. Tú eres una pakhan en mitad de una guerra. Yo soy el Don de los Marchesi. Nuestro mundo está hecho de balas y sangre y gente que quiere matarnos. ¿Cómo va a ser normal criar a un hijo en medio de todo esto?"

Me mira. Y en sus ojos veo el mismo miedo. La misma pregunta. Pero debajo, otra cosa. Determinación.

"No lo sé." Admite. "No sé cómo lo haremos. Pero lo haremos. Porque este niño es nuestro. Y ya lo amo como amo a su padre."

Y Cristo. Esta mujer.

La beso con todo lo que soy. Con la alegría y el terror y el amor y la promesa de que este niño lo tendrá todo. Tendrá dos padres que se aman. Tendrá un hogar. Tendrá seguridad. Tendrá hasta la última cosa que yo jamás tuve.

Me separo. La frente contra la suya. Los ojos cerrados. La respiración mezclándose.

"Me casaré contigo y haré lo que sea para arrancarte ese sí", susurro. "Iglesia. Vestido blanco. Todo. Y esta vez, cuando digas que

sí, lo dirás porque sabes que te amo. Y porque sabes que este niño tendrá dos padres que de verdad se eligieron."

"Sí."

La palabra es tan baja que casi no la oigo.

"¿Qué?"

"Sí." Abre los ojos. Me mira. "Sí. Me caso contigo, Vincent Marchesi. Con la iglesia y el vestido blanco y todo lo que has dicho."

La alegría explota. Le tomo el rostro entre las manos. La beso otra vez. Y esta vez es distinto. Es una promesa. Un pacto. Un futuro que estamos construyendo con nuestras manos y nuestros cuerpos y el amor que no pedimos pero que llegó igual.

Saco la caja. La abro. El diamante brilla.

Tomo su mano. Le deslizo el anillo en el dedo.

Perfecto.

Ella lo mira. Las lágrimas vuelven a caer. Pero está sonriendo.

"Es precioso."

"Como tú." Le beso los nudillos. Sobre el anillo. "Y ahora vamos a la cama porque mañana tenemos que hablar de todo. De médicos y de seguridad y de cómo coño proteger a un niño en nuestro mundo. Pero esta noche..."

"¿Esta noche?"

"Esta noche solo quiero abrazarte. A ti y a esa cosita diminuta que crece dentro de ti. Y hacerte el amor."

Ella asiente. Se apoya contra mí. La cabeza sobre mi pecho. Mis brazos alrededor de ella. La mano aún sobre su barriga.

Y pienso: soy un hombre que ha matado. Que ha herido. Que ha construido un imperio sobre sangre.

Pero ahora también soy un padre.

Y esa cosita diminuta que crece en Katerina tendrá todo el amor que yo nunca recibí.

Todo.

Epílogo

Cinco meses después...

El imperio unido

Vincent

La corbata me está asfixiando.

Me la ajusto por duodécima vez en diez minutos. Demasiado apretada. O quizá es que la respiración ya no funciona. Quizá son mis pulmones, que se han olvidado de cómo hacerlo.

"Para."

Tony me da una palmada en el hombro. Fuerte. De las que significan cálmate o te parto la cara.

"No estoy haciendo nada."

"Te estás tocando la corbata como un loco. Tranquilízate."

"Estoy tranquilo."

"Claro. Estás tan tranquilo como alguien a punto de sufrir un infarto."

Tiene razón. Cabrón. Siempre la tiene.

Estamos en la sacristía de la iglesia de San Patricio. Mármol blanco, vidrieras de colores, olor a incienso y cera. Fuera, en la nave, trescientas personas esperan. Bratva y Marchesi sentados juntos. Dos familias que hasta hace meses se estaban matando y que ahora están unidas bajo el mismo nombre. El mismo imperio.

Morozov-Marchesi.

El nombre que hace temblar a media Costa Este.

Miro el reloj. Diez minutos. Diez minutos y ella caminará hacia mí.

Con un vestido blanco. Como siempre quise.

"Respira", dice Tony. "En serio. Respira o te desmayas y no me apetece reanimarte."

Respiro. Pero no sirve. El pecho está demasiado tenso. El corazón late demasiado fuerte. Y las manos, joder. Me tiemblan las manos.

"¿Es normal estar tan nervioso?"

"Para alguien que va a casarse con la mujer embarazada que manda sobre media Nueva York, yo diría que sí."

Lo miro. Tony está impecable. Traje gris oscuro, corbata negra, cabello peinado hacia atrás. Mi testigo. El hermano que elegí cuando el de sangre me traicionó.

Y al lado de él, en la silla, está Irina.

Irina Petrov, que no debería estar aquí porque debería estar con Katerina, pero que entró hace cinco minutos con la excusa de comprobar que todo estaba listo y que ahora está hablando con Tony con esa voz baja que usan cuando creen que no los oigo.

La miro. Traje color champán, pelo recogido en un moño perfecto, pintalabios nude. Preciosa. Y la forma en que mira a Tony... Cristo. La forma en que él la mira a ella hace que me sienta de más.

"Irina." Mi voz la hace girarse. "¿No deberías estar con Katerina?"

"Está lista. Solo quería comprobar que no te hubieras desmayado."

"No me desmayo."

"Estás pálido."

"Estoy bien."

"Mhm." Me estudia. Después sonríe, apenas. "Está preciosa, Vincent. Te va a dejar sin aliento."

La garganta se me cierra. "Siempre lo hace."

"Hoy más." Se acerca. Me recoloca la corbata que he vuelto a mover sin darme cuenta. "Está feliz. La he visto mientras se vestía. Es la mujer más feliz del mundo."

Las palabras se me clavan en el pecho y se expanden. Feliz. Katerina es feliz.

"Gracias", digo. Bajo. "Por todo. Por ayudarla. Por estar aquí."

"Es mi mejor amiga. Claro que estoy aquí." Me da una palmada en la mejilla. Un gesto fraternal impropio de Irina Petrov que, aun así, me conmueve. "Y ahora sal ahí fuera y espérala. Ya es hora."

***

La iglesia está llena.

Entro por la puerta lateral y camino hacia el altar. Tony detrás de mí. Los pasos resonando sobre el mármol. Las caras girándose para mirarme.

Reconozco a todos.

Primera fila a la derecha: los Marchesi. Mi padre Luca, el consigliere. Los jefes que quedaron después de que Marco muriera. Los hombres que me siguen porque he demostrado que sé guiarlos.

Primera fila a la izquierda: los Morozov. Viktor Orlov, el viejo consigliere. Volkov. Petrov. Los Vor que aceptaron a Katerina como pakhan y que ahora me aceptan a mí como su marido y su igual.

Detrás, las demás familias. Los búlgaros. Los chinos. Los irlandeses. Todos han venido a ver la unión que ha cambiado el equilibrio de poder. Dos imperios que se convierten en uno.

Pero yo no los miro.

Miro el altar. Al sacerdote que sonríe. Las velas que arden. Las flores blancas por todas partes: rosas, lirios, hortensias. Irina lo ha

organizado todo. Cada detalle. Cada vela. Cada pétalo.

Me coloco en mi sitio. Tony a mi derecha. El sacerdote delante. La música cambia.

Las puertas del fondo de la nave se abren.

Y el mundo se detiene.

***

Katerina

Alexei me ofrece el brazo.

Lo miro. A este hombre. A este hombre que ha sido mi protector, mi hermano, mi mejor amigo durante seis años. Que ha dormido en la habitación de al lado. Que recibió balas por mí. Que me ha visto en mi peor momento y nunca se fue, ni siquiera cuando descubrió que le había mentido sobre Dimitri.

"¿Lista?" pregunta. La voz baja. Los ojos brillantes.

"No."

"Mientes fatal, princesita." Solo él puede llamarme así.

Sonrío. "Entonces sí. Estoy lista."

"Bien." Me toma la mano. La apoya sobre su brazo. "Porque yo no lo estoy. No estoy listo para entregarte."

La garganta se me cierra. "Alexei..."

"Pero lo haré de todos modos." Me mira. Y en sus ojos grises está todo. El amor fraternal. El orgullo. La nostalgia de una época que termina y la alegría por la que empieza. "Porque él te ama. Y tú lo amas. Y eso es lo único que importa."

No puedo hablar. Si hablo, lloro. Y no puedo llorar ahora. No con el maquillaje de Irina, que ha requerido dos horas.

Asiento. Solo eso.

La música empieza.

Las puertas se abren.

Y caminamos.

***

El pasillo es infinito.

Cada paso es una eternidad. Las caras que nos miran. Las sonrisas. Las lágrimas de alguien. El perfume de las flores. La luz que se filtra por las vidrieras y pinta arcoíris sobre el mármol.

Y al fondo, al final de todo, está él.

Vincent.

De pie ante el altar. Traje negro perfecto. Camisa blanca. Corbata negra. El pelo peinado hacia atrás. La barba cuidada. Guapo hasta doler.

Y la forma en que me mira...

Como si yo fuera lo único que existe en el mundo. Como si todo lo demás - la iglesia, la gente - hubiera desaparecido y solo quedáramos nosotros dos. Como si solo pudiera verme a mí. A la mujer de blanco que camina hacia él. A la mujer que lleva a su hijo. A la mujer que ha elegido amarlo.

Las lágrimas me suben. No llores. No llores. No...

Demasiado tarde.

Cae una lágrima. Después otra.

Alexei me aprieta la mano sobre su brazo. "Respira", susurra.

Respiro. Uno. Dos. Tres.

Seguimos caminando.

El vestido pesa. Seda blanca, mangas largas de encaje, escote barco, falda amplia que toca el suelo. Y debajo está la barriga. Cinco meses. Visible. Imposible de esconder aunque hubiera querido.

Pero no quiero esconderla.

La llevo con orgullo. La curva suave bajo la seda. La prueba de que Vincent y yo somos reales. De que lo nuestro es más que contratos y alianzas. Es vida. Es futuro. Es amor hecho carne.

Veo las caras al pasar. Irina llorando e intentando ocultarlo. Tony sonriendo con esa sonrisa torcida. Viktor Orlov asintiendo con aprobación. Volkov. Petrov. Todos los hombres que me siguieron y que ahora me ven convertirme en esposa de verdad.

Pero yo solo lo miro a él.

Vincent.

Los ojos verdes fijos en mí. La mandíbula tensa. Las manos a los lados que apenas tiemblan. Y las lágrimas... Cristo. Las lágrimas que le caen.

No se esconde. No se las seca. Las deja caer mientras me ve caminar hacia él con el vestido blanco que quería ver. Hacia el altar donde me espera. Hacia el futuro que hemos construido con sangre y amor y elecciones imposibles.

Llegamos.

Alexei se detiene. Me hace girar hacia él. Me toma el rostro entre las manos. Me besa la frente. Despacio. Un gracias. Una bendición.

"Sé feliz", susurra. "Por mí. Sé feliz."

"Lo seré."

Se vuelve hacia Vincent. Durante un segundo se miran. Dos hombres que se han odiado. Que se han desafiado. Que casi se han matado por la mujer que está entre ellos.

Y entonces Alexei hace algo que jamás habría pensado ver.

Toma la mano de Vincent. La aprieta.

"Protégela", dice. Bajo, pero firme. "O te mato."

Vincent sonríe. "Puedes contar con ello."

"Y hazla feliz."

"Cada maldito día."

Alexei asiente. Suelta su mano. Toma la mía. La pone en la de Vincent.

El paso. De un hombre al otro. Del pasado al futuro.

Y después se aparta. Va a sentarse junto a Irina. Junto a la única otra persona que ha amado a Katerina Morozov sin pedir nada a cambio.

Y yo me quedo sola con Vincent.

***

Vincent

Está aquí.

Delante de mí. Con un vestido blanco. Hermosa. Más hermosa que cualquier fantasía. Más real que cualquier sueño.

Y embarazada. La barriga visible bajo la seda. Suave. Perfecta. Nuestro hijo creciendo mientras me sonríe con esos ojos azules llenos de lágrimas.

Tomo sus manos. Tiemblan. Las mías también tiemblan.

El sacerdote habla. Dice cosas. Palabras bonitas sobre amor y sacramento y promesas. Pero yo no oigo nada. Solo oigo los latidos de mi corazón. Solo oigo la respiración de Katerina. Solo siento cómo el mundo se realinea a nuestro alrededor.

"Vincent Marchesi." El sacerdote me mira. "¿Quieres tomar a Katerina Morozov como tu legítima esposa? ¿Prometes amarla y honrarla, en la alegría y en el dolor, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?"

Miro a Katerina. A los ojos.

"Sí. Quiero."

"Katerina Morozov." También la llama a ella. "¿Quieres tomar a Vincent Marchesi como tu legítimo esposo? ¿Prometes amarlo y honrarlo, en la alegría y en el dolor, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?"

Ella sonríe. A través de las lágrimas.

"Sí. Quiero."

Los anillos. El sacerdote los bendice. Tony me los pasa. Oro simple. Dos círculos. Iguales.

Tomo su mano izquierda. Le deslizo la alianza en el anular. Debajo del diamante. Perfecto.

"Con este anillo te tomo por esposa", digo. Las palabras salen del corazón. "Y prometo amarte cada día de mi vida. Protegerte. Hacerte feliz. Ser el hombre que mereces. Ser el padre que nuestro hijo merece. Te amo, Katerina. Más de lo que las palabras pueden decir."

Ella toma mi alianza. La desliza en mi dedo. Las manos le tiemblan, pero el gesto es seguro.

"Con este anillo te tomo por esposo", dice. La voz rota. "Y prometo amarte cada día de mi vida. Elegirte. Construir contigo. Ser la mujer de la que te enamoraste. Ser la madre que nuestro hijo merece. Te amo, Vincent. Más de lo que he amado jamás a nada en el mundo."

El sacerdote sonríe. "Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia."

No espero.

Le tomo el rostro. La beso. Ante Dios. Ante los hombres. Ante trescientos testigos y ante el imperio que hemos construido.

La beso como si fuera la primera vez. Como si fuera la última. Como si solo existiéramos nosotros dos y el bebé que crece entre nosotros.

La multitud estalla. Aplausos. Gritos. Alguien silba.

Pero nosotros no nos separamos.

Un segundo más. Otro más. Otro...

"Señoras y señores", dice el sacerdote cuando por fin nos apartamos. "Es un honor presentarles al señor y la señora Marchesi."

El ruido se vuelve ensordecedor.

Tomo la mano de Katerina. La atraigo hacia mí. La beso otra vez.

"Mi esposa", susurro contra sus labios.

"Mi marido", responde ella.

Y caminamos por el pasillo. Juntos. Marido y mujer. Pakhan y jefe. Reina y rey.

El imperio unido.

***

Seis horas después - Recepción

La fiesta es en el jardín de la villa. Nuestra villa. La misma adonde la llevé la noche de la propuesta. La misma en la que ahora vivimos cuando queremos escapar de la ciudad.

Luces colgadas de los árboles. Mesas con manteles blancos. Comida por todas partes. Champán corriendo. Música. Risas. La bratva y los Marchesi bebiendo juntos. Brindando. Celebrando.

Estoy en la mesa principal. Katerina a mi lado. Mi mano sobre la suya. Las alianzas brillando.

Tony se pone en pie. Golpea la copa con la cuchara. El ruido hace callar a todos.

"Un discurso", dice alguien.

"Oh, no", murmura Katerina.

Tony sonríe. Esa sonrisa de cabrón que promete vergüenza ajena.

"Señoras y señores. Bratva. Marchesi. Idiotas varios." Risas. "Estoy aquí para brindar por los recién casados. Vincent y Katerina. Dos personas que se odiaron. Que se desafiaron. Que intentaron joderse mutuamente en todos los sentidos." Más risas. "Y que al final entendieron lo que todos nosotros ya sabíamos: que estaban hechos el uno para el otro."

Me mira. Con afecto de verdad.

"Vincent es mi mejor amigo desde hace diez años. Le he visto hacer cosas terribles. Le he visto matar. Le he visto construir un imperio con las manos manchadas de sangre. Pero nunca lo había visto feliz. No de verdad. No hasta que ella apareció."

Se vuelve hacia Katerina.

"Katerina Morozov... perdón, Katerina Marchesi..." La corrección hace sonreír a todo el mundo. "Es la mujer más dura que conozco. Es una pakhan. Una reina. Una fuerza de la naturaleza. Y ahora además está embarazada del niño más afortunado del mundo. Porque tendrá

dos padres que se aman. Que luchan. Que se protegen. Que construyen imperios y los defienden juntos."

Levanta la copa.

"Por Vincent y Katerina. Que vuestro amor sea eterno. Que vuestro hijo esté sano. Y que vuestro imperio crezca tanto que todos nos hagamos tan ricos que podamos retirarnos a una isla."

Risas. Aplausos. Todos levantan las copas.

"¡Por Vincent y Katerina!"

"¡Por Vincent y Katerina!"

El brindis resuena en el jardín. Bajo las estrellas. En el calor de la noche.

Y yo miro a Katerina. Mi reina. Mi esposa. La madre de mi hijo.

Y pienso: lo hemos conseguido.

De un contrato a esto. De dos enemigos a una familia. De un matrimonio falso a un amor verdadero.

La beso. Despacio. Bajo las estrellas. Con trescientas personas mirando.

Y no me importa.

Porque esta es mi vida ahora. Ella es mi vida.

Y nada... nadie... podrá arrebatármela jamás.

Fin

El imperio Morozov-Marchesi reina sobre Nueva York.

Y el amor reina sobre todo.